



A través de la

tormenta

Highlands III

Alexia Seris

A traves
de la
tormenta

ALEXIA SERIS

Copyright © 2018 Alexia Seris
Todos los derechos reservados.

DEDICATORIA

A mis hijos, los faros de mi vida, los que me guían siempre en la buena dirección, aquellos que son capaces de inspirarme con una de sus sonrisas, siempre vuestra, siempre míos, siempre nuestros.

A mi marido, que después de muchas tormentas, siempre encontramos la calma.

A mi amiga y confidente Ana B.F., porque los momentos a tu lado siempre merecen la pena.

AGRADECIMIENTOS

En esta ocasión voy a dedicar mis palabras a agradecerte a ti lector, el haber llegado hasta aquí, el haberme permitido entrar en tu vida y darme la oportunidad de hacerte sentir a través de mis novelas.

Porque si ti, nada de esto sería tal y como es.

GRACIAS.

GLOSARIO:

Sassenach: inglés (en tono despectivo).

Galla: es una expresión despectiva que podría traducirse como joder.

Valkiria: hace referencia al mito nórdico sobre entidades femeninas luchadoras que recogían a los guerreros caídos para llevarles al Valhalla (una especie de paraíso de la mitología nórdica).

Aye: sí.

Cat Sith: gato ladrón de almas, mito escocés.

Mo prionnsa: mi princesa.

Mo ainnir: mi hada.

Mo bhana-phrionnsa: mi princesa.

Mo phiuthar: hermana mía.

Laird: señor, refiriéndose al líder del clan.

Tha gaol agam ort: te quiero, te amo.

PROLOGO

Parecía que las cosas se estaban asentando en el territorio de Daltra, pues Logan había sucumbido por fin a sus sentimientos cuando después de la fiesta en honor a su mujer, había decidido pasar la noche con ella, algo que no sucedía desde hacía algún tiempo. Jacobo se alegraba de corazón por su amigo pues era plenamente consciente de lo mucho que había sufrido y dado a su propia situación, entendía al escocés mejor de lo que quería reconocer.

Se acercó al enorme ventanal del Gran Salón y observó con detenimiento aquello que le rodeaba, ciertamente Escocia era un gran país lleno de matices, tan hermoso como cruel, tan salvaje como seguro... un lugar lleno de contradicciones al que él ahora llamaba hogar. La vida le había enseñado que las cosas no son siempre lo que parecen y que una vez que el corazón decide, no hay forma de acallar su deseo.

Sin duda alguna Athdara era perfecta para Logan, sintió una leve punzada de envidia que no pudo evitar y un arañazo de culpa le acarició el alma, él deseaba que el amor y la pasión le consumiesen de la misma forma que le había ocurrido a su hermana y a su mejor amigo, sin embargo, debido a las lesiones que tenía por todo el cuerpo, sabía que no era de agrado para ninguna mujer, cuando les observaba, sentía que todos ellos emanaban una especie de aura que les hacía brillar con luz propia y él les deseaba toda la felicidad del mundo, eran su familia y le subyugaba como las emociones parecían poder palpase cuando estaba a su lado, pero al mismo tiempo, ver ese deseo y ese amor en sus rostros le recordaba a cada instante aquello que pudo tener, lo que estuvo a punto de conseguir que casi lo rozaba con la punta de sus dedos y que por culpa de la codicia y de una venganza mal dirigida le habían robado sumiéndole en lo que era ahora.

Un hombre solitario e introvertido muy diferente a quién había sido en su otra vida. Alguien destinado a caminar sobre la tierra en soledad hasta el fin de sus días.

El corazón se le cerró en un puño al recordar a Ivy. Toda su vida sentiría la muerte de esa mujer, habían pasado algunos años desde que se suicidó con la mirada clavada en él y aún le dolía el vacío que vio en sus ojos cuando cayó al suelo. Cuando había compartido el lecho con ella tan sólo era un crío que le había prometido una vida que jamás le habría podido dar, se arrepentiría el resto de su existencia de todas las malas decisiones que tomó en aquellos días.

Sacudió levemente la cabeza para deshacerse de los amargos recuerdos,

Ivy estaba muerta y eso no tenía vuelta atrás, fue una mala decisión tras otra lo que empujó a aquella mujer a esa venganza sin sentido que le había arrebatado todo lo que amaba, cerró los ojos un instante para sentir el dolor de las cicatrices que le cubrían el cuerpo, había pagado un precio muy alto por sus pecados.

Preparó dos vasos de whisky escocés y se sentó tranquilamente en una de las butacas frente a la chimenea, esperaría hasta que Logan bajase de sus aposentos y después se burlaría de él durante un rato. Jamás lo confesaría en voz alta, pero era consciente de que jamás se reirían de él con las típicas fanfarronadas masculinas por pasar una deliciosa y alocada noche en los brazos de la mujer a la que amaba. Y lo lamentó profundamente pensando en los ojos dorados que se habían colado en su corazón, pero se negó a dejarse llevar por el sentimiento de pérdida que le acosaba.

Cuando el *laird* por fin se dignó en aparecer, el inglés apenas pudo contenerse, una sincera sonrisa se apoderó de sus labios.

—Ni una palabra *sassennach* — murmuró Logan quitándole el licor de las manos.

—Claro que no salvaje — el inglés reprimió otra sonrisa.

—¡Estoy famélico! — gruñó el *laird*.

Ambos soltaron una carcajada llena de entendimiento y se sentaron en la enorme mesa a esperar que las doncellas de la fortaleza les sirviesen algo de comer. Era esa camaradería que tenía con sus amigos lo que le rescataba casi todos los días de la oscuridad que se iba apoderando de él, lo que le daba fuerzas para seguir peleando con la maldad que le devoraba por dentro.

Mientras Logan comía y preparaba algo de comer para que le subieran a Athdara, el inglés le ponía al tanto de las últimas noticias, sin embargo, al oír las precisas órdenes que el *laird* dio a las doncellas, no pudo evitar volver a bromear con su amigo.

Jacobo se reía a carcajadas mientras ambos hombres salían de la fortaleza de los McGregor con las capas ondeando al viento, llegaron a las caballerizas, montaron a sus sementales y salieron al galope. El inglés aún se reía cuando llegaron al punto de encuentro con Ian McRae.

—¡Te suplico que te lo lleves! — bramó Logan en cuanto detuvo a su caballo.

Todos soltaron una carcajada que enfureció aún más al escocés.

—Me temo que no puedo — Ian se bajó de un salto de su caballo — tengo noticias del Rey.

Los hombres se bajaron y se fundieron en un fuerte abrazo.

—Tuve que dar parte al Rey de la toma de la fortaleza de los McIntosh — Logan abrió la boca para protestar pero Ian le fulminó con la mirada — yo no quería hacerlo Logan, pero si el Rey de Escocia manda a mi territorio un mensajero con cien hombres armados...

—*¡Galla!* — maldijo Logan — ¿y cómo diablos se ha enterado?

—Eso no es lo más preocupante — intervino Jacobo e Ian asintió, el inglés hizo una mueca — ahora vienen las malas noticias ¿verdad?

Todos miraron expectantes a Ian que tenía una tormenta en sus ojos, la mandíbula tensa y los puños cerrados.

—No he podido negarme, yo dirigía el ataque, por lo que el Rey me hace responsable del futuro de aquellas gentes — miró fijamente a Jacobo — eres un McRae — el inglés intentó reprimir el ataque de orgullo que sintió — el Rey quiere que un McRae tome posesión de la fortaleza y se ocupe de las tierras, las gentes...

El silencio se apoderó del entorno. No se oían ni los graznidos de los cuervos.

Jacobo tan sólo podía oír el fuerte latir de su corazón, su sangre agitada en las venas y durante unos instantes, el suelo no podía sostenerle. Estaba seguro de haber entendido a la perfección lo que esas palabras significaban, pero por más que desease ser algo parecido a lo que una vez estuvo destinado a ser, el miedo a volver a provocar otra desgracia le mordió la conciencia.

—Ian ¿qué haces? — preguntó Logan incrédulo por la noticia que acababa de escuchar.

—Lo único que puedo hacer Logan, lo dije antes — se pasó las manos por el pelo en señal de desesperación — mira — se dirigió a Jacobo — el rey me obliga a que alguien de mi consejo se haga cargo de esas tierras — clavó sus ojos en Logan — ¿prefieres abandonar Daltra? — el escocés negó con la cabeza — sólo me quedas tú Jacobo.

—¿Y qué pasa con Fergus? — preguntó el inglés aún sin poder creerse lo que estaba oyendo.

—Fergus fue vetado por el rey — la mandíbula del *laird* se tensó de nuevo — quiere castigarme, los rumores de que la toma de la ciudad fue indigna han llegado a sus oídos, sus órdenes no se discuten, los nombres que sugirió fueron los vuestros — se pasó las manos de nuevo por el pelo — tu hermana se ha propuesto volverme loco, ha amenazado con no casarse si te mando tan lejos.

—Nuestra *valkiria* — comentó Logan antes de reírse a carcajadas.

—Sé que está enfadada por la distancia, pero si el rey sabe que le he desobedecido, ni uniendo a todos los clanes podremos con él — suspiró — por favor, acepta.

Jacobo pensó en su hermana y un suspiro casi se escapa de sus labios. La echaba mucho de menos, desde que se habían distanciado por una estúpida discusión en el territorio de los McRae, nada había vuelto a ser igual entre ellos. Se había escondido entre los McGregor huyendo de las miradas llenas de compasión de Katherine y había encontrado mucho más de lo que buscaba. Y ahora, el destino de nuevo le jugaba una mala pasada demostrando que nadie era dueño y señor de su propia vida. Ya se había acostumbrado a ser una sombra de lo que una vez fue.

—Dile a mi hermana que la quiero como siempre, que la quiero como nunca, que pese a la distancia, las estrellas que nos iluminan son las mismas — las palabras del inglés le oprimieron el corazón a todos pues eran conscientes del lenguaje secreto que tenían los hermanos.

Tras la amarga despedida, Logan y Jacobo pusieron rumbo de nuevo a Daltra en completo silencio.

Llevaron los caballos a las cuadras y tras darles un dulce y cepillarlos, no encontraron más excusas para no entrar en el castillo y dar la noticia de que en un par de meses como muy tarde, Jacobo abandonaría las tierras de Daltra para dirigirse al inhóspito territorio de Ellon que ahora no tenía nombre de clan al haber muerto su líder.

Logan se sentía demasiado confuso. Sus vidas habían cambiado tanto en tan poco tiempo que le abrumaba el sentimiento de pérdida que tenía dentro de él, ensombreciéndolo todo a su paso. Se despidió de Jacobo con un fuerte abrazo y se dirigió a sus aposentos, necesitaba el calor de Athdara, sus dulces brazos abrazándole, consolándole, calmando la ira que se abría paso en su interior... y entonces fue consciente de lo sólo que debía sentirse Jacobo, él tenía a su ninfa para consolarle, pero el inglés no tenía a nadie y lo lamentó de veras.

El inglés esperó hasta que Logan desapareció dentro de la fortaleza, en ese momento salió de nuevo al exterior, hacía frío y el viento helado se colaba por la ropa llegando hasta su piel, o quizá lo que le estaba congelando era el miedo que sentía. Él había sido entrenado y educado para ser heredero de su padre, el gran duque de Bradbury, capitán de la guardia de las tropas del padre del actual rey inglés.

Caminó hacia el bosque sin rumbo fijo mientras su mente se llenaba de

recuerdos. Por aquel entonces tan sólo era un muchacho con demasiado entusiasmo y poco sentido común, era un gran estratega como su padre y su abuelo lo fueron antes que él, pero también tenía una vida despreocupada y díscola porque vivía bajo la premisa de que era un noble cercano a la corona y que contaba con el favor del rey, se suponía que era intocable. Aunque la realidad se encargó de convertirle en un hombre en apenas unos instantes.

El momento más feliz de su vida había sido cuando volvió de conocer a la que sería su esposa, la doncella inglesa era muy hermosa, aunque lo cierto era que apenas recordaba nada de ella, si siquiera su nombre, recordó cómo le contaba a su hermana que había caído irremediablemente en las seductoras redes de esa joven con la que se casaría. Ése era su último recuerdo feliz, a partir de ese instante, su vida se convirtió en un infierno.

Cerró los ojos un instante y suspiró ante lo que el destino había puesto frente a él, haría lo que siempre había hecho, hacer lo que fuese necesario para llevar a cabo las responsabilidades que le habían otorgado.

Unos meses más tarde....

Logan y Athdara, caminaron por el centro del pueblo donde una gran comitiva se había reunido para despedir a Jacobo y a los jóvenes solteros que le acompañaban en su aventura. Ninguno había sido coaccionado, todos iban por propia voluntad, sin duda alguna siguiendo al hombre que los lideraba y al que era evidente que adoraban e idolatraban, a fin de cuentas, las historias sobre el inglés que había vuelto de la muerte eran casi legendarias.

—¡*Sassenach!* — la voz de Logan sonaba divertida — tienes mucha suerte — el inglés le miró con el ceño fruncido — no conozco a otro hombre que pueda decir que tiene la posibilidad de elegir si quiere ser un McRae o un McGregor — le tendió el brazo que Jacobo apretó con fuerza — y desde luego ningún perro inglés puede presumir de ser escocés — la sonrisa se hizo más evidente.

—De todo con lo que soñé ser alguna vez, ser un salvaje no estaba en la lista — se miraban a los ojos fijamente — te deseo buena suerte *laird* McGregor.

—No te vas al fin de mundo hermano — se abrazaron con fuerza — recuerda mi promesa, jamás volverás a caminar solo, somos familia, somos clan.

—Recuerda tú mi promesa — Jacobo no pudo pronunciar otra palabra

más.

Tras un efusivo abrazo a Athdara, la besó con cariño en la mejilla y le hizo prometer que cuidaría de Logan y que si necesitaba ayuda para darle una lección, él estaría encantado de acudir para sujetarle.

Logan gruñó haciendo que todos los que escucharon las palabras del inglés rieran a carcajadas.

La comitiva se puso en movimiento mientras Logan abrazaba a Athdara que se mostraba mucho más triste en esos momentos, lo que desató los celos del highlander. Sabía que Jacobo y Athdara eran amigos, pero uno no se ponía tan triste sólo porque un amigo se alejase a unas horas de caballo.

Sin darse cuenta comenzó a apretar los puños hasta que los dedos se le clavaron en las palmas y la ansiedad comenzó a corroerle por dentro.

—¿Por qué te has puesto tan tenso de repente? — preguntó Athdara mirándole con preocupación.

—¿Y por qué motivo tú estás tan triste? — le gruñó al oído.

La escocesa tardó unos latidos en comprender lo que ocurría, y aunque sabía que no debía sonreír pues Logan se enfurecería más, no pudo evitarlo y una brillante sonrisa apareció en sus labios, su mirada se llenó de amor y se abrazó al fuerte cuerpo de su marido.

—Estás celoso — le dijo sin querer ocultar su diversión.

—Es lo normal cuando mi esposa muestra tanto afecto por otro hombre que no es su marido y la tristeza se apodera de ella al verle marchar — las palabras le destrozaban la garganta y el alma.

—*Mo prionnsa* — susurró ella poniéndose de puntillas — al único hombre al que amo, eres tú y por el único por el que me entristezco, también.

Logan la miró confuso y ella sonrió más abiertamente.

—No lo sabes todo ¡oh poderoso *laird* McGregor! — se burló Athdara ganándose una mirada llena de reprobación de Logan — pero tarde o temprano lo sabrás — se encogió de hombros y volvió a sonreír — quizá te enteres de más cosas de las que esperas.

Y con esas palabras tan misteriosas, Athdara se encaminó con paso firme hacia el castillo, dejando a Logan en mitad de la plaza del pueblo preguntándose a qué diablos se refería su mujer.

CAPITULO 1

Durham, Inglaterra

Año 1519 (4 años antes)

Jacobo acababa de regresar de pasar una más que plácida noche en la compañía de la ardiente y complaciente Ivy, esa mujer le tenía completamente hechizado, era plenamente consciente de ello y pese a que sus padres le habían advertido en contra de mantener una relación con esa joven, él no podía evitarlo, cada vez que la miraba a esos ojos negros, él se perdía en sus profundidades y cuando le sonreía de esa forma tan seductora, todo su ser se paralizaba.

La noche había sido absolutamente satisfactoria, habían cenado en la habitación de la posada y él había bebido vino del cuerpo de ella, una práctica que le hacía arder de deseo.

Con una insolente sonrisa de orgullo masculino se paseó por el interior del castillo en dirección a su alcoba, ese día tenía entrenamiento con su padre, pero aún no había amanecido, por lo que calculó que podría dormir al menos unas cuatro horas antes de que su padre le hiciese llamar.

Sin embargo, al entrar en su alcoba algo le dijo que su vida estaba a punto de cambiar, sus padres estaban sentados en su cama con las manos unidas y una expresión tensa en sus rostros.

—Hijo — Eduardo le miró con pesar y su madre apenas le sostenía la mirada — tenemos que hablar contigo.

Jacobo intentó no mostrar ninguna emoción, tenía la sensación de que lo que le iban a decir sus padres no le iba a gustar lo más mínimo, una sensación que se convirtió en realidad cuando le explicaron que habían concertado su matrimonio con una joven inglesa de alta alcurnia.

—Es tu deber como futuro duque tener herederos que mantengan el título — le miró fijamente — tu madre y yo nos casamos sin habernos visto ni una sola vez, pero después de compartir con ella todos estos años, te puedo asegurar que la amo más que a mi propia vida y lo único que lamento fue haber perdido el año entero que duraron las negociaciones.

Ana le miraba con los ojos húmedos, se sentía exactamente igual que su marido, le amaba con todo su corazón, pero comprendía a su hijo, ella había sido obligada a casarse con un completo desconocido y cuando llegó a la iglesia tenía tanto miedo que apenas podía dar dos pasos sin tropezarse con su propio vestido.

—Te quiero muchísimo hijo mío — se levantó de la cama y le sujetó el rostro con ambas manos — soy consciente de todas las dudas que te consumen, pero estoy de acuerdo con tu padre, debes casarte para afianzar tu posición como futuro duque de Bradbury.

—Mamá... sabes que quiero casarme con Ivy — la voz le salió con más dificultad de la que querría reconocer.

—Esa mujer no es para ti Jacobo — su padre rodeó la cintura de su madre y le miró fijamente a los ojos — Anna Collingwood es una joven hermosa y culta que será una gran compañera para ti, además su familia goza del favor real al igual que la nuestra, por eso este matrimonio ha sido sugerido por el rey.

Jacobo se sintió hervir de ira. ¡Cómo se atrevía ese pretencioso monarca a manejar su vida a su antojo como si él no fuera más que un títere! ¡Por supuesto que no se casaría con esa dama tan delicada! Él era un hombre de fuertes pasiones y tenía que casarse con una mujer que pudiese estar a su altura dentro y fuera de la cama. Se sentía completamente ultrajado, no tenían derecho a obligarle a renunciar a Ivy, él siempre había sido un hijo leal y obediente, lo único que había pedido a cambio era elegir a su mujer.

Estaba a punto de negarse cuando su madre le acarició de nuevo.

—Jacobo, sé que todo esto es más de lo que piensas que puedes soportar, pero querido hijo, eres más fuerte de lo que nadie espera — le sonrió como sólo ella sabía hacer — iremos a pasar unos días a la residencia de los Collingwood donde conocerás a la bella Ana y después de pasar con ella

algunos momentos podrás tomar la decisión de casarte con quien elijas.

Y por mucho que odiara la idea, no pudo negarse, porque jamás le diría que no a su madre, adoraba a esa mujer que le había dado la vida, cada una de sus sonrisas, de sus caricias, de esas miradas tan llenas de un amor tan puro que él sentía que su corazón se llenaba de una calidez y una paz que le reconfortaba por completo. No, jamás podría negarle nada, al parecer era su sino, no poder negarse ni a su madre ni a su hermana.

Al día siguiente, su padre le propuso acompañarle para ir a ver a los campesinos y a los señores feudales que estaban bajo su protección por pertenecer al ducado. Jacobo no tenía ánimo suficiente para soportar el paseo y el aleccionamiento de su padre, pero aunque su enfado no había disminuido, algo dentro de él le instaba a aprender todo lo que pudiese, le habían educado para ser el próximo duque y aunque esperaba que su padre le durase muchos años, lo cierto era que lo que más deseaba era parecerse a su progenitor, ser merecedor de poseer un título que fue concedido a su abuelo por su lealtad a la Corona. Él quería parecerse a ellos, quería que le rodease ese aura de poder, de complicidad para con sus gentes, de sabiduría, de honor... no había nadie en el mundo a quién Jacobo idolatrara más.

Mientras cabalgaban su padre le hablaba de la pasión de la tierra, de lo orgulloso que se sentía al ver cómo el ducado prosperaba, las intensas emociones que le embargaban cuando miraba a los ojos a esas personas y les veía sonreír. Eduardo, segundo duque de Bradbury, no podía ocultar ni el orgullo ni la inmensa felicidad al ser consciente de a dónde se pertenece.

Jacobo tenía algunos hábitos que para él eran dulces placeres, uno de ellos era acompañar a Katherine al muro donde recreaban la cruenta batalla que tuvo lugar tantos años atrás, otro era salir a pasear con su madre por el bosque colindante a la fortaleza. Su madre era una fuerza de la naturaleza, que se convertía en una amazona cuando volaba a lomos de su yegua, él disfrutaba de esos momentos con todo su ser, Ana sólo se mostraba tal y como era en esos momentos, el resto del día dedicaba todas sus energías a intentar, sin éxito alguno, domar a su hija. Katherine había heredado el impetuoso carácter de su madre y por mucho que la corrigiese, se deleitaba al verla ruborizarse por la rabia ante una situación injusta. Era en esos momentos cuando él y su madre compartían secretos, confidencias y cuando el lazo que les unía se fortalecía.

Jacobo estaba en la sala para el baño, había sido un día bastante duro al final, recorrer las tierras por la mañana y entrenar por la tarde, añadiendo la tensión por su pronto viaje a conocer a su futura mujer le tenía todos los

músculos del cuerpo tensos y doloridos.

Finalmente el día de la partida se acercaba y la noche anterior, Jacobo estaba sentado frente al fuego con su hermana Katherine.

—Sé que amas a Ivy — le dijo ella con tristeza — pero quizá al conocer a Lady Collingwood te des cuenta de que ella sería una mujer más apropiada para ser tu esposa.

—No lo entiendes hermanita — la abrazó con fuerza — lo que siento por Ivy me nubla el juicio, es tal la conexión que tenemos que podría encontrarla en un salón lleno de mujeres.

—Papá y mamá piensan que están haciendo lo mejor para ti — Katherine se apoyó en el hombro de su hermano.

—No, lo que están haciendo es plegarse a los deseos de nuestro rey — ella le dedicó una mirada asustada — pero bueno, somos los hijos de un duque, nuestro deber es complacer a la Corona.

Permanecieron sentados el uno al lado del otro hasta que las llamas casi se extinguieron, entonces se pusieron en pie y abrazados, Jacobo acompañó a su hermana a su alcoba, se despidió de ella dándole un sentido beso en la frente y se fue a acostar unas pocas horas antes de emprender un viaje que le cambiaría la vida.

Durante el trayecto, Jacobo se sentía cómo si le llevaran hasta el verdugo, él no quería conocer a Lady Collingwood, pero lo haría porque era lo que se esperaba de él, porque jamás había faltado a sus obligaciones y no pretendía empezar ahora.

Nada más llegar a su residencia, le impresionó la calidez con la que fueron recibidos, se bajó del caballo y paseó su mirada por el patio de armas, donde vio a una mujer que más parecía una visión, sin duda era una belleza, con el pelo castaño que refulgía al sol y daba la impresión de que tenía hilos de oro ensortijados en su recogido, su figura se adivinaba esbelta y atrayente, caminaba hacia él con la gracia de un ángel.

—Buenos días su excelencia — realizó una reverencia frente a su padre — es un placer y un honor tenerles en nuestra residencia.

Sus padres le sonrieron con aprobación y Jacobo se descubrió a si mismo actuando de igual forma.

Tras las presentaciones formales, les informaron de que podrían descansar un par de horas antes de que se sirviese la comida, momento que Jacobo aprovechó para dormir a pierna suelta, pues llevaba varias noches sin hacerlo en condiciones.

El banquete fue excepcional y el trato también, él se había esperado una negociación hostil, sin embargo, nada más lejos de la verdad, hasta el momento nadie había mencionado el tema de la boda.

Por la tarde, Jacobo decidió pasear por los jardines traseros y de esa forma intentar controlar sus emociones, se sentía confuso pues él se había imaginado a una familia egoísta y torpe y una joven desgarbada y no muy agraciada, sin embargo, estaba siendo todo lo contrario.

—Milord — la melodiosa voz femenina le sacó de sus pensamientos — ¿me permitiría acompañarle en su paseo? — él sólo pudo asentir — imagino que para vos toda esta situación tiene que ser realmente tediosa.

—Tediosa no es la palabra que mejor describe lo que siento — le contestó intentando no parecer enfadado.

—Milord, sé que este matrimonio no es de vuestro agrado — bajó la mirada al suelo y se ruborizó — pero ninguno de los dos puede negarse, lo que sí podemos hacer que poner lo mejor de nosotros mismos en esta unión para que nos resulte lo más agradable posible.

—¿Agradable? — Jacobo se sentía atraído por Anna, era una joven muy interesante — yo no quiero un matrimonio agradable, deseo un matrimonio intenso y leal, una unión de cuerpo, alma y mente.

—No puedo garantizarle todo eso milord — ella le miró a los ojos — pero sí algunas cosas, nuestro matrimonio será leal por mi parte y sin duda alguna le entregaré mi cuerpo siempre que lo deseéis.

—No es eso de lo que hablo — murmuró Jacobo y ella se encogió de hombros.

—Haré todo lo que esté en mi mano para haceros feliz milord, eso sí puedo prometérselo.

A partir de ese momento, Jacobo y Ana compartieron paseos, confidencias y siempre que podían estaban juntos hablando y riendo, creando una confianza entre ellos que Jacobo no sabía cómo gestionar, lo que sí sabía era que al comparar a Ivy con Ana, sus sentimientos ya no estaban tan claros, pues Lady Collingwood le tenía completamente fascinado.

El día que emprendieron el viaje hacia su hogar, Jacobo sintió que dejaba algo atrás, algo que no recuperaría jamás y una punzada de un sentimiento hasta ahora desconocido para él le atravesó el corazón.

Jacobo siempre hacía lo mismo al llegar a su hogar, entraba en el patio de armas al galope de su semental, saltaba antes de detenerlo por completo sólo para poder disfrutar del brillo de diversión en los ojos de su hermana, adoraba

hacerla sonreír, en cuanto la tenía a su alcance la alzaba entre sus brazos en el aire y giraba mientras ella le deleitaba con sus delicadas sonrisas que le llegaban al alma.

Esa noche compartió con su hermana Katherine todos los secretos que había almacenado en su corazón desde que había conocido a la bella Anna.

—¿Y qué pasa con Ivy? — le preguntó su hermana — se morirá de pena — Jacobo suspiró y miró al fuego.

—No sé lo que pasará con ella — se encogió de hombros — pero en este viaje me he dado cuenta de que aunque la deseo de una forma irracional, tan sólo es eso... papá y mamá dicen que el amor es más que deseo carnal, que es más que pasión desenfrenada, que es algo que se siente aquí — se tocó el pecho con la mano — y que cuando lo sientes, darías tu propia vida a cambio de una sonrisa de la persona amada.

—No lo entiendo — dijo ella abrazando a su hermano.

—Yo tampoco lo entiendo — la rodeó con sus brazos y observaron el fuego durante unos instantes.

Jacobo le explicaba a su hermana con un brillo en su mirada que Anna Collingwood, su prometida, tenía los ojos de color ámbar, el pelo castaño con hebras doradas, voz melodiosa y que era una joven inteligente y de mente ágil, que habían pasado incontables horas paseando y hablando de todo y de nada, el entusiasmo que mostraba la joven por el ducado encandiló a Jacobo y era tal la pasión y la ilusión de sus palabras que Katherine tan sólo pudo sonreír y pedirle a Dios que su hermano encontrara la felicidad al lado de esa mujer.

Unos días más tarde, Jacobo acompañó a Katherine hasta una explanada en mitad del bosque donde entrenaba con ella y dónde ella había demostrado que era una experta en el tiro con arco y como amazona.

Jacobo había entrenado a Katherine en el tiro con arco, le enseñó a cabalgar como un hombre, el orgullo le invadía cada vez que la veía progresar en sus enseñanzas. Él disfrutaba enormemente de esos momentos a solas con ella, su hermana jamás se rendía y él se sentía extrañamente orgulloso de ella.

No era correcto que una dama como Katherine hiciera todas esas cosas, pero había vientos de guerra en dirección a Inglaterra y aunque él defendería a su hermana hasta su último aliento, no le gustaba dejar las cosas al azar, si ella era capaz de protegerse, todo sería más fácil.

Fue al cabo de unos meses cuando Jacobo sintió que todas sus enseñanzas no habían sido suficientes, el príncipe heredero estaba entrando por las puertas de la fortaleza con la intención de pasar unos días en el castillo. No

tardó mucho en empezar a cortejar a su hermana y aunque él conocía de primera mano que Enrique era un buen hombre, lo cierto era que no deseaba que su hermana llegara a ser la futura reina, ella era como una exótica ave que sería encerrada en una jaula con barrotes de oro y diamantes.

Sin embargo el desasosiego se apoderó de él cuando el príncipe Enrique pidió su mano y en apenas unas semanas ella partiría hacia Londres para comenzar su formación como futura reina.

Jacobo sentía que estaba fallando a su hermana, ella iba a ser expuesta a un millón de maldades para las que no estaba preparada y se le había acabado el tiempo de instruirla, cuando el sol comenzó a caer se dio por vencido, no podían robarle más tiempo al día. Al anochecer, ella se alejaría para siempre, pues aunque pudiese verla cuando él fuese al palacio, la relación entre ellos cambiaría de forma drástica.

—Katherine — le dijo antes de que se subiera al caballo — le declararé la guerra a quien sea si te hace sufrir — tenía la mandíbula apretada, los puños cerrados con fuerza — nunca dudes, nunca te arrepientas, nunca olvides que soy tu hermano y que tanto papá como yo arrasaremos con quien se atreva a provocar tus lágrimas, somos leales a la Corona, pero nuestra máxima prioridad es proteger a nuestra familia.

—¡Oh Jacobo! — se echó en sus brazos y aunque quería llorar, no lo hizo — te quiero tanto que no sé cómo voy a poder sobrevivir sin ti.

—Lo harás porque eres la mujer más fuerte, más inteligente y más hermosa que jamás he conocido y esas tres cualidades serán tu arma más peligrosa — la estrechó entre sus brazos sintiendo que el corazón se le partía — aprende a usarlas para protegerte.

Jacobo la vio partir con el corazón en un puño, algo dentro de él le decía que algo no estaba bien, el desasosiego que sentía le impulsaba a perseguir a su hermana sin ser consciente de que esa noche cambiaría la vida de toda su familia y nadie podría hacer nada al respecto.

Estaba sentado en el muro mirando al horizonte mientras su corazón latía con desenfreno, jamás volvería a ver su hermana esperándole en el patio de armas cuando él llegase de algún viaje.

Y cuando estaba a punto de dejarse llevar por los recuerdos de los momentos compartidos, unas voces le alertaron de algún contratiempo, se levantó y se acercó al hombre jadeante que parecía que estaba a punto de caerse del caballo y derrumbarse en el suelo.

—¡Milord! — le gritó el hombre — la comitiva de Lady Bradbury ha sido

atacada.

Esas palabras congelaron a Jacobo, de repente le costaba respirar y sin saber cómo, derribó al hombre y le zarandeó mientras le exigía a gritos que le diese más detalles de lo que le había ocurrido a Katherine.

—Yo paseaba por la vera del río para coger algunas plantas nocturnas cuando vi una humareda y un extraño destello de luz en mitad del camino, me acerqué con cautela y entonces vi que el carruaje donde Lady Bradbury salió de la fortaleza estaba completamente destartado y abandonado.

Jacobo no quiso escuchar más, corrió hacia el castillo llamando a su padre a gritos que apareció con el rostro contrito, sin duda, había sentido que la situación era grave. En cuanto le puso al día, su padre ordenó a todos los efectivos que saliesen tras ella, que la trajesen de vuelta.

La mayor parte del ejército salió al galope tras su señora, dejando la fortaleza muy desprotegida, lo cual fue un error absoluto como se demostró después.

Él le había suplicado a su padre que le permitiese ir con ellos, quería salvar a su hermana de los traidores que la habían atacado pero se lo prohibió a punto de perder la compostura de la que siempre hacía gala.

Se sentía como si estuviera fuera de su cuerpo, por primera vez en su vida, no estaba dónde debía estar, pero en ese momento escuchó como se abrían las puertas del patio de armas y acto seguido una horda de mercenarios entró blandiendo espadas y arcos con flechas incendiadas.

Sus órdenes eran que pusiera rumbo a Londres lo antes posible para pedir ayuda a la Corona. Pero por primera vez en su vida, se estaba planteando seriamente desobedecer a su padre, él quería encontrar a Katherine, quería matar a esos bárbaros que habían destrozado su hogar.

El ruido de las espadas, los gritos y el olor a humo le hizo vacilar, pero eso no le detuvo, se preparó para armarse y comenzar a pelear contra los intrusos cuando un golpe seco en la nuca le dejó fuera de combate, unos hombres le arrastraron por el interior del castillo hasta la alcoba de sus padres donde con horror vio que habían sido violentamente golpeados.

Le ataron las manos al lado de ellos y les dejaron a solas mientras procedían a desvalijar el castillo, en ese momento su madre se desató las cuerdas e hizo lo mismo con su padre y con él, acto seguido les entregó unos trapos que resultaron ser ropas de sirvientes para que se cambiasen, una vez disfrazados abrió el pasadizo secreto que les llevaría al exterior de la fortaleza y aunque tuviesen que correr por el bosque, podrían salvar la vida.

Pero antes de que pudiesen poner un pie dentro, unos hombres entraron espada en mano y su padre se lanzó contra ellos como un toro embravecido.

—¡Huir! — les gritó sin mirarles — ¡poneros a salvo!

Su madre le tiró del brazo para meterle en el pasadizo y acto seguido cerró la puerta con el cerrojo mientras se lanzaba como una poseída a ayudar a su marido, no tenían ninguna posibilidad de salir con vida y ambos eran conscientes de ello, pero si tenían que caer, lo harían habiendo salvado a su hijo y peleando uno al lado del otro, tal y como habían vivido desde que se casaron.

Eduardo estaba siendo sujetado por cuatro hombres que se reían ante el vano esfuerzo del duque por salvar a su esposa, la cual estaba siendo desnudada con rapidez pese a sus patadas y mordiscos. Entonces ella le miró a los ojos y durante un latido, estuvieron ellos solos en la habitación.

—Te quiero amor mío — Eduardo susurró las palabras pero ella las comprendió.

—Yo también te amo — asintió con la cabeza y le lanzó un último beso.

Eduardo dejó de pelear un instante para aprovechar el desconcierto de sus captores, se revolvió con agilidad y desarmó a uno de ellos para arremeter contra su esposa que había hecho lo mismo y también blandía una espada.

Las hojas de metal les atravesaron el cuerpo y pese al dolor y a los gritos de asombro de los mercenarios, Eduardo y Ana compartieron un último momento de intimidad, declarando con una mirada que una vida juntos no había sido suficiente.

—Tuyo o de nadie — murmuró Eduardo entre gorgoteos de su propia sangre.

—Tuya o de nadie — respondió Ana antes de caer en sus brazos.

Jacobo golpeaba con fuerza la puerta y le gritaba a su madre que le abriese, que él podría defenderles, pero entonces un sepulcral silencio se adueñó del túnel y supo que ese fue el preciso instante en el que sus padres habían muerto.

Corrió en busca de la salida y cuando respiró el aire fresco que le anunciaba que había conseguido escapar, el alivio le inundó, salió al exterior y todo se volvió negro.

Cuando abrió los ojos tardó en darse cuenta de que se encontraba en una situación realmente peligrosa. Le habían encarcelado y estaba atado con gruesas cadenas como si se tratase de un perro rabioso. Los días pasaron con lentitud y él ya había empezado a confiar en que su suerte estaba echada, hasta

que una mujer fue conducida a aquel nauseabundo calabozo y comenzó a llamarle a gritos.

Ahí comenzó su infierno particular.

Tras las torturas a las que fue sometido durante meses por parte de los asesinos de su familia, Jacobo había rezado para que le matasen y cuando le dieron por muerto, se sintió profundamente aliviado. Era consciente de que le habían vendido como esclavo pero en esos momentos le pareció que había alcanzado el cielo.

Y al dejarse llevar, todo se volvió negro. Cuando recuperó la consciencia, la dulce voz de Katherine le cantaba una nana que su madre les había enseñado y con la que conseguía eliminar todas sus pesadillas.

Tardó varios latidos en comprender que ella era real, que ambos estaban vivos y que por fin volvían a estar juntos.

CAPITULO 2

Daltra, Agosto de 1523

La enorme comitiva caminaba por los valles escoceses en el más absoluto silencio, pese a la hermosura del paisaje, el ardiente brillo del sol y el cantar de las aves, la tensión se podría cortar con un cuchillo, pues nadie sabía a ciencia cierta lo que les esperaba al otro lado del cuello de botella que era la entrada a la ciudadela.

Ellon siempre había sido un lugar agradable, un referente de hospitalidad escocesa, con bellos parajes y con suficientes recursos propios para no depender de nadie, al menos, así había sido cuando Claud McIntosh era el *laird*, pero ahora, las cosas eran muy diferentes, Eskol se había encargado de que así fuese, había convertido a aquellas gentes en poco más que animales, había arruinado esas fértiles tierras cegado por la ambición y el perverso deseo que convertir a Athdara en su mujer.

Jacobo cabalgaba sobre su semental sumido en sus propios pensamientos. No podía evitar recordar todo lo que había vivido... casi le era imposible no sonreír al recordar a sus progenitores, lo que había aprendido de estrategia militar fue de boca de su abuelo y de su padre, lo que sabía acerca de la intuición y de observar los ojos de las personas era gracias a su madre y el permitir a aquellos escoceses que entrasen en su corazón, había sido gracias a su hermana.

Un suspiro se escapó de sus labios. Les echaba terriblemente de menos,

era consciente de que su vida había cambiado de una forma con la que nadie contaba, jamás alcanzaría el destino que siempre le dijeron que le depararía el futuro, pero sin embargo, no se sentía defraudado con su vida actual, simplemente, echaba de menos a sus padres, a su hermana y su antigua vida llena de días perfectos y de tranquilidad, donde nada escapaba a su control.

Como le ocurría siempre que pensaba en su familia, la culpa le atenazó el corazón. Las imágenes de su padre luchando con una espada en cada mano le desgarraban por dentro, pestañeó varias veces para asegurarse de que el fuego no le rodeaba e intentó concentrarse en lo que oía por si percibía los gritos de su madre, casi podía sentir de nuevo el dolor cuando le dejaron sin sentido y en un gesto inconsciente se acarició las muñecas para cerciorarse de que las cadenas no le desgarraban la piel.

Cerró los ojos un instante para intentar recuperar el sentido común. Había pasado mucho tiempo desde que él había perdido todo el patrimonio de su familia. Aun así... daba gracias a Dios por conservar aún a su hermana Katherine. Ella le había enseñado lo que era el coraje, el valor... y lo fuertes que son los lazos de la familia.

Adoraba a su hermana pequeña. No había otra palabra para describir lo que sentía por ella. Katherine sobrevivió a todo cuanto el destino le puso delante y salió victoriosa de cada batalla. Su hermana tenía más honor, valor y coraje que la mayoría de los hombres con los que él había servido en el ejército inglés.

Una fina llovizna comenzó a caer sobre ellos, haciendo que Jacobo volviese a la realidad y dejase de sufrir por los recuerdos que poblaban su mente y le rompían el corazón.

—*Laird* — uno de los jóvenes que le acompañaba se puso a su lado, él le miró confuso — ¿sabe lo que nos encontraremos en Ellon?

Jacobo le miró durante un latido para volver a fijar la mirada al frente.

—Desolación, traición, pesar, dolor, miedo... — tenía todos los músculos tensos — me temo que nada de lo que nos encontremos allí será positivo y hasta que podamos confiar en alguien de aquella tierra, tendremos que andarnos con cuidado.

—Se cuentan cosas horribles de Eskol — el joven estaba claramente nervioso — yo no llegué a creérmelas — dijo sin mucho convencimiento.

—Créeme — le miró fijamente — todo lo que te hayan contado ni siquiera se acerca a la verdad sobre ese... ser — le repugnaba la idea de que fuese un hombre igual que él.

Logan le había contado algunas cosas acerca de aquel extranjero y Grizela le había confesado otras. Todo lo que sabía le provocaba una terrible necesidad de matar a Eskol de una forma mucho más indigna y dolorosa de como ocurrió en realidad.

De pronto, Jacobo hizo que la comitiva se detuviese, señaló a un par de hombres con los que había luchado en la toma de la fortaleza de Ellon y cabalgaron hasta el cuello de botella que daba paso a aquellas tierras.

Los tres se apearon de sus caballos e inspeccionaron a pie el paso que tendrían que atravesar para llegar al que sería su nuevo hogar. La sensación de que allí no encontrarían nada bueno se les atragantó a todos. Mientras esperaban, Jacobo observaba a su alrededor, la verdad era que se había enamorado de Escocia, no olvidaba que era inglés ni las cosas maravillosas que había vivido en Bradbury, pero tampoco podía negar que en Daltra, el cielo era más azul, los valles más verdes y el sol calentaba más su piel, el recuerdo del brillo del sol le recordó el dorado cabello de Grizela, iba a echarla terriblemente de menos, pero una vez más, se convenció a sí mismo de que pese a que su presencia le aportaba una calma como jamás había conocido, ella no era para él, de modo que tendría que encontrar la forma de vivir sin ella a su lado, su mente le jugó una mala pasada ofreciéndole imágenes de la escocesa en brazos de un hombre, apretó los puños con rabia cuando el ruido de un ligero galope le devolvió a la realidad.

Los hombres volvieron con expresiones confusas en sus rostros y explicaron al inglés lo que habían visto. Una vez que Jacobo se convenció de que no había trampas ni de que sufrirían una emboscada, se dirigió hacia la comitiva y cruzaron el umbral de las tierras de Ellon, su nueva vida le aguardaba.

Los corazones de todos latían desbocados llenos de miedo, angustia, desazón, pero sobre todo una pesada incertidumbre que les impedía respirar con normalidad. Pero nada les había preparado para lo que se encontraron al llegar al poblado.

Jacobo recordaba que la entrada al pueblo era un angosto valle lleno de zarzas espinosas, sin embargo, ante él se extendía una pradera de color negro... los campos de cultivo habían desaparecido, las cuerdas estaban parcialmente derruidas y no se veía un árbol en pie por ninguna parte. No había rastro de vida en la tierra y la desoladora visión provocó que se le encogiese el corazón. Una profunda tristeza le invadió, pero hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para proseguir mientras rezaba para que quedase

algo de vida en la provincia de Ellon.

El silencio reinaba entre el clan de los McGregor, apenas se oía el murmullo del viento, la tranquilidad del entorno sólo era interrumpido por las pisadas de los caballos sobre los charcos que se empezaban a formar debido a que la lluvia se había hecho algo más intensa. Todos tenían la sensación de que ya no estaban en Escocia, el aire no olía a brezo y flores, olía a abandono, tristeza, maldad... los más jóvenes se estremecieron sobre sus monturas.

Cuando llegaron donde debían estar las primeras casas, la tristeza empañaba todos los corazones. Estaban completamente destruidas. No quedaba nada... ni edificios, ni animales, ni gente... nada.

Incluso el muro exterior que rodeaba la antigua fortaleza había sido derruido y las piedras se agolpaban unas sobre otras sin ningún propósito más que el de molestar a aquellos que intentaban pasar. El corazón de Jacobo apenas podía latir, el peso de la culpa le desgarraba por dentro, él había sido uno de los partícipes de que aquellas pobres gentes lo perdieran todo... una vez más había llevado a la muerte a personas inocentes que probablemente seguirían vivas si él no se hubiese cruzado en su camino, la culpa le golpeó de nuevo en forma de puño acertando de lleno en su estómago y sintió como algo dentro de él se perdía para siempre.

—Otro trozo de mi alma — murmuró para sí mismo.

Se apeó de su semental de un salto y observó a su alrededor. La visión que le ofrecía el centro del poblado era sobrecogedora. Casi se podía paladear el olor a muerte. Todo su cuerpo se revolvió y tuvo que apretar la mandíbula para controlar las arcadas.

Los hombres que le acompañaron a inspeccionar el cuello de botella se pusieron a su lado en un intento de apoyarle y protegerle. No habían visto a nadie desde que se adentraron en aquellas tierras.

—¿Qué ha pasado aquí mi señor? — preguntó uno de los hombres.

—No tengo ni idea Bruce — Jacobo le miró un instante para volver a horrorizarse con lo que veía — no tengo la menor idea.

Caminaron hacia las ruinas de lo que había sido el pequeño templo donde los aldeanos iban a rezar y a encontrar la paz de sus almas, el mismo lugar donde habían rescatado a Athdara de las garras de Ildora, quien había sido su ama de cría, la misma mujer que la secuestró y que estaba más que dispuesta a matarla para vengar la muerte de Eskol a manos de Logan. Sin duda alguna, en esa tierra se había volcado demasiada sangre y la maldad cubría cada rincón.

Lo que antes se había erigido como una bella ermita que transmitía paz y

tranquilidad, ahora les ofrecía tan sólo un puñado de piedras desperdigadas, madera ennegrecida por el fuego que sin duda la consumió, restos de enseres religiosos y poco más.

La cabeza de Jacobo funcionaba a toda velocidad, ¿cómo diablos pretendía el rey escocés que él levantase ese territorio? No quedaba nada... no quedaba nadie.

Tan sólo quedaba en pie la antigua fortaleza, aquella que habían levantado los antepasados del venerado *laird* Claud McIntosh. Aunque su aspecto no tenía nada que ver con el que antaño se había mostrado orgullosa durante siglos. Sólo quedaba un torreón en pie de los tres que se adivinaban, faltaba la mitad del patio de armas, las caballerizas estaban derruidas, una precaria puerta llena de agujeros tapaba el arco de entrada que daba directamente al Gran Salón, no quedaba un solo cristal en las ventanas y pese a que era evidente que el aire corría a sus anchas por su interior, se respiraba el inconfundible aroma del abandono.

—No sé por dónde empezar — murmuró Jacobo para sí mismo.

—Por el principio mi *laird* — la conocida voz femenina hizo que el inglés se girara bruscamente.

—¿Qué haces aquí? — la sujetó de los brazos con firmeza mientras sus oscuros ojos escrutaban a la joven escocesa.

—Ayudarte en lo que pueda — Grizela sentía el calor de las manos de Jacobo e intentó reprimir una sonrisa — nos espera un futuro incierto y sin duda alguna, agotador.

—¿Nos? — preguntó el inglés desconcertado.

—Nos — repitió ella con vehemencia — no te voy a dejar solo Jacobo, necesitas mucha ayuda y yo puedo hacerlo, soy hija de un *laird* y soy sanadora — durante unos latidos su cara palideció llevada por los recuerdos — imagino que pensarás que no soy muy buena curandera cuando mi padre murió sin que pudiese salvarlo, pero te prometo que mejoraré... me he traído muchos libros de la biblioteca de mis padres...

—Grizela — la interrumpió el inglés — no puedes quedarte aquí, es una tierra peligrosa y solitaria como puedes comprobar — ella intentó protestar pero la mirada de él la obligó a quedarse callada — no dudo de tus habilidades como sanadora, sé que eres un bien muy preciado para cualquier clan.

—Entonces no me dirás que tengo que irme ¿verdad? — apoyó sus temblorosos dedos sobre el pecho de Jacobo — tú me necesitas y yo deseo

quedarme a tu lado.

Durante unos latidos el mundo se paralizó para ellos. Nada más existía a su alrededor. Tan sólo la calidez en los ojos de la escocesa y la confusión en los del inglés. A duras penas consiguieron no estremecerse por el inofensivo contacto, pues aunque estaban rodeados de gente, era uno de los momentos más íntimos que habían compartido.

Un carraspeo les sacó de su ensimismamiento.

—Debemos registrar todo lo que quede en pie, tenemos que encontrar un sitio donde guarecernos hasta que levantemos de nuevo todo el pueblo — el inglés intentó controlar su tono de voz pese a lo perturbado que se sentía por la cercanía de Grizela.

Todo el mundo acató las órdenes de Jacobo sin protestar.

En lo que debía ser la plaza principal levantaron unas tiendas de campaña provisionales que tendrían que ocupar varias personas a la vez mientras los hombres más preparados para la guerra se ocupaban de entrar en todos los lugares que les podrían servir de cobijo. La lluvia arreciaba empapándoles hasta los huesos.

Grizela se prometió a si misma que no se alejaría del lado de Jacobo, pero una leve sombra en la casi derruida fortaleza negra de Eskol le había llamado la atención y casi sin darse cuenta, se encaminó a ver qué era.

—Con cuidado... — un murmullo la sobresaltó cuando atravesó el umbral.

—¿Quién anda ahí? — preguntó aterrorizada en voz alta.

—Shhhhh — el sonido retumbó en los oídos de Grizela — no queremos que te descubran pequeño ángel — una risita casi infantil le congeló la sangre — o él podría venir a por ti.

—¿Quién anda ahí? — preguntó de nuevo muerta de miedo — ¿quién puede venir?

La joven sentía el corazón laténdole en la garganta, la voz que había escuchado sin duda alguna provenía del mismo infierno, por algún motivo se sintió terriblemente sola y vulnerable, era consciente de que Jacobo estaba cerca, pero algo en el tono de voz de la mujer que habló le hizo pensar que ni siquiera con él estaría a salvo, el miedo se convirtió en pánico y sin ser apenas consciente de sus movimientos, comenzó a caminar hacia atrás.

—¿Qué haces? — la voz de Jacobo provocó que Grizela gritara haciendo que el sonido rebotase en las piedras caídas.

—¡Me has dado un susto de muerte! — protestó ella.

Jacobo alzó una ceja y la miró inquisitivo, pero ella no respondió, tan sólo

se abrazó a sí misma y le miraba con los ojos llenos de terror, algo que hizo enfurecer al inglés.

—Estabas hablando sola — le dijo casi en un susurro acercándose a ella con movimientos lentos y estudiados.

—No es verdad — se defendió ella — hablaba con alguien... sólo que no sé quién era — miraba hacia los lados intentando distinguir alguna forma en la oscuridad que les rodeaba.

—¿Insinúas que aún queda alguien aquí? — Jacobo desenvainó la espada en un movimiento rápido y acertó la distancia que les separaba mientras escrutaba con su mirada de halcón todo lo que les rodeaba.

—Bueno... — titubeó ella — alguien tiene que quedar ¿no? — preguntó sintiendo como la cercanía del inglés la tranquilizaba — las personas no desaparecen sin más y si se hubieran ido de Ellon y hubiesen pedido asilo en otros clanes, Logan habría tenido noticias de ello.

Jacobo sopesó las palabras de la escocesa, no le faltaba razón, eso estaba claro, él tampoco creía que la gente desapareciese sin más, pero el frío que le recorría la espalda no presagiaba nada bueno, si hubiesen muerto, habría cadáveres en alguna parte, habían pasado algunos meses desde la toma de Ellon y aunque los carroñeros se hubiesen cebado con los muertos, debería quedar alguna evidencia de que en esas tierras vivía alguien. Esa línea de pensamiento hacía que las preguntas se agolpasen en la cabeza del inglés, ¿quién les habría matado? ¿dónde estaban los cuerpos?

Por otra parte, la escocesa también tenía razón en que si las personas que habían vivido allí, habían huido, alguien tenía que saber algo, los McIntosh eran un clan con apenas un centenar de hombres, pero sin duda, en el resto de los clanes alguien habría advertido el movimiento de tantos hombres y por lo tanto, habrían dado el aviso al resto para notificar la llegada de extraños en busca de una vida más digna.

—Grizela, no te separes de mí, hasta que descubramos qué ha ocurrido aquí, no quiero perderte de vista — al terminar de hablar la recorrió con la mirada de arriba abajo y retuvo el impulso de estrecharla entre sus brazos.

La escocesa reprimió un suspiro. El inglés jamás sabría lo mucho que ella deseaba oír esas palabras o incluso que llegase a algo más que tan sólo cruzar un par de frases.

El sol aún estaba alto en el cielo y la tormenta de verano ya había amainado por completo, por lo que Jacobo dispuso a los hombres a que sin alejarse mucho de las tiendas, buscasen indicios de animales que les pudiesen

servir de sustento. Otros seguían buscando algún rastro de vida en los edificios derruidos.

CAPITULO 3

A l cabo de un par de horas, los hombres volvieron con las manos vacías y la decepción tiñendo sus miradas, habían visto un par de conejos pero estaban escuálidos y no les servirían para nada. Los ánimos de los McGregor estaban por los suelos, apenas llevaban allí unas horas, pero el desánimo ya les encogía el corazón.

Jacobo agradeció en silencio la generosidad de Logan al ofrecerle tantas viandas como fuesen capaces de transportar, gracias a lo que había en los carros, podrían alimentarse sin problemas durante quizá una semana, pero el temor a que no pudiesen encontrar nada que comer en ese plazo le provocó un nudo en la garganta que le dificultaba respirar, ahora él era el responsable de aquellas gentes y por el momento no tenía ni la menor idea de cómo conseguir salir adelante.

—Jacobo — la voz de la mujer se deslizó por su interior como el whiskey calentando todo su cuerpo.

—Dime Grizela — la observó detenidamente, siempre le subyugaba la belleza de la joven.

—Creo que debemos centrarnos en buscar los pasadizos secretos del castillo — él la miró con una ceja alzada — sé que suena estúpido, pero los castillos escoceses suelen tener pasadizos secretos, algunos llevan a una salida fuera del perímetro de seguridad, pero otros llevan a cámaras secretas — le explicó presa del nerviosismo que siempre se apoderaba de ella cuando

le tenía tan cerca.

—Sí — convino él — recuerdo el pasadizo en la alcoba de tu hermana en la fortaleza de Daltra.

—Exacto — los bellos ojos dorados de Grizela se llenaron de un brillo que aceleró el pulso del inglés.

Ella recordaba aquel día en el Logan acaba de descubrir que alguien entraba en la alcoba de su hermana Athdara y pese a que debido a los acontecimientos que estaban viviendo, ella estaba muy asustada, no pudo evitar fijarse en la tensión en la fuerte espalda del inglés mientras se armaba y con la espada desenvainada se introducía en aquel pasadizo sin rastro de temor en sus ojos. Ella se encontraba con su hermana y con Katherine, las tres estaban armadas por lo que pudiera suceder, temblaba como una hoja, pero sintió una oleada de orgullo que la atravesó al ver cómo los poderosos highlanders Ian y Logan confiaban en él y en sus habilidades.

Esos pensamientos consiguieron que se ruborizara hasta las orejas, sólo los Dioses sabían cuántas veces había soñado con que le mostrara de lo que era capaz de hacer con esas manos llenas de cicatrices. Por aquel entonces, ella ya sabía que se había enamorado completamente del inglés.

Jacobo la observó lleno de ternura, adoraba cuando la joven se turbaba de esa forma tan inocente, no sabía lo que estaba pensando para avergonzarse, pero si estuviera en su mano, él la provocaría ese sonrojo cada noche, antes de... apretó la mandíbula para contener el deseo que ella le hacía sentir, no era ni el lugar ni el momento apropiado para seducirla y era algo obvio el hecho de que ella estaba totalmente fuera de su alcance.

—De acuerdo — concedió apretando los dedos alrededor de la empuñadura de su espada — cogeré algunos hombres y procederemos a buscar posibles cámaras secretas — la miró fijamente y se acercó tanto a ella que podía aspirar su aroma — escúchame atentamente Grizela — su voz se tornó ronca y la vibración en su pecho aceleró el pulso de ella — quiero que te metas en una de las tiendas, te dejaré un puñal algo más grande que el que hice para mi hermana y bajo ningún concepto saldrás de allí hasta que yo mismo vaya a buscarte.

—No puedes darme órdenes Jacobo — sus cuerpos se tocaban, notaba la dureza de sus músculos y una extraña agitación se abrió paso en su interior — no eres mi marido, ni mi padre y tampoco eres mi hermano... soy hija de un *laird* — no sabía de dónde había sacado la energía para enfrentarse a él, pero sabía que no quería que la dejara sola, quería quedarse a su lado, con nadie

estaría tan segura como con él.

—Ahora yo también soy *laird*, aunque sea de unas tierras abandonadas y muertas, tú estás bajo mi protección y no permitiré que nada malo te suceda bajo mi cuidado — tuvo que reprimir las ganas que tenía de besarla, cuando ella le desafiaba de esa forma tan dulce, él tenía que usar toda su fuerza de voluntad para no comportarse como un salvaje.

Se miraron fijamente a los ojos, ambos notaban cómo crecía la tensión entre ellos, sabían que debían separarse, pero ninguno estaba dispuesto a hacerlo.

Finalmente, Jacobo dio un paso atrás, cogió de la mano a Grizela y casi la llevó a rastras hasta la primera tienda de campaña que ya estaba terminada, una vez dentro, sin decir ni una palabra, la arrinconó y le puso en la mano un puñal bastante más pesado que cualquiera que ella hubiera tocado.

—Presta atención — le dijo él — si alguien se acerca más de la cuenta y no retrocede al presentarte, no lo dudes, empuña el cuchillo así — colocó el mango del arma en su mano — y sin vacilar lo más mínimo, clávaselo con todas tus fuerzas aquí — se apuntó a sí mismo con la hoja en el pecho — el puñal le atravesará el corazón y cuando lo saques, el hombre morirá en el acto.

—Tengo miedo — murmuró ella, percibir la protección del inglés le provocó que su corazón se alterase tanto por la cercanía con él como por el hecho de que había algo que le hacía ponerla a salvo, algo que podría herirles o algo peor, Jacobo percibió que temblaba y sin querer resistirse la abrazó con fuerza.

—No debiste venir Grizela — le susurró en el oído — pero juro que te mantendré a salvo hasta que pueda devolverte a tu hogar — ella jamás sabría el profundo dolor que había sentido al pronunciar esas palabras.

Antes de que ella pudiese responder, Jacobo salió de la tienda a grandes zancadas, buscó con la mirada al hombre más robusto y le situó en la entrada de la tienda donde se ocultaba la escocesa.

—Te desollaré vivo si permites que alguien que no sea yo entre — la ira que manaba de los ojos del inglés atemorizó al guardián.

—*Aye* — hizo un gesto de asentimiento con la cabeza que pareció calmar a Jacobo.

Apenas unos latidos después, varios hombres le acompañaban al interior de la fortaleza negra con antorchas en las manos intentando averiguar posibles pasadizos que les diesen respuestas.

Mientras escrutaban las juntas de las piedras que aún se mantenían en pie, Jacobo no dejaba de pensar en cómo habría conseguido Eskol que esa construcción tuviese ese aspecto tan siniestro. Todas las fortalezas que él había visto tanto en Inglaterra como en Escocia, eran de suave piedra gris, levantadas para resultar agradables a la vista, majestuosas incluso, pero la fortaleza negra parecía gritar al que la observara que era un lugar peligroso, que nada bueno se escondía en su interior. Aquel extranjero había convertido el aspecto del castillo en una advertencia, aunque por monstruoso que aparentara ser por fuera, no se acercaba a la maldad que se había llevado a cabo entre sus paredes.

El sol se ocultaba en el horizonte cuando uno de los hombres descubrió una especie de trampa en el suelo, avisó a Jacobo que se puso a la cabeza de los highlanders sin dudarlo ni un instante, levantó la losa de piedra y sin pensarlo demasiado se adentró en la oscuridad que emanaba del pasadizo. Bajó los escalones contando en silencio.

—Esto le va a encantar a Grizela — murmuró para sí.

—Puede apostar por ello mi *laird* — secundó otro de los hombres — de pequeña no hacía más que esconderse por los rincones de la fortaleza de su padre y las doncellas se pasaban horas buscándola.

Jacobo agradeció en silencio la información que le acababan de dar. Pese a que lo que sentía por ella jamás sería una realidad para él, tenía la necesidad de averiguar cuanto pudiese de su vida, sabía que ella no debía estar en Ellon con él, pero que Dios le perdonase, ansiaba que no se fuese nunca. El honor de hacer lo debido luchaba contra los deseos de su corazón, una cruel batalla que libraba en su interior desde el mismo día en que conoció a la joven.

Se obligó a centrarse en la misión que tenía entre manos, si había trampas en el estrecho pasillo, seguramente no podría descubrirlas si no dejaba de pensar en Grizela y de fantasear con cómo sería el tacto de su piel o el sabor de sus labios.

Caminaron varias decenas de pasos hasta que dieron con una bifurcación.

—No me parece seguro dividirnos — aseveró uno de los hombres y Jacobo asintió con un gesto.

—Pero lo haremos igualmente — miró a los que iban de últimos — vosotros dos os quedaréis exactamente en este punto — le respondieron con gestos afirmativos — no confiéis en lo que oigáis, el eco de estos pasillos puede ser engañoso, mantener las espadas en alza y no dejéis de cubriros el uno al otro.

El resto de los hombres siguieron a Jacobo por el pasillo de la izquierda que se hacía cada vez más estrecho, ya apenas podían caminar sin desollarse los brazos, se giraron un poco para librarse de los arañazos de las aristas de las rocas.

Unas decenas de pasos después, Jacobo percibió un cambio en el olor del aire y una ligera brisa. Detuvo a sus hombres, les ordenó absoluto silencio y esperó.

Cerró los ojos un latido para intentar encontrar serenidad. Debía controlar cada aspecto de su cuerpo, debía reconocer lo que tenía delante antes de verlo, así era como le había entrenado su padre, se centró en sus enseñanzas, abrió los ojos y los fijó en un punto lejano, se obligó a pausar su propia respiración hasta que su corazón dejó de latir desbocado, podía notar el salitre en el aire... Ellon tenía costa y desde la fortaleza se podía ver el mar, tenían que estar caminando en dirección este.

Emitió un gruñido que parecía más animal que otra cosa y se concentró en cualquier sonido que llegase a sus oídos. Y entonces lo oyó. Un suave gemido apenas audible provenía del final del corredor, quienes se escondiesen en aquél laberinto subterráneo no debían estar muy lejos.

—Preparad las armas — susurró a los hombres que le seguían en silencio.

Llegaron hasta una pesada puerta de madera, Jacobo la miró con detenimiento durante unos momentos, los hombres que le acompañaban no comprendían lo que hacía, pero no osaron interrumpirle. Al cabo de unos instantes, el inglés encontró lo que buscaba, hizo que sus hombres se tirasen al suelo en silencio y él hizo lo mismo, entonces acercó la antorcha a un hilo apenas visible y un silbido cortó el aire.

Jacobo se levantó con agilidad y detuvo el hacha que oscilaba sobre las cabezas de los McGregor, estuvo tentado a sonreír, su padre le había enseñado ese truco un millar de veces y él mismo lo había preparado en un par de escaramuzas cuando se encontraba entre las huestes del ejército inglés.

Todos le miraban como si estuviesen viendo a un héroe, lo que hizo que el inglés se sintiese incómodo, odiaba cuando la gente fijaba sus ojos en él, sabía que le respetaban pero todo el mundo veía sus cicatrices y era imposible que no pensarán en las torturas a las que fue sometido. No soportaba la compasión.

Un latido más tarde reventaba la precaria cerradura de la puerta con su espada y entraba con fuerza en una enorme estancia. Lo que vieron sus ojos le dejó sin aliento.

Ante él se encontraban hacinados varios hombres, mujeres y niños. Y

todos ellos lloraban y temblaban de miedo. Una vez más, la culpa le atenazó el corazón provocando que su conciencia le hiriese profundamente, él era el responsable de todo lo que había ocurrido en aquellas tierras, él había provocado que aquellas personas que le miraban aterrorizadas estuviesen en un agujero en el suelo, rodeados de inmundicias y humedad.

—Soy Jacobo de Bradbury — se presentó envainando la espada — hombre de confianza del *laird* Logan McGregor y del *laird* Ian McRae.

Les dio unos instantes para que asimilaran sus palabras. Se fijó con detenimiento en los niños, por su experiencia, los adultos podían ocultar lo que sentían, pero los niños no habían aprendido a esconder sus emociones.

—Sabemos quién sois — dijo un hombre de pelo blanco y abundante barba — vosotros nos librasteis del demonio de Eskol y después nos dejasteis a nuestra suerte.

La nota de rencor en la voz del anciano fue un nuevo golpe para la conciencia de Jacobo.

—Lo lamento — se disculpó el inglés — pero hemos venido a solventar nuestros errores — la mirada de varios de los hombres se relajó — no debimos irnos y dejaros indefensos, es evidente que os hemos puesto en una situación vulnerable.

—Eso es ser generoso con las palabras — volvió a recriminar el viejo.

—Por favor, acompañennos a la superficie — terció Jacobo con una voz suave que contrastaba con su apariencia — hemos venido a hacernos cargo del territorio de Ellon, estamos aquí para devolverle la vida a la tierra.

—Me gustaría ver eso — Jacobo sonrió ante la crítica del hombre.

—Con su ayuda, no me cabe la menor duda de que lo verá, caballero.

Hizo un gesto con la cabeza en señal de respeto que consiguió que muchos de los que le observaban comenzaran a confiar en él. Todos habían oído las historias del inglés que volvió de la muerte para salvar a su hermana, la bella inglesa que era capaz de doblegar al más rudo y orgulloso highlander que habitaba en Escocia. Ian McRae había arriesgado su vida por esa mujer y el hombre al que ahora tenían enfrente se había convertido en su mano derecha.

Eran muchas las leyendas que decían que Jacobo de Bradbury había sido hecho prisionero por los suyos, esos malditos perros ingleses que habían traicionado a todo el clan de los Bradbury y que le mataron cuando ya no pudo soportar durante más tiempo las torturas a las que le sometieron durante meses, entonces el *Cat Sith*, el gato ladrón de almas, fue a robar su alma y según se había extendido, Jacobo hizo un trato con él, si le devolvía la vida, él

le entregaría las almas de todos aquellos a los que matase.

—¿Y por qué los Dioses os han encomendado esta misión? — preguntó el viejo con desconfianza.

—No fueron los Dioses caballero — le informó Jacobo — fue el mismísimo rey escocés, supo que Ian McRae había derrocado al *laird* de estas tierras matándole y le encomendó que hiciéramos todo lo posible por ayudarles a recuperar su antigua gloria.

Las palabras calaron en los corazones asustados de aquellas gentes. Jacobo pudo ver el momento exacto en el que el temor había dado paso a la esperanza y rezó en silencio para que fuese capaz de llevar a ese pueblo hasta una forma de vida mejor que la que habían conocido la mayoría de ellos.

En silencio se fueron poniendo en pie, colocaron a los niños ante los hombres del clan McGregor y éstos entendieron que se trataba de un acto de vulnerabilidad impropio de un highlander. El corazón de los guerreros se encogió. Todos se preguntaron cuánto habrían sufrido aquellas gentes para poner a los niños los primeros en caso de que ellos resultasen ser una amenaza. Y no pudieron evitar el hecho de sentirse como unos auténticos salvajes.

Cuando llegaron a la bifurcación donde esperaban el resto de los hombres que habían entrado en el pasadizo secreto, el viejo que habló con Jacobo le indicó que por aquel pasillo encontraría una despensa donde aún quedaban algunas viandas comestibles.

—Entonces caballero — Jacobo se giró para mirarle a los ojos — me alegro de haber elegido el pasillo de la izquierda, sin duda, nuestra cena será más agradable con vos como anfitriones.

El viejo sonrió con complicidad y sacudió la cabeza intentando no rendirse al joven inglés que sin duda alguna tenía el don de la palabra.

Entre los guerreros de los McGregor y los hombres que aún conservaban las fuerzas, sacaron a la superficie todo aquello que había en aquella despensa. Para su desgracia, había poco que se podía salvar, Jacobo se fijó en que habían hecho lo posible por preservar los alimentos, pero si llevaban escondidos tanto tiempo, habría sido un milagro que la comida hubiese sobrevivido a la sal del ambiente, la humedad del mar y los insectos que recorrían las piedras.

CAPITULO 4

Nada más poner un pie fuera de la fortaleza derruida, Jacobo cogió aire para comenzar a dar órdenes a sus hombres, pero antes de pronunciar una sola palabra, una maraña de pelo dorado se abalanzó sobre él con tanto ímpetu que casi le hace caer. Sentir el aroma de Grizela rodeándole el cuello, su respiración agitada y el calor de su cremosa piel, provocó en el inglés que todo su interior se revigorizase de golpe.

—¿Estás bien? — la separó de él lo justo para poder mirarla a los ojos — ¿alguien te ha hecho daño?

—¡No! — ella le abrazó de nuevo — es que tenía tanto miedo de que te ocurriese algo... yo... lo siento, sé que esto no es apropiado, pero no me veo capaz de soltarte — murmuró cerca de su oído.

—Grizela — el tono de su voz era tranquilizador para el agitado corazón de la escocesa — estoy bien, mírame — intentó separarla de nuevo, pero ella se aferró con más fuerza a su cuello — escúchame, hemos encontrado a los habitantes de Ellon, ellos y todos los McGregor están viendo cómo me abrazas de una forma tan... pasional — y que Dios le perdonase, pero él estaba disfrutando de cada roce de su cuerpo — ¿acaso quieres que Logan venga y me corte la cabeza?

—¡Por los Dioses! — la escocesa se soltó de él y el frío le invadió de nuevo — lo siento mucho mi *laird*... — el rubor cubrió sus mejillas e hizo una reverencia para ocultar su rostro — yo... me temo que estoy viviendo

demasiadas emociones en poco tiempo y que me he dejado llevar por el temor... lo siento mucho.

Jacobo ocultó una sonrisa al ver tan abrumada a la joven... ¡si ella supiera! Él con gusto habría puesto su propia cabeza en el cadalso con tan de volver a tenerla entre sus brazos.

Acto seguido, muerta de vergüenza, Grizela corrió a esconderse de nuevo en la tienda de campaña.

—Parece que no dejas a nadie indiferente — la profunda voz del viejo hizo sonreír a Jacobo — no comprendo cómo te adentras en un pasadizo húmedo y maloliente en vez de hacerlo entre los muslos de esa joven — la mirada del inglés se endureció — no me mires así — le recriminó — si tuviera veinte años menos, podría ser una amenaza para ti, pero en mi estado... gracias a que puedo deleitarme con su belleza sin que mi corazón se pare por la emoción.

Jacobo rio a carcajadas. Era muy buena señal para el alma de esas gentes que pese a todo lo que habían vivido, aún quedara algo de humor en alguno de ellos. Eso le llenaba de una esperanza que le calentaba el corazón y casi podía competir con lo que le hacía sentir Grizela.

Una vez que todos se habían recuperado de la confusión con respecto a los habitantes de Ellon, Jacobo dio orden de comenzar a salvar todo lo que pudiesen de la comida que habían sacado de la cámara oculta.

Por desgracia, tan sólo pudieron salvar un saco de trigo, otro de harina, algunas pieles que no estaban plagadas de pulgas y nada más. Estaba claro que Jacobo tendría que encontrar alguna solución al tema de la alimentación, ahora tenía cerca de un centenar de bocas que alimentar, algunos de ellos muy enfermos, los víveres traídos de Daltra sólo les llegarían para unos pocos días.

Al menos eso pensaba hasta que vio con qué voracidad comían aquellas gentes, uno de los niños le informó de que llevaban varios días sin comer, ya no les quedaba nada, algunos habían muerto de hambre y habían sido enterrados en el bosque. Una profunda pena se instaló en el alma del inglés.

Durante la noche apenas pudo pegar ojo, habían traído consigo diez tiendas de campaña, una de ellas la necesitaban para cobijar la comida y los animales, por lo que en las otras nueve tendrían que resguardarse todos los hombres, las mujeres y los niños.

Él prefirió quedarse fuera de la tienda sentado en un viejo tronco, necesitaba pensar en qué haría a partir de entonces, se sentía responsable de la

vida de todos aquellos que intentaban dormir tan pegados unos a otros que apenas podían moverse.

Una caricia le sobresaltó, se levantó de un salto y alzó el puñal.

—No pretendía asustarte — el susurro de Grizela le tranquilizó de inmediato — lo lamento.

—Imagino que no puedes dormir — ella sonrió — no te culpo.

—Y nadie te culpa a ti — él la miró inquisitivamente — puedo ver como la culpa te está carcomiendo — él fue a hablar pero se detuvo — lo que les ha ocurrido a estas personas es culpa de Eskol, no tuya — se sentó en el tronco, esperando en vano que él la acompañase — tú no has hecho nada malo, es más... te diré que si logran tener una vida, será gracias a ti.

—Dulces palabras de una dama — se sentó a su lado y ella tuvo que contener un suspiro — más no hacen otra cosa que ocultar la realidad.

—Jacobó — ella posó su mano sobre la de él — puedo sentir tu dolor y yo... — le miró con los ojos encharcados — ojalá encontrase una forma de sanar las heridas de tu corazón.

—Ojalá — concedió él.

Se quedaron en silencio contemplando las estrellas, había dejado de llover y ahora el cielo oscuro les mostraba la belleza de lo que les rodeaba. La luna brillaba con fuerza iluminando con velos de plata todo aquello que alcanzaba.

Grizela suspiró.

La visión debería ser totalmente mágica, tal y como era en los valles de Daltra, pero por desgracia, lo que tenía ante sí, era algo macabro, oscuro, tenebroso incluso. Las siluetas de los árboles del bosque que les rodeaba la llenaba de una profunda pena, ella siempre había defendido la vida de cualquier ser al que pudiese salvar, era consciente de que había que matar animales y plantas para alimentarse, pero tener todo un territorio muerto le destrozaba el corazón.

—Grizela — la voz de Jacobo se coló en su interior — sé que puedes sanar a las personas — ella le miró sin comprender — ¿también puedes sanar la tierra? — los dulces ojos dorados de la escocesa mostraban su confusión — mi hermana Katherine dice que todo lo que nos rodea importa y que nosotros importamos a lo que nos rodea — se encogió de hombros — o algo parecido... el caso es que creo que esta tierra está enferma, que en ella se ha vertido demasiada sangre, que ha habido demasiada traición y que por eso todo se ha muerto.

El brusco latido del corazón de Grizela la sobresaltó de tal forma que

ahogó un gemido, se tapó la boca con una mano y una lágrima recorrió su mejilla.

—Supongo que crees que estoy loco — bajó la mirada al suelo y se puso en pie.

—No — ella le imitó, colocándose delante de él — es que jamás he oído a un hombre decir que la tierra no puede soportar tanto derramamiento de sangre — Jacobo la miró fijamente — yo pienso lo mismo, por eso me hice sanadora, para compensar las atrocidades que se cometen.

La sangre se calentó en las venas del inglés. Un rayo de luna iluminaba a Grizela haciéndola parecer un ángel, su hermoso pelo dorado ahora refulgía como la plata recién pulida, sus ojos eran casi transparentes, su piel de alabastro era una tentadora invitación para sus manos que cerró en un puño con fuerza para no sucumbir a ella. La observó en silencio deseando que ese momento no finalizase nunca, pues estaba seguro de que jamás volvería a verla como esa noche, tan sincera, tan entregada, tan llena de vida, como una aparición divina.

Se forzó a sí mismo a no sobrepasar los límites de lo correcto.

—Debes descansar Grizela — le acarició el rostro sin poder controlarse — nos espera un futuro incierto y agotador — le dedicó una sonrisa que a ella la hizo suspirar.

—Tú también debes descansar — le miró fijamente — eres nuestro *laird*, tu trabajo es más duro que el nuestro.

Jacobo apenas podía contenerse, la sensualidad que desprendía Grizela le abrumaba de tal forma que podía notar cómo le hormigueaba todo el cuerpo por la anticipación. Había sentido el deseo con anterioridad, había tenido infinidad de amantes, pero después de las torturas a las que había sido sometido en Inglaterra y de la trágica muerte de Ivy en la iglesia de Nairn, el deseo se había esfumado de su ser. Reconoció para sí mismo que cuando vio a Grizela por primera vez, algo parecido a un leve rastro de pasión se encendió en él, pero por aquel entonces, las cicatrices de su cuerpo le dolían tanto que apenas podía respirar sin mostrarse como un lisiado.

El recuerdo de las torturas, de las cicatrices y de la muerte que le rodeaba fue suficiente para apagar el deseo en sus entrañas. Miró a Grizela y se sintió un estúpido, una mujer como ella era algo a lo que él no podía aspirar... quizá antes de perderlo todo, cuando él era el heredero del duque de Bradbury hubiera tenido una oportunidad, pero no ahora que no tenía más que un título prestado de *laird*.

—Iré a dormir en un momento mi señora — se inclinó hacia ella manteniendo las distancias — aún debo trazar un plan que pueda llevar a cabo para salvar la vida de estas personas y las nuestras.

Grizela sintió como el ánimo de Jacobo cambiaba, un dolor sordo se instaló en su corazón, para su desgracia ya estaba muy familiarizada con esa desagradable sensación, le dedicó una sonrisa triste que no llegó a sus ojos y tras desearle buenas noches se obligó a girarse para volver a su oscuro rincón dentro de la tienda de campaña.

Una vez dentro, se acurrucó en la oscuridad, se abrazó a sí misma y permitió que las lágrimas rodasen por su rostro mientras su mente se llenaba con los recuerdos que poseía de los momentos vividos con Jacobo. Se sintió una completa idiota, ella se había sentido absolutamente deslumbrada por él, le había espiado escondida en los rincones del castillo de su padre, no podía apartar sus ojos de él, ese inglés había vuelto de la muerte, su padre le había contado la historia, había sido traicionado por un viejo amor, su familia había muerto, sólo le quedaba Katherine que al estar casada con Ian, ya había dejado de ser responsabilidad de él.

Ella le había visto curarse día tras día. La sanadora le había recomendado que se lavase las heridas cada día y ella se había colado en la habitación de Jacobo para añadir esencias de hierbas a la bañera y a la jofaina de las abluciones matutinas. Había sido testigo directo de cómo día a día, caminaba más erguido, como cada vez menos veces necesitaba estar a solas para sujetarse el costado o para cambiarse alguna de las vendas de las heridas más profundas.

No había confesado su secreto a nadie, ni siquiera a su hermana, ella había visto casi todas las cicatrices de Jacobo y le parecía un milagro de los Dioses que hubiese sobrevivido, a veces, cuando le veía observar todo a su alrededor con sus profundos ojos grises de halcón, realmente creía que había vuelto de entre los muertos. Parecía que nada se escapaba a su escrutinio, nada salvo ella que jamás parecía ser el objetivo de esas miradas tan intensas.

También había observado la reacción de las mujeres del clan. Todas le miraban con recelo, con miedo incluso, pero eso no evitaba que si en alguna ocasión se quedaban a solas con él, se le insinuasen descaradamente. Incluso una vez, dos doncellas entraron en su habitación mientras él se estaba bañando y permanecieron dentro más de lo que hubiera correspondido a un error de cálculo sobre el tiempo que le lleva a un hombre darse un baño, sin embargo, rezaba para que en ese tiempo, Jacobo no hubiese hecho uso de los servicios

que sin duda alguna, ellas le habían ofrecido.

Sintió como los celos le hacían hervir la sangre y volvió a sentirse furiosa consigo misma, lo mismo que aquel día, ella no era muy diferente de esas mujeres. Incluso se había insinuado en la fiesta de celebración de boda de su hermana y a la mañana siguiente se había mostrado sumisa a la vez que provocadora... el instante en el que Jacobo le sujetó la barbilla con delicadeza para preguntarle por Logan, golpeaba su mente una y otra vez... estaban solos en el Gran Salón, estaban tan cerca que ella pudo distinguir el olor de la manzanilla, el muérdago y el poleo entre otras esencias que ella añadía al agua.

Grizela se recostó un poco más sobre la tela tensada que hacía las veces de pared y se obligó a dormir un rato antes de que el sol del amanecer la despertase, estaba convencida de que Jacobo la obligaría a irse a Daltra con su hermana, pero lo que realmente la contrariaba era que tendría que darle muchas explicaciones a Logan.

Cuando el sol comenzó a despertar a los aldeanos y a los guerreros, Jacobo ya había recorrido una legua alrededor de la antigua fortaleza de los McIntosh. Se sentía absolutamente agotado. La conversación y la cercanía de Grizela le habían alterado tan ferozmente que no había sido capaz de cerrar los ojos más de unos pocos latidos cuando el sopor por el cansancio de la jornada casi le habían derribado, una molesta llovizna le había calado hasta los huesos.

—Mi *laird* — uno de los guerreros se acercó a él — estas tierras están muertas, ¿qué hacemos aquí?

Jacobo le observó detenidamente.

—Duncan — sus ojos mostraban la ira que sentía — piensa durante un momento en esto: ¿te gustaría que te abandonaran a tu suerte, sólo porque creen que estás muerto?

Permitió que el chico pensara en sus palabras durante un breve instante, era consciente de que había sonado demasiado brusco, pero no podía evitarlo, a él le habían dado por muerto y daba gracias a Dios cada día porque aquellos mercenarios decidieran que valía la pena recogerle y venderle como esclavo. Jamás podría agradecerle lo suficiente a Angus McGregor que pagara tanto dinero por él. Pensar en él le hizo darse cuenta de cuánto le echaba de menos, el tiempo que había pasado en Daltra, le había servido para gozar de una sincera amistad con el *laird*, que en parte le había servido para aliviar ligeramente la pesada carga que portaba en su corazón.

—Tiene razón *laird* — el chico agachó la cabeza.

—Sé que puede parecer que todo está muerto, pero hasta que no registre hasta la última pulgada de estos angostos valles y me asegure de que no queda ni una sola brizna de hierba fresca, no me daré por vencido y mantendré la esperanza — miró al cielo claro pero cubierto de nubes que amenazaban lluvia — porque eso es lo único que les queda a estas gentes, lo han perdido todo, hasta la dignidad.

Y él sabía perfectamente lo que era eso. No tenía más que mirar su reflejo para que su propio rostro le recordase las torturas sufridas, no tenía más que observar su cuerpo para que cada una de las cicatrices que tenía, le devolviese a aquellos terribles días en los que estaba encerrado en aquella mazmorra enmohecida y pestilente donde pasó sus horas más oscuras.

CAPITULO 5

Fue a buscar a Grizela y se armó de valor para hablar con ella, sabía que no tenía derecho a pedirle que se quedara, que su obligación era ordenar que alguien la acompañase hasta Daltra y olvidarse de ella de una vez por todas, pero se mintió a sí mismo y se dijo que la necesitaba para curar las heridas y enfermedades que algunos de los aldeanos de Ellon presentaban.

Cuando la encontró compartiendo un trozo de pan con una de las niñas más pequeñas, algo dentro de él se revolvió, el corazón comenzó a latirle con más fuerza de lo aconsejable, algún día sería una madre maravillosa. La observó durante unos instantes y no pudo evitar imaginarla con un bebé en sus brazos, un precioso bebé de pelo rubio como el trigo dorado y ojos grises... su corazón se detuvo y algo dentro de él se estremeció, apretó los dientes y con toda la fuerza de su voluntad eliminó esas imágenes de su cabeza, respiró profundamente y después se acercó a ella.

Un dolor en el pecho le invadió cuando la pequeña le vio y tras ahogar un gemido se escondió en los brazos de Grizela. Sin duda alguna, la niña estaba aterrorizada por su aspecto.

Le hizo un gesto a la escocesa y se alejó para no asustar más a la niña que sollozaba mientras la mujer intentaba consolarla sin mucho éxito.

Al cabo de unos instantes, Grizela se reunió con él.

—No se lo tengas en cuenta, sólo es una niña — ella le miró con compasión en los ojos y él se odió por lo que esa expresión le hacía sentir.

—Sé que sólo es una niña — cortó la conversación — no te he llamado por ella — Grizela se asombró por la dureza de sus palabras — hay varios heridos y enfermos y necesito que les atiendas, tomes nota de todo lo que necesites y te vayas con un par de guerreros a Daltra, necesito ayuda de los clanes para levantar este territorio.

Sin decir una palabra más y sin darle la oportunidad de responder, Jacobo se dio media vuelta y se marchó de allí con paso firme y decidido, ella le observó rodearse de los guerreros más fuertes y dirigirse hacia lo que debía ser una antigua cuadra.

Grizela sentía que la frustración crecía en su interior, podía notar cómo la sangre le bullía en las venas, en muchas ocasiones había observado atentamente los arrebatos de ira incontrolada de su hermana, recordaba cuando su madre solía decirle que Athdara poseía la pasión incontrolada de Escocia en su ser y que ella era como la calma que precede a la tormenta de los hermosos amaneceres escoceses. ¡Echaba tanto de menos a su madre!

Por un momento pensó en ir hasta donde estaba Jacobo y abofetearle por hablarle en ese tono, pero recordó a tiempo que ahora él era el *laird* de aquellas tierras y que por nada del mundo podía afrentarle así delante de sus hombres y avergonzarle de aquella manera, o peor aún, que él se viese obligado a castigarla de algún modo.

Suspiró con resignación y miró al cielo deseando que su madre le enviase alguna señal que le indicase cómo podía hacer que ese hombre tan obstinado la viese como mujer o por el contrario que le hiciese saber cómo olvidarle para siempre.

Finalmente y tras tragarse el nudo de emociones que amenazaban con ahogarla, se dirigió hacia los habitantes de Ellon y comenzó a hacer exactamente lo que Jacobo le había ordenado.

Era verdad que había demasiados enfermos, se sentía demasiado afectada al ver a tantos jóvenes con sus cuerpos demacrados y faltos de alimentos, con las enfermedades cebándose con ellos, niños y niñas que seguramente no sabían lo que era darse un baño con agua limpia. Cerró los ojos un instante y tras ir a buscar su bolsa con los remedios, se puso manos a la obra, un par de mujeres que se encontraban algo mejor que aquellos niños, la ayudaron con los ojos llenos de gratitud.

¡Qué duro debía ser ver a tus hijos así! Se concentró en la tarea asignada y se dejó influenciar por el coraje de aquellas personas que pese a todas las penurias, se atrevían a seguir luchando por sus vidas. Preparó varios odres de

caldos sanadores y los repartió con dulces sonrisas y tiernas caricias, el olor que desprendían aquellos brebajes era horrible, pero ella sabía que si conseguía que lo tomaran, en pocos días comenzarían a sanar.

No volvió a cruzar una sola palabra con Jacobo el resto de la jornada, le había perseguido con la mirada siempre que intuía que estaba cerca, pero tras ver la furia en sus ojos grises y la desesperación en sus gestos, decidió que era más prudente dejarle un tiempo para que pudiese buscar soluciones a los apremiantes problemas que tenía.

Jacobo se sentía totalmente sobrepasado por las circunstancias, había recorrido los alrededores al menos una decena de veces y ni una sola de ellas había visto alguna traza de que la vida volviese a esas tierras. No podía comprenderlo, seguían estando en Escocia, él había sido testigo de cómo la vida se abría paso a través de las tormentas, de las incansables lluvias, del abrasador calor cuando el sol se empeñaba en quemarlo todo con sus rayos... incluso en la siempre gris y nublada Inglaterra los bosques sobrevivían a las catástrofes. Pero parecía que Dios se había olvidado de aquella parte de Escocia y no podía evitar sentir que la pena y la tristeza le rompían el corazón, había aprendido a amar a esa tierra casi tanto como un escocés.

Se pasó las manos con desesperación por el pelo y tomó la decisión de escribir tanto a Logan como a Ian, necesitaba ayuda o todos morirían de hambre en pocos días, la situación era apremiante.

Envió las misivas con unos alegres jóvenes que se vieron libres de toda la miseria que les rodeaba en aquellas destrozadas tierras. No podía culparles, en algún momento él mismo se había sentido tentado a huir de allí. El sol se estaba ocultando en el horizonte, con un poco de suerte, Logan recibiría la carta antes de que se retirase a descansar.

Había decidido que lo primero que tenía que hacer era levantar alguno de los edificios que aún pudiesen repararse, bien para los animales o para el centenar de personas que dependían de él, pero había descubierto que era totalmente imposible, las piedras podían utilizarse, pero sin vigas de madera no podían hacer tejados que les resguardasen de las lluvias.

—Anciano — se dirigió al viejo con el que había trabado una cierta complicidad — ¿qué ocurrió?

El hombre le dedicó una dura mirada.

—Cuando Ian McRae ordenó quemar la fortaleza negra, todos pensamos que el mal se iría de Ellon, porque el fuego purifica — Jacobo asintió — pues bien, nos equivocamos. Los hombres que aún le eran leales a Eskol le

prendieron fuego a todos los edificios de la aldea en cuanto el último de los McRae y los McGregor salió de estas tierras — el inglés comprendía la ira que se desprendía de las palabras del hombre, la traición era algo que te comía el alma, algo que él conocía perfectamente — al cabo de unos días, misteriosamente todos y cada uno de esos hombres aparecieron devorados en el bosque.

El viejo se encogió de hombros y Jacobo supo que no le apenaban lo más mínimo esas muertes y cayó en la cuenta de que a él tampoco le afectaban. Siempre había sentido un pinchazo de tristeza cuando alguien moría, pero había aprendido a base de golpes, que algunas personas merecían morir y si era entre terribles agonías, mejor. Esos pensamientos le creaban cierta confusión, pues a él le habían inculcado que desear el mal ajeno era algo horrible, pero no podía negar que sentía cierta satisfacción cuando una mala persona dejaba el mundo de los vivos.

Las tripas le rugían de hambre pues llevaba todo el día sin comer, pero había decidido que era mejor que su ración la disfrutasen esas gentes que habían pasado grandes penurias, así que se subió en su semental y se fue hacia el acantilado más elevado detrás de la antigua fortaleza. Había descubierto que el bravo sonido del mar estrellándose contra las rocas le permitía despejar su mente y sólo Dios sabía cuánto lo necesitaba.

Grizela buscó a Jacobo por los alrededores, llevaba un plato con algo de pan negro, gachas y un trozo de res en salmuera, pero por más que recorrió los caminos no pudo dar con él, nadie le había visto y nadie sabía dónde se encontraba. También debería estar acostumbrada a que sus desapariciones no le afectasen, pues en Daltra lo hacía muy a menudo, estabas hablando con él y sin que te dices cuenta, se había esfumado sin rastro... sí, debería estar acostumbrada, pero no lo estaba.

Le echaba mucho de menos cuando no podía localizarle con la mirada, lo cual era absurdo y ella lo sabía, pero no podía evitarlo, pese a la cantidad ingente de noches que se había quedado dormida inventando vidas alternativas para ellos... seguía sin acostumbrarse a la idea de que él pudiese desaparecer de su vida para siempre.

El amanecer sorprendió a Jacobo aún en el acantilado, habían pasado varias horas y no había obtenido respuesta de Logan, imaginaba que Ian no sabría nada hasta el día siguiente, pero la impaciencia estaba pudiendo con él, le había dicho a un par de vigías dónde estaría por si surgía algún problema aunque les había dejado claro que no quería que nadie le interrumpiese si no

era un asunto de vida o muerte.

No tenía fuerzas ni ganas de llegar cabalgando al campamento improvisado, de modo que cogió las riendas de su caballo y caminó con paso cansado para intentar dormir un par de horas antes de que él mismo fuese hasta Daltra a suplicar ayuda a Logan.

—¡Jacobó! — la jovial voz de su hermana le hizo abrir los ojos por la sorpresa — ¡oh Dios mío! ¡Hermano! — Katherine se soltó de la mano posesiva de Ian y corrió levantando sus faldas para estrellarse contra el duro pecho de su hermano — te he echado tanto de menos...

—¿Qué te ocurre? — preguntó con preocupación — nos hemos visto hace unas semanas — estaba confuso por la reacción de su hermana pero inmensamente feliz de tenerla entre sus brazos.

—¡Oh! — ella le abrazó con fuerza — ese joven que enviaste, cabalgó como un loco, nos informó de que aquí todo estaba muerto, que no teníais comida ni forma de conseguir agua limpia, que la muerte os rondaba y yo... — un sollozo se escapó de su garganta — no puedo perderte Jacobo.

—Katherine — su voz se tornó más grave — ¿qué diablos te ocurre? — la miró a los ojos azules llenos de lágrimas — tú no lloras por un rumor... — miró a Ian furioso y este le respondió con una sonrisa insolente en los labios — ¿ese salvaje te ha hecho daño?

—¿Qué? — preguntó Katherine confusa, miró a su hermano y al darse cuenta de que estaba a punto de ir a desafiar a Ian, le abrazó con fuerza — ¡no! Ian jamás me haría daño, es sólo que ahora te necesito más que nunca porque tengo mucho miedo — Jacobo se asustó de verdad y la miró de nuevo a los ojos — estoy embarazada Jacobo, voy a tener un hijo y sólo de pensarlo me echo a temblar.

El mundo se detuvo para el inglés. Su hermana estaba embarazada... el aire apenas entraba en sus pulmones, de repente, todas sus heridas le quemaban como si un hierro al rojo vivo presionase contra ellas. Katherine estaba embarazada.

Tuvo que reprimir las ganas de romperle las costillas a Ian, ahora él era su marido y su hermana ya no era una niña, era toda una mujer que había pasado por situaciones horribles y que había sobrevivido a ellas sin lesiones permanentes, que era más de lo que él mismo había conseguido.

—No temas pequeña — la abrazó con fuerza — serás una madre extraordinaria, tu hijo te amará con todo su corazón.

—¿De verdad lo crees? — la esperanza se reflejaba en sus bonitos ojos.

—Eres la mejor hermana del mundo, me consta que una amiga leal y por la cara de satisfacción de Ian, deduzco que una esposa maravillosa — la sonrió con todo el cariño que sentía por ella — estoy convencido de que tu hijo se sentirá bendecido por tenerte como madre.

—¡Jacobó! — Katherine se acurrucó en el pecho de su hermano mientras las lágrimas rodaban sin consuelo por su rostro.

—Hola hermano — la voz grave de Ian hizo que el inglés alzara la cabeza — te juro que no le he hecho nada — sonrió con orgullo — llora desconsolada por cualquier motivo.

—Me alegro de verte Ian — Jacobo le tendió el brazo sin soltar a su hermana — espero que vengas a ayudarme.

—He traído unos cincuenta hombres que se quedarán aquí mientras les necesites, víveres para al menos unas semanas, agua, madera y herramientas.

—Gracias a Dios — suspiró Jacobo.

Una vez que Katherine se sobrepuso, por orden de Ian se metió en una de las tiendas y fue tratada como si fuese la mismísima reina de Inglaterra. La actitud posesiva del highlander la frustraba un poco, pero tenía tanto miedo a hacer algo que pusiese en peligro a su hijo que decidió echarse a descansar un rato, pero nada más tumbarse, una alborozada Grizela se dejó caer a su lado abrazándola con fuerza e iluminando todo con su hermosa sonrisa.

—No sabes lo mucho que te agradezco que hayáis venido — le dijo la escocesa — todo es tan triste aquí.

—Tranquila Grizela — la abrazó con cariño — conseguiréis que todo mejore — se separó un poco para mirarla a los ojos — todo está lleno de esperanza, estoy deseando poder contarle a mi hijo cómo mi hermano y mi amiga levantaron una aldea de la nada.

A la escocesa esas palabras le llegaron al corazón hasta que fue consciente de lo que la inglesa le había confesado.

—¡Oh! Estás... — la miró con los ojos llenos de lágrimas — ¡me alegro tanto!

Se abrazaron un poco más y se quedaron unos instantes en silencio, poco a poco Katherine le fue haciendo preguntas a Grizela que le respondía con el corazón encogido por la pena y la tristeza.

La inglesa ya no soportaba más estar de brazos cruzados y cogiendo de la cintura a su amiga, caminaron hacia donde se encontraban las buenas gentes de Ellon, ella también tenía el don de la sanación y cuatro manos eran siempre mejor que dos. Grizela intentó convencerla de que no se arriesgase, pero al

mirar los profundos ojos azules de ella, se dio por vencida, esa mujer estaba hecha de un valor y un coraje fuera de lo normal y aunque no lo revelaría en voz alta, sabía que tener cerca a Katherine les infundiría ganas de vivir a los aldeanos, pues siempre había pensado que era una fuerza de la naturaleza.

Ambos *lairds* paseaban por el valle más cercano a la fortaleza cuando divisaron unos jinetes que se dirigían a ellos, reconocieron los colores de los McGregor y corrieron a su encuentro.

Logan se bajó de un salto de su semental y se abrazó a sus amigos y hermanos con fuerza. Les echaba de menos, pero también sabía lo mucho que le había costado al inglés buscar ayuda en ellos, estaba demasiado acostumbrado a hacer las cosas él solo y sin contar con nadie.

—Comida, vino, cerveza, licores y alguna que otra cosa que aliviará tensiones — exclamó Logan subiendo de nuevo a su caballo tras guiñarles un ojo, Jacobo se sintió mejor al estar de nuevo con ellos, el descarado carácter de Logan era un soplo de aire fresco para su amargado carácter.

Los tres amigos emprendieron el camino de vuelta hacia Ellon y Logan se quedó mudo al ver las condiciones en las que estaba la aldea, Ian asentía con la cabeza, él había pensado lo mismo cuando puso un pie en aquellas tierras, ninguno pudo evitar que un escalofrío les recorriese la columna, aunque reconocieron el buen trabajo de Jacobo al organizar con tan pocos recursos a los McIntosh.

Les esperaba un largo día por delante y no tardaron en ponerse manos a la obra. Muy cerca del muro exterior había una cuadra que casi había sobrevivido a la quema, sólo le faltaba la mitad del tejado.

Los McRae y los McGregor no tardaron en ponerse a trabajar siguiendo las instrucciones de los tres *lairds*. Con un poco de suerte, en una semana, la primera cuadra estaría en condiciones de cobijar algunos de los animales.

Grizela estaba sentada sobre una de las piedras que habían pertenecido a la antigua ermita de Ellon, estaba totalmente agotada a causa de haber curado cientos de heridas, de tratar cortes más o menos profundos y aunque había contado con la inestimable ayuda de Katherine, lo cierto era que el temor a no ser suficientemente buena estaba empezando a mermar su propia confianza, estaba a punto de dejarse llevar por la desesperación cuando unos brazos la rodearon con fuerza.

Al girarse vio a su hermana Athdara sonriendo con los ojos llenos de

felicidad.

—Hola *mo phiuthar* — murmuró la mayor de las hermanas al ver la tristeza en los ojos de Grizela.

—¡Oh! — no pudo resistirse más, se cobijó en sus brazos y lloró desconsolada — te echo tanto de menos...

Athdara imaginaba el motivo por el cuál su hermana lloraba abrazada a ella con tanta pena, sin duda alguna, tenía que ver con Jacobo. Ese hombre se había colado sin permiso en el corazón de Grizela y parecía no darse cuenta de que con cada gesto de indiferencia la hería en lo más profundo, Athdara quería odiar a Jacobo por hacerle daño a su hermana, pero conocía su historia y no se sentía capaz de culparle por no confiar en nadie y menos en una mujer, teniendo en cuenta que fue una antigua amante la que provocó la muerte de casi toda su familia.

La pelirroja escocesa abrazó a su hermana con fuerza y la consoló tal y como hacían la una con la otra cuando eran niñas. Se echaban mucho de menos, ambas comprendían que debían seguir los dictados de sus corazones, pero la distancia en momentos de frustración, se les antojaba demasiado dura.

—Grizela — la dulce voz de Athdara le provocaba calma a su agitado corazón — esta tierra está muerta — su hermana la miró sin comprender — estamos todas aquí, en dos semanas será la fiesta de Ostara — Athdara miró a su hermana esperando que comprendiera.

—¿Quieres hacer el antiguo rito celta? — los ojos verde jade de su hermana brillaron de emoción, Grizela lo pensó durante un latido — ¿por qué no? A fin de cuentas es la celebración del renacimiento, la explosión de la vida... y los Dioses saben que esta tierra necesita volver a llenarse de vida.

Una expresión de profunda tristeza ensombreció los dorados ojos de Grizela, se abrazó a su hermana y en su mente comenzó a planear cómo podía conseguir convencer a Jacobo, un inglés católico, de que un rito pagano que provenía directamente de la magia druida, era lo que esa tierra necesitaba para renacer.

Cuando la noche se cernió sobre ellos, los hombres apenas se tenían en pie. El agotamiento se estaba cobrando el precio por los esfuerzos a los que habían sometido a sus cuerpos durante todo el día.

Todos sonrieron al llegar a lo que solía ser la plaza de las celebraciones y descubrir que las mujeres habían trabajado tanto como ellos. Habían improvisado unas precarias mesas con las piedras y los trozos de madera que aún servían para algo y ninguno de ellos se explicaba de dónde habían salidos

las apetitosas viandas que había sobre ellas.

—¡Por fin habéis llegado! — exclamó Katherine lanzándose a los brazos de Ian — te he echado de menos — le besó en los labios y le dedicó una de sus sonrisas que hizo estremecer al highlander.

—Un gran trabajo — las felicitó Logan acercándose a Athdara — ¿estás bien *mo ainnir*? — ella se abrazó a él sonriendo.

—Nosotras ya hemos comido — les anunció Katherine — así que ahora podréis comer los hombres y disfrutar de un merecido descanso.

No se lo pensaron ni un instante, se abalanzaron sobre la comida y se dispusieron a disfrutar de las viandas que llenarían sus estómagos y que se les antojaban absolutas exquisiteces. Todos estaban famélicos.

Grizela se mantuvo un poco alejada rodeada de los niños más pequeños aunque no podía mirar a Jacobo y aunque sentía algo de envidia al mirar como su hermana y Katherine besaban y abrazaban a sus maridos, cogió aire y lo expulsó con un suspiro, ella quería lo mismo con Jacobo, pero estaba claro que él no sentía lo mismo por ella, pues nada más llegar saludó a su hermana con un gesto y se alejó de las parejas para comer al lado del único anciano que había sobrevivido a la vida en los túneles.

Tras la copiosa cena, las mujeres se ocuparon de reorganizar las tiendas mientras los hombres llevaban a los animales a una de las cuadras que habían podido arreglar casi por completo.

CAPITULO 6

Esa noche no llovía y Jacobo decidió volver a pasear bajo las estrellas intentando encontrar algo de paz mental para dar con una solución a la situación que tenía entre manos.

—Buenas noches — le saludaron Ian y Logan, el inglés les miró fijamente y comprendió que aún quedaban malas noticias.

—¿Qué ocurre? — preguntó poniéndose completamente alerta.

—Se avecinan tiempos oscuros — la voz de Ian le puso más nervioso — la guerra se acerca a nuestros reinos.

—¿Guerra? — preguntó Jacobo incrédulo — el rey inglés no está interesado en las tierras del norte y vuestro rey lo único que quiere es olvidar que los ingleses existen.

—El rey ha muerto — la noticia sonó como un latigazo y Jacobo sintió que la tierra se movía bajo sus pies, miró a Ian esperando una aclaración — mi rey ha muerto.

—¿Y ahora? — preguntó a duras penas, su mente ya había comenzado a imaginar las posibles consecuencias de semejante tragedia.

—Ahora su primogénito gobernará — Logan suspiró — afortunadamente es tan tolerante y sabio como su padre, confiamos en que lo hará igual de bien.

—Si tanta confianza tenéis, ¿por qué me advertís? — Jacobo sabía que le estaban ocultando algo, les conocía lo suficiente como para advertir los cambios en sus pupilas y en el tono de sus voces.

—Su hijo pequeño no es como su padre, los últimos consejos que le daba... digamos que eran... maliciosos — aclaró Logan — por sus malas artes, te encuentras aquí.

—Pero si el que gobierna es el primogénito, no debería haber problemas — murmuró Jacobo más bien para sí mismo.

—No debería haberlos, pero los hay — sentenció Ian — la guerra está a nuestras puertas, nuestros territorios no están bajo peligro de momento, pero si los clanes del sur nos piden ayuda, tendremos que acudir a su llamada.

Los tres hombres se quedaron en silencio contemplando el baile de las llamas del fuego en las hogueras que tenían ante ellos. Sin duda alguna, el hecho de que la guerra estallase entre Escocia e Inglaterra era una nefasta noticia porque no importaba quien fuese el último que quedara en pie, lo único cierto, es que son los pueblos los que sufren. Jacobo no podía permitir que las buenas gentes de Ellon perdiesen aún más de lo que habían perdido hasta el momento.

Había pasado una semana desde que los *lairds* McRae y McGregor habían acudido a la petición de ayuda de Jacobo y éste no podía estarles más agradecido, sin duda alguna, tener a casi doscientos hombres fuertes y valientes ayudando en todo lo que podían era una bendición del cielo.

Las cuadras principales ya habían sido reparadas y gracias a la clemencia del tiempo, la argamasa que sujetaba las piedras se había secado antes de lo previsto. Ya tenían espacio suficiente para todos los animales que tanto Ian como Logan les habían regalado.

También habían comenzado las reparaciones de la antigua fortaleza, la que habían levantado los antepasados de Claud McIntosh, a Jacobo se le revolvía el estómago cada vez que intentaba poner un pie dentro de la fortaleza negra, por lo que decidieron que la derribarían y aprovecharían las piedras para las reparaciones de las cabañas de los aldeanos, las mujeres se afanaron en quitarles el aceite quemado con el que Eskol había mandado teñir las rocas de la tenebrosa morada que había erigido en sus años de perverso liderazgo.

—Te juro que no puedo olvidar lo vivido en estas tierras — comentó Logan al sentarse al lado de Ian.

—Puedo imaginarlo — miró a su amigo — pero el pasado debe quedar atrás, tenemos que ayudar a Jacobo a levantar este territorio.

—¿Por qué le diste esta responsabilidad? — preguntó Logan muerto de

curiosidad.

—Fue idea de Katherine ¿sabes? — sonrió ante el gesto de su mejor amigo — el rey me ordenó que alguien de mi consejo se hiciese cargo de esta tierra, dio vuestros nombres como sugerencias y mi adorable esposa me hizo ver que su hermano tenía que hacer algo de valor con su vida, o pronto ella se quedaría completamente sola en el mundo.

Logan sopesó las palabras del *laird* y de nuevo se sintió completamente fascinado por la inteligencia y la sabiduría de Katherine, sin duda alguna, esa fabulosa mujer era mucho más de lo que aparentaba.

—El ducado de Bradbury era de los más importantes de Inglaterra — Ian continuó explicándose — Jacobo estaba destinado a ser parte de la corte real, toda su vida giraba en hacer lo correcto para estar donde debía estar, para hacer lo que era necesario hacerse — el highlander miró al cielo despejado — según Katherine, se siente culpable por la muerte de su familia, por las penurias de ella, por la trágica vida perdida de aquella mujer inglesa de ojos negros... se siente perdido y se culpa por todo.

—Bueno, no se le puede negar que tiene cierto orgullo escocés — reconoció Logan.

—¿Alguna vez te ha contado lo que le hicieron en aquellos calabozos? — la voz de Ian tenía un tono más profundo a causa de la rabia que le invadía, Logan negó con la cabeza — no se lo ha contado a nadie, ni siquiera a su hermana — miró de nuevo al cielo y suspiró — Katherine me contó que sus heridas eran tan profundas que en algunos cortes se podía ver el hueso y también me contó que había sufrido tales torturas que seguramente jamás sea capaz de superar.

La mente de los dos amigos se llenó de crueles imágenes que les revolvió el estómago, ambos eran conscientes de que las alusiones de la inglesa se referían a la hombría de su hermano, no podían imaginarse tener que vivir con algo así, sin embargo, habían visto a Jacobo levantarse con las heridas abriéndose para ir a salvar a su hermana, le habían visto contener las emociones a base de duro entrenamiento, fueron testigos del aplomo del que hacía gala en las peores situaciones y también eran conscientes de cómo miraba a la joven Grizela.

Un sudor frío les recorrió la espalda.

Los dos highlanders llegaron a la misma conclusión, no les importaba cuántas partes le faltasen al inglés, había demostrado más que de sobra, que era un hombre de los pies a la cabeza, y para ellos, eso era más que suficiente.

Las mujeres estaban ansiosas, esperaban la llegada de un carro que traía consigo una carga muy valiosa, los hombres no se habían atrevido a llevarles la contraria, pues estaba claro que los nervios de todas estaban a flor de piel y eso sólo podía traerles problemas.

Grizela no hacía más que asomarse a la entrada de la aldea para ver si era capaz de escuchar a los carros acercarse, pero parecía que cuanto más ansiosa estaba ella, más se retrasaba el tiempo, tenía el cuerpo tenso debido a los nervios, su hermana y su amiga intentaban distraerla con la organización de la ceremonia, pero ella apenas era capaz de pensar con lógica.

Finalmente a primera hora de la tarde, la ansiada carreta llegó tirada por dos sementales que tenían la marca del clan McRae. Katherine salió a la carrera seguida por las hermanas McGregor.

—¡Por fin habéis llegado! — la inglesa no podía contener su emoción.

—No te agites ¡por los Dioses! O mi sobrino percibirá tu inquietud — la melodiosa y cálida voz de Nerys hizo que todas las mujeres sonrieran — ¡Oh amigas mías! — las abrazó con fuerza — ¡os he echado tanto de menos!

Las risas de las cuatro amigas se oían por todos los rincones de Ellon, y ellas, sin ser conscientes, estaban ayudando a sanar las heridas de aquellas pobres gentes que llevaban demasiado tiempo sin sonreír.

Las tres mujeres casadas no dejaban de hacer bromas acerca de lo que tendría que haber supuesto para Grizela tener que compartir el lecho con Jacobo y con otras veinte personas, pero ella no tenía valor para decirles que él no pisaba la tienda si ella estaba dentro. Así que sonreía sin ganas y se concentraba en la tarea que tenía entre manos.

La hora de la cena se acercaba y Grizela comenzó a sentirse agitada, el momento que tanto temía había llegado, las mujeres la habían convencido para que llamase a los druidas de los clanes sin poner sobre aviso a Jacobo, según le dijo Katherine, era mejor no darle demasiado tiempo para pensar en ello. Y ella se dejó llevar.

No dejaba de retorcerse las manos por la impaciencia.

Finalmente los hombres comenzaron a llegar para disfrutar de los manjares que les ofrecían cada noche las mujeres.

Jacobo observó la actitud ansiosa y desesperada de su rubia escocesa y sin darse cuenta, echó a correr hacia ella, al llegar, la sujetó por los hombros y con la mirada llena de preocupación le preguntó qué era lo que la afligía de

una forma tan violenta.

Grizela suspiró con pesar e hizo acopio de todo su valor para confesarle a Jacobo cuáles eran sus planes.

—Estoy perfectamente — respondió con apenas un susurro — pero tenemos que hablar — el corazón le golpeaba las costillas — seguramente creas que es una tontería, porque bueno... tú eres inglés y como tantas veces me has dicho, crees en tu Dios — le miró a los ojos — sí, sé que respetas que mi religión sea diferente, pero aun así...

—Me estás poniendo nervioso Grizela — Jacobo no podía evitar acercarse un poco más a ella — por favor, di de una vez lo que sea que hayas hecho.

—He hecho venir a los druidas de los clanes — el inglés la soltó los hombros con más lentitud de la que cabría esperar, la miró fijamente a los ojos esperando una aclaración para semejante afirmación — mira... estas tierras están llenas de sangre, dolor y traición y creo que es todo eso lo que impide que la vida brote en los campos, me dijiste que tú creías lo mismo, así que como se acerca la festividad de Ostara que es un rito celta para celebrar la explosión de la vida...

—Has pensado que sería un día propicio para rezar a tus Dioses y que nos den otra oportunidad con estas tierras que tanto han sufrido — ella asintió complacida de que él comprendiese tan bien sus motivaciones — ¿Y por qué motivo te comportas como si hubieses hecho algo malo?

—Temía que te enfadaras — Grizela bajó la vista.

—¿Alguna vez me he enfadado contigo? — ella negó con un delicado gesto — Grizela, cualquier ayuda será bienvenida, es cierto que yo no creo en esos ritos, pero estamos en Escocia después de todo y si la fe que todos vosotros depositáis en esa festividad, hace que los campos se curen y se vuelvan utilizables, estoy más que dispuesto a permitir que se celebren tantas veces como quieras.

La escocesa se permitió el lujo de mirarle durante un momento mientras intentaba que el errático latir de su corazón se tranquilizase. Por desgracia, Jacobo jamás sería consciente del regalo que acababa de hacerle, no obstante, todo su ser se revolucionó, ella sabía lo que significaba que un hombre como él cediese a sus creencias, a su fe por la ciega confianza depositada en ella. Sonrió débilmente y se dio media vuelta para no ceder al feroz impulso que tenía de lanzarse a sus brazos y besarle. Cada vez que compartía unas palabras con él, comprendía mejor a su hermana cuando le decía que Logan era todo lo

que ella había soñado.

Caminó con paso agitado hasta donde estaban el resto de las mujeres, los rituales comenzarían nada más terminar la cena. Faltaban apenas dos días para el equinoccio de primavera, noche en la cual debían celebrar la ceremonia sagrada y aún les quedaba mucho trabajo por delante.

Katherine ordenó a un par de hombres que fuesen hasta Nairn con el fin de traer algunas plantas y flores que iban a necesitar para los rituales, les detalló dónde conseguir cada cosa y les sonrió cuando ellos se prestaron más que ansiosos por complacerla, la inglesa adoraba cada instante de su vida, portaba en su interior al hijo de Ian McRae, el único y verdadero amor de su vida y casi era venerada como una diosa por aquellos que pertenecían al clan. Lejos quedaban esos días en los que había sido humillada obligándola a dar explicaciones de unos días demasiado oscuros como para permitirse pensar en ellos.

—Mi vida — los fuertes brazos de Ian la rodearon por detrás — ¿en qué piensas que tu gesto revela tristeza?

—En realidad milord, no estoy triste — se giró entre sus brazos y le besó con dulzura — recordaba viejos tiempos y agradecía a Dios el ser tan querida por nuestro clan — Ian la besó de nuevo — también te agradezco que hicieses esto por mi hermano.

—¿Cómo no hacerlo? — la estrechó con más firmeza entre sus brazos — fue una maravillosa idea y sin duda alguna, Jacobo sabe lo que hace.

—Aun así — ella apoyó su cabeza en el pecho de él, escuchando su corazón — gracias por ser como eres, por quererme tanto que siempre me concedes lo que deseo.

—Vivo para hacerte feliz *mo prionnsa* — la miró fijamente — Jacobo hará un gran trabajo en estas tierras, es un gran estratega y un líder nato.

Grizela había mandado también a un par de jinetes a Daltra, su antiguo hogar, para que le trajesen varios afeites esenciales que aún le quedaban en su antigua botica, lo cierto era que estaba bastante nerviosa, hacía varios años que no se celebrara la festividad de Ostara y aunque ella aún se había resistido al catolicismo que se iba extendiendo por Escocia y creía en los Dioses druidas, no se consideraba una buena practicante de sus enseñanzas.

CAPITULO 7

A l atardecer del día del equinoccio, las mujeres se afanaban en preparar los últimos detalles para la ceremonia. Las mujeres de Ellon se habían pasado el día cocinando siguiendo las instrucciones de Grizela, pues la aceptaban como a su señora y agradecían que alguien como ella estuviese a su lado. Durante todo el día habían estado llevando a cabo los rituales de limpieza de la fortaleza y de los alrededores, todo estaba perfumado y el sol entraba con fuerza por las ventanas, dibujando en el suelo y en las paredes figuras al colarse con más fuerza por las grietas de los cristales.

Cuando el sol se puso en el territorio de Ellon, en el Gran Salón de la fortaleza había una enorme mesa hecha con retablos y piedras, sobre la que se encontraban auténticos manjares preparados especialmente para la ocasión, por supuesto, siguiendo al pie de la letra los antiguos rituales.

Algunos de los hombres más jóvenes que ya se recuperaban de sus heridas, habían entrado al mar por las rocas y habían sido capaces de capturar unos bellos ejemplares marinos, estaban completamente entusiasmados, hacía demasiado tiempo que no disfrutaban de los manjares del mar. También había dos cerdos que se asaban lentamente sobre las brasas mientras una mujer no les quitaba ojo de encima y de vez en cuando les regaba con algo de vino que repartía alegremente en pequeños sorbos al resto de las féminas que iban de un lado a otro atareadas. Otras habían conseguido encender el gran horno de la antigua cocina y habían horneado deliciosos bollos de pan y pasteles.

Grizela se sentía ansiosa, llevaba todo el día sin haber podido cruzar dos palabras con Jacobo, le vio salir al amanecer en busca de algo de vida en aquellas tierras, no perdía la esperanza y eso hacía que aún fuese más honorable a sus ojos, cada noche le observaba volver con el pesar a su espalda y la mirada apagada por no haber encontrado nada que hiciese que el resto de los hombres no perdiesen la poca fe que tenían en hacer de aquel territorio un hogar.

Sin embargo, a medida que se acercaba la hora de comenzar con el ritual y por lo tanto que los hombres regresaran de sus quehaceres, la ansiedad dio paso a una excitación que iba creciendo por momentos, ¿Jacobo se enfadaría? O por el contrario, ¿la felicitaría por su buena intención? Las dudas la asaltaban en la misma medida que la euforia se apoderaba de ella. Formar parte del ritual en honor de Ostara era todo un honor y aunque ella no era una practicante de la antigua magia, no podía evitar sentirla en todo lo que les rodeaba.

Los druidas que ya se habían dibujado las marcas de la Diosa en la cara y estaban vestidos con sus túnicas oscuras y con sus cintos de cuerdas hechas con elementos naturales de los que colgaban sacos con polvos de plantas y raíces estaban en el centro de la plaza, alrededor del enorme círculo de piedras blancas rezando concentrado observando como el fuego que aún no había terminado de prender comenzaba a emerger con fuerza, los viejos cánticos en la lengua antigua flotaban por el bosque de tal forma que incluso los no creyentes casi podían sentir la magia en el aire.

Hombres, mujeres y niños se acercaban a ellos, manteniéndose a una distancia prudencial, todo el mundo conocía los viejos rituales. Los druidas empezarían los rezos y los cánticos hasta que la luna iluminase el cielo oscuro, entonces, se encenderían las antorchas repartidas por los alrededores para que el poder del sol también estuviese presente, pues todos los elementos primarios deben estar representados: agua, tierra, aire y fuego.

Jacobo oía cómo una lengua desconocida para él cobraba más fuerza a medida que se acercaba a la fortaleza, de nuevo regresaba sin buenas noticias y rezó con toda la fe que le quedaba para que la magia de Grizela reviviese esa tierra muerta, Dios sabía que había conseguido revivirle a él, al menos una parte que hacía mucho creía que había muerto para siempre.

—Por favor Dios — miró al cielo — padre, madre... por favor... ayudadnos, necesitamos que la vida vuelva a estas tierras, esas pobres gentes tienen que recuperar su hogar, yo jamás recuperaré el mío, permitidme darles

un futuro a ellos.

Apretó los dientes con fuerza, echaba tanto de menos a sus padres que el corazón le estallaba de dolor en el pecho, cada noche tenía las mismas pesadillas, el fuego lo consumía todo, los gritos de sus padres y de su ama de cría Rose, entonces era lanzado a una cruel mazmorra donde vejaciones que él jamás había imaginado se cebaron con su cuerpo.

Agitó la cabeza con fuerza para intentar que las terribles imágenes no le torturaran de nuevo y entonces el bosque se iluminó con fuerza.

Cabalgó al galope temiendo que algo malo ocurriese, pero cuando llegó a la plaza se encontró con unas imágenes que le transportaron directamente a vivir las fábulas que Angus McGregor le había contado tantas veces mientras él se reponía de sus heridas en Daltra.

Había pequeñas hogueras rodeadas de piedras blancas en grupos de tres por toda la plaza, de los árboles colgaban también pequeñas velas que iluminaban las ramas muertas, había ramilletes de varas con hojas de distintos tonos de verde colgados por todas partes, el aire olía diferente, varios matices de plantas le animaron. En el medio de la plaza, una enorme hoguera dentro de tres círculos de piedras blancas.

Él conocía lo suficiente de esa cultura para saber que el número tres era un número mágico para los celtas, la antigua magia que dominó toda Escocia.

Y entonces agradeció estar aún subido a su caballo, porque las piernas le temblaron.

Nueve mujeres salieron de la derruida fortaleza, iban cogidas de las manos en grupos de tres, todas ellas ataviadas con livianas túnicas blancas que mostraban más de lo que ocultaban, las capuchas les tapaban el rostro por lo que no sabía quiénes eran la mayoría, aunque pudo distinguir sin ninguna duda el oscuro pelo de su hermana y el rojo fuego de Athdara, miró a Ian y a Logan y le extrañó que no se lanzaran sobre ellas para ocultarlas de las miradas del resto de los hombres.

Las mujeres caminaron con la cabeza gacha, se colocaron alrededor de la gran hoguera y entonces una fluida música comenzó a sonar, llenando el bosque con aquella melodía que Jacobo nunca había escuchado, sólo podía mirar con los ojos abiertos y el corazón enloquecido, cómo aquellas mujeres danzaban a la luz de las enormes llamas, sin soltarse una de las manos, portando velas blancas en la que les quedaba libre.

Bailaban alrededor del fuego, seguían la melodía, todas llevaban coronas de ramas, hojas verdes y flores, era el espectáculo más hermoso que el inglés

había visto en toda su vida, sin duda era un rito pagano y sus congéneres pondrían el grito en el cielo llamándoles herejes, pero él empezaba a sentirse diferente, más vivo de lo que se había sentido en los últimos meses y puso toda su fe en las hermosas mujeres que se movían a la vez en lo que sin duda, eran movimientos ensayados.

Se bajó del caballo haciendo un gran esfuerzo por no desviar la mirada del maravilloso espectáculo que tenía ante él y se colocó al lado de Ian.

—Míralas inglés — susurró el *laird* — es como ver a las hadas del bosque caminar entre nosotros, sin duda alguna la antigua magia nos rodea esta noche.

—Ojalá todo esto funcione Ian — no podía dejar de observar a las mujeres — me extraña que dejes participar a mi hermana.

—Es un honor bailar la danza en la festividad de Ostara — le miró fijamente — ya casi es escocesa — se cruzó de brazos permitiendo que el orgullo se mostrase en sus ojos y en su voz — mi *valquiria* es una mujer como jamás habrá otra sobre estas tierras.

—En eso estoy de acuerdo contigo salvaje — hizo una mueca que quiso ser una sonrisa — Katherine es una extraña y bella joya.

—Permite que la magia druida te cure también Jacobo — le miró un segundo y vio cómo el inglés se tensaba — cuando estas mujeres terminen su danza sagrada, verás que tu sangre fluye de forma distinta, que tu percepción del mundo que te rodea es diferente, que mientras la noche dure, todo es posible.

Jacobo no se atrevía a contestar, lo cierto era que él ya se sentía diferente. Las mujeres seguían con su danza, era un placer para los sentidos contemplarlas, la música le hacía sentirse en paz consigo mismo y con el mundo, algo que no había sucedido desde que su castillo en Durham fue tomado. En ese momento la música se hizo más intensa, la sentía retumbar dentro de su propio pecho, sentía como la sangre se le espesaba en las venas, Ian tenía razón, su percepción del mundo estaba cambiando, era como si algo dentro de él le gritase que algo estaba sucediendo, entonces las mujeres alzaron las cabezas y ofrecieron sus velas a la luna para después caer al suelo y lanzar a la gran hoguera puñados de tierra, algo de líquido que había en pequeños cuencos y en los que no había reparado, después soplaron a las llamas y todo se quedó en silencio durante unos instantes.

El inglés observó todo a su alrededor con sumo interés, todos observaban a las mujeres que permanecían de rodillas en el suelo y por su agitada

respiración, imaginó que la danza y las emociones las habían sofocado, sin embargo, sus rostros permanecían impassibles, todo le resultaba demasiado complicado y pagano debido a su estricta educación cristiana, pero se fijó en su hermana, ella había recibido la misma educación que él y sin embargo había participado en el festival con convicción y pasión, como todo lo que Katherine hacía.

Uno de los hombres con túnica, alzó las manos al cielo y sus palabras rompieron la quietud del bosque.

—La ofrenda está hecha, el ritual está completado, la diosa Ostara ha sido venerada tal como manda la tradición — la grave y profunda voz del druida más viejo atrajo la atención de todos.

—Podemos disfrutar de la magia del resto de la noche — vociferó otro de los druidas.

La gente rompió en aplausos, las mujeres se levantaron del suelo y caminaron hacia la fortaleza, Jacobo observó cómo el resto de los escoceses bajaban la vista a su paso y proferían palabras de agradecimiento. Él no comprendía todo eso de la magia druida, pero sin duda alguna, esas gentes tenían su alma al descubierto, pues en ninguno de ellos se veía algo que no fuera auténtica veneración.

—Ya podemos comer, beber, bailar y... — Logan dejó la frase sin acabar y el inglés le miró interrogante — y disfrutar del resto de los placeres de este mundo.

—No tengo ni idea de lo que me hablas — respondió Jacobo confuso.

—Ya lo averiguarás — se marchó riendo a carcajadas.

Todo el mundo se acercó hasta las mesas donde la comida estaba dispuesta, pero nadie osó tocar nada de lo que había hasta que nueve mujeres se unieron a ellos. Jacobo no daba crédito a lo que veía, las mujeres que habían danzado alrededor del fuego eran nada más y nada menos que su hermana Katherine; Nerys, la hermana de Ian McRae; Athdara, la mujer de Logan; Grizela, hermana de Athdara; y otras cinco mujeres que no conocía y que asumió que serían de ambos clanes.

Entonces la cena comenzó mientras unos bardos venidos de Daltra amenizaban la velada. Jacobo sonrió, no tenía muy claro que todo aquello sirviese de algo para sanar la tierra, pero sin duda, las almas de aquellas gentes sí que se estaban curando y aunque sólo fuese por eso, había merecido la pena. Todo el mundo reía, hablaba con ilusión de un imaginario futuro y la esperanza flotaba entre ellos.

Observando todo a su alrededor, se dio cuenta de que el sentimiento de culpa que le tenía el corazón atenazado comenzaba a aflojar la presión, no sabía el motivo, pero se dejó llevar tal y como le había dicho Ian y comenzó a percibir que efectivamente había un cambio en el ambiente que les rodeaba.

Los niños corrían felices llenando el ambiente con sus alegres risas que le hacían mantener la esperanza en un futuro mejor, los hombres y las mujeres hablaban entre ellos y se reían con auténtico placer. Estaba claro que esa noche nadie pensaba en que estaban escasos de provisiones que aún había mucho trabajo que hacer para poder vivir con un mínimo de comodidad y que la mayoría de ellos habían sido testigos de auténticos actos de maldad.

No, esa noche sólo se dedicaban a disfrutar del hecho de que estaban vivos.

Jacobo sonrió para sí mismo. Él les comprendía mejor de lo que podrían llegar a pensar, ciertamente él agradecía cada día el hecho de estar vivo y desde que se permitía el lujo de fantasear con Grizela, lo agradecía aún más.

CAPITULO 8

S abía que debía despertarla, que debían hablar de lo que les deparaba el futuro y sobre todo, quería que ella le dijese cómo se sentía, qué era lo que ella esperaba de él, pues aunque no entraba en sus planes, Jacobo haría lo correcto. Después de la pasada noche, se casaría con ella y rezaría cada día para hacerla feliz, el miedo le atenazó el corazón al imaginar que él se lo proponía y que ella le rechazaba, a fin de cuentas, no era lo mismo mirarle a la cara siendo amigos que compartiendo cama, aunque anoche no había parecido importarle, Jacobo temía que una vez pasados los efectos de la extraña velada en honor de Ostara, ella no le volvería a mirar como lo había hecho bajo la luna llena.

—Buenos días preciosa — le susurró al oído y no pudo evitar besar dulcemente esos labios tan apetecibles.

Grizela abrió los ojos y sonrió. Y el sol brilló con más fuerza, el alivio que sintió Jacobo a ver que no le rechazaba nada más despertarse no podía expresarse con palabras.

—Buenos días — se sonrojó cuando él volvió a besar sus labios.

—¿Te ruborizas por un beso? — le preguntó él con voz jovial — ¿recuerdas lo que pasó anoche? — le preguntó en un tono que sonó demasiado íntimo para el estado de ánimo de la escocesa.

A Grizela se le secó la garganta, su pulso se aceleró y su vientre se estremeció de placer al recordar la increíble noche que había pasado en los

brazos del hombre al que amaba. Quiso responder que jamás en su vida olvidaría todo lo que él le había hecho sentir, pero tan sólo pudo bajar la mirada y asentir.

—Entiendo que te arrepientas — el inglés frunció el ceño y se puso serio malinterpretando el gesto de ella — de verdad que lo comprendo Grizela, pero hay consecuencias que debemos afrontar.

La escocesa no era capaz de comprender lo que él intentaba decirle, ¿acaso se arrepentía de pasar la noche con ella? Era muy consciente de lo que había hecho, pero la pasión demostrada, la ternura de sus caricias y la intensidad de su mirada no había sido cosa del elixir que le había dado en la copa de hidromiel.

—Te arrepientes ¿verdad? — preguntó sin querer controlar las lágrimas que le anegaban los ojos.

—¿Qué? — preguntó confuso Jacobo, pero cuando vio cómo ella se alejaba de él y se tapaba con los brazos y las manos su desnudez, comprendió sus palabras — No Grizela, jamás me arrepentiré de tenerte en mis brazos — le infundió a su mirada todo lo que sentía en su corazón y rezó para que ella lo entendiese — te lo juro por mi vida.

—¿Entonces por qué has dicho que entiendes que me arrepienta? — la joven no sabía qué pensar.

—Porque me imagino que no será fácil para ti tener como esposo a alguien con mi aspecto — sentenció y al pronunciar las palabras, el ambiente se congeló entre ellos.

—Espera un momento — su cabeza iba a demasiada velocidad — ¿te he entendido bien? ¿estás dando por hecho que nos casaremos?

No comprendía el motivo, pero se sentía profundamente humillada y el corazón le dolía más de lo que jamás lo había hecho. Había soñado tantas veces con que él le pidiese matrimonio que se había quedado dormida infinidad de noches imaginando escenas con el mismo final, salvo que en todas ellas él se declaraba porque la amaba y no porque se hubiese acostado con ella y quisiera salvar su reputación.

—Grizela — intentó cogerle la mano pero ella la apartó — después de lo que ha pasado, debemos casarnos.

—No — sonó firme, tajante y tan doloroso como si una espada le hubiese atravesado el corazón — no me casaré contigo porque hayamos yacido juntos Jacobo.

—Es lo correcto — murmuró él viendo que sus temores se hacían

realidad.

—Me da igual que sea lo correcto — explotó ella.

—Grizela, eres una dama y yo un caballero, te he comprometido y no quiero que caigas en desgracia — se masajeó las sienes un momento — escucha, yo... sé que no soy digno de ti, pero aun así, en cuanto Ian y Logan se enteren de que hemos pasado la noche juntos, me obligarán a pedir tu mano.

—Te obligarán... — la joven sentía cómo su corazón estallaba de dolor en el pecho.

Se miraron en silencio durante unos momentos y finalmente la joven hizo acopio de todo su valor para ponerse en pie, cogió su vestido y se lo puso con rápidos movimientos, buscó sus zapatos y salió corriendo del bosque dejando a un perplejo Jacobo que se había quedado mudo al ver el cuerpo desnudo en todo su esplendor bajo la luz del amanecer.

—¡Maldita sea! — blasfemó cuando se dio cuenta de que había hecho algo que había herido profundamente a Grizela.

Se sentó y mientras se ponía la camisa repasó mentalmente la conversación que había mantenido con ella, lo cierto era que no comprendía por qué se había enfadado tanto, él sólo quería hacer lo correcto, sabía que ahora que no estaba intacta le sería más difícil encontrar un marido y aunque la sola idea de que otro le pusiese las manos encima le consumía, sabía que sería mejor opción, no obstante, después de esa noche no podía hacer otra cosa, se casaría con ella, la protegería de los rumores e intentaría hacerla feliz.

Terminó de vestirse al mismo tiempo que tomó la decisión de hablar con Logan para que le ayudase a convencerla, una vez preparado, puso rumbo a la fortaleza, al final había pasado bastante tiempo sopesando todas las opciones que Grizela podría tener.

Caminar hasta la fortaleza le estaba costando una barbaridad, se sentía exhausto, débil y famélico, pensaba en comer algo y después iría a hablar con Logan.

Sólo que nada más poner un pie en la plaza, Logan le derribó de un puñetazo.

—¡Maldito perro inglés! — vociferó mientras se lanzaba de nuevo a golpearle — ¡eres un cabrón!

Jacobo no comprendía lo que estaba pasando, sólo que su mejor amigo le estaba dando una paliza y no comprendía el motivo, desgraciadamente los recuerdos de las torturas vividas en los calabozos ingleses inundaron su mente y ésta tomó el control de la situación, se levantó de golpe y comenzó a

devolver los puñetazos y las patadas. Logan era un rival excelente, daba tanto como recibía y no jugaba sucio.

—¡Basta ya! — el grito de Katherine les detuvo a ambos — ¡os comportáis como críos! — les espetó con la mirada llena de ira, se dirigió a Logan — así no se resuelven las cosas Logan, ¡ya deberías saberlo! — se giró hacia su hermano y la decepción cruzó su rostro — te abofetearía si no te sangrara la cara — él la miró sorprendido — jamás pensé que te convertirías en esa clase de hombre y desde luego, jamás pensé que me avergonzaría ser tu hermana.

Sus palabras le hirieron mucho más que la paliza que le acababa de dar su amigo, él la miró perplejo sin saber cómo reaccionar, viendo que no tenía nada más que hacer, Katherine se dio media vuelta y se internó en la derruida fortaleza.

Jacobo se quedó completamente helado ante la frialdad de las palabras de su hermana, ¿por qué se avergonzaba? Estaba claro que algo había ocurrido mientras él estaba en el bosque pensando en Grizela, sólo que por las miradas de reprobación que había en los ojos de todos los que le rodeaban, imaginaba que nadie le iba a dar las explicaciones que necesitaba.

Los hombres de Logan y de Ian se dieron media vuelta y tras darle la espalda en un claro gesto de desprecio, se fueron a terminar las tareas que tenían asignadas.

Tras maldecir para sus adentros, cogió aire y se encaminó hacia la fortaleza, esta ya tenía una puerta en condiciones y la golpeó con fuerza para que le abrieran, cuando comenzó a separarse de la pared, el corazón de Jacobo se alteró de forma descontrolada, lo que más deseaba en ese momento era que Grizela le mirase a los ojos y le explicase dónde se había equivocado para que él pudiese hacer lo que debía y disculparse ante ella.

Solo que quien abrió la puerta no era su ángel de rubios cabellos, sino su hermana, Athdara en esos momentos parecía más una hechicera furiosa que una dulce ninfa del bosque tal y como Logan afirmaba que era.

Sin mediar palabra, se acercó con paso firme y le cruzó la cara de un bofetón.

—Eres un imbécil Jacobo — siseó — ella no se merece ese trato — los ojos se le empañaron de lágrimas — no sabes a lo que ha renunciado por ti, no tienes ni idea de cómo es — le empujó con fuerza — llevas mucho tiempo con nosotros, pero no la conoces — le empujó de nuevo y esta vez él retrocedió un paso — no tenías derecho a romperle el corazón.

Dichas esas duras palabras, Athdara cerró la puerta en las narices de Jacobo que se sintió totalmente perdido y fuera de lugar, estaba claro que si ni su hermana quería estar con él, es que había sucedido algo muy grave, sólo que él no sabía lo que era y visto cómo estaban las cosas, nadie se lo iba a contar.

Se dio media vuelta y se internó en el bosque, al principio quiso ir hasta el lugar que había compartido con Grizela, pero su corazón le dolía tanto que decidió no regodearse más en la tristeza que le había invadido. Puso rumbo hasta una vieja forja que había descubierto en uno de sus muchos paseos de reconocimiento e intentó por todos los medios liberar su mente del caos que la gobernaba perdiéndose en la tranquilidad que le rodeaba.

La tristeza se apoderó de él, esa tierra estaba muerta, él se negaba a rendirse, pero lo cierto era que cada día que pasaba le costaba más encontrar motivos por los que seguir peleando, los árboles estaban vivos pero sin hojas, tan sólo eran esqueletos de lo que una vez fueron, no se oía el silbido de las aves, tan sólo el siseo del viento entre las ramas que crujían como protesta, no había visto un solo animal en ninguno de sus paseos, era como si un enorme muro invisible hubiese dejado la vida fuera de sus dominios.

Entró en la herrería y buscó frenético, no sabía lo que buscaba, sólo sabía que necesitaba quemar toda esa energía que le estaba destrozando por dentro. Levantó unos cuantos troncos de madera y localizó un hacha que parecía antigua pero en buen estado, sin pensárselo dos veces, la cogió y se encaminó a un joven tronco que tenía el desgraciado honor de ser quien pagase la frustración que le estaba consumiendo.

Jacobo golpeó una y otra vez al árbol hasta que lo derribó, una vez en el suelo, comenzó a hacerlo añicos, no podía dejar de pensar en Grizela, no sabía lo que había hecho, por lo que no podía arreglar la situación, le hirió profundamente saber que ella le había contado a todo el mundo que se habían acostado, para él había sido algo tan intenso, tan íntimo... lo más hermoso que le había pasado en la vida.

Trasladó la madera hasta la fragua y comenzó a encenderla, una vez que las llamas se hicieron visibles, con cuidado cogió el fuelle y comenzó a dar aire para avivar el fuego y mientras las brasas se hacían más consistentes buscó algún trozo de metal que pudiese usar para desviar toda aquella energía que aún le recorría por dentro. Encontró varios trozos de hierro y haciendo un gran esfuerzo por dejar la mente en blanco, lo calentó mientras se esforzaba por no prestar atención a nada que no fuese el metal volviéndose maleable.

No podía comprender cómo aún era capaz de estar de pie y pensando en golpear aquel trozo de metal incandescente, después de la maravillosa noche que había pasado en los brazos de Grizela debería estar completamente agotado, sin embargo, no era así.

Durante horas y sin un objetivo en mente, no cesó de calentar el metal para después golpearlo con fuerza intentando que el ruido le despejase la mente, pero el problema ya no eran las voces, ahora tenía imágenes del cuerpo de Grizela arqueándose bajo el suyo, su sonrisa, su mirada llena de ternura... eso no podía quitárselo de la cabeza por mucho que golpease con el martillo.

El estómago le rugió y se dio cuenta de que llevaba casi un día entero sin comer nada y tanto su concentración como su fuerza física se estaban resintiendo, no obstante, él había sido entrenado brutalmente en el arte de no comer ni beber durante días, una triste sonrisa se asomó a sus labios, al menos nadie le estaba golpeando ni torturando.

Agotado y con los músculos gritando de dolor, decidió sentarse en el exterior de la fragua, él no era de los que se escondían, pero estaba claro que todos los habitantes de Ellon necesitaban tiempo para volver a aceptarle entre ellos, de modo que tomó la decisión de esperar pacientemente hasta que fuese noche cerrada para escabullirse en la fortaleza y coger algunos víveres con los que poder alimentarse .

CAPITULO 9

Grizela no podía dejar de llorar, desde que se había separado de Jacobo, en su interior se había roto algo, ella no pretendía que nadie supiese lo que había ocurrido, pero Logan la había interceptado en el bosque y al mirarla a los ojos supo que algo iba mal, la interrogó con dureza hasta que ella se derrumbó aunque no llegó a revelar el verdadero motivo de su dolor. Los recuerdos de ese momento tan doloroso llenaron su mente.

Athdara había aparecido poco después con Katherine y Nerys. Eso era justo lo que la escocesa quería haber evitado, que su hermana y las esposas de Ian y Fergus McRae supiesen que se había entregado a un hombre dejándose llevar por la lujuria y para hacerlo aún peor, ese hombre no era otro que el *laird* de Ellon, el hermano de Katherine, Jacobo de Bradbury.

—Grizela — la llamó Logan con un tono demasiado dulce — ¿has pasado la noche en el bosque? — ella miró al suelo y se negó a contestar — ¿con un hombre?

El escocés perdió la poca calma que tenía y la estrechó con fuerza entre sus brazos.

—¿Alguien te ha forzado? — le preguntó con la ira brotando en su voz — dime quién ha sido pequeña y le arrancaré el corazón.

—¡Logan! — Athdara conocía a su hermana y por su actitud supo que nadie la había forzado — *mo prionnsa* — la abrazó y le retiró unos mechones de la cara — yaciste con un hombre y él de algún modo te hirió — no fue una

pregunta, las dos se comunicaban con la mirada — dime su nombre y yo misma le arrancaré la cabeza.

El llanto descontrolado que se apoderó de Grizela le dio la respuesta a su hermana. Esas lágrimas eran porque alguien le había roto el corazón y ella sabía que Grizela sólo amaba a un hombre.

—¿Has yacido con Jacobo? — preguntó en voz alta antes de darse cuenta de que no debería haberlo hecho.

—¡¿Mi hermano?! — Katherine no daba crédito a lo que oía, su hermano era un caballero, no podría haber dejado en semejante estado a la joven más dulce que ella hubiese conocido alguna vez.

—¡¿Ese perro inglés?! — Logan desenvainó la espada y Athdara se echó en sus brazos.

Su hermana consiguió calmar lo suficiente a Logan como para que éste no fuese a buscar a Jacobo y le atravesase con la espada, pero no pudo hacer nada cuando Katherine la observó durante unos instantes y pudo percibir la compasión de la inglesa, algo que la humilló aún más.

Entre sollozos les pidió que por favor no hiciesen nada para dañarle, ella había tomado una decisión y ahora asumiría las consecuencias. Todos protestaron enérgicamente pero ella fue categórica, no quería que Jacobo sufriese ningún daño, ella le amaba profundamente y tarde o temprano se recuperaría del dolor que la estaba dejando sin respiración.

Subió a su alcoba fingiendo una entereza que no poseía y se sentó en el alfeizar de la ventana, no se encontraba con energías para hacer nada en todo el día, pero por algún motivo necesitaba que el sol le calentase el cuerpo, pues sentía que todo en su interior se había congelado.

—Te han hecho daño — susurró una voz que estremeció a Grizela — y pagará con su vida por ello — la crueldad teñía las palabras.

—No me ha hecho daño — respondió mirando por la ventana — al menos no como tú insinúas — un suspiro salió de sus labios — me he entregado a él de forma voluntaria, le amo desde que le conozco y aun conociendo el resultado, lo haría una y mil veces, te suplico que no le dañes en modo alguno, por favor — le pidió sin dejar de mirar por la ventana.

—Pero estás sufriendo — la voz femenina parecía confusa.

—Sí, sufro porque le echo de menos y porque lo que más anhelo es compartir la vida con él — le confesó mientras las lágrimas le rodaban por el rostro.

Grizela esperó una respuesta que no obtuvo y aunque el miedo de los

primeros encuentros ya no se apoderaba de ella, en ese momento se sentía tan profundamente triste que ni siquiera se paró a meditar sobre el auténtico significado de aquellas palabras. La voz de aquella mujer se había convertido en algo normal para ella, la oía sollozar por las noches y hablar con ella cuando se encontraba sola en una estancia.

Cuando la luna estaba en lo más alto del cielo, Jacobo caminó en silencio hasta la fortaleza, esquivó a los highlanders que montaban guardia y se introdujo dentro del castillo sigilosamente, en principio su plan era ir a las cocinas, hacerse con algo que llevarse a la boca y volver a la forja, pero una vez dentro de aquellas paredes, la imagen de Grizela con los ojos llorosos le fulminó y encaminó sus pasos hasta una de las habitaciones que ya habían sido reparadas y que eran ocupadas por los *lairds* y sus mujeres, la habitación principal le fue cedida a Grizela.

Entró en la habitación y sin encender ninguna luz, caminó hasta la cama y observó con detenimiento a la mujer que pese a estar dormida se estremecía de vez en cuando, la culpa le golpeó hasta que sus piernas se desestabilizaron y amenazaron con hacerle caer, poco a poco se acercó más hasta que se sentó en el borde del lecho.

—Ojalá hubiese podido contenerme Grizela — acarició con cuidado uno de sus mechones dorados — pero no pude, no sé lo que me ocurrió, simplemente estabas allí, más hermosa que nunca, tan dispuesta que yo... fue demasiado para mí, Dios sabe lo que siento por ti.

Tras besarla dulcemente en los labios se marchó de la habitación para no despertarla, se encaminó a las cocinas, cogió en un hatillo comida para un par de días y con paso firme volvió a la fragua.

Ninguno de los dos fue consciente de que un par de ojos estaban llenos de lágrimas observando la escena y sin perderse ni una sola de las palabras que Jacobo había pronunciado.

Durante la semana siguiente, Jacobo trabajaba duramente en la fragua, hacía cerrojos, herraduras... cualquier cosa le servía para mantener a raya sus pensamientos y por la noche, pese a tener comida de sobra, se colaba en la fortaleza para acariciar el pelo de Grizela y observarla dormir. No había vuelto a besarla, le costaba cada vez más, pero ya se sentía lo suficientemente mal como para seguir abusando de ella.

El trote de unos caballos le sorprendió, desenvainó la espada y se ocultó

entre las sombras, era tarde para apagar el fuego, pero al menos no pondría fácil que le capturaran de nuevo.

—¡Jacobó! — gritó Ian — deja de hacer el idiota y da la cara como un hombre.

El inglés salió de entre las sombras, bajó la espada pero no la enfundó, llevaba días esperando su visita. Logan seguía encima del caballo mientras Ian ya se había bajado del suyo.

—¿Cuánto más piensas esconderte? — le recriminó — porque te recuerdo que eres un McRae y *laird* del territorio de Ellon, aquellas gentes dependen de ti.

—No creo que pueda contar con su aprobación ni su respeto — contestó Jacobo fríamente.

—Pues haz lo que debes — sentenció Logan.

—¿Acaso crees que no lo he intentado? — se enfrentó a él — le dije que nos casaríamos lo antes posible — gritó de nuevo — y ella salió corriendo tras negarse.

—¿Y lo permitiste? — un asombrado Ian le miraba fijamente.

—¿Y cómo habría de impedirselo? — se encaró con él — ¿acaso crees que no sé los rumores que corren sobre mí? ¿Acaso crees que no pensé que ella no sería jamás feliz con alguien con mi aspecto?

—El único rumor que nos preocupaba es el que afectaba a tu hombría — ladró Logan — claramente es totalmente falso — se bajó del caballo de un salto — ¿acaso tú eres tan necio como para no ver que Grizela ve el corazón de las personas y no su aspecto exterior?

Jacobó pensó lo que le estaba diciendo su amigo, tenía razón, Grizela era un ángel entre mortales, nadie tenía un corazón tan puro como el que latía en su pecho.

—Mira Jacobó — terció Ian — quizá el problema esté en el modo en el que le pediste que se casara contigo — se encogió de hombros — tu hermana se negó a casarse conmigo durante meses, mi principal motivo era que todo el mundo sabía que compartía mi cama con ella cada noche y no quería avergonzarla — Jacobó no se perdía una sola palabra del escocés — con el tiempo me di cuenta de que ese no era el motivo por el cuál quería casarme.

—¿Y cuál fue ese motivo? — la pregunta salió de su boca antes de que pudiera negarse a pronunciar las palabras.

—Si tengo que darte esa respuesta es que eres más obtuso de lo que creía — Ian se rio a carcajadas — me alegra saber que pese a lo que piensa la gente

no eres más listo que yo — le guiñó un ojo y se subió al caballo — deja de hacer el tonto y vuelve, nosotros tenemos que volver a nuestras tierras y los aldeanos de Ellon te necesitan.

Logan gruñó de nuevo antes de subirse en su caballo y salir al galope. Ian negó con la cabeza y le tendió la mano al inglés para cabalgar juntos.

—Volveré — prometió Jacobo — pero iré andando, necesito aclarar un par de ideas antes de volver a verla.

Ian asintió con un gesto y salió al galope, sin duda alguna, Jacobo tenía mucho en lo que pensar.

El inglés deambuló durante un buen rato por alrededor de la fragua, era plenamente consciente de que la visita que había recibido por parte de los highlanders no era otra cosa que una orden encubierta, él odiaba que le dieran órdenes, pero que Dios le perdonase, ansiaba demasiado convertirse en el marido de Grizela, por lo que en esta ocasión, decidió aceptar de buen grado el consejo que Ian le había dado.

Apagó el fuego de la forja y comenzó a caminar por el bosque en dirección a la fortaleza.

Ian tenía razón, le habían nombrado *laird* de aquellas tierras y aunque ahora mismo no contase con la aprobación ni con el respeto de los aldeanos, conseguiría enmendar su error, era probable que Grizela le odiase el resto de su vida, pero él conseguiría que al menos fuesen amigos. Con la determinación como bandera, se acercó con paso firme a la fortaleza que ahora era su hogar, el cual estaba más que dispuesto a conquistar.

Grizela se despertó de nuevo con la sensación de que era observada, abrió los ojos despacio y un suspiro salió de sus labios, ya había pasado más de una semana y por mucho que le doliese el corazón, no podía dejar de echar de menos a Jacobo, durante las noches había tenido dulces sueños en los que él se tumbaba a su lado y la protegía de la oscuridad con sus fuertes brazos, la besaba con esa mezcla de sensualidad, ternura y posesión que a ella la volvía loca y más de una vez se había despertado con la piel erizada por la pasión.

—No confíes — un susurro la sobresaltó — no confíes — repitió la voz — todos mienten, todos usan tu cuerpo y después te abandonan.

—¿Quién eres? — su voz salió entrecortada de su garganta mientras el corazón se le aceleraba en el pecho.

—No soy nadie Lady Grizela — cuando esa voz tenía ese tono apremiante,

la escocesa se estremecía.

—Por favor — suplicó — llevo semanas oyéndote susurrarme — se levantó de la cama y se puso la bata por encima — dime quién eres, te lo suplico.

—Shhhhh — la voz se quedó en silencio.

Grizela temblaba de miedo cada vez que aquella voz hablaba con ella con mensajes que le costaba comprender, recordaba perfectamente cómo había seguido su canto hacía dos noches, caminó por su alcoba, salió al corredor, subió las escaleras que llevaban a la torre que aún quedaba en pie y cuando se asomó a la ventana, el canto cesó de repente, ella gritó con desesperación, pero la voz no volvió.

Mientras la joven intentaba recobrar el aliento y la paz mental, una de las doncellas entró en su dormitorio y se sorprendió al verla ya en pie, ante un gesto de ella, caminó hasta abrir las cortinas totalmente para que la luz del sol iluminara la estancia.

La escocesa se aseó y con la ayuda de la doncella se vistió para bajar a desayunar como cada mañana con su hermana, Katherine y Nerys. Se sentía profundamente dolida, pero agradecía de corazón tener a esas mujeres a su lado, ni un solo día le habían preguntado cómo estaba, tan sólo permanecían en silencio hasta que ella saludaba y después procedían a comentar cualquier cosa que la hiciese sonreír, cosa que habían conseguido cada día.

Mientras las mujeres reían a carcajadas, Ian y Logan entraron en el Gran Salón con actitudes muy dispares. El *laird* McRae se acercó a su mujer con una sonrisa en los labios, acarició su vientre que ya empezaba a redondearse de forma evidente y tras mirarla a los ojos, ambos sonrieron, sin embargo, Logan se acercó a Grizela con expresión sombría, la abrazó con fuerza y la besó en la mejilla, después se abrazó a su mujer con la esperanza en que Athdara ejerciese la magia que tenía en él y le tranquilizase, porque en esos momentos y pese a la intensa conversación que había mantenido con Ian, no creía que Jacobo hiciese lo correcto.

Al cabo de varias horas, el inglés llegó a la plaza central del pueblo, estaba preparado para pelear, para hacerse valer como uno más, pero no lo estaba para empezar a recibir solicitudes de ayuda y opiniones. Observó el pueblo y a esas gentes y se dio cuenta de que en una semana las cosas habían cambiado mucho.

A la hora de comer, Jacobo entró en el Gran Salón con un nudo en la garganta, aún no había podido ver a Grizela y quería hablar con ella en

privado, de forma que caminó con paso seguro hacia su alcoba pensando en lo diferente que era realizar ese trayecto a la luz del día y sabiendo que nadie le impediría caminar por el castillo libremente.

La puerta de la alcoba estaba entreabierta y Jacobo no pudo resistir la tentación de escuchar a las mujeres que estaban dentro, sabía que había estropeado lo que tenía con Grizela, pero en ese momento no sabía identificar cuál había sido exactamente el problema, lo que le provocaba una enorme frustración porque la mente de las mujeres nunca le había resultado incomprensible, por lo general, sabía exactamente cómo se sentía, o al menos así había sido hasta que la escocesa de cabellos dorados se cruzó en su camino.

—Escucha — le decía Katherine — mi hermano es un buen hombre, te lo prometo, quizá no pueda expresar con las palabras adecuadas lo que siento, pero es un buen hombre.

—Eso no lo pongo en duda milady — la voz de Grizela sonaba cansada y Jacobo sintió un dolor sordo en el centro de su pecho — no le pido una declaración de amor, es evidente que no es eso lo que siento por mí — la escocesa cogió aire — pero no quiero que me proponga matrimonio solo porque yacimos juntos.

—Grizela — Katherine intentaba convencer a la joven, Jacobo se asomó un poco más para observar sin que notaran su presencia y vio cómo su hermana abrazaba a la joven — dime qué es lo que quieres entonces.

—No puedo tener lo que quiero — un sollozo le atravesó el alma al inglés — quiero tener lo que tenéis Ian y tú o lo que tiene mi hermana con Logan, o Nerys y Fergus, quiero pasión, quiero cariño, quiero sonrisas cómplices, quiero...

—Quieres que te ame — sentenció Katherine.

Jacobo no soportó más seguir escuchando a escondidas, se sentía tan miserable y rastrero que se avergonzaba de sí mismo. Había cometido tantos errores en su vida que no se sentía digno de ella, le dolió darse cuenta de que quizá la había tratado con demasiada frialdad si ella pensaba que no significaba nada para él.

Caminó como un león enjaulado por el corredor de un lado al otro intentado calmar su alocado corazón hasta que en uno de los giros se topó con los ojos azules de su hermana y los dorados de Grizela.

—Has vuelto — susurró la escocesa y él sólo pudo asentir — me alegro de corazón Jacobo, estas gentes necesitan a su *laird*.

—¿Sólo ellos? — preguntó sonando más desesperado de lo que pretendía.

—Por supuesto que no milord — ella hizo una pequeña reverencia — todos los presentes le necesitamos.

—Grizela — murmuró Jacobo sin saber muy bien qué decir a continuación.

—No se preocupe milord — se sonrojó y respiró agitadamente — su reputación está a salvo, nadie excepto la familia conoce lo ocurrido y le juro que de mis labios no se sabrá nada al respecto.

—Eso no es necesario — acertó a decir arrepintiéndose de esas palabras en cuanto salieron de su boca.

—Sí que lo es milord, jamás atraparía a un hombre de una forma tan vil y rastrera, soy escocesa e hija de un *laird* — le clavó la dorada vista en su pecho, pues no se atrevía a mirarle a la cara — aún me queda algo de dignidad.

Dicho eso, se dio media vuelta y comenzó a bajar por las escaleras intentando controlar el mar de lágrimas que le anegaban los ojos.

—Desde luego has dejado claro que eres todo un caballero, hermano — la crítica en su voz era evidente — eso no es necesario... — repitió las palabras de él — ¿en serio? — se acercó y le miró fijamente — no puedo entender por qué te comportas así Jacobo, las mujeres no tienen secretos para ti, nuestros corazones se te muestran como libros abiertos... ¿por qué no puedes leer en el corazón de Grizela? — Katherine apretó la mandíbula con fuerza — ¿por qué no eres capaz de ver el dolor en sus ojos? recapacita hermano... y hazlo antes de que sea demasiado tarde.

Acto seguido, la inglesa se dio media vuelta y bajó por las escaleras dejando a un alterado Jacobo que no tenía muy claro qué era lo que acababa de ocurrir ni cómo debía interpretar las palabras de su hermana.

Con las palabras acribillándole el alma, bajó al comedor y se sorprendió del cambio que había dentro de la fortaleza, tan ensimismado estaba con ver a Grizela que no había percibido que el Gran Salón ya tenía el tejado totalmente restaurado y una gran mesa de madera presidía la estancia, las sillas estaban hechas con los restos de mobiliario, pero al menos aquello ya empezaba a verse como la fortaleza que una vez fue.

El resto del día fue una completa locura para Jacobo, tanto Ian como Logan se habían dedicado a elegir de entre los hombres a los que a su criterio harían bien los distintos cargos que Jacobo necesitaba para llevar adelante ese territorio y se había pasado horas enteras hablando con ellos y dejándose

aconsejar.

CAPITULO 10

La biblioteca aún presentaba un aspecto deplorable, pero al menos el escritorio de caoba había salido ileso de las manazas de los traidores del clan. Y allí se pasó el resto del día hablando con los elegidos y tomando notas para poder tomar una decisión.

Encontró varios pliegos de papel, pluma y tintero en uno de los cajones y decidió que debería pasar a limpio las notas que sus amigos le habían dado. Y entre papeles en los que escribía y libros que leía, la luna se alzó en el cielo sin que él fuese consciente de ello.

Se ausentó un momento para ir a aliviar sus necesidades y cuando volvió a la biblioteca, sobre su mesa había una jarra de leche caliente con miel, el recuerdo de las noches pasadas frente a la chimenea con su hermana Katherine mientras hablaban de todo le quemó el corazón, la echaba tanto de menos que le dolía. Ella había sido su luz en la oscuridad, pero ahora ella pertenecía a otro hombre y aunque él respetaba a Ian y sabía que era el adecuado para ella, eso no evitaba que al pensar en su sonrisa, en su voz o en la belleza de su rostro, un puño apretase su corazón.

Cogió la jarra en sus manos, aspiró el olor dulce de la miel y bebió un sorbo que le transportó a épocas mejores, cuando lo único que tenía que hacer era seguir las indicaciones de su padre y amar a su madre y a su hermana. ¡Qué tiempos aquellos!

Se sentó en la silla y observó un papel en el que no había reparado y sobre

el que había algún tipo de hierba pulverizada, en la nota, unas palabras que le paralizaron la respiración: “esto es raíz de valeriana, la forma apropiada es tomarla en infusión, pero si no puedes dormir, échala en la leche y verás cómo consigues descansar. No deberías agotarte de esta manera Jacobo. G”.

De repente, el aire de sus pulmones se hizo espeso como la arena, le dolía respirar, el corazón le latía con tanta fuerza que golpeaba sus costillas. Se sentía el peor hombre sobre la tierra. Después de todo lo que le había hecho a esa preciosa joven, ella aún se preocupaba lo suficiente como para prepararle un remedio para que pudiera descansar.

Cuando Grizela se despertó por la mañana, el recuerdo de la pasada noche le removió la conciencia, casi había logrado convencerse de volver a subir a su alcoba, pero al verle tan concentrado en la biblioteca, con todos aquellos documentos y con aquella expresión de soledad en su rostro... fue demasiado para ella, volvió a la cocina, calentó un poco de leche y le echó una cucharada de miel, Katherine le había confesado que era uno de los pocos placeres que su hermano se concedía. Ella tenía que hacer algo para ayudarle, al fin y al cabo, para eso había viajado oculta en una de las carretas, para ayudar a las gentes de Ellon, o al menos, eso se repetía una y otra vez. Esperó hasta que Jacobo salió de la estancia y colocó la jarra junto a la nota y las hierbas en su escritorio y se retiró a su habitación.

Un suspiro salió de sus labios y la preocupación por haber hecho algo que la alejase más aún de Jacobo le mordió el corazón, pero entonces se giró y sobre la mesita vio un precioso ramo de flores silvestres y una nota entre ellas que leyó con el corazón martilleándole el pecho: “Gracias por la leche, las hierbas y por preocuparte por mí, no soy digno de tu bondad, pero me resarciré Grizela, te lo prometo, conseguiré que dejes de odiarme. Jacobo.”

Grizela se mareó ligeramente por el cúmulo de emociones que atravesaron su cuerpo, lejos de enfadarse, Jacobo le agradecía que se preocupase por él y además pensaba que ella le odiaba. ¡Oh! ¡qué obtusos podían llegar a ser los hombres! Ella jamás podría odiarle, todo lo contrario, le amaba más que a su propia vida y le deseaba que fuera feliz, le rompía el corazón pensar que ella no estaría en su futuro, pero aun así, le deseaba que fuera completamente feliz.

Sacudió la cabeza y salió de la cama con una extraña mezcla de sentimientos. Por un lado quería decirle que ella no le odiaba, que jamás lo haría y por otro, quería abofetearle por no darse cuenta de que le quería tanto

que le dolía hasta respirar. Pero no se dio cuenta de que Jacobo había entrado en su alcoba para dejar las flores y la había visto en la cama, hasta que se empezó a vestir.

Su respiración se agitó, su corazón comenzó a bombear tan fuerte en su pecho que las costillas le dolían, estaba tan nerviosa y excitada que los recuerdos de aquella noche en el bosque la golpearon con fuerza, el deseo la invadió de una forma avasalladora y las lágrimas le anegaron los ojos, ojalá pudiese acercarse a Jacobo para pedirle que le aliviara el dolor que sentía en el centro de su ser.

Durante unos instantes dudó sobre lo que debía hacer, daba vueltas en su habitación debatiéndose entre ir al encuentro de Jacobo y lanzarse en sus brazos o darse por vencida de una vez.

Unos golpes en la puerta la devolvieron a la realidad.

—*Mo phiuthar* — la dulce voz de Athdara la envolvió — debemos partir de inmediato — la urgencia y el miedo en sus ojos la puso en alerta.

—¿Qué ocurre? — la pregunta le atenazó la garganta, pues algo le decía que no serían buenas noticias.

—El rey ha convocado a los *lairds* de las Highlands — el silencio se vertió sobre ellas, Athdara le dio unos instantes para que asimilara las palabras que iba a pronunciar a continuación — Ian ha intercedido por Jacobo y de momento, él permanecerá aquí, pero tanto Ian como Logan deben partir de inmediato y Katherine y yo debemos volver a nuestros territorios.

—Eres una consorte maravillosa — Grizela la estrechó fuerte entre sus brazos — aún no te has ido y ya te echo tanto de menos... — una lágrima se escapó a su control — te quiero hermana mía, te quiero con todo mi corazón.

—¡Oh Grizela! — la pelirroja escocesa tampoco pudo retener las lágrimas — yo también te quiero *mo phiuthar* y te echaré mucho de menos.

—¿Y a mí nadie me echa de menos? — la voz profunda y grave de Logan las interrumpió y con su eterno sentido del humor consiguió aflojar el tenso ambiente.

—Yo siempre te echaré de menos milord — la mirada llena de cariño de Grizela le hizo sonreír.

—Escúchame bien — Logan se puso serio y la miró fijamente — eres una McGregor y siempre serás como la hermana que nunca tuve, lo sabes ¿verdad? — Grizela asintió sintiendo cómo se le encogía el corazón en el pecho — a Athdara no puedo dejarla aquí porque es mi esposa y mientras yo esté fuera, ella se hará cargo de todos los asuntos de Daltra — miró un segundo a su

mujer y negó con la cabeza — por mucho que me moleste, el territorio más seguro de todas las Highlands es este — cogió aire y apretó las mandíbulas — quiero que te quedes aquí, quiero que te escondas si algún desconocido llega a estas tierras y quiero que permitas a Jacobo protegerte con su vida.

—Logan — intentó rebatirle, pero él la hizo callar.

—Grizela, sé que las cosas no son fáciles y que ahora mismo hay demasiado que perdonar, pero escúchame — la abrazó fuerte — no queremos perderte y si de algo estoy seguro es de que Jacobo te protegerá de cualquier cosa.

—Me estás asustando — murmuró abrazando a su cuñado.

—Bien — la miró con cariño — a ver si estando asustada dejas de correr al bosque en mitad de la noche — el reproche se mezcló con una sonrisa.

—Era el festival de Ostara — se defendió apenas con un susurro.

—Lo sé — la abrazó de nuevo — partimos en breve, todo está listo, no tardéis.

Las hermanas se quedaron abrazadas mientras Logan salía de la alcoba con los puños apretados, el corazón latiéndole con fuerza y la sensación de que todo lo que estaba ocurriendo era un tremendo error.

Llegó al Gran Salón y saludó a Ian con un gesto de la cabeza y a Katherine estrechándola entre sus brazos mientras acariciaba su vientre que cada día estaba un poco más hinchado, en ese momento Jacobo apareció y toda la ira se cebó con él.

—¡Escúchame perro inglés! — le empujó hacia la puerta y le miró con rabia — no vuelvas a estropearlo ¿me has oído? Ella no se lo merece y por mucho que lo deteste, ahora tú eres el único que puede protegerla.

Jacobo observó con detenimiento la hosca expresión de su mejor amigo, Ian les había informado al amanecer de las últimas noticias, por lo que creía comprender el estado en el que se encontraban los highlanders, los rumores de guerra se habían recrudecido, ellos debían partir para reunirse con el rey en Strivelyn y sus mujeres se quedarían solas en sus fortalezas.

Miró a Katherine y no pudo evitar sentirse completamente orgulloso de ella, ¡Dios! ¡cuánto había cambiado sin dejar de ser la misma! Era algo que le fascinaba, su fuerza interior se había multiplicado y su compasión también, si la guerra finalmente llegaba a Nairn, el territorio de los McRae, su querida hermana mantendría a los ingleses a raya. Confió en eso con todo su corazón.

Durante un latido miró a Athdara, adoraba a esa pelirroja con fuerte carácter, llamativa como un hada y con tanto coraje como pocas mujeres y al

ver las lágrimas en sus ojos, comprendió que las duras palabras de Logan sólo reflejaban el miedo que sentía por perder a la mujer de su vida.

—Logan — le tendió el brazo — te prometo que haré lo correcto, que cuidaré de ellas y que pase lo que pase, por mucho que me odies, mi espada siempre estará disponible para cuidarte las espaldas.

El highlander se estremeció pero mantuvo la compostura, se abrazó a Jacobo y este pidió a su Dios que le diese la fuerza suficiente como para no fallar a esa promesa.

La despedida fue más dura de lo que pensó en un principio, pero cuando vio a Grizela llorando desconsolada al ver desaparecer a su hermana en el horizonte, algo dentro de él se rompió al mismo tiempo que una certeza le sobrecogía, él conseguiría que ella borrara esa veta de dolor de su mirada.

—No temas Grizela — le susurró al oído más cerca de lo que habría querido — Ian y Logan saldrán vencedores y Katherine y Athdara estarán a salvo.

—Pero temo Jacobo — le miró con sus bellos ojos dorados llenos de lágrimas — temo, porque la guerra nunca es buena, porque sólo trae tragedias y penurias — todo su cuerpo se estremeció — sólo espero que la guerra no llegue a estas tierras, Ellon ha sufrido más de lo que puede soportar.

Tras esas palabras tan derrotistas, Grizela se fue de nuevo a su alcoba, la tristeza que se había apoderado de ella dio paso a una profunda y angustiosa preocupación.

Jacobo se encerró en la biblioteca, buscó desesperado mapas de Escocia e Inglaterra. Por un lado se sentía decepcionado porque no hubiesen contado con él para las negociaciones entre ambos tronos, él era conocido del rey inglés y sabía que contaba con su beneplácito, no obstante le había ofrecido un puesto como su primer consejero cuando rescataron a Katherine de las manos de su hermanastro traidor.

Ian le había dicho que el nuevo rey escocés no se fiaba de él, esa era la verdadera razón por la cual no le quería en aquella reunión, era consciente de que los ingleses le habían torturado, pero al parecer, gracias al consejo de su hermano pequeño, no terminaba de creer las historias que contaban sobre él.

Durante toda la noche le dio vueltas a los mapas, el estado en el que se encontraban era un verdadero desastre, les faltaban trozos y había zonas en las que algún líquido había sido vertido sobre ellos haciendo imposible su interpretación. La desesperación le consumía, observó la noche estrellada a través de una de las ventanas cuando un ligero crujido en el suelo le avisó de

que tenía una visita en la biblioteca, no tuvo que girarse para saber que era ella, cogió aire y esperó a ver cómo reaccionaba.

Grizela entró en la biblioteca con la jarra de leche con miel para Jacobo, no le había visto dentro y pensó que era el momento idóneo, aún no se sentía preparada para hablar con él, sabía que tanto Ian como Logan le habían presionado para que se casara con ella, era lo que más deseaba, pero no por ese motivo, ella quería ser el amor de su vida, tal como él era el de ella. Cuando dejó la jarra le vio mirando por la ventana, su ancha espalda y sus poderosos brazos la dejaron sin aliento, se ruborizó de los pies a la cabeza y salió de la biblioteca antes de que él se diese cuenta de que ella estaba allí.

Jacobo suspiró cuando la oyó irse. Cerró los ojos un instante e intentó por todos los medios volver a concentrarse en lo que tenía entre manos, se había propuesto rehacer los mapas para poder buscar una posible solución al problema de la estrategia, no quería que ningún rey saliese vencedor, pero quizá podría inclinar la balanza para que ambos se diesen cuenta de que estaban en tablas. Le parecía la mejor de las opciones. Pues si ganaba el rey escocés tanto él como Katherine estaban sentenciados y si ganaban los ingleses, todos los habitantes de Escocia perderían su identidad.

—Sí — le habló de nuevo a la luna — Grizela tiene razón, la guerra no trae nada bueno — murmuró para sí mismo.

Se giró y caminó hasta el escritorio en el que reposaba esa jarra de leche con miel que la mujer de sus sueños le había preparado, se la bebió de un trago y continuó con el arduo trabajo de rehacer los mapas.

CAPITULO 11

A l día siguiente, Grizela se encontró sobre la mesilla un ramo de flores muy parecido al del día anterior y una nota entre ellas: “Gracias por esos detalles que me alegran el alma, me hubiese gustado hablar contigo, pero esperaré a que te sientas con ánimo de estar conmigo a solas, aunque eché de menos una nota. Jacobo”.

Inmediatamente las mejillas de Grizela se cubrieron de rubor y se dejó caer de nuevo en la cama sonriendo como una niña. Jacobo quería casarse con ella por los motivos equivocados, pero ella le amaba por los motivos correctos.

—No te dejes seducir milady — de nuevo el susurro en las sombras.

—¿Quién eres? — se incorporó en la cama — dímelo, dime por qué me persigues y me atormentas.

—No te atormento, cuido de ti — el silencio se hizo palpable y Grizela casi rezó para que la mujer no dejase de hablar.

—No te vayas — suplicó — por favor.

—No me voy, nunca me iré — sentenció la voz con firmeza — ningún hombre podrá echarme de aquí.

Grizela abrió la boca para seguir haciendo más preguntas pero en ese instante una de las doncellas entró para abrir las cortinas y prepararle el agua para que pudiese asearse.

La escocesa maldijo para sus adentros.

—Minah — se dirigió a la joven que le estaba preparando el vestido — tengo curiosidad, ¿en esta fortaleza tenéis historias de fantasmas?

La joven la miró con una expresión que Grizela no consiguió comprender.

—Milady, no tenemos historias de fantasmas — le dijo con la voz entrecortada — tenemos un fantasma — la escocesa abrió los ojos de par en par.

—Siéntate a mi lado y cuéntamelo todo — le pidió con una sonrisa.

La joven parecía atemorizada por algún motivo que ella no entendía, ella había hablado con ese fantasma y no le parecía que fuese peligroso, al menos no para ella aunque a veces la hiciese temblar, y desde luego, hacía unos meses tampoco le hubiera parecido real.

—Verá — la joven suspiró — no sabemos quién es, sólo que es una mujer que llora cada noche y apaga las velas de los corredores — se entrelazaba los dedos mostrando así su nerviosismo — jamás le ha hecho daño a una mujer, sin embargo los hombres no están a salvo.

—¿A qué te refieres? — preguntó Grizela llena de curiosidad.

—Hace un tiempo, poco después de la muerte de Eskol, un mozo de cuadra se coló en el castillo para tener una conversación con una de las cocineras, ella le creyó cuando él le juró que la amaba — se encogió de hombros — el mozo y ella... bueno... ya sabe... compartieron más de una noche, al cabo de los pocos días, el mozo ni siquiera miraba a la chica y cuando ella fue a preguntarle desesperada, le encontró en los establos retozando con una de las aprendices de tejedora.

—¡Oh! — fue lo único que se atrevió a decir, podía comprender la desesperación de la muchacha.

—Sí... pues verá, a la semana siguiente, el chico apareció atado y amordazado en el establo, le habían matado.

La conversación le estaba poniendo los pelos de punta a Grizela, sin duda, era una historia muy interesante, pero no conseguía comprender por qué motivo decían que había sido cosa del fantasma y así le preguntó.

—Verá milady, la noche antes, la cocinera lloró y una voz de mujer la consoló y le juró que el malvado pagaría las consecuencias de sus actos.

Grizela miró horrorizada a la doncella mientras en su cabeza comenzaban a formarse ideas que le destrozaban el corazón. Ella no había creído nunca en fantasmas, pero desde que puso un pie en Ellon, supo que algo la vigilaba constantemente, sólo se sentía segura cuando Jacobo estaba cerca y ahora debido a la situación entre ellos, ya ni siquiera se saludaban cuando

coincidían en las comidas.

—Me parece un castigo demasiado severo tan sólo por la lujuria descontrolada de un muchacho — aventuró Grizela.

La joven se levantó de la cama y le dedicó una mirada llena de tristeza.

—Eso depende de si la lujuria desmedida le rompe el corazón a alguien milady, en este caso, la cocinera se quedó embarazada y tuvo que sufrir las consecuencias de tener un bastardo que no sobrevivió al encierro en los túneles... si le pregunta a ella creo que le dirá que le parece poco para lo que él la hizo sufrir a ella.

La escocesa se quedó sin palabras.

Observó en silencio cómo la joven le colocaba el vestido sobre la cama para después salir de la alcoba con el mismo sigilo con el que había entrado. Meditó largamente sobre lo que le había contado la doncella y sin poder evitarlo se imaginó a sí misma en la misma situación, en el caso poco probable de que se hubiese quedado embarazada, sabía sin ninguna duda que Jacobo se haría cargo, los motivos de ese matrimonio seguirían siendo erróneos, pero ella jamás podría tener un hijo que no estuviese protegido por un apellido.

—Jacobó jamás dejaría a su hijo sin protección — dijo en voz alta con la esperanza de que el fantasma la oyese, le aterraba que quisiera hacerle daño al inglés.

Pero la voz no contestó, Grizela esperó mucho tiempo y siguió hablando en voz alta, pero la mujer no le respondía y al final se dio por vencida y decidió seguir con sus obligaciones.

Jacobó estaba en el patio de armas claramente sorprendido, estaba totalmente reconstruido y listo para ser usado y lo cierto es que necesitaba ejercitarse, llevaba demasiado tiempo llevando una vida ociosa y sentía que se estaba ablandando, de modo que dio a los hombres un descanso en las tareas de construcción y se dedicó a enseñarles algunos movimientos básicos de defensa.

Al cabo de un rato hasta los niños le seguían los movimientos, Jacobó era un excelente maestro en las artes de la guerra, un aspecto que había sido muy apreciado en la corte, sonrió por los recuerdos de los buenos tiempos y siguió ejercitándose sin percatarse que desde una ventana de la torre que aún quedaba en pie estaba siendo observado con gran detalle.

—No, no eres como él Jacobó de Bradbury — una sonrisa curvó los blanquecinos labios femeninos cuando le vio ofrecer su mano a un niño que

había tropezado al girar con un palo que simulaba ser una espada — ojalá no me arrepienta de dejarte con vida.

Los días pasaron y las mejoras se veían cada vez de forma más evidente. Jacobo agradecía la ayuda que tanto Ian como Logan le habían enviado y que aún enviaban, entre sus provisiones y lo que podían reutilizar de la fortaleza, casi podía decir que su hogar estaba completo.

Estaba entrenando con espada con algunos hombres en el patio cuando una alborozada Grizela y un par más de muchachas se lanzaron contra él con gritos y una sonrisa que eclipsaba la luz del sol.

—¡Jacobó! — gritó Grizela — ¡mira! — se lanzó a sus brazos sin darse cuenta de que estaba armado.

El inglés dejó caer la espada justo antes de que la escocesa se chocase contra su cuerpo, cerró los ojos un instante para aspirar el olor de su pelo y sentir el calor de su cuerpo, pero rápidamente recuperó el control de sus emociones y la separó de él para poder ver lo que ella quería mostrarle.

—¡Mira! — repitió ella claramente emocionada.

En sus manos sostenía unas bellas flores y lo que parecía ser un tubérculo.

—No sé qué estoy viendo — Jacobo intentó pronunciar esas palabras sin dar cuenta de la intensa sensación de frío que le invadió cuando Grizela se separó de él.

—Esperanza, Jacobo... estás viendo esperanza — le mostró de nuevo lo que había en sus manos — mira, son flores y ¡esto es jengibre!, es una raíz pequeña, pero la conservaré y la plantaré dentro de la fortaleza, no es su época, pero quizá consiga reproducirla — el inglés la miraba sin entender — las he encontrado en la tierra — le dedicó una brillante sonrisa — ¡y te juro que he visto dos urogallos en el bosque!

Todos enmudecieron ante las palabras de la escocesa, si lo que les contaba era verdad, y a juzgar por las expresiones y su brillante mirada lo era, significaba que la vida había vuelto a Ellon y darse cuenta les llenó los corazones de esperanzas.

—Tu ritual funcionó — las palabras de Jacobo hicieron que Grizela se estremeciera — te felicito — le dedicó una intensa mirada y una sonrisa sincera — nos has dado esperanzas Grizela.

Sin más, se dio media vuelta y se dirigió a los establos, necesitaba alejarse de ella antes de tomarla en sus brazos y besarla delante de todo el

mundo, él quería casarse con ella porque la amaba, no tenía sentido seguir negándose esa verdad, pero no la comprometería delante de los aldeanos, bastante tenía con saber que su lujuria estaba en conocimiento de sus amigos y de su hermana.

Desde ese día, las sonrisas se prodigaban con más facilidad entre las gentes, cada día descubrían una planta nueva e incluso hubo un hombre que juraba que había visto una colonia de liebres.

Las reparaciones de las cabañas y las de la fortaleza, dentro de los medios de los que disponían, casi habían concluido, habían habilitado una parte del castillo y el resto, por orden de Jacobo se selló para impedir que el frío del invierno entrase, lo arreglarían poco a poco. Habían conseguido reparar cinco alcobas, las cocinas, el Gran Salón, la biblioteca y la sala de costura, además de casi todas las cabañas del exterior del castillo, dos cuadras y un establo con sitio para unos veinte caballos.

Lo cierto era que habían hecho un gran trabajo en el levantamiento de esa fortaleza, Jacobo se sentía más que orgulloso de esas gentes, se levantaban al amanecer y trabajaban sin descanso hasta que el sol se ocultaba, en todo ese tiempo no había habido ni una sola pelea ni malos entendidos, estaba claro que todo el mundo había comprendido que trabajar para el bien común era su prioridad.

Por las noches, Jacobo se encerraba en la biblioteca estudiando los mapas, las guerras antiguas y repasando las historias que su abuelo y su padre les contaban a él y a Katherine, la guerra estaba demasiado cerca y él no tenía ni idea de cómo podían conseguir que se calmasen los ánimos.

Un par de semanas más tarde, Jacobo se acercó hasta un pequeño riachuelo cuyo seco cauce había descubierto al poco de llegar allí y le sorprendió ver que ahora traía agua de nuevo, el caudal no era gran cosa, pero al menos ya volvía a correr el agua de las montañas, una sonrisa se formó en sus labios y miró al cielo agradeciendo de todo corazón a los Dioses paganos, al Dios cristiano, a sus padres, a su ama de cría... a quien fuese que le escuchase, la vuelta de la vida a aquellas tierras.

Se sentó en la yerma tierra y apoyado en el tronco de un árbol seco se dedicó a pensar en cómo podría agradecerle a Grizela la idea que había tenido al llevar a los druidas, él seguía siendo católico, pero era evidente que el festival de Ostara había devuelto la vida al territorio de Ellon. Cuando estaba sumido en sus pensamientos, el trote de un caballo le sorprendió.

Le dio el alto con la espada desenvainada, le extrañó que sólo fuese un

hombre y pronto reconoció los colores de los McRae, envainó su espada y se dispuso a escuchar las nuevas de Ian.

El joven se acercó a él temeroso y le entregó un papel lacrado.

—¿Por qué estás tan asustado? — le preguntó mientras recogía la carta — ¿y cómo sabes que soy la persona a la que buscas?

—Milord, mi *laird* Ian McRae me pidió que le entregara esta nota a usted, le he reconocido por lo que se cuenta — se avergonzó ligeramente y Jacobo sonrió.

—Me has reconocido por las cicatrices — le dijo mirándolo fijamente.

—Por ellas y por sus extraños ojos grises milord — confesó el joven.

Jacobo se sintió satisfecho con las palabras de su visitante y procedió a leer la misiva, a medida que iba avanzando en la lectura, su corazón latía desenfrenado y su estómago se le contrajo.

Según las apreciaciones de Ian, la reunión en Strivelyn había sido un completo desastre debido a que unos soldados ingleses habían conseguido herir al rey escocés, la guerra ya era un hecho, los soldados habían sido apresados y habían confesado que su rey les enviaba para terminar con el rey impostor. Los escoceses clamaban venganza y sangre.

Sin mediar palabra, el inglés se subió a su montura y cabalgó lo más rápido posible hacia Ellon, ahora todo era diferente y tenía que poner orden en todo aquello sin dejar de lado a la que ahora era su familia y sin poner en peligro a los que un día fueron sus compañeros de armas.

Al llegar a la fortaleza una terrible tormenta de verano se había desatado, pero al inglés parecía que nada le importaba, buscó desesperado a Grizela y la encontró en las cocinas amasando pan, sin decir una palabra, la cogió entre sus brazos y la besó con tal voracidad que la joven creyó que se desmayaría.

El beso les sorprendió a todos, pues aunque se habían dado cuenta de que entre Jacobo y Grizela había algo, nadie había visto un comportamiento inapropiado entre ellos hasta ese instante. Él la alzó del suelo y la estrechó más fuerte aún entre sus brazos, su lengua se apoderó de su boca saboreándola con urgencia y cuando una de sus manos se apoderó de sus nalgas, todos los que estaban en las cocinas salieron corriendo.

—Por favor Jacobo — ella gemía ante el ataque sensual al que estaba siendo sometida — ¿por qué haces esto?

—Porque te necesito — murmuró antes de besarla de nuevo.

La colocó encima de la mesa y sin dejar de besarla, su mano se perdió bajo sus faldas, la lujuria era algo muy difícil de controlar cuando estaba

cerca de ella, esa piel de alabastro le seducía de una forma casi mágica, sus rubios mechones desperdigados por la oscura mesa, su respiración agitada, era una imagen que le volvía demente y sin ser capaz de controlar sus más primitivos instintos.

—Necesito hacerte mía Grizela, pero no te tomaré en la mesa de la cocina — la miró fijamente permitiendo que ella viera el deseo descarnado en su mirada — por favor, ven a mi alcoba y comparte mi cama.

Ella tardó unos instantes en comprender lo que él le estaba proponiendo en realidad. Y lo que descubrió no le gustó.

—¿Por qué haces esto? — se sentó en la mesa y se recompuso la ropa como pudo.

—Te lo he dicho, te necesito.

—No, esto no lo haces por mí o por el deseo que puedas sentir, lo haces por algo más y quiero saber lo que es — le apremió ella.

—No, te equivocas, esto es sólo porque te necesito, te necesito en mi cama para que me consueles antes de la batalla, te necesito a mi lado para poder pensar con más claridad acerca de mi destino y te necesito como la señora del castillo para que lo dirijas cuando yo no esté — la abrazó con fuerza — ¿aún hay algún druida en Ellon?

Grizela intentó moverse para observar al hombre al que amaba, las razones que le había dado eran poderosas, pero no eran las que ella quería escuchar, sin embargo, al repasar las palabras se dio cuenta de que la guerra se había acercado más de lo que ellos contaban y sintió la desesperación de Jacobo por no dejar indefenso el que ahora era su hogar, se dejó llevar por el código de honor del inglés al querer mostrarle a todos que ella era la señora del castillo y que en ausencia de su *laird*, ella era quien les protegería.

—¿Quieres que un druida nos case? — preguntó con el corazón latiéndole en la garganta con fuerza.

—Sí, te necesito Grizela — la miró a los ojos — por favor mi señora, di que sí.

La escocesa no fue consciente de en qué momento había cedido a la petición de Jacobo, sólo sabía que había subido a su alcoba ante la atenta mirada de todos y que ahora estaba encerrada en su habitación, siendo desnudada por sus expertas manos y dejada con delicadeza en la cama.

Y ya no pudo pensar más.

Jacobo se lanzó sobre ella como un famélico sobre un festín. La saboreó de arriba abajo y la hizo suya de varias maneras que a ella la dejaron

completamente exhausta pero inmensamente feliz y muy satisfecha, desde luego no se arrepentía de su decision, ¿cómo podría hacerlo? Era consciente de que las circunstancias no eran las apropiadas, ni siquiera lo que les rodeaba, pero el hombre sí que era el correcto. Y eso echaba por tierra todas las reticencias que aún pudiese tener.

Se pertenecían el uno al otro, ella así lo sentía en lo más profundo de su alma.

CAPITULO 12

Cuando el sol se ponía en el horizonte, Grizela mandó llamar al druida que se había quedado con ellos para que preparasen la ceremonia de la unión.

No era como ella lo había imaginado, no se casaría con un bonito vestido, su hermana no la ayudaría con los preparativos y no estaba segura de lo que estaba haciendo, pero algo dentro de ella le decía que era lo correcto, lo que debía ser.

La ceremonia se preparó con prisas, pero sin que faltara un solo detalle. Grizela se puso el único vestido que tenía y que no había destrozado en su día a día con las tareas de reconstrucción de la aldea, se trataba de uno de color azul cielo con ribetes de plata y una cadena de monedas plateadas alrededor de sus caderas, no tenía más joyas que ponerse, pero la mujer que hacía a veces de su doncella la sorprendió con unas bellas flores que le ensortijó en el peinado, lo cierto era que se veía exquisita.

—Milady, no hay mujer más bella — le dijo con una sonrisa llena de cariño.

—Eres muy amable — Grizela se ruborizó y no evitó agradecerle el cumplido con una sonrisa.

Se quedó sola unos instantes en su alcoba mientras se miraba en el espejo y sonreía porque estaba a punto de unir su vida y su corazón al del hombre más maravilloso que jamás había conocido.

—Eres feliz... — la extraña voz la sobresaltó.

—Lo soy — miró al espejo de nuevo y vio una pálida figura tras ella — te lo juro, le amo con toda mi alma — no se atrevía a girarse por si ella desaparecía — tú mataste a aquellos hombres ¿verdad?

El reflejo de la figura asintió despacio y Grizela podía sentir como todo a su alrededor se congelaba.

—¿Por qué? — la voz sonaba entrecortada.

—Porque esos malditos hombres abusaron de cuantas niñas encontraron antes de que yo les matase — los ojos del fantasma se abrieron aún más — ¿me juzgas?

—No — la escocesa negó con la cabeza — pero te suplico que no mates a nadie más, por favor... cuida de las mujeres, es evidente que te necesitamos, pero por favor, no mates a nadie más.

—No puedo prometer eso — la voz se perdía en la oscuridad.

Grizela se giró rápidamente pero el fantasma ya había desaparecido, pero lejos de sentirse angustiada o asustada, se sentía vacía, como si algo dentro de ella se hubiese ido con esa mujer... la mayoría de las niñas habían sido violadas a manos de aquellos salvajes... desde luego que ella no juzgaba lo ocurrido, de hecho, sentía en lo más profundo de su ser, que darles una muerte dolorosa había sido lo más apropiado.

Se puso de pie y se miró por última vez en el espejo.

—Gracias por cuidar de ellas, no nos abandones — habló a la nada — si la guerra llega a Ellon, vamos a necesitarte.

Se dio media vuelta y salió de la alcoba con una sonrisa en los labios.

Caminó con paso firme hacia el círculo de piedra blanca y cuando vio a Jacobo con el kilt y los colores de su clan, su garganta se cerró y sus ojos se anegaron de lágrimas. No sólo la aceptaba a ella como su esposa, sino que se sentía de la familia, de su clan... ¡qué orgulloso se hubiera sentido su padre!

Miró al cielo y le rogó a los Dioses que permitieran que sus padres observaran su futuro desde una posición privilegiada, ella sabía que su padre había adorado a Jacobo, en más de una ocasión lamentó que su madre no estuviese viva para conocerle, muchas habían sido las veces que padre e hija habían llegado a la conclusión de que su madre y el joven pasarían largas horas debatiendo sobre cualquier tema de conversación si el destino no se la hubiese arrebatado tan pronto.

Grizela unió sus manos con las del hombre al que amaba y no se perdió un solo detalle de su mirada de halcón, podría perderse en sus ojos el resto de su vida, llevaba tanto tiempo soñando con que él la hacía suya que pese a que no

eran las mejores circunstancias debido a la inminente guerra, no lamentaba estar donde estaba, a fin de cuentas, hacía mucho tiempo que su corazón le pertenecía sólo a él.

Repitieron los votos celtas sin dejar de mirarse a los ojos, el druida entrelazó un cordón dorado uniéndoles así las manos y las almas y ellos así lo sintieron en lo más profundo de su corazón.

—Eres mía Grizela y te juro que cuando esté a tu lado, haré lo imposible por hacerte feliz, llegará un día en el que mi aspecto no te resulte — cogió aire para infundirse valor — desagradable. Te juro... — ella le calló poniendo un dedo en sus labios.

—No me resultas desagradable Jacobo, adoro tu aspecto — se acercó un poco más a él — te juro que besaré todas tus cicatrices hasta que no quede rastro de ellas — le miró a los ojos — y me haces feliz si estás a mi lado.

A ambos les costaba mantener las apariencias, el corazón les latía desenfrenado y los dos eran conscientes de la necesidad casi mística que se estaba adueñando de ellos.

Tras las felicitaciones de todos los presentes, algunos decidieron cantar y tocar palmas para celebrar la reciente unión de su *laird* con la bella Grizela. Sólo que los recién casados no disfrutaron de la música porque Jacobo no perdió tiempo en cogerla en brazos y entrar en la fortaleza camino de su alcoba.

El deseo le estrangulaba el corazón. Por fin era suya, y lo era en cuerpo y alma, tal y como se había permitido soñar desde que la vio por primera vez en Daltra, el territorio de los McGregor, el clan del que no sólo formaba parte sino que además era un *laird*.

Una vez dentro de la habitación, Jacobo se dedicó a torturar de placer a su esposa, ya conocía las mieles de su cuerpo y no podía esperar a volver a estar dentro de ella, la paz que le envolvía hacía que las voces de su cabeza y la culpa de sus hombros desaparecieran.

Besó cada trozo de piel del cuerpo de su amada, le acarició intentando transmitir todo lo que sentía por ella y le hizo el amor de una forma tan deliciosamente lenta que la noche se les fue sin que se diesen cuenta.

Con las primeras luces del alba, Jacobo giró a Grizela y la estrechó entre sus brazos.

—Te voy a echar tanto de menos — el corazón le latía con fuerza — te juro que volveré cariño, te lo prometo.

—No hagas promesas que no puedes cumplir — los ojos de ella estaban

llenos de lágrimas.

—No lo hago — la besó en los labios con ternura — ni siquiera la muerte podría alejarme de ti — la besó de nuevo — pero debo irme Grizela y tú debes estar al frente de todo esto, los hombres de más confianza y experiencia se quedarán aquí para lo que pueda suceder, sólo espero que no sean necesarios.

La despedida fue tan amarga que ninguno se sintió capaz de pronunciar en voz alta lo que realmente sentían por el otro. Bajaron al Gran Salón para compartir el último desayuno y cuando se sentaron, uno de los centinelas acompañaba a un hombre que traía una misiva para Jacobo.

Nada más verle, supo que se trataba de un compatriota, un inglés como él y también supo que no traía buenas noticias. Cerró los ojos un instante y recordó aquella afortunada noche en la que su hermana Katherine fue recuperada de las manos del traidor hermanastro del rey inglés, una vez la situación estaba controlada, Enrique le ofreció volver a su castillo como duque de Bradbury, pero él se negó alegando que no dejaría sola a su hermana en Escocia y que no quedaba nada en aquellas ruinas para él, su familia había sido asesinada, sólo le quedaba Katherine. El rey había comprendido lo que le decía y le dio la libertad para vivir su vida a su manera, sólo le pidió que si alguna vez le llamaba, acudiese, pues le consideraba digno de su mayor confianza y él se lo prometió sin dudar.

Antes de leer una sola palabra de la carta que sostenía en sus manos, algo en su interior le dijo que en ese preciso instante iba a ser víctima de esa promesa.

Leyó atentamente las palabras del rey Enrique y tras meditar unos instantes, miró a Grizela y la besó en los labios.

—Mi hermosa Grizela — le cogió las manos — el rey me pide que me reúna con él y no puedo faltar a su petición.

Ella comprendió de inmediato que lo que fuera que pusiera en esa misiva, era algo de extrema gravedad y aunque en parte se sintió orgullosa de que un rey contase con el consejo de su marido, ¡qué extraño le resultaba pensar en él en esos términos!, por otro lado, la entristecía sobremanera ser consciente de que se iría y rezaba a todos los Dioses para que algún día volviera a su lado.

Al cabo de un par de horas Jacobo estaba listo para marchar, según las noticias de Ian McRae, los jefes de los clanes más importantes estaban aún en Strivelyn, el rey escocés se recuperaba de sus heridas con lentitud pero con buenos augurios y tal y como le solicitaba Enrique, rey de Inglaterra, se

encontraba en la aldea de Dumcrieff, a unas ocho horas a caballo de donde se había celebrado la reunión.

El inglés salió de la fortaleza sintiendo que se le partía el corazón.

Desde que abrió los ojos en el castillo de Ian McRae y vio a su hermana a su lado, cantando como cuando era una niña, se juró que no amaría a nadie como la amaba a ella, mientras creía que la había perdido tenía el alma desgarrada, o al menos, eso era lo que creía, ahora sabía que no tenía ni idea de lo que era sufrir de verdad, ver a Grizela llorando, sujetándose al marco de la pesada puerta del castillo fue más de lo que él podía soportar.

—¡Jacobó! — la escocesa corrió y se paró al lado de su caballo, él se bajó de un salto — vuelve conmigo por favor — se cobijó en sus brazos — recuérdame — le suplicó Grizela — siempre te esperaré — las lágrimas caían por su rostro.

—Te lo prometo mi vida, volveré a tu lado — la acarició el pelo con ternura — no me olvides, te lo suplico.

—No lo haré, te lo juro — se abrazó con más fuerza.

—Grizela, nada podrá mantenerme lejos de ti — la besó en la cabeza con todo el amor de su corazón.

Finalmente se separaron y el inglés volvió a subir a su semental, sin mirar atrás, salió al galope. El corazón le atronaba en el pecho, lamentaba haberse ido de una forma tan brusca, pero estaba seguro de que si se quedaba un instante más, no sería capaz de irse, jamás había sentido el deseo de huir de sus responsabilidades... hasta que había visto los ojos de su amada llenos de dolor y tristeza.

Cabalgó hasta que el caballo casi no podía mantenerse en pie, sabía que era un error forzar una montura de esa forma, pero la rabia por separarse de Grizela le había cegado. Llevaba sobre el animal más de medio día y se sentía realmente agotado.

Dumcrieff, la aldea donde se encontraba Enrique, estaba a un día de marcha de Ellon, Jacobo había recorrido la mitad del camino y cuanto más se acercaba a su destino, más fuerte era la sensación que le apretaba el corazón. La guerra que enfrentaba a los dos países no era más que una cortina de humo para que uno de los dos reyes se quedase con toda la isla, esa guerra era como todas las demás, sólo serviría para que el soberano vencedor saciase su codicia.

Él sabía, dado las veces que había luchado para el ejército inglés, que los motivos para entrar en guerra se podían disfrazar, puede que convenciesen al

pueblo de que era por honor, por tradición, por defender lo que era suyo o simplemente porque se había atentado contra alguien demasiado importante, pero la verdad, es que las guerras sólo se desataban por un motivo: codicia.

Jacobo y los pocos hombres que le acompañaban se permitieron descansar unos instantes al lado de un pequeño lago. Las monturas necesitaban desesperadamente un receso y los hombres necesitaban sentarse alrededor de una fogata a contar historias que les hicieran olvidar lo que se iban a encontrar una vez que llegasen a Dumcrieff.

El inglés disfrutó de la paz que le rodeaba, se deleitó con los suaves rayos de sol y la delicada brisa que le envolvía de olores a los que se había acostumbrado tanto, que ya los sentía como si estuviera en casa, eso le hizo pensar en Grizela y se concedió unos instantes para verla en su mente. La dulce sonrisa de la que ahora era su mujer le calentó el corazón, pero decidió retener el resto de los recuerdos, les esperaba un futuro incierto y el tiempo de descanso se había terminado.

Cabalgaron de nuevo durante la noche en dirección a Dumcrieff, los hombres que le acompañaban no querían reunirse con el rey inglés, pero seguirían a Jacobo al fin del mundo, habían luchado a su lado en la batalla de Nairn ya que eran del clan McRae y tenían una fe ciega en el hombre que les guiaba.

El sol despuntaba en el horizonte brillando con una fuerza inusual para la época en la que se encontraban, Jacobo no pudo menos que pensar que el astro rey se burlaba de ellos, era un día aciago, no era merecedor de semejante brillo y luminosidad.

Llegaron a un bosque e inmediatamente Jacobo dio la orden de detenerse, todo estaba extrañamente en calma, no se oía más que el rumor de las hojas de los árboles al ser mecidas por el viento, pero el inglés estaba convencido de que no estaban solos y pese a las circunstancias que le llevaron hasta allí, se alegró sobremanera de volver a ver a Enrique.

—¡Soy Jacobo de Bradbury! — gritó a las sombras del bosque.

Al cabo de unos instantes, un hombre vestido con el uniforme inglés se acercó a él con una brillante sonrisa.

—No es prudente que un rey se muestre tan vulnerable — Jacobo desmontó de su caballo y se inclinó ante el que un día fue su soberano.

—¡Oh milord! — bromeó Enrique — jamás estaré en peligro en vuestra presencia y por lo que más queráis, levantaos del suelo, sois un amigo.

Jacobo agradeció el gesto y saludó con menos ceremonia a Enrique.

—Tenemos mucho de qué hablar y no podemos perder el tiempo en formalidades — le explicó Enrique — acompáñame a mi tienda y hablaremos mientras tus hombres disfrutaran de la hospitalidad inglesa.

Tras dar las órdenes necesarias, las monturas fueron provisionadas de un lugar fresco para descansar y un verde prado para que se alimentaran, así mismo, los acompañantes del nuevo *laird* de Ellon, fueron escoltados de forma amistosa hasta una tienda con un sinfín de manjares.

—Jacobo — comenzó a hablar Enrique — te prometo que en ningún momento he intentado asesinar al rey escocés — tomó asiento a su lado y le ofreció una bandeja de comida y una copa de vino — sabes que ahora mismo no me puedo permitir una guerra con Escocia — Jacobo le observaba en silencio — los franceses no hacen más que introducirse en mi castillo de forma clandestina, me temo que planean acercarse a mi corona de una forma nada gentil, me temo que mi intervención en su conflicto con España no me está creando muchos amigos.

—Una forma de decirlo con mucha pompa excelencia — Jacobo bebió un largo trago de vino pero rechazó la comida — ¿qué motivos puede tener el rey escocés para afirmar que habéis intentado matarle?

—Estoy demasiado ocupado como para preocuparme de lo que ocurre en Escocia.

El rey inglés se encogió de hombros y le explicó que llevaba un año intercediendo entre Francia y España, pero que tenía la sospecha de que ambos reinos le sometían a vigilancia para ver por cuál de los dos se decantaba, por lo que se había mantenido completamente al margen de lo que ocurría en el norte de la isla, había dado por hecho que al haber cerca del trono hombres de la talla de Ian McRae y de él mismo, no debería preocuparse por un conflicto y sin embargo, ahora tenía la sensación de que el hecho de haberse despreocupado le había acarreado más problemas que otra cosa.

Jacobo y Enrique buscaban una solución al problema que ambos tenían encima, ninguno de ellos lo había provocado y no querían saber nada de la guerra, sin embargo allí estaban, en mitad de ambos países, buscando la forma de terminar con aquel conflicto de forma civilizada, si es que eso era posible cuando hombres armados y sedientos de sangre se encontraban en ambos bandos.

—Ya se ha puesto el sol Jacobo y no estamos más cerca de una solución a este estúpido conflicto — decretó el rey inglés con la voz cargada de pesar.

—No obstante, estoy convencido de que daremos con algo — el inglés

abrió los cortinajes y observó como el cielo se teñía de tonos rojos y anaranjados.

CAPITULO 13

Sólo habían pasado tres días desde que Jacobo se fue de Ellon y Grizela ya sentía que el corazón le latía un poco más lento, añoraba demasiado a su marido, le resultaba extraño aún sentirlo como tal, pero le echaba mucho de menos porque se había acostumbrado a verle pasear con su caballo inspeccionando las reparaciones de aquella ciudadela que se habían encontrado en ruinas y que antaño había sido tan bella.

Grizela estaba amasando pan mientras tarareaba una canción infantil que hablaba de dejarse llevar por los fuegos fatuos, pues era la forma preferida de los Dioses de mostrar a los humanos el camino a seguir en sus vidas. ¡Cómo le gustaría que algo así le ocurriese a ella! Necesitaba desesperadamente que alguien la guiase, no había sido consciente del trabajo realizado por Jacobo hasta que ella pasó a ocupar su lugar. Y no era solamente el trabajo que tenía llevando la fortaleza y siendo la líder de sus gentes, era el saber que sobre sus hombros recaía toda la responsabilidad del bienestar y la seguridad de esos hombres, mujeres y niños. Y además estaba él, Jacobo. Era cierto que se habían casado y que ella le amaba con todo su corazón, pero había barreras que eran imposibles de superar.

Sin duda alguna ella sería completamente feliz cuando su marido volviese a su lado, a ocupar el lugar que le correspondía, pero mientras tanto, ella seguiría como hasta el momento, preparando recetas con hierbas que prevenían las infecciones, elixires para las afecciones típicas del invierno y

ungüentos para las heridas que se hacían los hombres construyendo, reparando o entrenando y para las mujeres que trabajaban sin descanso. Casi todos los aldeanos de Ellon se habían recuperado totalmente de las enfermedades que les atacaron al hacinarse en los túneles, tan sólo había un par de ancianos que aún estaban algo débiles, pero ella confiaba en que lograría que se curasen del todo.

Aún estaban muy lejos de ser lo que una vez fueron, pero desde luego nadie podría negarles que lo estaban intentando con toda su alma, al despertar por las mañanas se maravillaba al ver como la vida se había abierto paso en aquellas estériles tierras, ahora disponían de trigo suficiente y los hombres habían conseguido reparar el molino para transformar el cereal en harina. Abrió uno de los armarios para coger unas semillas que había recolectado el día anterior y las añadió a la masa que tenía en las manos.

Un suspiro se escapó de sus labios cuando uno de los jóvenes de la aldea se acercó a ella con una carta en la mano.

En cuanto leyó quién la enviaba, una sonrisa se formó en sus labios.

Su hermana Athdara la felicitaba por la boda aunque también la regañaba por no haber esperado por ella y que se la hubiera perdido, no obstante, era evidente por sus palabras que se alegraba de corazón por ella. Otro suspiro se escapó de sus labios, echaba mucho de menos a su hermana y las sonrisas llenas de picardía de Logan.

Athdara también la ponía al corriente sobre la reunión de los jefes de los clanes en Strivelyn así como de la inquietante noticia acerca de que el hermano pequeño del rey se encontraba paseando a sus anchas por las tierras escocesas interrogando a los miembros de los clanes, según le habían notificado esos miembros a Athdara.

Grizela frunció el ceño al releer de nuevo las últimas palabras de su hermana.

No era nada bueno que el hermano del rey se dedicara a visitar los territorios y a interrogar a los aldeanos, nunca le había parecido de fiar, ella le había conocido hacía ya muchos años, cuando tan sólo era una niña y desde el primer momento desconfió de él y de las miradas que le dedicaba y sus temores se confirmaron cuando se lo comentó a su madre y ésta le pidió que se mantuviese alejada del joven príncipe.

Cogió aire con pesar y decidió que aún no tenía de qué preocuparse, el territorio de Ellon estaba demasiado lejos de Edimburgo y seguramente jamás llegaría hasta ellos, no obstante decidió que pondría sobre aviso a los vigías,

esperaba que no tuvieran problemas, pero ser precavida no les haría ningún daño.

En la ciudad de Strivelyn, tanto el clan McRae como el McGregor encabezados por Ian y Logan, observaban la escena con los ojos como platos. La reunión de los clanes estaba siendo un absurdo de proporciones épicas. Estaba claro que los hombres de los clanes habían acudido con la idea de pelear con los ingleses y que no se irían de allí sin que algo de sangre fuese derramada, no obstante, se quedaron sin habla cuando el mismísimo rey se había levantado de la silla y apretándose la herida del costado, donde había sido apuñalado, les preguntó directamente sobre su relación con Jacobo de Bradbury.

—*Laird* McRae — comenzó a hablar el monarca — respondedme a esto, ¿es cierto que estáis casado con la hermana del caballero inglés?

—Es cierto excelencia — Ian se irguió y sonrió con orgullo — mi esposa es Katherine de Bradbury.

Un creciente murmullo comenzó a atronar a los presentes.

—¿Os fiais de esa mujer? — el rey miró fijamente a Ian.

—Le he confiado mi vida y la de mi clan y ella no sólo ha estado a la altura sino que además ha superado las expectativas, es una auténtica valquiria — no pudo ni quiso reprimir el amor y el orgullo que el tono de su voz desvelaba.

—Ian — el rey se sentó de nuevo — me han llegado rumores acerca de su hermano — alzó la mano para acallar la protesta del highlander — me consta que mi padre apreciaba vuestra palabra y que os confió su vida en más de una ocasión — Ian asintió con firmeza — pero dime, si resultara ser que Jacobo es un traidor... ¿ella le protegería a él o a vos?

—Mi señor — Ian intentaba mantener la calma — mi esposa es leal a su familia que ahora es el clan McRae, pero afortunadamente jamás tendrá que verse en la obligación de elegir entre su hermano de sangre o su esposo, pues Jacobo ha demostrado en numerosas ocasiones que es un hombre íntegro, leal y digno de la más alta de las confianzas.

—Tu discurso es vehemente Ian — el rey suspiró — no obstante, permite que ponga en duda la lealtad de Jacobo hasta que ésta quede verificada por mis hombres de confianza.

Todo el mundo se quedó sin aliento al ver cómo Ian y Logan se tensaban de los pies a la cabeza y agarraban sus espadas.

—Mi señor — protestó Ian — pensaba que yo también era un hombre de su confianza, tal y como lo fui de su padre.

No estaba bien desafiar al rey, Ian era consciente de eso, pero no iba a permitir que se pusiese en tela de juicio su lealtad para con sus hermanos, eso podría costarle la vida a él y a Katherine, él al menos era escocés de nacimiento y aunque le matasen serían benevolentes, pero su mujer no correría la misma suerte.

—Bien — el monarca se levantó de nuevo — está claro que los clanes McRae y McGregor confían en Jacobo y no creen que él sea el artífice del ataque contra mi persona y como nadie más ha osado contradecirles, voy a retirarme para pensar detenidamente sobre la situación real que nos rodea.

Dicho lo cual, el rey abandonó la tienda que le servía de Gran Salón y los *lairds* de los clanes se tomaron unos instantes para tomar una decisión respecto a Ian McRae, pues era evidente que era su lealtad la que estaba siendo puesta a prueba.

Finalmente pesó más el hecho de que se trataba de uno de los suyos y como le conocían y habían conocido a su padre, decidieron que si él confiaba en los hermanos ingleses, sus motivos tendrían y hasta que la verdad fuese revelada, confiarían en su criterio.

Ian y Logan se retiraron a la tienda que hacía las veces de taberna después de conocer la decisión del grupo de consejeros del rey, sin duda alguna necesitaban algo de licor que les ayudase a digerir todo lo que habían escuchado durante el día.

Cuando les sirvieron las primeras jarras de cerveza ambos permanecían en silencio sumido cada uno en sus propias preocupaciones, sin embargo, con la segunda jarra no dudaron en poner en común lo que más desasosiego les causaba.

—No me ha gustado nada la amenaza velada contra Katherine — comentó Ian intentado no dejarse llevar por la ira que le atravesaba en esos momentos.

—Ni a mí — Logan cabeceó dando la razón a su amigo — sin embargo, estoy convencido de que no son palabras de nuestro rey.

Ambos hombres se miraron y aceptaron que ése era el principal problema que tenían entre manos, que alguien estaba manejando al rey y este ni siquiera era consciente de ello.

Como les sucedía desde que eran unos jóvenes despreocupados, se miraron a los ojos y las palabras no fueron necesarias entre ellos, acababan de proponerse averiguar todo lo posible sobre la mano en la sombra que

intentaba gobernarles a través del mismísimo rey. Y eso era algo que ningún hombre que se orgulleciese de ser escocés podría permitir.

Una semana había pasado desde que Jacobo se fue de Ellon y ya casi no podía soportar ni un instante más rodeado de aquellos ingleses que un día fueron sus compatriotas.

—Excelencia — se dirigió al rey con una reverencia, el monarca le dedicó una mirada extraña y ordenó que les dejaran a solas — Enrique — decidió tutearle una vez que estuvieron a solas — estando aquí con vos no voy a conseguir averiguar nada, la compañía sin duda es grata, pero imagino que lo que menos deseas es una guerra con los escoceses — el rey asintió con un gesto — bien, te sugiero que retires a tus tropas y regreses a Londres, yo me encargaré de interrogar a los responsables del ataque al rey escocés y te informaré.

—No necesito tus halagos cortesanos Jacobo — le golpeó con suavidad en el hombro — sé que el hecho de retirar las tropas sería un gesto de buena fe, pero también sería un gesto de debilidad y aunque no tengo la más mínima intención de comenzar una guerra sí que tengo la intención de terminarla en caso de que mi homónimo del norte la comience — hizo una pausa para pensar en lo que diría a continuación — no obstante, estoy completamente de acuerdo en que estando aquí de forma ociosa no conseguiremos detener esta ridícula situación, por lo que creo que tienes razón y deberías interrogar a esos dos sinvergüenzas que atentaron contra el joven rey.

Durante un par de horas pusieron en común varias ideas sobre cuál sería la mejor forma de abordar a las tropas escocesas, Enrique defendía que lo mejor sería introducirse de forma sigilosa entre los hombres, llegar hasta los líderes Ian y Logan y con su apoyo tratar de hablar con el rey.

Pero Jacobo sabía que no era nada bueno acercarse a un monarca de forma clandestina, era consciente de que sus planes no le gustaban a Enrique, pero la fama que tenía de hombre sin piedad a la hora de conseguir sus objetivos le precedía y el rey inglés confiaba en que no tuviese que elegir un bando.

Jacobo se subió a su semental y acompañado de sus hombres, puso rumbo a Strivelyn. Mientras cabalgaban en silencio, el inglés sopesó todas las opciones disponibles y seguía convencido de que la mejor de todas era acercarse de frente, sin ocultarse, a fin de cuentas ahora él era *laird* de un territorio de las Highlands y estaba casado con la hija de uno de los *lairds* más

queridos de toda Escocia.

Pensar en su dulce esposa le dio fuerzas, estaba tan cansado de las guerras y de las intrigas, él sólo quería vivir tranquilamente con Grizela, despertar a su lado cada día y ayudar a las nobles gentes de Ellon a encontrar su lugar en el mundo, adoraba disfrutar de los pequeños placeres de la vida.

Los hombres que le acompañaban empezaban a sentir cierta lástima por él, durante el tiempo compartido con los ingleses habían oído historias acerca de Jacobo, de su padre y de su abuelo, pero la frase que más se repetía era la que hablaba sobre la profunda lealtad que la familia Bradbury sentía por la corona inglesa, los soldados les habían jurado que no querían pelear con ellos, que sólo seguían órdenes y les habían creído, ahora miraban a su líder con otros ojos, ninguno de ellos se hubiera cambiado por él bajo ninguna circunstancia, si la guerra finalmente se declaraba, ese hombre por el que sentían un profundo respeto tendría que elegir por qué bandera pelearía su corazón.

CAPITULO 14

Finalmente el viaje le llevó una jornada más de lo que esperaba, pues uno de los caballos se había roto una pata y tardaron bastante en encontrar a alguien que les vendiese un semental, pero en cuanto se acercaron al asentamiento de las tropas escocesas, Jacobo sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo, habían cabalgado durante horas, parando solamente para refrescar las monturas y sentía la rigidez de sus tensos músculos.

Sus hombres se dieron cuenta del cambio de actitud y le rodearon para franquearle la entrada, no es que les gustase que su *laird* se reuniese con los ingleses, pero habían podido descubrir que ninguno de los soldados estaba allí para empezar una guerra, tan sólo se defenderían en caso de ser atacados.

Unos hombres ataviados con los colores de la corte escocesa les cortaron el paso.

—Soy Jacobo de Bradbury — se identificó el inglés — *laird* del territorio de Ellon, me gustaría tener audiencia con el rey.

—Mi rey no se reúne con perros ingleses — respondió lleno de odio uno de los soldados.

Jacobo estaba harto de que siempre se dirigiesen a él con tanto desprecio, él jamás había blandido una espada contra un escocés que no lo mereciese y desde que había puesto un pie en Escocia se entregó en cuerpo y alma para ser digno de la hospitalidad con la que le recibieron. Estaba cansado tras el largo viaje, aún no tenía claro cómo llevar a cabo sus planes y echaba mucho de

menos a Grizela, a su hermana y a sus amigos, en ese instante se sentía más animal que humano y un gruñido se escapó de su garganta.

—Es una suerte entonces que yo sea un duque inglés y un *laird* escocés — se bajó de su montura de un salto y su voz sonó con un deje de crueldad que estaba más que dispuesto a demostrar — por lo tanto, queda establecido que no soy ningún perro — miró de arriba abajo al hombre que tenía delante, era algo más bajo que él y aprovechó la ventaja para amedrentarle — decidle al rey que estoy aquí, querrá verme.

Un par de soldados se mostraron ligeramente intimidados por la penetrante mirada de Jacobo, se habían extendido infinidad de historias sobre ese hombre que volvió de la muerte y que se había dejado en el inframundo la compasión y el respeto por la vida humana, por lo que se apartaron dejándole el camino libre mientras le indicaban con la cabeza la tienda hacia donde debía dirigirse, ellos debían proteger a la comitiva escocesa, pero estaban en clara desventaja frente al inglés y prefirieron no comprobar en sus propias carnes cuánto había de cierto en los rumores.

Jacobo no tuvo que esperar mucho, apenas se había puesto cómodo cuando Ian y Logan entraron en la tienda con las caras tensas, en cuanto sus miradas se cruzaron, los highlanders se sintieron aliviados y preocupados al mismo tiempo.

—¿Me echabais de menos? — preguntó con sorna Jacobo.

—Más de lo que jamás admitiré — respondió Logan e Ian sonrió.

—El matrimonio te ha vuelto un blando — el inglés disfrutaba inmensamente de la compañía de aquellos hombres — me alegra verte cuñado.

Pronunció las palabras con la firmeza necesaria sin perderse un solo detalle en el rostro de esos hombres, esperaba el estallido de ira que sin duda alguna tendría lugar en las mentes de sus amigos, sin embargo, se quedó sorprendido cuando Logan le tendió el brazo.

—Athdara te va a patear por no habernos invitado a la boda — sonreía lleno de satisfacción, se alegraba de corazón por ellos, era evidente que se amaban y que se hubieran casado era la mejor de las noticias.

—Fue un enlace celta — no sabía por qué motivo había explicado ese detalle, pero sabía que era importante para ellos y para él mismo, no compartía las creencias religiosas, pero sí que compartía el deseo de hacer feliz a su mujer hasta en el detalle más pequeño.

Los escoceses le miraron con cierta picardía mientras asentían dándole así el beneplácito a su enlace.

—Cada día eres más escocés — Logan se cruzó de brazos antes de mostrar una sonrisa de suficiencia.

Jacobo estaba ansioso por terminar con todo aquello, sí que le atormentaba tener que luchar de nuevo en un campo de batalla, pero lo que le tenía tan nervioso era que había empezado a atisbar cómo sería su vida ahora que era *laird* de un territorio próspero y una hermosa mujer que le completaba de una forma que jamás imaginó. Lo que él deseaba era pasear de la mano de Grizela por el acantilado, bromear con ella, besarla con libertad y perderse en su dorada mirada mientras sus distraídas caricias le curaban las cicatrices que se veían y las que estaban ocultas.

—Estoy aquí para hablar con el rey — no podían perder más tiempo en conversaciones personales y los tres eran conscientes de que dada la situación, cada momento contaba.

Ian y Logan se miraron entre ellos y a Jacobo le pareció ver un deje de censura en su mirada, no le gustó que sus amigos que además eran familiares desconfiaran de él de esa manera y se sintió dolido. ¿Cuándo dejaría de importar dónde se nace? Él se sentía inglés, sus raíces eran inglesas y no pediría disculpas por ello, pero la mitad de su corazón se sentía escocés, en esas salvajes tierras había encontrado más de lo que jamás pensó que necesitaba, allí estaba la felicidad de su hermana y la suya propia, casi había conseguido perdonarse a sí mismo por no poder salvar a su familia y ahora tenía una esposa a la que mantendría a salvo costase lo que costase.

—No nos parece prudente Jacobo — Ian comenzó a hablar y el inglés se sintió atacado.

—¿Desconfiáis de mí? — preguntó incrédulo — después de todo... — no pudo evitar el escalofrío que le recorrió.

—¡No digas tonterías! — bramó Logan y le miró fijamente — jamás — se acercó un paso más a él — ¿me oyes? — le cogió la camisa con fuerza apretando los puños — ¡jamás desconfiaremos de ti!, pero estamos rodeados de escoceses que quieren sangre y ellos no te conocen como nosotros.

—Jacobo, eres parte de mi clan — la voz de Ian sonaba firme — mi vida ha estado en tus manos y sé que morirías antes que dañar de forma alguna a mi esposa — se cruzó de brazos con prepotencia — pero vivimos tiempos difíciles y algunos de los clanes tienen más codicia que sentido común.

El inglés se emocionó con las palabras, la verdad era que desde que su castillo, la fortaleza Bradbury en Durham había sido tomada, él no había sentido que perteneciese a nada ni a nadie y le aportaba una inesperada paz ser

consciente del aprecio que le tenían aquellos hombres que eran la dignidad, el honor y el coraje hechos hombre.

—Quiero interrogar a los hombres que habéis capturado — les miró fijamente, sabía que no les gustaría que se hubiese reunido con Enrique.

Estaba a punto de explicárselo cuando la lona que hacía de puerta se abrió completamente y dos hombres armados entraron precediendo al rey escocés.

Jacobo se sorprendió al conocerle, no se esperaba que fuese tan joven, debían tener la misma edad. También se fijó en la forma de caminar del monarca, la herida debió ser una cuchillada en el abdomen y estaba claro que no había sido curada como debía, el paso del pie izquierdo era muy leve y el sudor le perlaba la frente pese al frío que hacía, era evidente que la infección se estaba apoderando del rey.

—Mi señor — Jacobo hizo una reverencia y después le miró a los ojos — permita que me dirija a usted con la mayor franqueza posible — dio un paso hacia el rey y observó impasible como los soldados se ponían en guardia — estoy seguro de que sabe quién soy, no obstante me presentaré, soy Jacobo de Bradbury, duque de Bradbury y *laird* de las tierras de Ellon.

—Sé quién sois — la voz cansada del monarca no le pasó desapercibida — solicitáis que se os permita expresaros con franqueza — Jacobo asintió con un gesto — bien, hablad.

—Primero querría que me permitiera curarle excelencia, la herida se está infectando y le traerá problemas — permaneció tranquilo pese a las imágenes que se comenzaban a formar en su mente, las consecuencias de una infección en un campo de batalla eran fatales casi siempre.

—Sois un hombre arrogante si pensáis que contáis con mi confianza — el rey le miraba con los ojos totalmente abiertos.

—Soy arrogante milord, entre otras cosas — se quitó el plaid y después el chaleco y la camisa mostrando su torso lleno de cicatrices — pero sé todo lo que hay que saber sobre las heridas de cuchillo y cómo deben ser curadas para que el hecho de respirar no sea como caminar sobre brasas incandescentes.

Los escoceses le miraban con renovado respeto, todos habían oído las historias del inglés que volvió de la muerte negociando con el *Cat Sith*, de cómo todo su cuerpo estaba lleno de cicatrices, algunas tan horribles que se decía que las mujeres que le habían curado vomitaron lo que habían ingerido horas antes.

Jacobo jamás pensó que llegase la hora en la que por propia iniciativa se desnudase delante de alguien que no fuese su mujer, sin embargo, las noches

pasadas en los brazos de Grizela le habían enseñado que él era el que era, que no podía cambiar el pasado y que tendría que aprender a vivir con las marcas que éste había dejado sobre su piel, un permanente recuerdo de todo lo que perdió por la traición de una mujer y la codicia desmedida de un hombre. Sin embargo, ya no le dolían, su bella esposa le había enseñado a perdonarse a sí mismo y empezaba a curarse también por dentro.

Permitió que los hombres que le miraban asimilaran las marcas de su cuerpo, sobre todo Ian y Logan que tenían las manos sobre las empuñaduras de las espadas, la espalda rígida, las mandíbulas tensas y los puños apretados con tanta fuerza que los nudillos se habían vuelto blancos. Ojalá ellos no hubiesen estado presentes, no soportaría su compasión y tampoco le sería fácil vivir sabiendo que acababa de confirmar que las historias sobre la tortura que sufrió fue tan horrible como se rumoreaba.

—Por lo que veo — al rey le costaba pronunciar las palabras — lo que se dice de vos es cierto.

—No todo excelencia — Jacobo se puso la ropa lo más rápido que pudo, sentía vergüenza al exponerse así ante aquellos guerreros — no es cierto que me falten partes del cuerpo — mintió sin que notasen que lo estaba haciendo, pero no admitiría ante nadie lo que realmente sucedió en aquellas mazmorras — de hecho acabo de casarme con Grizela y ella podría confirmárselo — comentó con orgullo y con la esperanza de desviar la atención sobre su pasado.

—¿Se regodea de su fortuna delante de su rey? No es sabio provocar la envidia de un monarca — no quería sentir simpatía por ese extranjero, pero verle superar sus propias cadenas le había sorprendido de forma muy grata.

—Ni me regodeo ni soy digno de envidia, no obstante, no puedo negar que mi maravillosa esposa es quien me ha curado las heridas que no se ven y tampoco puedo evitar sentirme orgulloso de que ella me eligiera — su mirada brilló de felicidad y todos los presentes sonrieron al ser conscientes de que una dulce doncella había socavado las barreras de ese hombre que había atravesado un infierno.

El rey sopesó las palabras del inglés y aunque no quería, no podía evitar que ese hombre le cayese francamente bien. Le parecía admirable que se mostrase sin pudor ante desconocidos, de todos era sabido que las damas se mostraban más cariñosas con aquellos que mostraban alguna cicatriz en el cuerpo, pero lo que el inglés lucía con naturalidad no eran muescas de una escaramuza, eran signos de una cruel tortura.

Se levantó la camisa y permitió que el inglés le observase.

—Excelencia, la herida está infectada — anunció — y limpiarla será como atravesar el infierno.

—¿Siempre eres así de brutal? — preguntó el monarca, Jacobo asintió con la cabeza — bueno, si vas a meter las manos en mi estómago, puedes llamarme por mi nombre, Dàibhidh Bruis.

Todos retuvieron el aliento durante unos latidos. No era habitual que el joven monarca permitiera que se dirigieran a él por su nombre.

—No me miréis así — les miró de uno en uno — él mostró sus cicatrices, yo le muestro mi nombre.

—Sin duda algo justo excelencia — Jacobo se arrepintió de sus palabras en cuanto las pronunció, pero cuando oyó reír al rey, sus temores desaparecieron.

—Sin duda — respondió el monarca.

Jacobo pidió a los soldados un cubo de agua limpia y salió a rebuscar entre las alforjas de su semental uno de los sacos de hierbas que Grizela le había preparado al poco de que llegasen a Ellon, lo cierto es que ya no tenía tanta confianza en sus dotes de sanador, se había fijado en cómo llevaban a cabo las curas tanto su hermana como su esposa, pero no se engañaría asumiendo que él era la mitad de bueno que ellas.

—Excelencia — se acercó al monarca al que habían tumbado sobre un improvisado jergón — me temo que tendrá que conformarse con el menos habilidoso de los Bradbury para estos menesteres.

—Mi *valquiria* es inigualable — comentó con orgullo Ian.

—¿Vos permitiríais que él os curase? — preguntó el rey.

—Milord, yo le permitiría acariciar mi corazón con sus manos desnudas — Ian se arrodilló a su lado para quedar a su altura — confíe en él, Jacobo es uno de los míos.

El inglés apretó la mandíbula intentando no dejarse llevar por lo que esas palabras le habían hecho sentir, la confianza que Ian mostraba con él sin duda alguna era algo que le hacía sentirse humilde y esperaba poder estar a la altura de las circunstancias.

—Le pido disculpas de antemano por el dolor que le voy a provocar — miró al monarca para que viera que de verdad lamentaba lo que tenía que hacer.

Sin más miramientos, rajó la camisa del rey para poder observar la herida, la infección se había extendido, pero lo peor era que había dos cortes, uno de

los cuales ni siquiera había sido lavado con agua.

Ian y Logan habían visto suficientes heridas en la batalla como para saber cómo reaccionaban los hombres ante el dolor de las curas, por lo que cada uno se colocó a un lado para sujetar los hombros del rey e hicieron un gesto para que un par de soldados le sujetasen las piernas con firmeza.

CAPITULO 15

El ambiente dentro de la tienda era tan tenso que el aire parecía viciado más allá de lo que resultaría recomendable, sin embargo, el inglés era consciente de que tan sólo se trataba de su mente intentando traicionarle, sus amigos estaban a su lado y pese a la hostilidad de los escoceses, él se sentía a salvo mientras el rey respirase.

Haciendo un gran esfuerzo por mantener sus emociones al margen, respiró profundamente y llenó su mente con sus conocimientos de sanación.

Jacobo acercó una de las lámparas de aceite y sacó un puñal de su cinto, lo dejó a su alcance y vertió un poco de agua sobre la herida, calentó ligeramente la hoja del cuchillo y realizó algunos cortes por los que enseguida comenzó a salir un líquido amarillento y maloliente.

Los gritos del rey se oían en todo el asentamiento y los líderes de los clanes no tardaron en entrar en tropel con las espadas en alto, no permitirían que alguien dañase a su rey, pero fueron incapaces de actuar al escuchar las palabras reales.

—Si alguno interrumpe al inglés, yo mismo le decapitaré — le había costado la misma vida pronunciar esas palabras, pero el dolor continuo que sentía empezaba a minar su resistencia y si ese inglés podía sanarle, él pasaría por unos instantes de tortura.

Los jadeos demostraban que el rey sufría un dolor difícil de describir, pero la tenue firmeza de su voz era signo de un coraje y un valor fuera de

duda, Jacobo se sintió orgulloso, él sabía cómo de horrible era lo que el rey estaba sintiendo.

—Le prometo que en unos instantes el dolor menguará — murmuró para que sólo el rey le escuchase, éste cerró los ojos como respuesta.

Jacobo se armó de valor, ahora venía lo peor de todo. En el mismo momento en el que calentaba agua en una taza sintió que todas sus heridas se abrían de golpe, y antes de darse cuenta, su mente se llenó con las imágenes borrosas de manos femeninas abriendo los cortes mal cerrados, limpiando con agua caliente la infección y llenando los agujeros con hierbas medicinales.

—Sujetarle fuerte, cuanto menos se mueva, menos le dolerá — miró fijamente al rey — Dàibhidh — susurró muy cerca de su oído — seguramente te desmayes por el dolor, no puedo hacer nada al respecto, pero cuando despiertes, te sentirás revivir.

—Adelante.

Una vez recibido el permiso del monarca, Jacobo echó unas hierbas ligeramente machacadas en el agua y las mezcló con paciencia, una vez el emplaste estuvo listo, derramó agua caliente sobre las heridas mientras intentaba que los gritos del rey no le aturdiesen e intentaba por todos los medios no dejarse llevar por su propio dolor.

Vertió parte de la mezcla en la herida más grande e introdujo los dedos para que se repartiese de forma correcta, en ese instante el rey se desmayó y permaneció inconsciente.

—Es lo mejor que le ha podido ocurrir — murmuró Jacobo más para sí mismo que para los presentes.

Pero Ian y Logan le habían escuchado y no pudieron evitar sentir una ardiente rabia y un feroz deseo de venganza, jamás habían escuchado a su amigo y hermano con ese rastro de tristeza, dolor y vergüenza en su voz. Si pudieran encontrar a los que le hirieron, ellos mismos les arrancarían la cabeza.

Jacobo repitió el proceso con la herida más pequeña y que no había sido tratada. Una vez que terminó toda la mezcla, hizo tiras de la camisa del rey y procedió a vendarle.

—No tengo forma de coserle las heridas, por lo que mi consejo es que no se le mueva en los próximos dos días — se lavó la sangre de las manos con aire ausente — ahora sólo podemos esperar, si se despierta en las próximas horas, su recuperación será casi un hecho.

—Si has hecho algo para matarle perro inglés — uno de los jefes de los

clanes se acercó a él y le puso la punta de su espada en la garganta — te rebanaré el cuello.

—McDonall — la voz grave de Ian retumbó en la tienda — aléjate de él ahora mismo — le miraba fijamente — estás amenazando a un McGregor, hermano de los McRae.

—No te tengo miedo Ian — una gota de sangre se deslizó por la garganta de Jacobo.

—Y eso sólo demuestra lo estúpido que eres — respondió Logan.

En ese instante, Jacobo se separó de la espada y con un ágil movimiento cogió del suelo el puñal con el que había curado al rey y se lo puso en la garganta mientras su otra mano le apretaba el cuello con tanta fuerza que el escocés estaba cambiando de color.

—Ni soy un perro ni he matado al rey Dàibhidh — el tono de su voz estremeció al escocés — la próxima vez que tu espada me apunte, te sacaré el corazón con mi puñal — la punta había arañado la piel y una gota se deslizaba por la garganta de aquel hombre que se arrepentía de haber atacado a Jacobo.

Nadie se atrevió a mover un solo músculo del cuerpo, todos eran conscientes por el tono de voz y por la mirada oscurecida, de que el inglés estaba a punto de perder el control sobre sí mismo. Le sacaba casi una cabeza de altura al escocés, en el brazo que rodeaba el cuello de su adversario se le marcaban los músculos debido a la tensión que le poseía, la mano que empuñaba el cuchillo temblaba provocando que la afilada hoja arañase un poco más la piel del escocés. Nadie tenía la menor duda de que Jacobo estaba a punto de matar a ese hombre mirándole a los ojos.

Ian se acercó a él con cautela.

—Hermano — puso una mano sobre su hombro — ha entendido tus palabras.

Le concedió unos instantes para que Jacobo se controlase, un momento para él, una larga y angustiosa espera para aquél que estaba a punto de perder la vida a sus manos.

—Eso espero — retiró el puñal con lentitud y soltó su agarre del cuello.

Acto seguido se dirigió hacia la salida de la tienda, pero antes de salir al exterior, pidió a los soldados que no dejaran solo al rey y que le llamasen tanto si despertaba como si empeoraba.

Se subió a su semental y cabalgó hacia el bosque, estaba al borde de un precipicio y había estado demasiado cerca de saltar, sentirse de nuevo atacado por aquellos a los que se suponía que tenía que salvar le había provocado que

su mente se llenase de imágenes que no era capaz de soportar. Todo lo que estaba sintiendo le tenía desbordado, de pronto todas las torturas sufridas eran revividas, su piel se estiraba protestando con agudo dolor ante los cortes recibidos, sentía cómo los huesos se le rompían de nuevo y cómo la cálida sangre le recorría la piel. Recordó una a una todas y cada una de las humillaciones y vejaciones sufridas y se retorció sobre la silla de dolor, de pronto se sintió como si los pesados grilletes le sujetaran tan fuerte que no podía defenderse, podía sentir cómo las cuerdas rasgaban su piel y cómo el hedor de aquella celda le provocaba arcadas.

Cuando se apartó lo suficiente, se bajó del caballo y gritó con todas sus fuerzas hasta que su garganta se secó y ya no pudo emitir un solo sonido más, entonces se dejó caer de rodillas al suelo y permitió que las lágrimas recorrieran su rostro quemándole la piel a su paso.

Nunca había llorado, ni una sola lágrima cayó de sus ojos mientras sus padres eran masacrados, ni cuando le dijeron que habían matado a su hermana, ni cuando le habían roto los huesos, ni cuando se los habían vuelto a colocar, tampoco cuando calentaban las espadas y le cortaban la piel, tampoco lloró cuando le hicieron creer que le convertirían en eunuco ni cuando descubrió que tan sólo le castraron parcialmente, tampoco lo hizo cuando le dejaban inconsciente para utilizar su cuerpo a su antojo, ni siquiera cuando dejaban caer cera líquida ardiendo en sus heridas abiertas.

Pero ahora lloraba y no podía evitarlo, durante mucho tiempo había conseguido reprimir los recuerdos de casi todo lo que vivió en aquellos meses en los que estuvo retenido, pero la vergüenza le carcomía el alma adueñándose de todo su ser, el dolor era lacerante y podría jurar que todas las cicatrices se habían abierto a la vez y sangraban profusamente, la culpa le estaba destrozando por dentro, no pudo proteger a su familia, no pudo proteger a su hermana y no pudo protegerse a sí mismo, no era digno de ser caballero ni de ser *laird* ni de ser hermano de Katherine o esposo de Grizela.

Lloró hasta que no le quedaron lágrimas en los ojos sin ser consciente de que dos hombres más también tenían los ojos anegados al percibir la enorme carga que él llevaba sobre los hombros. Le observaron caer de rodillas al suelo y le vieron con el corazón encogido cómo sus hombros se estremecían en un claro signo de que Jacobo estaba llorando y de que estaba atravesando ese duro camino él sólo.

Ambos *lairds* tuvieron que reprimir sus propias lágrimas, ver a alguien como Jacobo de Bradbury en un momento tan vulnerable y estando tan abatido

les estaba destrozando, ellos compartían el sufrimiento de ese hombre al que admiraban y en el que confiaban ciegamente, vivían en tiempos crueles, pero había límites que jamás deberían ser cruzados.

Jacobo volvió a la tienda donde había curado al rey cuando el sol estaba a punto de ocultarse, había sido necesario mucho tiempo para que volviese a tener todas sus emociones bajo control, para que se viese capaz de cruzarse con otro escocés y no asesinarle a sangre fría sólo por el hecho de que creían que había merecido cada una de las torturas sufridas.

—Me alegro de volver a verte Jacobo de Bradbury — la débil voz del rey le produjo una paz inesperada.

—Y yo me alegro de oírle milord — se acercó a él y observó que los vendajes no tenían sangre, eso era buena señal.

—No me puedo imaginar lo habilidosa que puede llegar a ser su hermana, me ha salvado la vida — una pequeña sonrisa se formó en sus labios, se sentía profundamente agradecido con el inglés, era cierto que el dolor había menguado hasta no ser más que una molestia.

—No milord, no se lo imagina — el recuerdo de su hermana consiguió aplacar su descontrolado latido — Katherine es un ángel, no hay otra igual.

—Los hombres hablan de ella como una guerrera — el rey se esforzaba por aumentar el volumen de su propia voz.

—Sin duda alguna también lo es — sonrió y se arrodilló al lado del monarca — milord, no soy un traidor y mi hermana tampoco lo es, lo hemos perdido todo debido a una traición, conocemos el precio que se paga por algo tan incierto como las posesiones materiales — Jacobo se tomó un momento para sopesar sus palabras sin saber muy bien cómo continuar.

—Sigue — el rey le miró fijamente — ahora no te detengas McGregor — la mención del nombre del clan le infundió esperanzas.

—No le voy a engañar, mantengo contacto con el rey Enrique — percibió cómo todos los músculos del escocés se tensaban — no confabulo contra vos, él no quiere una guerra y los hombres que le atacaron puede que sean ingleses, pero no son enviados por su majestad, por eso me gustaría que me permitiese interrogarles.

Dàibhidh se tomó unos instantes para sopesar las palabras de Jacobo.

Lo cierto era que no lograba encontrarle el sentido, pues si él mismo era un enviado para acabar con su vida, ¿por qué le había salvado? El ataque en sí mismo tampoco había sido algo que tuviera lógica, él nunca habría pensado en mandar a dos mercenarios en busca de un enemigo, pero seguramente de

haberlo hecho, no se habría dado a conocer, pues en caso de que el objetivo no se cumpliera, su identidad sería revelada, sin embargo, los hombres que le apuñalaron no tardaron ni un latido en revelar que eran enviados de Enrique, ni siquiera hubo que torturarles, en cuanto les despojaron de los cuchillos, revelaron los planes que tenían para matarle.

Por otra parte tampoco conseguía comprender por qué ahora tenía esas ansias de poder el rey inglés, por lo que su padre le había contado, no tenía el más mínimo interés en las tierras escocesas, bastante tenía en su propio reino debido a que su hermanastro había cometido alta traición y había matado a su padre. De hecho, ese bastardo aspirante al trono fue quien torturó a Jacobo.

—Es evidente que has hecho todo esto con un fin — le miró con firmeza — dime pues, cómo pretendes llegar a él.

—Se equivoca excelencia, no le he curado porque fuese algo positivo para el fin que busco — permitió que viese en su mirada la verdad de sus palabras — lo he hecho porque es un rey digno de su país, aunque tiene razón en algo, tengo un objetivo en mente y necesito hablar con vos para llegar a él.

El monarca escocés hizo un gesto para que los hombres que custodiaban la entrada se fuesen dejándoles a solas.

—Cuéntame cuál es el fin que persigues.

Jacobo no lo dudó ni un instante.

—Excelencia, tal y como le he dicho antes, me he reunido con el rey Enrique, él no está detrás del ataque a vuestra persona.

—¿Confíais en su palabra?

—Tanto como en la vuestra milord — respondió Jacobo — sé que los escoceses no se fían de los ingleses, pero quizá si vos pudierais ver más allá del lugar de mi nacimiento, podríais ver que no quiero ver morir a nadie, ni inglés ni escocés.

—¿Qué ganas tú evitando la guerra? — preguntó el monarca.

—Volver con mi esposa milord, volver a la que considero mi casa, ayudar a los aldeanos de Ellon a recuperarse de lo vivido, aprender juntos a superar el pasado, pero sobre todo, volver a ver a Grizela — a Jacobo poco le faltó para suspirar, la echaba muchísimo de menos y la necesitaba a su lado desesperadamente.

—Cierto — comentó el rey — McRae me ha dicho que os habéis casado con la hija pequeña de Angus McGregor y que como yo le obligué a dejar a alguien de su clan en Ellon, él te eligió a ti.

—Así es milord — confirmó Jacobo.

—¿Darías tu vida por ella?

—Ya le he entregado mi alma y mi corazón, ¿qué es mi vida en comparación? — el rey le miró con renovado respeto.

—¿Cuál es tu plan para evitar la guerra?

—Interrogar a esos hombres y conseguir que se reúna con Enrique, los dos a solas, hablen de sus proyectos, de sus temores, de sus esperanzas, o del tiempo si es lo que desean, pero háganlo sin que nadie se entere, estoy convencido de que los dos conseguirán averiguar quién se encuentra tras este enfrentamiento y tras el atentado contra su vida.

El escocés sopesó las palabras del inglés mientras le miraba fijamente, él confiaba en Ian y en Logan, también en los líderes de los clanes Mckenzie, McGuire y McLeod y todos ellos le habían asegurado que Jacobo era un hombre de honor, que su palabra era su ley, que era digno heredero de su padre al que habían conocido hacía muchos años y el cual jamás les engañó ni les dio muestras de desconfianza.

—Puedes interrogar a esos malnacidos, pero dime, ¿cómo se organizará el encuentro? — el rey fue consciente de la mirada satisfecha de Jacobo al darse cuenta de que aceptaba todo lo que él le había solicitado.

Sin perder un momento, Jacobo procedió a explicarle al escocés que por el camino había hecho una pequeña exploración y había un claro bastante refugiado cerca de un lago, no parecía ser transitado y no serían vulnerables a un ataque sorpresa o una emboscada.

—Te daré un voto de confianza, pero quiero llevar a alguno de mis hombres.

—Por supuesto excelencia — confirmó Jacobo.

—Organiza el viaje para mañana por la noche.

—Milord, será mejor que lo dejemos para dentro de un par de noches al menos, el viaje ha de ser lo más discreto posible y es preferible que os encontréis algo más estable.

El rey sonrió y despidió a Jacobo, lo cierto era que con él se sentía a salvo, le inquietaba esa dura mirada y ese aura de determinación que le rodeaba, pero después de todo lo que había vivido, nadie podría reprocharle nada en absoluto. Estuvo tentado a escribir a su hermano, pues hacía varias semanas que no contaba con su consejo y estaba seguro de que cuando se enterase de cómo se estaban desarrollando los acontecimientos se enfurecería, él odiaba a los Bradbury con todas sus fuerzas aunque no conocía el motivo para tal odio.

Jacobo salió de la tienda en dirección al árbol dónde tenían atados a los dos hombres que aseguraban ser ingleses enviados para matar al rey escocés por expresa orden del rey Enrique, aún le dolía la garganta y el pecho por el cúmulo de las intensas emociones, pero mientras caminaba hizo acopio de todo su entrenamiento, de todas sus experiencias en el campo de batalla y de toda la oscuridad y la maldad que guardaba en su interior, no sentía lástima por las vidas de los hombres a los que tenía que interrogar, de alguna manera ellos habían sido los culpables de alejarle de Grizela que era lo único que le aportaba algo de luz a su corazón, él era experto en tortura y estaba decidido a obtener respuestas a todas sus preguntas.

CAPITULO 16

Grizela se encontraba curando una herida poco profunda de un par de niños que habían llevado la fantasía de ser guerreros del clan un poco lejos, cuando el vigía llegó a su lado claramente alterado.

—¡Milady!

Y ella no necesitó más para saber que se avecinaban problemas, que el periodo de paz y calma que vivían en Ellon pese a la ausencia de Jacobo, había llegado a su fin, rezó a los Dioses para que le diesen la fortaleza y sabiduría necesarias para superar lo que fuera que el destino les había deparado.

Acarició las cabezas de los niños y les dio un beso en la frente, se puso en pie y se alisó el vestido para darse tiempo y poder controlar su desbocado corazón.

—Buenos días milady — Grizela alzó la vista hasta el hombre que estaba más cerca de lo que ella contaba.

—¡Milord! — precedió a hacer una profunda reverencia.

Parecía que el tiempo se había detenido.

Ante ella se encontraba nada más y nada menos que Dòmhnal, el hermano pequeño del actual rey escocés. Por la carta que su hermana le había enviado hacía un par de semanas, sabía que ese hombre estaba paseando a sus anchas por los territorios de las Highlands, pero tenía la esperanza de que no se acercase a Ellon, a fin de cuentas estaban mucho más lejos que otras aldeas

más importantes.

—Es un placer volver a verla — pronunció las palabras mientras la tomaba de la mano para alzarla — hacía mucho tiempo de nuestro último encuentro, es evidente que el tiempo tan sólo ha conseguido hacerla aún más hermosa.

Ella se ruborizó con las palabras pese a que toda su vida había oído que era una mujer hermosa, estaba acostumbrada a que tanto a ella como a su hermana las consideraran de esa forma, sin embargo, sus padres les habían enseñado desde pequeñas que lo importante no era el aspecto, si no la belleza del corazón que les palpitaba en el pecho. Pero la forma en la que la miraba sin ningún tipo de pudor le estaba erizando el vello de la nuca.

—Sois muy amable milord — susurró sin atreverse a sostenerle la mirada, aquello que la había hecho desconfiar de niña se había acrecentado.

Tras unas palabras más de cortesía, Grizela condujo al príncipe hacia la fortaleza y dio las órdenes precisas para que se arreglasen las alcobas del *laird* con ropas de cama limpias.

Les ofreció algo de comer y de beber mientras el nerviosismo que sentía se agudizaba por momentos, ese hombre no era digno de su confianza aunque no se atrevía a imaginar cuál podía ser el motivo, pero mientras intentaba seguir la conversación que él mantenía casi más consigo mismo que con ella, rezaba a todos los Dioses para que trajesen de vuelta a Jacobo lo antes posible, bien sabían que ella no se veía capaz de manejar una situación en la que el príncipe estuviese envuelto.

—Verá milady — el cambio en el tono de voz le hizo prestarle atención — no es mi intención molestar, pero hemos atravesado Escocia y la verdad es que necesitamos descansar, estoy seguro de que no supone mayor inconveniente que lo hagamos aquí.

Grizela tan sólo podía escuchar cómo la sangre le golpeaba las sienes con fuerza, ¿de cuánto tiempo estaba hablando el príncipe? ¿horas? ¿días? O peor aún, ¿semanas? No se veía capaz de soportarlo. Apenas sí podía controlarse para no abofetearle por la forma en la que paseaba sus ojos por su cuerpo con lascivia.

Sopesó la situación y se vio acorralada, no tenía opciones, no podía negarse a dar alojamiento al príncipe, a la mano derecha del rey, no con las tensiones recientes y con la animadversión confesa del príncipe hacia los ingleses, sobre todo teniendo en cuenta quién era su marido.

Aceptando con resignación que no tenía otra opción, sonrió lo más

encantadoramente que pudo y aceptó que tanto el príncipe como sus hombres se alojasen en el castillo.

El primer problema se produjo al cabo de un par de días cuando una de las cocineras salió de la cocina con la cara surcada de lágrimas, el vestido descompuesto y corriendo como si la persiguiese un fantasma.

Grizela corrió detrás de ella hasta que la alcanzó y ésta le contó que uno de los hombres del príncipe había estado a punto de violarla y que se sentía aterrada porque había utilizado un cazo con agua hirviendo para quitárselo de encima.

La escocesa suspiró con pesar. Conocía las represalias de esa actitud. Se tomó un par de latidos para tomar una decisión, si la chica volvía a la fortaleza, sería azotada hasta que el agraviado se sintiese conforme y por supuesto, volvería a ser forzada una y otra vez. Esa certeza la hizo estremecer.

—No puedes volver al castillo — la mujer lloró desconsolada — tienes que esconderte — la abrazó para consolarla — escúchame atentamente, Jacobo me ha dicho que la vieja forja es un sitio bastante estable — su mente iba demasiado deprisa, las ideas se amontonaban — deberás esconderte allí esta noche, después huye, todo lo rápido y lo lejos que puedas, da un rodeo y espero que consigas llegar hasta Daltra, allí mi hermana Athdara te protegerá y te mantendrá oculta hasta que tu vida ya no esté en peligro.

La joven lloraba sin consuelo. Grizela se sentía furiosa, en la casa de su padre la violación estaba fuertemente castigada, su padre había hecho comprender que el respeto por las mujeres era beneficioso para ambos sexos y los hombres del clan jamás habían sobrepasado la línea que separaba el coqueteo con el abuso.

Observó como la chica se alejaba de ella en dirección a la vieja forja y suspiró con pesar.

—¿Dónde estás Jacobo? — le preguntó al cielo — te echo de menos y te necesito a mi lado, hay algo que me retuerce el corazón, una sensación de que algo horrible está a punto de ocurrir... vuelve a casa mi amor, por favor Dioses, enviad a vuestros mensajeros para que mi esposo vuelva y nos salve la vida de nuevo.

Puso rumbo de nuevo a la aldea intentando averiguar cuál sería la mejor forma de abordar el problema con el príncipe, aunque algo le decía que él no lo vería como algo malo.

Se paseó por el campo de entrenamiento y observó a los más jóvenes, se esforzaban mucho para ser dignos de llevar los colores del clan y eso la llenó

de orgullo. Se acercó al más joven de ellos.

—Alasdair — le llamó — mañana al amanecer lleva uno de los sementales a la vieja forja con comida y bebida en las alforjas y déjalo allí, cuando vuelvas, dirás que te quedaste dormido y el caballo se escapó.

El joven la miraba maravillado, tan sólo tenía dieciséis años y se sentía totalmente fascinado por Grizela, ella había visto esa mirada en más ocasiones de las que podía recordar.

—Por supuesto milady — respondió con firmeza.

—Será un secreto entre nosotros ¿de acuerdo? — el joven asintió con la cabeza — nadie debe saberlo.

El joven comprendió el verdadero significado de las palabras pronunciadas, para él estaba claro, si cometía un error o hablaba sobre ello, era posible que la vida de Grizela estuviera amenazada y eso no era viable, no para él, ella le había salvado la vida, era uno de los chicos enfermos que había dentro del túnel cuando les encontraron y él podía recordar con total claridad, las caricias que ella le prodigaba y que le curaban el alma, también lo mucho que se esforzaba para que él se bebiese esos brebajes que preparaba. Ella no lo sabría nunca, pero él haría cualquier cosa por ella, su lealtad para con ella estaba grabada a fuego en su corazón.

Grizela no tuvo ocasión de pensar en la mejor forma de acercarse al príncipe, pues él la esperaba en la puerta de la vieja ermita.

—Necesito encontrar a una de sus cocineras — estaba claro que estaba furioso.

—He oído que ha habido un incidente, espero que no haya sido nada grave, aún no he hablado con las personas implicadas — se excusó ella.

—Una de esas personas es uno de mis hombres, esa mujer le sedujo y después se retractó tirándole agua hirviendo a la cara, está muy grave — explicó el príncipe observando detenidamente a la joven.

—¡Por los Dioses! — hizo que todo su cuerpo mostrase sorpresa — iré ahora mismo para curarle las heridas y cuando encuentre a esa mujer, hablaré con ella.

—¿Hablar? — preguntó el príncipe con la mirada oscurecida — la voy a azotar en mitad de la plaza hasta que la sangre le bañe los tobillos — se recreó en la imagen que se formó en su mente y disfrutó con el horror que se vertía en el semblante de Grizela.

Ella no fue capaz de responder a semejante declaración. No tenía la menor duda de que era capaz de eso y de muchas cosas más y ninguna sería

agradable, la crueldad de su mirada le estaba provocando arcadas.

Se dio media vuelta y fue al dispensario a por su bolsa de curas, le provocaba nauseas tener que curar a un violador pero no tenía remedio, si se negaba, el príncipe sospecharía de ella y no cesarían en el empeño de encontrar a la cocinera para terminar con ella.

Lo primero que le llamó la atención fueron los gritos de agonía y los gemidos, ella se había quemado alguna vez con agua hirviendo y sabía que podía ser muy doloroso, pero después de haber visto todas las cicatrices de Jacobo, tenía otra perspectiva del dolor, al pensar en su marido no pudo evitar una sonrisa, seguramente él soportaría el dolor, alzaría la barbilla y la miraría con esos ojos grises que la hacían suspirar. Su fuerte y valeroso inglés no lloraría como una chiquilla por un poco de agua caliente.

Se acercó al escocés dispuesta a encontrarse un espectáculo grotesco y se sintió decepcionada cuando no fue así, el hombre tenía la mayor parte de las quemaduras en la cara, pero el agua no debía estar hirviendo porque ni siquiera le habían salido ampollas.

Tras pedirle permiso sacó unas hierbas que mezcló con leche y empapó unos trapos que le puso por todas las quemaduras, seguramente él se quejaría durante días, pero ella estaba segura de que al día siguiente estaría completamente recuperado.

Los momentos más tensos para ella y para todos los habitantes de Ellon eran los de las comidas, desde el primer momento, el príncipe había establecido que él y sus hombres comerían en primer lugar y el resto de los residentes del castillo lo harían después, esa noche ella se había ido a la cama con el estómago completamente vacío pues no habían dejado nada para los demás y por si fuera poco, el príncipe se empeñaba en permanecer sentado a su lado mientras ella comía y la observaba tan fijamente que la hacía sentir incómoda.

A los pocos días al salir de la fortaleza por la mañana para ir a recoger hierbas para sus elixires, se había encontrado con que un guerrero de los McRae se había enfrentado a uno de los hombres del príncipe y éste exigía un castigo justo que a tenor de lo que vitoreaban sus compañeros, no sería nada fácil de soportar, el estómago le dio un vuelco y sin pensarlo se plantó entre los hombres que se desafiaban con las espadas en alto siendo totalmente consciente de que los guerreros de ambos bandos estaban más que dispuestos a derramar la sangre de los contrarios.

Intercedió por el highlander McRae y observó la furia con la que el

hombre del príncipe la fulminaba con la mirada, se dio cuenta de que ese había sido un movimiento estúpido y que probablemente fingir que era una damisela tímida y sosa ya no le serviría más de escudo.

Y tal y como ella temía, eso fue lo que pasó.

Una vez que todos los hombres estaban saciados, era el turno de comer de los habitantes del castillo, Grizela entre ellos. Decidió sentarse algo más alejada del príncipe, pues había notado que durante todo ese día la había observado con una expresión que ella no se atrevía a comprender.

—¡Milady! — exclamó el príncipe — tengo entendido que esta mañana se ha proclamado defensora de uno de los hombres de los McRae — ella palideció, lo que estaba insinuando era una ofensa para el orgullo masculino — no conozco a Ian, pero se dice de él que es un bravo guerreero — sonrió con malicia.

—Así es milord — tuvo que forzarse a alzar la voz para que él la pudiese oír a pesar de las carcajadas de los guardianes del príncipe.

—¡Por los Dioses que ha de serlo si sus hombres se esconden tras las faldas de una mujer! — golpeó la mesa con fuerza mientras se reía con fuerza.

Las estruendosas carcajadas no se hicieron esperar. Todos los hombres del príncipe se reían haciendo tanto ruido como podían, los comentarios obscenos no tardaron en salir acompañados por gestos bastante explícitos que avergonzaban a las mujeres que estaban en la mesa.

—Milord — intentó hacerse oír por encima de las risotadas — un McRae no se esconde detrás de las faldas de una mujer — él alzó una ceja divertido — por el contrario, usé mis faldas para proteger a su guerrero, pues temía que no pudiese soportar el peso de una de nuestras espadas — el orgullo que se revelaba en su voz fue un insulto hacía el miembro de la corte escocesa que presidía la mesa.

Supo que había cometido un error en cuanto las palabras salieron de su boca, pero ya era demasiado tarde para remediar el daño y cuando observó la cara enrojecida del príncipe, otra oleada de orgullo y cruel diversión se apoderó de ella. Llevaban dos semanas soportando todo tipo de agresiones verbales, las doncellas no se atrevían a ir por el castillo si no era en grupos de tres o de cuatro, e incluso preferían dormir encerradas en los establos antes que quedarse al alcance de esos bárbaros. Ella misma había sido objeto de comentarios nada apropiados y por los que los responsables pagarían con su vida si Jacobo llegaba a enterarse alguna vez.

—Al fin sacas las uñas gatita — la expresión del príncipe cambió por

completo y los hombres dejaron de reír de repente y el miedo se apoderó de todo su ser — mis hombres llevan días contándome anécdotas que no se corresponden con la mujer estúpida y de risa histérica que aparentáis ser en las comidas — Grizela sentía como se enrojecía hasta las orejas — así que ahora que vos habéis dejado de fingir, yo haré lo mismo — se levantó de la silla con un gesto que denotaba autoridad y que a ella la aterró aún más — verá milady, en realidad no estoy aquí para descansar, estoy aquí porque he trazado un plan y éste está a punto de culminar.

Durante un rato, el príncipe se dedicó a pasear por el Gran Salón mientras Grizela luchaba con la imperiosa necesidad de salir corriendo, llegar a los establos y cabalgar lo más rápido posible hasta que encontrase a Jacobo.

Cuando se detuvo detrás de ella, la sangre se la heló en las venas, casi no se atrevía ni a respirar.

—Necesito una mujer — le susurró al oído — y vos sois la elegida.

El silencio cayó sobre los presentes como si una auténtica *bean shìth* estuviese flotando sobre la mesa dejándolos a todos mudos con su presencia, mirando fijamente con sus bellos ojos de hada, el largo cabello blanco flotando a su alrededor, preparándose para gritar en un eterno sollozo que congelase la sangre de los vivos que la escuchan, y Grizela estaba plenamente convencida de que la muerte que anunciaba el hada era la suya propia, su alma se había resquebrajado en miles de pedazos y su corazón sangraba por el dolor que las palabras del príncipe habían provocado.

Miró la enorme mesa de madera y abrió los ojos al ver que la mujer que anuncia la muerte no estaba, que todo había sido producto de su imaginación y casi suspiró aliviada al pensar que las palabras del príncipe también se las había inventado, pero al observar que todas las miradas recaían en ella, se dio cuenta de que no era invención o locura, que las palabras fueron dichas con la intención que ella había percibido en ellas.

Todos habían comprendido al instante que si el príncipe se había encaprichado de ella, no había nada que hacer, pensó en Jacobo y por un momento deseó que todo terminase antes de que él volviese a casa, no soportaría ver el dolor por la traición en su mirada, no soportaría que él la odiase.

—Milord — la voz le temblaba y pugnaba por que las lágrimas no la venciesen — yo ya estoy casada, le agradezco el interés, por supuesto...

—Sí, ya sé que estás casada con ese perro inglés — le acarició el hombro por encima de la tela y ella se estremeció — pero estoy convencido de que esa

unión fue fruto de la bacanal en el festival de Ostara y también de que el druida no tendrá ninguna objeción en anular la ceremonia.

El corazón se le rompió por segunda vez. Ese hombre era un monstruo, quería separarla de lo que más amaba en su vida y cuando estaba a punto de rendirse al llanto, la imagen de su hermana inundó su mente. Athdara se había entregado a Eskol McIntosh para salvarles a todos ellos, en especial a ella, para que él no le hiciera lo que le había hecho a Athdara, la rabia sustituyó a la pena, la ira al dolor... no se iba a rendir sin presentar batalla, ella era hija de Angus McGregor, hermana de Athdara y esposa de Jacobo y aunque fuera lo último que hiciera, no se rendiría sin plantar cara.

Su padre sobrevivió a la muerte del amor de su vida y las crio de una forma totalmente impensable en un hombre, su hermana había sobrevivido a la mentira, a los abusos, las violaciones, el tormento de unas visiones que jamás habían sido reales y Jacobo... casi se le escapa un suspiro, su marido había soportado terribles torturas y no habían conseguido doblegarlo, estuvieron a punto de matarlo, pero no le rompieron y el malnacido de Dòmhnal Bruis no iba a romperla a ella, hiciera lo que hiciera, ella encontraría la manera de volver con Jacobo.

El príncipe percibió el cambio en la actitud de ella y sonrió con maldad ante su actitud rebelde.

—Mejor así gatita — le dijo con desdén — nunca me han gustado las sumisas, prefiero las que pelean tanto que tengo que atarlas a la cama.

Acto seguido, él y sus hombres se dirigieron hacia las escaleras y al cabo de un rato escucharon como las puertas comenzaban a cerrarse con portazos, las carcajadas aún retumbaban en sus oídos.

—No digáis una sola palabra — advirtió Grizela a los presentes — es tarde y mañana nos espera un día muy ajetreado, podéis retiraros a descansar.

La joven escocesa respiró profundamente y se centró en que su rostro se mostrase impasible, le dolía profundamente tener que seconder continuamente cómo se sentía, pero ahora no podía rendirse, se encontraba en una situación en extremo delicada y no tenía la menor idea de cómo salir de ella, sólo sabía que no les iba a dar el gusto de saber que con cada palabra y cada gesto la herían porque la alejaban un poco más de su marido.

No sabía si alguien más se había dado cuenta, pero uno de los guerreros del príncipe estaba oculto en uno de los rincones del Gran Salón, sin duda esperaba una reacción por parte de ella o de sus hombres y eso les daría una excusa para atacarles, eso era inconcebible, la mente le bullía con recuerdos y

alocadas ideas, necesitaba desesperadamente algo que le librara del futuro que el destino había tejido para ella.

CAPITULO 17

Tardó más de lo que deseaba en poder reunir la fuerza necesaria para que su propio cuerpo la obedeciese, tenía la sensación de que su mente se había colapsado pues era incapaz de ver una salida a la situación en la que se encontraba, finalmente, sus pies comenzaron a moverse hacia el corredor que se bifurcaba en otros pasillos que llevaban a los aposentos de los sirvientes y a las cocinas.

Estuvo tentada a subir a su cuarto a dormir, pues se sentía agotada, pero el temor a que alguno de esos hombres la violase la aterraba hasta tal punto que apenas se permitía respirar agitadamente, comentó con las doncellas que iría a la cocina a por algo de leche y después iría a dormir.

Y aunque entró en la cocina, lo siguiente que hizo fue salir por la puerta trasera en busca de un remanso de paz, de un lugar en el que se sintiese a salvo, caminó por el bosque con el corazón en la garganta y muerta de miedo, si se encontraba con alguno de los hombres del príncipe estaba perdida.

Llegó hasta la antigua forja y tras comprobar que la cocinera ya no se encontraba, rezó para que hubiese llegado sana y salva hasta Daltra, tenía plena confianza en que su hermana cuidaría de ella. Se sentó en un taburete y durante un momento se permitió pensar en Jacobo, reprimió los recuerdos más ardientes y se concentró en la seguridad, la paz, la tranquilidad que él le transmitía con una sola de sus miradas, miró el lugar donde el fuego debería arder y se sintió terriblemente sola.

A la mañana siguiente Grizela era consciente de que por mucho que se escondiese, el príncipe la acabaría encontrando, por lo que alzó la barbilla y caminó de vuelta a la fortaleza. Ese grupo de salvajes eran hombres enormes y curtidos en la batalla, pero ella era una sanadora y conocía todos los beneficios de las plantas. Casi sentía lástima por ellos.

En su mente no paraba de imaginar mezclas que conseguiría hacer beber a ese grupo de salvajes mientras un mensajero iría a Strivelyn en busca de Logan, si no podía encontrar a Jacobo, seguro que los clanes acudirían a su llamada, quizá incluso el propio rey accedería a escuchar sus súplicas.

Pero cuando atravesó las puertas del Gran Salón, todo su castillo de ideas se vino abajo, estaba confusa, pero no pudo menos que dejarse llevar por el ambiente festivo que reinaba en el lugar.

Al parecer, de madrugada un jinete había llegado a Ellon con una misiva para el príncipe, nadie sabía lo que ponía la carta, pero todos los miembros de la comitiva se habían ido de Ellon apenas una hora más tarde, los vigías contaban que si seguían cabalgando a esa velocidad, los animales se reventarían antes de llegar a Edimburgo y Grizela no fue capaz de esconder la tremenda dicha que esas nuevas le aportaban, estaba convencida de que el príncipe podría volver en cualquier momento, pero rezaría cada noche para que una desgracia se cebase con aquel ser que pretendía convertirla en su esposa.

El rey Dàibhidh Bruis esperaba sentado a la orilla del lago con un puñal escondido a su alcance y el corazón latiéndole tan deprisa en el pecho que apenas podía escuchar a las lechuzas que les observaban desde las copas de los árboles.

—Buenas noches milord — la voz del hombre tenía un profundo acento inglés.

—Eso dependerá de cómo termine esta reunión — sentenció con desconfianza.

Sabía que sus hombres estaban vigilando y aunque no podía ver a los que protegían al rey inglés, sabían que también les observaban.

Enrique se sentó a su lado.

—Hacía mucho tiempo que no contemplaba el reflejo de la luna en las aguas calmadas de un lago — murmuró Enrique.

—Habla como un hombre enamorado — el escocés le miró de reojo.

—En una ocasión creí que me había enamorado, pero ella no era para mí — suspiró exageradamente — ¿tenéis el placer de conocer a Katherine de Bradbury? — el monarca escocés negó con la cabeza — ¡no sabéis lo que os perdéis! Veréis milord, esa mujer tiene los ojos azules como el cielo de Escocia, una sonrisa que embrujaría a un Dios y unas curvas que son la perdición de cualquier hombre, pero ah... eso no es lo más importante — Dàibhidh no sabía a dónde quería ir a parar el inglés — lo más importante que posee esa mujer es un coraje como no había visto nunca, el valor de mil hombres, la determinación de un general y el honor de un caballero.

—Entiendo, le tiene hechizado.

—Por completo milord — Enrique le miró divertido — por favor, no pierda la ocasión de conocerla, le aseguro que le cambiará la vida.

—No entiendo a qué viene esta conversación, ¿acaso me he expuesto para que vos ensalcéis los atributos de una mujer? — le miró con una mezcla de ira y confusión.

—Desde luego que no milord, le he contado todo eso para que entienda que si gastara parte de mi tiempo y mis recursos en contratar a un par de mercenarios para matar a un hombre, ese hombre no seríais vos, sería Ian McRae.

—¡Eso es una estupidez! — exclamó atónito el rey escocés.

—¿De verdad lo cree? — Enrique le miró con fingida sorpresa — milord, lamento informarle de que no estáis en posesión de nada que me interese — alzó las manos para detener la réplica del rey — sí, tenéis un reino, pero yo también y en Inglaterra tenemos mejor clima y una forma de vida más avanzada, también es cierto que tenéis riqueza, pero yo poseo más de lo que podría gastar en varias vidas y la codicia no es uno de mis pecados, por lo tanto milord, no tenéis nada que yo desee.

—Su explicación en aras de la paz es un tanto rebuscada.

—Lo es milord — concedió Enrique — pero quiero convencerle de que yo no estuve detrás del atentado contra su vida, no me interesa nada de lo que posee.

—Pero Katherine sí que le interesa — afirmó Dàibhidh.

—¡Por supuesto que me interesa! — exclamó entusiasmado — no se imagina lo que haría por conseguirla.

—¡Enrique! — la atronadora voz de Ian McRae atravesó el bosque.

—Buenas noches Ian, ¿qué tal está la encantadora Katherine? — le preguntó con humor.

—No le provoques más Enrique — Jacobo salió de las sombras para interponerse en el camino de su amigo y le miró a los ojos — Ian, tan sólo está bromeando, él sabe que mi hermana te ama por encima de su propia vida.

Enrique se lo estaba pasando maravillosamente bien, desde que su hermano había intentado matarle y arrebatarle el trono, el palacio se había vuelto soberanamente aburrido, el ejército prácticamente no le dejaba ni comer en paz, había guardias que velaban su sueño y no salían de la alcoba ni cuando compartía el lecho con una mujer. Había mentido a su homólogo del norte, sí había algo que envidiaba, la libertad que él tenía. Su escolta constaba de más de cincuenta hombres, la escolta del otro monarca era apenas de diez hombres.

—Bien, ya me he divertido — miró burlescamente a Ian que seguía sujeto por Jacobo — es hora de que hablemos de la guerra.

—Muchos *lairds* quieren sangre — auguró el escocés.

—Muchos ingleses también — respondió el inglés.

Tardaron varias horas en ponerse de acuerdo en el plan que seguirían a partir de ese momento. Jacobo sabía cómo funcionaban los entresijos de palacio, pues había sido militar para el ejército del padre de Enrique, pero Ian y Logan no salían de su asombro. Esos hombres prácticamente estaban sorteando qué sería de la vida de los pobres infelices que habían sido convencidos de que luchaban por una causa justa.

Cuando el sol comenzaba a despuntar en el horizonte, los dos monarcas se despidieron como si acabasen de cerrar un negocio provechoso para ambos, como si tan sólo se tratase de un acuerdo comercial. Y en parte, así era.

Enrique no dudó ni un momento en que el plan que habían trazado era justo lo que él necesitaba, sabía que había varios capitanes díscolos que sembraban la desconfianza entre sus hombres, ellos serían los que participarían en esa mascarada de guerra que con suerte se saldaría con la muerte de todos ellos. Estaba convencido de que los reinos de España y Francia habían conseguido sobornar a algunos de sus capitanes de guardia y no soportaba más el desconfiar de todo aquél que se le acercaba.

Por su parte, Dàibhidh pensaba exactamente lo mismo, siguiendo los consejos de su padre, iba a aprovechar la ocasión para deshacerse de algunos clanes que le estaban dando muchos problemas, entre ellos el de los Sutherland que había provocado la lucha en Nairn, el territorio de los McRae, además, estaba seguro de que de esa forma la lealtad de Ian estaba asegurada y con ella la de Logan y por tanto la de Jacobo.

Grizela sólo podría ser más feliz si el amor de su vida estuviese a su lado. Los primeros días desde la marcha del príncipe todos tenían miedo de verle aparecer de nuevo, pero al pasar los días y ver que no era así y que no había noticias sobre él y su ejército, las gentes de Ellon y ella misma se fueron relajando para disfrutar de un bello paraje que por fin se abría a la vida y comenzaba a tener el aspecto de un auténtico hogar.

Ese día había amanecido gris, aciago, triste... sin embargo, los Dioses habían intercedido por ella y habían doblegado al destino, algo había hecho que el cruel príncipe Dòmhnal saliese corriendo de Ellon para dirigirse a saber dónde, a ella no le importaba, tan sólo esperaba que jamás volviera, ella quería estar donde estaba, en esas tierras donde estaba rodeada de gente buena y amable, donde era querida, donde formaría una familia con el hombre al que amaba, si es que éste volvía alguna vez.

Un largo suspiro salió de su garganta. Echaba mucho de menos a Jacobo, aunque en parte, se alegraba de que no hubiese vuelto mientras el príncipe estaba por allí, estaba segura de que su marido habría terminado decapitado por traición, porque seguro que no toleraría las actitudes de los hombres ni la del hermano del rey.

Al ser consciente de todo lo ocurrido, el pánico comenzó a morderle el corazón. Si Jacobo se enteraba de que Dòmhnal le había propuesto casarse con él, no habría un lugar en la tierra en la que se encontrase a salvo.

Volvió a la fortaleza con paso acelerado, tenía que advertir a todo el mundo de que cuando Jacobo volviese, nadie le contase nada de lo ocurrido, de hecho, lo mejor para todos sería que ni siquiera se comentase que el príncipe había estado por allí. Una vez que el mensaje había sido oído por todos los habitantes, Grizela comenzó con las tareas de su día a día.

A la mañana siguiente se despertó con la acuciante necesidad de ser abrazada por un hombre de firme mirada gris penetrante, poderosos brazos y torso y rostro lleno de cicatrices. La ausencia de Jacobo le estaba resultando particularmente dolorosa.

Tras las abluciones matinales, se vistió y bajó sin ánimo a la cocina, no le apetecía lo más mínimo comer ni beber nada, sólo quería refugiarse en el pequeño huerto de hierbas que estaban floreciendo y que la mantenían más o menos distraída, al menos lo suficiente como para no abrazarse a sí misma mientras se convencía de que eran los brazos de Jacobo los que la rodeaban.

—No sabía que vivía en la oscuridad hasta que tú iluminaste mi existencia — la profunda voz masculina la sobresaltó, los ojos se le llenaron de lágrimas que no pudo controlar.

—Por favor — rogó con la voz rota — Dioses os lo pido, que cuando me gire él siga estando aquí.

Grizela se levantó y se giró con lentitud, estaba casi convencida de que era una alucinación, la piel le ardía de deseo, el corazón le latía desbocado en el pecho y el aire apenas entraba en sus pulmones, pero todo eso no le importaba, porque era real, porque Jacobo había vuelto a su lado.

—No puedo prometer que estaré a tu lado cada día de tu vida, pero puedo jurarte que ahora mismo estoy aquí — jamás podría explicar la emoción que le provocó saber que ella le había añorado tanto.

Grizela no lo soportó más, se lanzó a sus brazos y comenzó a llorar desesperada.

Jacobo la abrazaba con tanta fuerza que temía hacerle daño, pero cuando aflojaba algo el agarre, ella sollozaba con más desconsuelo. Se sentía completamente desconcertado, era evidente que le había echado de menos y que se alegraba de verle y de que la abrazase, pero esas lágrimas le rasgaban el corazón, ¿qué le había ocurrido para que estuviese tan desconsolada?

—Por favor mi dulce esposa — le susurró al oído — deja de llorar o al menos dame la razón por la que lo haces.

—Porque no estabas a mi lado — respondió ella entre hipidos.

—Pero ahora estoy aquí — no fue capaz de decir nada más, la abrazó con más fuerza y permitió que ella llorase hasta que no pudiese más.

Cuando ella se quedó sin lágrimas que derramar, Jacobo le alzó la cara y la miró con tanto amor en los ojos que ella se estremeció.

—Odio verte llorar — le limpió los surcos dejados en su rostro — pero tus ojos ahora mismo son del color del oro y tus mejillas enrojecidas son un canto a la vida — se acercó lentamente hasta sus labios, Dios sabía que le estaba costando la misma vida controlarse — tus labios hinchados aumentan mi deseo por ti y mi instinto por protegerte.

Las palabras que ambos querían y necesitaban oír no fueron pronunciadas.

Ella entrelazó los dedos por detrás del cuello de él y ya no pudieron pensar más, cuando quisieron darse cuenta, Jacobo la poseía contra el muro, mientras la penetraba con desesperación, sus labios se apoderaban de su boca con ansiada ferocidad. Los gritos de placer no tardaron en ser audibles en las cercanías.

—Ni siquiera nos hemos desnudado — murmuró Grizela cuando su respiración comenzó a sosegarse.

—¿Eso es una invitación? — Jacobo la miraba tan intensamente que ella se ruborizó hasta las orejas — después de todo lo que hemos hecho juntos, aún te sonrojas por mis palabras — comentó divertido.

—Es porque me haces sentir tan deseada... como si nunca tuvieses suficiente — no se atrevía a mirarle a los ojos, la intensidad que emanaba en ocasiones la abrumaba.

—Es que jamás tendré suficiente de ti Grizela — respondió él con vehemencia.

Caminaron de la mano hasta el castillo donde las buenas gentes de Ellon le saludaban y se alegraban de corazón porque su *laird* hubiese regresado a casa sano y salvo.

CAPITULO 18

Durante el resto del día, Jacobo se dedicó a charlar con los hombres, las mujeres y los niños tomando nota de las mejorías y de la paz que reinaba en aquel lugar, sonreía con sinceridad al conocer las nuevas relaciones que estaban surgiendo entre los miembros de los tres clanes y aunque se alegraba de corazón al ver que la vida volvía a Ellon con fuerza, una extraña idea se apoderó de su mente, él había tomado a Grizela las suficientes veces como para que ella se quedase embarazada y había pasado el tiempo necesario para que ella lo supiese, sin embargo, él no había apreciado ningún cambio en su cuerpo, sacudió la cabeza para alejarse de esos pensamientos, si todo salía bien, le quedaba mucha vida por delante para disfrutar de su mujer y formar esa familia con la que soñaba.

La cena en el Gran Salón fue casi como una fiesta, no podía evitar sentirse tan abrumado al ser el centro de esa algarabía, hacía mucho tiempo que no era el objeto de celebraciones y casi estuvo a punto de sonrojarse.

Afortunadamente nadie se extendió demasiado una vez acabada la comida y él se dispuso a llevar a su esposa hasta su alcoba, necesitaba desesperadamente perderse en su cuerpo, que el aroma de su piel le proporcionase esa calma que tanto necesitaba.

El deseo le consumía, pero el bienestar de ella era su prioridad, le quitó el vestido lentamente y se deleitó con sus proporcionadas curvas.

—Siempre me ha subyugado tu belleza — murmuró contra su piel antes de

besarla en el hombro.

—A mí siempre me ha fascinado tu fuerza — un estremecimiento le recorrió por entero — Jacobo — oír su nombre en sus labios era un placer en sí mismo — quiero tocar todo tu cuerpo, quiero besar cada cicatriz, quiero lamer...

—Sigue — la voz del inglés sonaba más ronca que nunca.

—Quiero — las palabras se le atragantaban en la garganta porque él le estaba acariciando las caderas con la punta de sus dedos.

—Sigue — volvió a pedirle — dime por dónde quieres pasear tu lengua.

Ella se estremeció y enrojeció hasta tal punto que sentía sus mejillas arder, no se sentía capaz de pronunciar las palabras, sin embargo, quería excitar a Jacobo tanto como él la excitaba a ella cuando le susurraba todo lo que le haría.

Paseó sus dedos con suavidad por el torso desnudo y el inglés comprendió que ella no diría jamás las palabras que ansiaba oír, pero no se rindió, sabía que era cuestión de tiempo que ella se desatase por completo en el lecho.

—¿Quieres lamerme el pecho? — le preguntó al oído, ella asintió y le acarició los bíceps — ¿también los brazos y los hombros? — volvió a asentir con un gesto y paseó los dedos por su cuello — ¿dónde me late el pulso? — Grizela gimió y su erección comenzó a dolerle, bajó sus manos con suavidad por su vientre y comenzó a desabrocharle los pantalones — ¿estás segura?

—Nunca he hecho esto antes — susurró ella.

—¡Gracias a Dios! — la idea de que esas caricias hubiesen sido para otro hombre hacía que las ansias de matar a alguien le consumiesen.

—Enséñame a tocarte — se agachó despacio arrastrando el cuero por sus musculosas piernas y se quedó de rodillas en el suelo — enséñame a darte placer.

Jacobo no se atrevía a mirarla, sabía que jamás podría borrar de su mente la imagen de Grizela de rodillas frente a él con su miembro dentro de su boca. Apretó los dientes con fuerza para controlar el placer que le recorría, esa mujer era capaz de llevarle al orgasmo sin tocarle.

—Siento curiosidad — dijo ella en un murmullo — ¿te gusta que te acaricie así? — envolvió su mano alrededor del enhiesto miembro viril y lo recorrió por entero, el gruñó — ¿te duele? — preguntó temerosa.

—Está a punto de reventarme — bajó la vista y la erótica imagen le golpeó con fuerza — hazlo de nuevo pero aprieta un poco más.

Grizela obedeció no muy convencida, los músculos de Jacobo estaban tan

tensos que daba la sensación de que en vez de placer sentía dolor.

—¡Por el amor de Dios! — suspiró él — podría morir así — gimió y ella sonrió.

Siguiendo sus instintos, acercó sus labios a su virilidad y sin saber muy bien qué es lo que hacía, se la introdujo en su boca todo lo que pudo mientras le acariciaba con suavidad con la lengua.

—¡Jesús! — Jacobo apretaba los puños hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos.

Ella le sacó de su boca y él se sintió desolado.

—Guíame Jacobo, dime cómo debo hacerlo.

Volvió a introducirse el miembro viril en la boca con más ansia que antes y ese fue el detonante para la poca cordura que le quedaba. Jacobo enredó los dedos en el sedoso pelo rubio de Grizela y empujó su cabeza contra él, ella pronto encontró un ritmo que le enloquecía hasta que él casi no pudo aguantar más.

—Estoy a punto — gruñó.

Ella parecía que estaba poseída, no se detuvo ni un instante, comenzó a succionar con más fuerza y él a punto estuvo de desplomarse en el suelo, el éxtasis le golpeó con semejante fuerza que se derramó en su boca mientras le tiraba del pelo.

Grizela parecía tan satisfecha de sí misma que él se rindió a lo que sentía por ella. Se desnudó lo más rápido que pudo, aún no había terminado con ella.

—Tu turno preciosa — la levantó del suelo con ternura y la tumbó en la cama.

Comenzó a acariciarle los tobillos, recreándose en los pies y de vez en cuando le mordisqueaba con suavidad en los dedos. Las caricias subieron por sus pantorrillas y sus dientes la rozaron provocándole espasmos de placer, los muslos se abrieron sin su control en una clara invitación a que la poseyera.

Jacobo no se hizo esperar.

—Mmmmm — paseó su lengua por entre sus piernas — voy a devorarte entera.

Se lanzó a ocuparse de ella con la lengua y a disfrutar de los gritos de sorpresa que se entrelazaban con gemidos de placer. El aroma de su excitación le sobrecogía, no había nada más delicioso en este mundo.

Sus manos subieron hasta sus pechos para torturar sus pezones mientras su lengua y sus dientes le atormentaban el centro de su placer.

Grizela no tardó en llegar al clímax retorciéndose sobre la colcha y

gritando el nombre de Jacobo.

Cuando su cuerpo comenzó a relajarse, Jacobo se tumbó a su lado y antes de que se diese cuenta, ella se quedó completamente dormida entre sus brazos.

No fue capaz de describir la paz que le invadió. Jamás en toda su vida se había sentido así, el cuerpo de ella reaccionaba de una forma tan pasional a sus atenciones que le parecía compartir la cama con una diosa, ahora era consciente de que lo que había compartido con otras mujeres no se acercaba a lo que podía disfrutar con Grizela, su entrega total era un regalo que él valoraba más de lo que ella llegaría a saber nunca.

La besó en la cabeza y la abrazó más fuerte para dejarse llevar al mundo onírico.

Unos curiosos ojos les habían observado llenos de lágrimas por el dolor y un susurro se coló en la alcoba.

—No, no eres como él Jacobo — un sollozo rompió la voz femenina — yo jamás he sido amada de esa manera, ojalá puedas protegerla, se avecinan días oscuros.

Los días pasaban con la calma propia que precede a la tormenta.

Jacobo era consciente de que la lucha se desataría en Strivelyn tal y como habían pactado ambos monarcas, ninguno de ellos resultaría victorioso pues las fuerzas estaban igualadas y ellos se asegurarían de que hubiese información falsa en ambos bandos.

No podía mantener correspondencia ni con Logan ni con Ian, así lo habían acordado durante el viaje de vuelta, no se arrepentía de su decisión, pero ojalá alguien le trajese noticias de cómo se estaba desarrollando la batalla.

Grizela vivía en un estado de dicha permanente, los ciudadanos de Ellon eran buenas gentes que se esforzaban por recuperar sus vidas, los árboles estaban exultantes de hojas, flores y frutos, los campos aún producían cereales y ya eran autosuficientes, hacía semanas que ningún clan les enviaba víveres y eso les llenaba de orgullo. Y tenía a Jacobo a su lado.

Las semanas pasaron y las lluvias invernales hicieron acto de presencia regando los campos sedientos de agua, el clima se enfrió y las noches eran más largas que los días, pero la paz permanecía en Ellon para regocijo de sus habitantes.

Un mensajero llegó y le entregó una nota a Jacobo. Ian le informaba de que Katherine había tenido un varón y que ambos se encontraban en perfecto

estado de salud, parecía que el nuevo miembro de la familia había heredado los ojos grises de su tío y eso le llenó de orgullo. No pudo evitar que el corazón se le encogiese en el pecho al leer en la misiva que le iban a llamar Eduardo, como su padre.

—Digno heredero del ducado de Bradbury — murmuró para sí mismo.

Ian también le informaba de cómo se había resuelto la batalla de Strivelyn, las fuerzas estaban demasiado igualadas por lo que ningún bando había resultado vencedor y se creía que no había supervivientes de la contienda.

Jacobo cerró los ojos mientras doblaba de nuevo la carta. Todo había salido tal y como los monarcas habían planeado, el asco que le producía ese juego cortesano le revolvió el estómago.

Durante la cena compartió las nuevas con Grizela y ambos brindaron por el nacimiento de Eduardo.

—Muero de ganas de conocerlo — confesó ella — estoy convencida de que Katherine será una madre maravillosa — una risa brotó de forma natural — y también creo que Ian habrá agradecido a los Dioses que sea un varón.

Jacobo rio por las palabras de su esposa porque era lo que se esperaba de ese tono divertido, pero no pudo evitar que algo parecido a la envidia le recorriera por dentro, no diría nada por supuesto, seguramente lo mismo que él estaba pensando también lo hacía Grizela y él sabía cómo afectaba a una mujer no ser capaz de concebir, aunque la culpa no fuese de ella.

Esa noche en la intimidad de su alcoba le hizo el amor de forma pausada, tranquila, sin prisas. Era normal desear tener hijos, pero no sería desagradecido con Dios, pues había puesto en su camino a la mujer que gemía de placer bajo su cuerpo, la mujer a la que él más amaba en el mundo y que tenía la buena fortuna de que también le amaba a él.

Cuando Grizela se quedó totalmente satisfecha y dormida entre sus brazos, él acarició el vientre liso de ella y encerrando en su corazón el profundo deseo de conocer la dicha de la paternidad la besó con ternura. Se conformaría con amarla a ella si no podía tener a nadie más.

—Te prometo mi amor que haré todo lo posible para que me sigas amando a pesar de no poder darte los hijos que mereces — la besó en el hombro y la estrechó entre sus brazos — te quiero más de lo que jamás llegarás a saber.

Se quedó dormido con la mente alterada sin ser consciente de que de nuevo, habían sido observados por unos femeninos ojos llenos de lágrimas.

La primavera se acercaba con firmeza aunque suavemente, apenas se apreciaba que los días se alargaban y las temperaturas se templaban, sin embargo, la vida en los antaño angostos valles de Ellon se abría paso con fuerza.

Jacobo y Grizela se miraban emocionados, habían nacido varias crías en los establos y no podían ser más felices, conseguirían la prosperidad de esas tierras, ahora estaban convencidos de ello.

Todo parecía ir tal y como debería, las tensiones entre Escocia e Inglaterra parecía que habían desaparecido, ya no había rumores de guerra. Tan sólo había cierto malestar por el hecho de que el príncipe Dòmhnal había decidido exiliarse hacia Irlanda tras una discusión con su hermano el rey. Jacobo imaginaba que la discusión había sido porque el rey Dàibhidh había confesado lo ocurrido realmente en la falsa batalla de Strivelyn, todo el mundo era conocedor del profundo odio que el príncipe sentía por Inglaterra y todos los ingleses.

Debido a que el tiempo se mostraba clemente, Jacobo y Grizela partieron hacia Nairn para disfrutar de la hospitalidad de los McRae y conocer así a su sobrino.

CAPITULO 19

Nada más cruzar las puertas de la fortaleza una hermosa Katherine les esperaba en el patio de armas con la ansiedad cubriéndole el rostro. Jacobo se dejó llevar por los recuerdos, así era como ella siempre le recibía cuando volvía a su casa, a la fortaleza Bradbury. No se hizo esperar, espoleó a su caballo y saltó de él antes de que se parase del todo, Katherine rio a carcajadas curando otra de las heridas invisibles en el corazón del inglés.

—Te he echado mucho de menos hermano mío — se lanzó a sus brazos y éste la alzó en el aire girando con ella, lo que le provocó más carcajadas aún.

—Y yo a ti mi dulce hermanita — la besó con cariño y sintió dejarla en el suelo.

Katherine se lanzó a los brazos de Grizela y se abrazaron con fuerza demostrando el cariño que se tenían.

Ian había observado la escena con una sonrisa en el rostro, no podía evitar sentir algo de celos al ver como Katherine era alzada y giraba con esa preciosa sonrisa en los labios, pero también sabía que ella necesitaba esos momentos con su hermano. Una vez que parecía que estaban menos eufóricos, se acercó a ellos y saludó con un fraternal abrazo a Grizela.

—Cada día más hermosa — le dijo tras besarla en la mejilla y se giró para saludar a Jacobo — bienvenido a casa hermano.

Se fundieron en un abrazo que hizo que las mujeres suspiraran.

Tras algunas bromas compartidas, un ama de cría se acercó a ellos con un

bebé de pocos meses en los brazos. Grizela se lanzó a cogerlo en brazos y en seguida comenzó a hacerle monerías, gestos y le besaba sin cesar.

—Te felicito Ian — Jacobo hizo acopio de todo su entrenamiento para que su voz no mostrase lo que sentía en realidad — Eduardo es un niño muy guapo.

—Eso es gracias a tu hermana — hizo un gesto con la boca — no tengas prisa Jacobo, todo llega.

Las palabras del highlander le golpearon con fuerza y le costó casi la misma vida no tambalearse. Observaba a Grizela con el niño en brazos y se dio cuenta de que ella estaba hecha para ser madre, la sonrisa en el rostro de Katherine le indicó que no había mayor dicha para una mujer y lamentó no ser capaz de darle lo mismo a la escocesa a la que amaba con todo su corazón, al principio pensaba que las torturas le habían robado su hombría, tras yacer con Grizela se convenció de que él era igual de capaz que cualquier otro hombre, ahora se daba cuenta de que se había equivocado, puede que fuera capaz de satisfacer a su mujer, pero era evidente que jamás tendría descendencia, el corazón se le encogió en el pecho por el dolor.

—No sé a qué te refieres — murmuró acercándose a las mujeres.

—¡Oh Jacobo! — los ojos de Grizela brillaban de emoción — ¡mira que dulce es! ¡y qué sonrisa tiene! — él sintió una punzada de celos en la boca del estómago.

—Bien hecho hermanita — besó en la mejilla a su hermana.

—Es curioso — comentó Ian — se quedó embarazada en cuanto dejó de practicar con la espada — el pícaro brillo en los ojos del escocés les indicó a todos que pese a las palabras, en realidad no era una queja.

Katherine rio con ganas.

—Inténtalo todo lo que quieras salvaje — le guiñó un ojo descaradamente — voy a seguir entrenando, ya me he recuperado del parto y quiero recuperar mi figura, además... — murmuró melosa — nunca se sabe cuándo una Bradbury tendrá que salvarle el culo a un McRae.

—A tu figura no le pasa nada malo — gruñó Ian — y jamás un inglés ha salvado el culo a un escocés — dio un paso acercándose peligrosamente a su mujer.

—Solo salvé tu vida — un jadeo de anticipación se coló en su voz.

—Salvaste mi alma — las palabras fueron pronunciadas con tal pasión que a la inglesa se le detuvo el corazón un latido.

Acto seguido Ian atrapó entre sus brazos a su mujer y la besó con tal adoración que Grizela se obligó a girar la cabeza. Jacobo observaba a la

pareja, ahora que él tenía a su escocesa entendía completamente al highlander, él apenas era capaz de mantener las manos lejos del cuerpo de su mujer.

Un carraspeo por su parte hizo que Ian soltara a Katherine dejándola totalmente ruborizada.

Las risas y las bromas no tardaron en llegar y todos juntos entraron en la fortaleza para disfrutar de un par de días en familia. Sin duda alguna, la vida era perfecta.

Ian y Jacobo pasaron bastante tiempo juntos comentando cómo Ellon había vuelto a la vida, el inglés se ofreció a devolver hasta la última res prestada a Ian y este se enfureció por haberlo sugerido, le dio un discurso acerca de la familia, de que eran clan y eso estaba por encima de los negocios. Jacobo sonreía con picardía, le encantaba provocar a Ian.

Cuando Jacobo y Grizela decidieron volver a casa, los ojos de las mujeres se encharcaron. Los abrazos y las promesas se prodigaron generosamente y finalmente emprendieron el camino de regreso.

La escocesa permanecía en su caballo al lado de Jacobo en completo silencio y él apenas resistía la tentación de pasarla a su montura y abrazarla con fuerza.

—Te preguntas por qué no estás embarazada ¿no es verdad? — ella le miró con sorpresa, quiso negarlo, pero era evidente que él había sabido leer en su mirada.

—No me malinterpretes — miró al horizonte — pero sí, me gustaría ser madre, llevar a tu hijo en mi vientre.

—Puede que aún suceda — la esperanza de las palabras no se transmitió en su voz.

—Y si no ocurre tampoco pasa nada Jacobo — ahora sí le miraba — no negaré que me haría muy feliz ser la madre de tus hijos, pero tampoco voy a desperdiciar la oportunidad de estar a tu lado disfrutando de la vida sólo porque los Dioses no me quieran conceder esa oportunidad.

Jacobo no se atrevió a contestar. Ya hacía tiempo que la culpa no le golpeaba con fuerza e incluso hacía semanas que las cicatrices habían dejado de dolerle, pero al ver el anhelo en los ojos de la mujer a la que amaba, todos esos sentimientos negativos se cebaron con él de nuevo.

El verano estaba en pleno apogeo, los días eran largos y cálidos y las noches cortas y templadas, Grizela adoraba esa estación del año. La vida en todo su esplendor se mostraba orgullosa ante ella en aquellos valles que el año anterior habían permanecido estériles y faltos de ella. Miró al cielo y observó con una sonrisa en los labios una pareja de águilas que volaba a media altura. ¡Cuánta esperanza tenía ante ella!

Tras recoger varias plantas y raíces decidió volver a la fortaleza para preparar la comida del mediodía, iba repasando mentalmente la preparación de los elixires que iba a embotellar para almacenar cuando la sombra de Jacobo se cernió sobre ella, a veces la sobrecogía su altura y envergadura.

—Grizela cariño — abrió los brazos y ella corrió a refugiarse en ellos — tengo algo que contarte.

El tono de voz de su marido le anticipó que no se trataban de buenas noticias y se preparó para lo peor.

—Hay rumores de guerra otra vez — no se anduvo con rodeos — sólo que esta vez no creo que se solvente con una farsa de batalla, al parecer una misiva enviada por un capitán inglés, informaba al rey Dàibhidh Bruis que su hermano está apresado.

Ella sopesó las palabras y el significado que no había sido pronunciado. El príncipe Dòmhnal no era apreciado entre los escoceses, pero ninguno de esos orgullosos highlanders permitiría que los ingleses retuvieran a uno de los suyos aunque a ella le costó muchísimo no sonreír ante las noticias que su marido portaba, era tan feliz que casi había olvidado que el príncipe había pasado una temporada con ella y que la última noche le dijo que la había elegido para ser su esposa, estaba mal y ella lo sabía, pero de forma inconsciente cerró los ojos y rezó a los Dioses para que el cautiverio del príncipe se alargase en el tiempo hasta que Jacobo volviese de la batalla.

—¿Qué va a ocurrir ahora? — preguntó ella en un hilo de voz.

—Habrà guerra — la apretó contra su cuerpo — los escoceses no dejarán pasar la afrenta, Dàibhidh querrà recuperar a su hermano y Enrique no permitirá que el ejército escocés cruce la frontera de Inglaterra.

—Se perderán miles de vidas — el susurro de la femenina voz no pasó desapercibido para él, estaba de acuerdo con ella.

—Sólo espero que los clanes no sean llamados a participar en semejante masacre.

Permanecieron abrazados durante lo que les parecieron horas. Ambos tenían en mente las consecuencias de una guerra entre ambos países y en el

corazón el miedo por perder a sus seres queridos les impedía respirar con normalidad.

La tensión se percibía en el ambiente, los aires de guerra asolaban las conciencias de los hombres, los ánimos estaban divididos, el príncipe Dòmhnal no era alguien querido por los escoceses, pero eso no era motivo suficiente para que permitieran que los ingleses se lo arrebataran. Por otro lado el *laird* de Ellon era un inglés que les estaba enseñando lo que era la superación, el coraje, el honor... les costaba odiar a los ingleses cuando sentían devoción y absoluta lealtad por su *laird*.

Los informes que llegaban a Ellon acerca de los avances de las tropas era cada vez más preocupantes, Jacobo había estudiado las tierras e intentaba trazar planes estratégicos que ayudasen a conservar el mayor número posible de vidas, sin importar el origen, por lo que pasaba mucho tiempo en la biblioteca entre mapas, documentos y libros antiguos.

La única buena noticia era que Athdara había dado a luz a una preciosa niña de pelo rojo fuego y ojos verde jade, era la viva imagen de su madre, el nacimiento había tenido lugar hacía algo más de un mes y los McGregor de Daltra se encontraban exultantes ante tal milagroso evento.

Al cabo de una semana, Jacobo estaba en Daltra cuando llegó un mensajero que les informaba de que las tropas inglesas estaban situadas justo en la frontera de ambos países, al noroeste de Catlowdy y las tropas escocesas estaban llegando a Rowanburn.

—A penas están a un par de horas a pie de distancia — explicó Jacobo a Logan.

Ambos hombres se encontraban en la biblioteca mirando unos mapas de la zona. Desde donde ellos estaban se tardaba un día y medio a caballo, eso suponiendo que no parasen y que encontrasen refresco para las monturas.

—No comprendo el motivo para secuestrar a Dòmhnal si no han pedido nada a cambio de devolverlo — se preguntaba Logan.

—Está claro — el highlander le miró esperando una explicación — es una declaración de guerra — observó de nuevo el mapa que tenía delante — alguien está muy interesado en que los dos países se enfrenten y al parecer no se trataba de los miembros de la corte díscolos.

—Tendremos que partir cuanto antes — la afirmación de Logan estremeció a Jacobo, él estaba cansado de guerras, luchas... sólo quería vivir la tranquila vida que estaba construyendo al lado de Grizela.

—Por mucho que lo deteste, tienes razón — concedió el inglés.

Ambos sabían lo que se esperaba de ellos, ahora eran *lairds* escoceses y aunque el rey Dàibhidh aún no había convocado más que al ejército regular, sí les había mandado mensajeros para que estuviesen atentos a su llamada.

Cuando los hombres se dirigían al Gran Salón, Grizela les interceptó el paso.

—Jacobó — le miró con los ojos llorosos — un hombre ha traído esta nota — le entregó un papel lacrado con el sello de la Corona inglesa.

—¡Maldición! — exclamó furioso — no quería verme envuelto en esta lucha.

—Me temo que ninguno de nosotros quiere estarlo Jacobo, pero no tenemos otra elección — Logan le palmeó el hombro para mostrarle su apoyo — ordenaré que preparen las monturas y pediré voluntarios, partiremos hacia la batalla.

Grizela esperó hasta que Logan les dejó a solas, no se veía capaz de despedirse de nuevo del amor de su vida, ahora la guerra era inevitable, la batalla tendría lugar y dado quién era su marido, su destino era más incierto que el del resto de los hombres. Si luchaba en el bando escocés, los ingleses le acusarían de traidor. Si luchaba en el bando inglés, jamás podría volver a Escocia.

—¿Acudirás a la llamada de Enrique? — la pregunta le quemó la garganta.

—Grizela — la abrazó con fuerza — no puedo negarme, por favor... intenta comprenderlo.

Sabía que le estaba pidiendo demasiado, casi que confiase en él ciegamente, cuando le había contado que el príncipe había sido secuestrado, no quería que la mente de su preciosa y dulce mujer se llenase con imágenes de posibles torturas, ya le costaba bastante soportar cómo ella le miraba cada noche y le besaba las cicatrices de su cuerpo con tanta ternura que se le erizaba la piel, sin embargo tampoco quería engañarla ni ocultarle un hecho que les iba a cambiar la vida para siempre.

—Esta mañana has recibido una carta de mi rey — que hiciera esa distinción le dolió.

—Tengo intención de acudir a ambas llamadas — la miró a los ojos — no puedo negarme a ver a ninguno de los dos, si alzo mi espada por Escocia...

—Lo sé, si luchas por Escocia los ingleses te matarán y si lo haces por Inglaterra, los escoceses te matarán — las lágrimas le corrían por el rostro.

—¿Tantas ganas tienes de librarte de mí que ya me das por muerto? — la abrazó con fuerza — aún hay esperanza Grizela, aún se puede detener esta

locura, aún se pueden evitar las muertes...

—Yo sólo quiero evitar la tuya — la joven escondió el rostro en el pecho de su marido y se echó a llorar desconsolada.

—Nada me apartará de ti — la besó con ternura — ni siquiera la muerte.

En esta ocasión ninguno de los dos se planteó subir al dormitorio para despedirse de una forma más íntima, el destino parecía que había colocado las cartas boca arriba sobre la mesa y las oportunidades de Jacobo de salir vivo no eran nada alentadoras.

CAPITULO 20

En apenas un par de horas una comitiva estaba lista para salir de Daltra en dirección a Rowanburn, les esperaba una dura travesía y los ánimos de los hombres no es que fuesen precisamente positivos.

Logan se despidió de Athdara con un pasional beso y abrazó con pesar a su pequeña hija mientras le rezaba a los Dioses paganos y cristianos que le permitieran volver para verla crecer y ser feliz.

Jacobo miró fijamente a Grizela.

—Quédate aquí con tu hermana — las manos le picaban por el deseo de tocarla — por favor, no vuelvas a Ellon.

—Pero ahora Ellon es mi hogar — respondió la joven.

—Por favor Grizela, espérame aquí — no pudo controlarse más y la abrazó con fuerza — por favor mi vida, no te alejes.

Se perdieron en la mirada del otro como les ocurría siempre y sus bocas no tardaron en unirse en un beso que hablaba de dolorosas despedidas, de anhelos incumplidos, de pesar, dolor y tristeza pero sobre todo hablaba del amor que sentían el uno por el otro.

Cuando Jacobo subió a su semental salió a la carrera sin esperar a nadie y sin mirar atrás. Era la segunda vez que se despedía de Grizela para partir a la guerra y lo hacía dejando su alma y su corazón en Daltra, justo a los pies de la mujer a la que amaba.

—*Tha gaol agam ort mo bhana-phrionnsa* — murmuró al viento, su

acento no era muy bueno, pero no le importaba, nadie le había escuchado.

—Esas palabras surten mejor efecto cuando los oídos apropiados las escuchan — Logan cabalgaba a su lado y le sorprendió no haberse dado cuenta.

Jacobo no se molestó en contestar, tampoco sabía qué podía decir. El dolor sordo que sentía en mitad del pecho le estaba estrangulando y apenas podía respirar, intentó escuchar algo más a parte de su propia sangre latiendo en sus oídos pero no fue capaz y entonces fue consciente del motivo, por primera vez en su vida tenía miedo, miedo de no volver a Ellon, miedo de perder de nuevo su hogar, miedo de dejar sola a Grizela, de no volver a verla, de no volver a tenerla entre sus brazos.

Espoleó más a su montura y se distanció de Logan, necesitaba estar solo.

Cuando la noche se cernió sobre ellos montaron un pequeño campamento para descansar y continuar el viaje al día siguiente, habían perdido un tiempo precioso mientras sopesaban las opciones, pero cuando les llegaron las noticias del avance de ambos ejércitos, ellos se encontraban en Daltra y no tenían forma de viajar más rápido de lo que lo hacían.

Jacobo se sentó al lado de Logan junto a la hoguera con la mirada llena de emociones a las que no sabía ponerles nombre.

—¿Sientes que te cuesta respirar? — preguntó sin dejar de mirar el fuego.

—Siento que me cuesta vivir — respondió Logan — dejo atrás a mi mujer y a mi hija, me sentí morir cuando esa bruja secuestró a Athdara, ahora el dolor es aún más profundo.

—Yo no he podido darle hijos a Grizela — apretó la mandíbula para controlar lo que sentía — si yo muero, no le quedará nada que le haga recordarme.

—No creo que pueda olvidarte en caso de que no regreses — Logan miró a su amigo — ella te quiere Jacobo, te ha querido desde que te conoció.

—Jamás nos lo hemos dicho — el escocés abrió la boca por la sorpresa — y Dios sabe que la amo más que a mi vida, pero jamás se lo he dicho.

No le dio la opción de responder, simplemente se levantó y se metió en la tienda para intentar conciliar el sueño, al día siguiente les esperaba una jornada aún más dura y probablemente cuando ellos llegasen la batalla ya habría comenzado. Lo intentó con todas sus fuerzas pero le fue totalmente imposible, había visto demasiadas luchas como para no reconocer el olor de la sangre derramaba, el presentir a la parca cuando buscaba las almas de los caídos en combate, al final se quedó dormido con imágenes grotescas en su

cabeza.

Jacobo estaba en mitad de un prado, el sol brillaba con fuerza y el sonido de las aves le aterraba, tardó en comprender el motivo, se trataba de cuervos y carroñeros que venían a cebarse con los maltrechos cuerpos que habían sido asesinados en la guerra, un escalofrío le recorrió la espalda y observó como la hierba no era de color verde sino que ríos de sangre arrastraban todo a su paso, levantó la vista y en medio de un enorme grupo de cuerpos sin vida se encontraba su amada Grizela, estaba totalmente cubierta de sangre de la cabeza a los pies y su mirada estaba tan vacía de vida como los cadáveres que tenía a su alrededor, intentó acercarse a ella pero no podía moverse, estaba completamente inmóvil mientras veía a un enorme highlander y a un inglés acercarse a ella, uno por cada lado con las espadas en alto y gritando con rabia.

—¡Nooooooooooooo! — Jacobo se alzó en el jergón completamente bañado en sudor, le temblaban las manos y el corazón luchaba por librarse del cuerpo.

Logan entró corriendo a su tienda con la espada en alto y al ver a su amigo la dejó caer en el suelo completamente conmocionado.

—No podía salvarla — el inglés estaba completamente desquiciado y verle así, asustó al highlander — no pude salvarla — clavó sus ojos en el escocés que se estremeció al ver tanta desolación y pesar en su amigo — no puedo salvarla.

—Venga Jacobo — intentó animarle — ha sido sólo una pesadilla, esta maldita guerra nos tiene a todos de los nervios.

El inglés fue consciente de que Logan no sabía qué hacer o decir, así que apretó los puños con fuerza y le miró de frente.

—Tienes razón Logan, lamento haberte despertado — le dolían todas las cicatrices de su cuerpo — es que temo que esta guerra me arrebathe lo único que tengo en la vida.

—No será así hermano — rezaba internamente para que sus palabras fuesen verdad — mi espada te protegerá.

El grito de Jacobo había despertado a medio campamento, los escoceses sabían que la cercanía con la batalla podía hacer temblar al más valiente de los hombres y aunque les puso nerviosos el hecho de que el inglés sucumbiese al temor, no tardaron en volver a dormir, no sabían lo que tardarían en poder volver a descansar sin tener que mantener un ojo abierto.

La comitiva se despertó con la lluvia que les caía encima. No perdieron

tiempo, se pusieron en camino y comieron algo mientras cabalgaban, no hablaban entre ellos, la mayoría de los hombres que les acompañaban jamás habían peleado en una batalla, ni siquiera en una trifulca entre clanes, Jacobo sabía que no serían el bastión que determinaría el resultado de la lucha, pero aunque sólo fuese por levantar el ánimo de las tropas, la pregunta que le golpeaba el corazón era: ¿por cuál de ambos bandos lucharía?

Se había pasado el resto de la noche en vela intentando responder a esa pregunta y por más que había intentado averiguarlo, no había encontrado una respuesta. La pesadilla que tuvo le tenía el pulso acelerado, él sabía lo que significaba, que hiciese lo que hiciese, Grizela sufriría las consecuencias y eso le estaba mortificando, ¿cuánto más podría aguantar? ¿cuánto dolor podría soportar su atormentada alma? Ahora que empezaba a vivir en paz consigo mismo, la guerra volvía a golpearle para quitarle todo aquello que le infundía esperanza y le hacía soñar con ser completamente feliz.

Logan se sentía tan dividido como su amigo y hermano, él era escocés y tenía claro que su obligación era luchar por Escocia, pero sentía que si lo hacía traicionaba a Jacobo y eso le partía el corazón. Intentaba observar a Jacobo y adivinar cómo se sentía, habían compartido noches de lucha y jamás una pesadilla había turbado su sueño, la preocupación que tenía no era infundada a tenor de cómo observaba su amigo todo lo que les rodeaba.

El escocés no le encontraba sentido a la guerra, podía entender que hubiese luchas por los territorios, por el poder, por dinero... pero esta guerra simplemente se iba a luchar porque sí, no había un motivo claro pues todo lo relacionado con el secuestro del hermano del rey era muy confuso.

El inglés se centró en el futuro inmediato dejando a un lado el temor que le quemaba las entrañas, aún se sentía agitado por culpa del inquietante sueño de la noche pasada, pero hizo acopio de su fuerza de voluntad para intentar aclarar todo lo que sabía sobre ambos bandos.

Por parte de Enrique sabía que no tenía intención de atacar en primer lugar, no le interesaba una guerra con Escocia, sus miras estaban puestas más al sur, el conflicto entre España y Francia le tenía acorralado, las luchas internas por el poder entre sus propios nobles desde el intento de su hermanastro por robarle el trono le tenían lo suficientemente entretenido y por mucho que alabase a su hermana, él sabía a ciencia cierta que no le interesaba más allá de un encaprichamiento pasajero. No, Enrique no había empezado esta guerra de eso estaba casi seguro.

Por otra parte, su charla con el rey escocés le había dejado claro que ese

hombre tampoco quería meterse en una guerra con el país vecino, era plenamente consciente de que su ejército era muy inferior en unidades y artillería, sabía que no tenían una oportunidad de salir vencedores, comprendía que quisiera recuperar a su hermano, él había atravesado Escocia para recuperar a Katherine de las manos del bastardo traidor, pero tenía la sensación de que había algo más, algo que se le estaba escapando a su entendimiento, las circunstancias del secuestro del príncipe escocés no estaban nada claras y eso era algo que le llamaba la atención puesto que si vas a hacer público que tienes un rehén tan importante en tu poder, ¿por qué no atacar a la seguridad de tu enemigo?

—Jacobó — la voz de Logan le sacó de su cavilaciones — falta poco para que lleguemos a Rowanburn.

El highlander mantuvo la mirada fija en la expresión del inglés, pero parecía que estaba petrificado. Ahora ya le conocía lo suficiente como para saber cuándo se encontraba perdido y estaba claro que ahora mismo no encontraría el camino a seguir ni con una brújula y el astro rey iluminando el camino. Lamentó profundamente la situación en la que se encontraba su amigo y hermano, debía elegir, ¿luchaba por sus orígenes, por el recuerdo de sus padres, por el apellido de su hermana o luchaba por los clanes a los cuales les había entregado su corazón?

—Sigo sin saber qué hacer Logan — no se atrevía a mirar a su amigo, la vergüenza por su debilidad le empañaba la visión — ¿cómo voy a elegir un bando? Ambos reyes me reclaman en sus filas, uno apela a mi lealtad para con mi pasado, el otro a mi lealtad para con mi futuro.

—No me imagino lo que es estar en tu situación y no me atrevo a darte un consejo sobre el camino a seguir, si luchas por Escocia perderás tus orígenes, si luchas por Inglaterra perderás a tus hermanos y a tu mujer, en cualquier caso pierdes — sentenció el highlander — pero hagas lo que hagas, mi espada jamás se alzaré contra ti hermano — quería que el inglés supiese que siempre podría contar con él y esperaba que hubiera elegido las palabras adecuadas.

CAPITULO 21

Y a empezaban a avistar a los hombres del ejército escocés, desde que ellos habían emprendido el camino, otros clanes habían llegado para apoyar a su rey. Logan los iba identificando por los colores que exhibían, había clanes de las Lowlands y de las Highlands lo cuál era un claro ejemplo de que pese a los conflictos que existían entre esas familias, habían firmado una paz temporal para unirse en la causa común de salvar a su príncipe.

Jacobo se tomó unos instantes para disfrutar de las vistas que tenía ante él. Había algo en lo que coincidía totalmente con su hermana, Escocia era un paraje salvaje y duro, sin embargo se te metía en el corazón y su esencia se grababa a fuego, sabía que ocurriese lo que ocurriese, jamás podría olvidar el azul añil del cielo, el verde de los valles con multitud de matices, el olor del brezo florido, el sonido de las aves... sí, se había enamorado de Escocia y pertenecía a esa tierra casi tanto como le pertenecía a Grizela.

Le esperaba un futuro incierto pero no se quejaría, había disfrutado del amor incondicional de sus padres y de su hermana, conocía el amor pasional gracias a Grizela, disfrutaba de la verdadera amistad de esos highlanders que le habían salvado de maneras muy diferentes y había descubierto los más bellos amaneceres, tenía un sobrino del que sentirse orgulloso y una sobrina por la que sentía auténtica devoción y salvo por el hecho de que no había engendrado un hijo, podía decir que había conocido la felicidad, esa de la que le hablaba su madre cuando cabalgaban por el bosque que rodeaba su castillo

de Durham.

Ian esperaba ansioso a Logan y a Jacobo, cuando él llegó al campamento militar, el rey le informó de que había llamado a todos los *lairds* de las Highlands, una llamada a las armas para que le ayudasen a rescatar a su hermano.

—Habéis llegado pronto — les saludó — los emisarios partieron hace dos días.

—No hemos descansado mucho — respondió Logan haciendo un gesto hacia el inglés.

Pero cuando Jacobo fue a abrir la boca, uno de los guardianes del rey le informó de forma bastante ruda que debía comparecer ante su monarca. El inglés cerró los ojos un instante y se rindió a su destino, al parecer la suerte estaba echada.

En cuanto entró en la tienda se dio cuenta de que estaba rodeado de lobos hambrientos y que él era poco más que un cordero con una herida mortal.

—Me alegra ver que te has decidido por nosotros — comentó Dàibhidh.

—En realidad excelencia no me he decidido por ningún bando — se posicionó con firmeza ante el rey — me gustaría hablar con vos a solas.

El monarca le miró intentando averiguar lo que ese hombre demandaba de él, en realidad quería odiarle por ser quien era, pero no podía, le debía la vida, ese orgulloso inglés le había salvado la vida y había evitado que un malentendido enfrentase a dos naciones, pese a que sus esfuerzos no habían servido para nada, pues estaban de nuevo a las puertas de una guerra.

Finalmente decidió que con Jacobo estaría a salvo, hizo un gesto a los hombres y se quedaron a solas.

—Explica tus inquietudes — exhortó el rey.

—Milord — Jacobo se sentó frente a él — sé que deseáis encontrar a vuestro hermano y quiero ayudaros con eso, entiendo cómo os sentís, yo mismo acompañé a Ian McRae en una alocada travesía por Escocia para salvar a mi hermana de un bastardo — le miró fijamente — me gustaría ver la carta en la que se os informa de que ha sido apresado por el ejército inglés.

Dàibhidh dudó un momento pero finalmente cedió y extendió la carta que había leído cientos de veces. Sabía que su hermano no era el mejor de los hombres, que no era querido en Escocia, pero era su hermano, la única familia que le quedaba y tenía que rescatarlo.

Jacobo estudió la misiva y enseguida algo le llamó la atención.

—Milord — miró fijamente al rey — ¿sus espías han conseguido reunir

más información? — el monarca negó con la cabeza — verás, no creo que esta carta haya sido escrita por un inglés.

—Defiendes a tu país de origen después de todo — escupió con desprecio.

—No milord, expongo mis conocimientos — tendió la carta sobre la mesa y le mostró lo que él había visto — está escrita en inglés, es cierto, pero las contracciones de los tiempos verbales no son correctas así como los términos “apresado” y “príncipe”, están mal escritos — le explicó al tiempo que le entregaba la carta, se tomó la libertad de coger un papel y una pluma que había sobre la mesa — mire — escribió unas palabras y le mostró la hoja al rey — yo soy militar, recibí educación como los que son capitanes del ejército inglés, nadie de nuestro rango social cometería esos fallos.

Dàibhidh comparó las letras y los términos que Jacobo le había señalado y observó detenidamente esos detalles en los que no había caído hasta ese momento.

—¿Crees que podrías demostrarme que todos los capitanes del ejército inglés saben escribir correctamente? — Jacobo se tensó al oír semejante propuesta pero el alivio que sintió al sentir que el rey le escuchaba le llenó de valor.

—Deme un día milord — se levantó — se lo ruego, si lo hace, le demostraré que puede que su hermano esté retenido contra su voluntad, pero no lo está por hombres que respondan ante la Corona inglesa.

—Es fuerte la lealtad que mantienes con Enrique — murmuró el rey.

—Igual de fuerte que la que mantengo con vos Dàibhidh — respondió casi sin pensar.

—Doce horas — el rey le tendió el brazo y Jacobo lo estrechó con firmeza — ni una más.

Jacobo no perdió más tiempo, salió de la tienda y no cruzó una sola palabra con nadie, se subió en el primer caballo que encontró y cabalgó hacia las líneas enemigas, sabía que Enrique estaría en primera fila, era el rey, pero también era un guerrero nato, le encantaba estar presente en todas las batallas que podía.

Los ánimos entre los escoceses se agriaron, ver a Jacobo cabalgar al galope en dirección a las líneas enemigas les dejó un amargo sabor en la boca, la sospecha de traición por su parte les sobrevolaba continuamente.

Durante el trayecto hacia Catlowdy donde se encontraba el ejército inglés, una pequeña luz llena de esperanza le inundó el corazón, lo que le dio fuerzas y resolución para convencer a Enrique de que le permitiera hablar con todos

los capitanes de regimiento que pudiese.

Tal y como esperaba, el mismo rey Enrique se adelantó para recibirle. A Jacobo no le pasó por alto el gesto de incredulidad que le marcaba el rostro, sin duda alguna, estaba llegando a sus propias conclusiones acerca de por qué llegaba derecho desde las líneas del ejército escocés.

—Enrique — saludó cuando llegó a su lado — milord, tenemos que hablar.

La angustia que percibió en su voz le hizo reconsiderar al rey las evidencias, quizá lo más prudente sería escuchar lo que tenía que decir y después tomar una decisión.

Jacobo entró en la tienda de campaña detrás del rey y escoltado por varios guardias armados, ni se molestó en tomar asiento antes de comenzar a relatarle al rey las sospechas que tenía acerca de la verdadera identidad del secuestrador del príncipe escocés.

—Me estoy empezando a hartar de las falsas acusaciones — exclamó el rey.

—Lo comprendo milord — le miró fijamente — pero vos deseáis esta guerra tan poco como yo, lo único que le pido es que mande llamar a los capitanes de regimiento, les haga escribir unas líneas y después me permita llevar esas pruebas al rey Dàibhidh.

—Tienes razón — el rey se sentó — no me apetece lo más mínimo pelearme con esos salvajes pero tampoco me apetece estar continuamente teniendo que ofrecer pruebas de mi inocencia.

Jacobo se reafirmó en su postura, ahora todo dependía de él.

Grizela permanecía en la biblioteca al lado de su hermana Athdara y con la dulce Earra en sus brazos, miraba a su alrededor la confortable estancia en la que ella misma se había criado, ¡qué poco se parecía a la que tenía en Ellon! Sin embargo, echaba de menos el cristal roto de una de las ventanas y el extraño patrón que la rotura había seguido permitiendo que el rayo de sol que se colaba a través del agujero incidiera exactamente en el punto en el que ella se detenía a dejar la jarra de leche con miel cuando Jacobo se quedaba allí a estudiar los mapas y los antiguos documentos del clan.

Era extraño, se sentía ridícula por echar de menos las imperfecciones que poco a poco iban reparando con sus propias manos, luchaba contra la inquietud que se apoderaba de su conciencia, le había prometido a su marido

que se quedaría con su hermana, pero los rostros de aquellos que ahora pertenecían a su propio clan no dejaban de aparecérselo en la mente para torturarla con expresiones de incredulidad por su abandono, finalmente la ansiedad pudo con ella y se puso en pie casi de un salto.

—No puedo permanecer más tiempo aquí — no miraba a su hermana a la cara, no quería ver la censura en sus ojos.

—Jacobó te pidió que no te fueses — Athdara era consciente de la lucha interna de su hermana, siempre se habían entendido sin apenas palabras.

—Lo sé, pero tú no has visto lo mucho que las gentes de Ellon han sufrido, lo mucho que han trabajado para levantarse del infierno en el que estaban... — las lágrimas anegaron sus ojos — no quiero abandonarles, no quiero que piensen que les hemos vuelto a dejar a su suerte, no quiero romper la confianza que han depositado en mí.

Se acercó con paso firme a la butaca donde su hermana estaba recostada y le entregó la niña a su madre.

—Es una niña preciosa y tengo la certeza de que será una hermosa mujer — miró a su hermana con cariño — volveréis loco a Logan.

—Eso es algo que no podemos evitar — una risa salió de ambas hermanas — Grizela, si necesitas cualquier cosa... yo sigo estando aquí, siempre estaré aquí.

—Lo sé hermana mía, lo sé — la besó en la mejilla y se despidió de su sobrina.

Cabalgó forzando su montura hasta que llegó a Ellon, el corazón le palpitaba con fuerza en el pecho, sentía que algo malo les acechaba y se sentía culpable por haber permanecido tanto tiempo lejos del que ahora era su hogar, sabía que Jacobo se pondría furioso cuando se enterase de que había desobedecido sus órdenes, pero sentía una conexión especial con las personas que habitaban esas tierras que habían resucitado y no podía dejarles a su suerte. Tenía la esperanza de que su marido lo comprendería en algún momento.

Ni siquiera se paró a guardar su montura en las caballerizas, se bajó de un salto y le dejó libertad para que se moviese a su antojo en el patio de armas, ella sólo quería entrar en la fortaleza y comprobar que todo seguía estando igual de modo que simplemente atravesó las enormes puertas restauradas del castillo y entró con paso firme en el Gran Salón. ¡Qué bien se sentía al estar en casa!

Un terrible sentimiento de culpa la atravesó al darse cuenta de que las

doncellas le sonreían como si no hubiesen dudado nunca de que volvería, ahora estaba convencida de que había tomado la decisión correcta. Enseguida se puso al frente de la fortaleza y volvió a formar parte de todas aquellas personas que cohabitaban con ella en el castillo, mantendría la esperanza de volver a ver a ver a Jacobo y sobre todo, mantendría la esperanza de que finalmente el hombre al que amaba encontrase la forma de evitar aquél enfrentamiento absurdo de ambos países.

Al día siguiente la sensación de que algo terrible les estaba acechando se hizo más acuciante. Grizela estaba en el huerto de las hierbas medicinales recolectando unas raíces para preparar jarabes para el invierno cuando unas fuertes manos la sujetaron por detrás, le taparon la boca con fuerza y le vendaron los ojos.

El miedo se apoderó de ella de tal forma que se quedó paralizada, no era capaz de moverse y mucho menos de pensar, el corazón le atronaba en el pecho y la sangre parecía que se le había congelado en las venas, sentía que estaba siendo transportada sin tocar el suelo pero no era capaz de reaccionar.

Al cabo de un momento le quitaron la venda y por un momento la claridad le hizo cerrar los ojos con fuerza, cuando recuperó la visión por completo se dio cuenta de que estaba en el Gran Salón y enfrente de ella se encontraba la última persona con la que quería encontrarse.

Su mente se bloqueó y su corazón se saltó varios latidos. No podía ser verdad, tenía que ser una cruel broma del destino. El miedo le mordió el alma y agradeció que la hubiesen dejado caer en el suelo, porque sus piernas ahora mismo no podrían sostenerla por mucho que ella quisiera salir corriendo.

—¡Has logrado escapar! — exclamó en parte aliviada y en parte aterrorizada.

Su mente bullía con las ilimitadas preguntas que se agolpaban intentando abrirse paso hasta su garganta, delante de ella y con un aspecto realmente regio e impoluto se encontraba el príncipe Dòmhnal, el mismo por el que dos países estaban a punto de enfrentarse, el que se suponía que estaba secuestrado por los traidores perros ingleses. Un escalofrío le recorrió la espalda dejándola helada al percibir la maliciosa sonrisa en los labios del príncipe.

—No estabas secuestrado — murmuró.

Dòmhnal negó con la cabeza, su rostro no mostraba el más mínimo indicio de qué era lo que se escondía tras aquellos ojos pardos que la miraban con tanta intensidad.

—Sé que me he equivocado en el pasado milady — hizo una reverencia —

la última vez que estuve aquí di la impresión de que la forzaría a hacer algo que no quería hacer, nada más lejos de mi intención — suspiró y se encogió de hombros — sin embargo, le pido — dio un paso más hacia ella que se encogió ante su cercanía — no, le suplico que olvide la primera impresión que le di, necesito su ayuda desesperadamente.

A Grizela le estaba costando trabajo asimilar las palabras del príncipe, en su anterior estancia se habían comportado como los amos tiranos de antaño en los que su palabra era ley y el pueblo sólo estaba para cumplir los caprichos de los señores. Sin embargo, sus palabras y su tono de voz le decían que quizá el vástago del difunto rey hubiese recapacitado sobre sus intenciones y estuviese allí para pedir ayuda y parar toda esa locura que se había desatado, pero no podía ser, él había confesado que nunca le habían secuestrado y a ella la habían raptado para postrarla a los pies de ese hombre que la miraba como si no fuese más que una pieza de caza que él se moría por atrapar.

—¿Cómo habéis entrado en Ellon? — preguntó dejando escapar el aire que había retenido hasta entonces, no permitió que el temor a ser reprendida la detuviese.

Dòmhnal no dudó en explicarle que sus hombres habían entrado en Ellon a través del mar lo cual era una insensatez, habían escalado la escarpada pared vertical del extremo este de la ciudadela, no les vieron llegar, esa zona de la fortaleza no se vigilaba, pues nadie imaginó que alguien estuviese tan loco como para arriesgarse a morir en las rocas, evidentemente se habían equivocado.

—La pregunta correcta no es esa milady — se acercó un paso más cerca de ella y sonrió de nuevo con un extraño brillo en los ojos — la pregunta es, ¿cómo voy a salir de aquí?

La escocesa sentía que estaba a punto de desmayarse, ella no era como su hermana, no tenía ese endiablado carácter que la hacía levantar la barbilla y luchar como una fiera, no... ella nunca había tenido un conflicto serio con nadie, si una situación le sobrepasaba, se escondía en la cocina o en la botica con sus hierbas. Se sentía completamente fascinada por la valentía de su hermana o de Katherine, ambas habían aprendido a luchar cuerpo a cuerpo, con un puñal o con una espada y la inglesa además, era una auténtica amazona sobre un caballo o con un arco en las manos.

Pero ella no era así. Podía percibir el peligro al que estaba expuesta, sabía que tarde o temprano tendría que luchar por su vida o por su honor, pero lo único de lo que se veía capaz era de quedarse completamente quieta mirando

fijamente al príncipe desde el suelo, mientras la presencia de ese hombre le provocaba un pánico difícil de controlar.

—Tranquila bella Grizela — se inclinó levemente para acariciar sus labios con un dedo — sólo queremos ser tus invitados durante unos días.

Le lanzó un beso y salió del Gran Salón riéndose a carcajadas.

Grizela se quedó completamente quieta, estaba aterrorizada, ni siquiera se atrevía a llorar, el miedo se había apoderado de ella de tal forma que la había paralizado completamente, se había quedado tirada en el suelo, encogida por el pánico, el corazón le latía desbocado, sentía la boca llena de un amargo sabor y por más que en su mente se veía a sí misma poniéndose en pie y yendo a buscar a su montura para pedir auxilio, su cuerpo se había quedado completamente paralizado.

CAPITULO 22

— **N**o estás a salvo... — el susurro la sacó de su letargo — huye milady — una fina corriente de aire le acarició el rostro y la escocesa se sobresaltó.

—Si lo hago, todas las mujeres estarán en peligro — rebatió siendo consciente de lo que significaba.

—No puedes controlar a un hombre como él Grizela — el tono de voz se volvió más duro e irritado — créeme, lo sé por experiencia — otra corriente de aire le acarició el rostro — levántate y corre, huye lo más lejos que puedas.

—No le mates por favor...

Un candelabro se estrelló contra la pared.

—¿Le defiendes? — la mujer estaba claramente furiosa — mira lo que provoca en ti, mira lo que ha provocado en Escocia, estás completamente aterrada ¡y aun así le defiendes!

—¡Por supuesto que no! — lo que menos le apetecía ahora a la escocesa era ponerse a discutir con un fantasma — lo que no quiero es que nos condenes a todos a la muerte, claramente no es un buen hombre, pero sigue siendo el único hermano vivo del rey, si muere en la fortaleza, todos seremos condenados a seguir su mismo destino.

El silencio se extendió por la estancia durante tanto tiempo que Grizela pensó que el fantasma se había dado por vencido, estaba a punto de ponerse en pie para irse cuando un silbido la hizo girar sobre sí misma.

—Está bien milady — la mujer parecía algo más serena — no le mataré en la fortaleza.

—Tampoco en los territorios de Ellon — esperó una respuesta que no llegó — prométemelo, por favor...

—Lo lamento milady, pero no puedo prometerle eso.

Unas cuantas velas se apagaron al tiempo que una ventana se abrió de par en par, lo que provocó que Grizela saliese corriendo por el mismo sitio por el que había entrado intentando no tropezar con sus propios pies. Corrió por la ciudadela sin un rumbo fijo y se adentró en el bosque, no sabía hacia dónde dirigirse, se sentía atrapada.

Tropezó con la raíz levantada de un árbol y cayó al suelo gimiendo por el dolor.

Y al alzar la vista, lloró con desconsuelo porque el futuro que se cernía sobre ella era tan oscuro y lúgubre como aquella noche sin luna y tenía la certeza de que cuando el príncipe abandonara su hogar, ella estaría tan muerta como las tierras que el año pasado se habían encontrado allí.

Se dejó llevar por la desesperación y lloró hasta quedarse sin lágrimas. No sabía qué podía o qué debía hacer, necesitaba que alguien la guiase, que le aconsejase... pero sabía que no podía acudir a su hermana o a Katherine, se pondrían en peligro por su culpa y ambas eran madres, tendría que encontrar la forma de sobrevivir ella sola.

Debería volver al castillo y dormir resguardada, pero como estaba convencida de que sería su última noche tranquila, miró al cielo y pensó en Jacobo mientras se tumbaba en medio del bosque para dejarse llevar por la tranquilidad que se respiraba allí, si iban a ser sus últimos momentos de libertad, los pasaría en un claro del bosque recordando la primera vez que yació con Jacobo en el festival de Ostara, un suspiro salió de sus labios, ¡cuántas cosas habían sucedido en tan poco tiempo!

Cerró los ojos dejándose llevar por el recuerdo de Jacobo, durante el viaje de vuelta de Nairn, él había podido leer en su mirada que anhelaba ser madre y era cierto, soñaba cada noche con conocer la dicha de parir a los hijos del amor de su vida, sin embargo en ese preciso momento, se alegró de no tener que velar por la vida de su hijo, si sólo tenía que pensar en su propia vida, puede que consiguiese salvarse, aunque fuese arriesgando más de lo que era apropiado.

La mañana amaneció con una fina lluvia, lo que estaba acorde con su estado de ánimo, le esperaba una dura prueba y aunque tenía claro cuál sería

el resultado, también se había propuesto que le hicieran lo que le hiciesen, no se rompería, conseguiría sobrevivir, tal como hizo Katherine, tal como hizo Athdara, tal como hizo Jacobo.

Se puso en pie desperezándose y sonriendo al saber que de momento era libre, se encaminaba hacia un negro futuro pero mantendría el amor que sentía por Jacobo en su corazón y eso le daría las fuerzas que necesitaba para sobrevivir y encontrar una forma de arreglarlo todo, alzó la cara para que la lluvia la empapase y caminó con paso decidido hacia la fortaleza. No sabía luchar, pero tampoco huiría.

En el campo de batalla la situación era cada vez más tensa y complicada, la desconfianza había empezado a germinar en ambos bandos y tanto los monarcas como los *lairds* eran conscientes de que la guerra estallaría en cualquier momento.

Jacobó en el lado inglés e Ian y Logan en el escocés intentaban retrasar lo inevitable, enviaban una misiva tras otra con peticiones del todo ridículas, sólo querían ganar otro día sin luchar mientras los espías de confianza de ambos reyes intentaban averiguar el paradero del príncipe.

Ya llevaban más de una semana intentando retrasar una pelea que se les estaba escapando de las manos, los hombres luchaban entre ellos y poco les importaba donde hubiera nacido aquel que pagaría su frustración.

Ian había enviado una nota a Jacobo en la que le informaba del estado de nerviosismo evidente que reinaba entre sus filas, el inglés opinaba lo mismo que su cuñado. Esa guerra era imposible de detener.

Jacobó se sentó en el suelo y cerró los ojos.

El plazo que él mismo se había concedido se había terminado y no estaban más cerca de resolver el conflicto, el príncipe seguía sin aparecer y por lo tanto no tenía ninguna baza con la que calmar los ánimos de los escoceses.

La desesperación en ambos campamentos era más que evidente, los ánimos estaban demasiado exaltados y ya no había suficientes argumentos ni razones convincentes que hiciesen que los hombres soltasen las armas. No, el destino estaba marcado, el odio heredado de generaciones perdidas en el tiempo se reavivó en los corazones de los que allí estaban para pelear por algo que no comprendían pero por lo que estaban dispuestos a dar su propia vida.

Y entonces el conflicto estalló.

El sonido de un disparo atravesó el cielo cegando a los hombres con su

propio odio y la lucha se desató.

Jacobo observaba el campo de batalla como si estuviera a las mismas puertas del infierno, sabía que debía tomar parte, pero ¿cómo se podía elegir entre tu corazón y tu alma? Él no se veía capaz de semejante decisión.

Vio como el rey Enrique enarbolaba a sus capitanes de regimiento para marchar hacia el ejército escocés y supo que ese día, miles de vidas cambiarían para siempre, no importaba que estuvieran en aquella batalla o no. Grizela tenía razón, la guerra nunca traía nada bueno, sólo dolor, sufrimiento y tristeza.

—¡Debemos tomar partido! — la voz de Ian se alzó a su lado.

—No puedo Ian — Jacobo le miró fijamente — no levantaré mi espada contra ti y no lo haré contra aquellos con los que una vez serví.

Los highlanders le comprendían, de verdad que lo hacían, pero la llamada de la sangre les inflamaba los sentidos y Jacobo se sintió desfallecer cuando soldados ingleses se enfrentaron a los que ahora eran su familia. Los bellos ojos de su hermana le inundaron la mente y su cuerpo decidió por él, no permitiría que les ocurriera nada malo a sus cuñados, debían volver a casa.

Gritó todo lo alto que pudo y alzó su espada en una clara invitación a la pelea. No lucharía por un país, pero sí lo haría por aquellos que le rescataron, los que salvaron a su hermana, los que le habían ofrecido un hogar.

Su corazón se rompió en mil pedazos al mismo tiempo que el soldado inglés se derrumbaba frente a él con la sombra de la traición plasmada en la mirada mientras caía al suelo con una herida mortal.

Y entonces, dejó de sentirse como él mismo, tan sólo era un animal ansioso por bañarse en sangre, ya no era capaz de distinguir con quién luchaba, simplemente arremetía contra todo aquél que se acercaba a él estando armado, la sangre de esos hombres resbalaba por su piel y lejos de detenerle, le hacía pelear con más entrega aún, una rabia enfermiza se cebó con él haciendo que la cólera, el dolor y todo aquello que le oprimía el corazón saliese de su cuerpo en busca de venganza y sin dejar de atravesar cuerpos, se deleitó con la sangre derramada de los vencidos.

Las noticias que llegaban a Ellon eran totalmente descorazonadoras, ellos no tenían espías propios que les informasen, así que dependían de las cartas que les enviaban Katherine y Athdara, algo que a Grizela la enfurecía, porque sabía que su hermana y su cuñada no le estaban contando toda la verdad, las

primeras cartas hablaban de cómo Jacobo intentaba intervenir entre ambos monarcas, en las últimas sólo se hacía referencia a mantener la esperanza, eran palabras positivas, pero ella sentía que tras esa muestra de fe ciega, se escondía una realidad mucho menos bonita y temía hasta el punto de hacerla temblar, que su amado esposo hubiese perecido en la batalla.

—Grizela — la voz del príncipe la sacó de su ensimismamiento y la enfureció aún más — ¿tienes noticias de la batalla?

El tono que empleaba para preguntarle la hizo volverse con furia, él había interceptado la misiva y conocía exactamente todas y cada una de las palabras que su hermana había escrito, de momento no la había forzado, pero era consciente de que era prisionera en su propia casa, registraban su habitación varias veces al día, lo mismo que hacían con cada estancia de la fortaleza, habían matado a todos sus halcones mensajeros y los guerreros del clan que suponían una amenaza para los hombres del príncipe estaban encerrados en una de las cuadras con pesados grilletes en los cuellos que les impedían moverse, por lo que no podían escapar y mucho menos luchar.

—¿Por qué lo haces? — le preguntó con los ojos llenos de lágrimas — ¿por qué no detienes esta locura? Estás sano y salvo...

Dòmhnal se regodeó en el sufrimiento de la joven, no podía evitar sentir atracción física por ella pese a que su estancia en la fortaleza le había bajado la libido hasta que aunque él quisiera poseerla, no tenía los medios para hacerlo y aunque eso le molestaba, tampoco le suponía un problema a tener en cuenta, disfrutaba mucho más viendo cómo se tapaba la cara llorando desconsolada o cómo corría cuando se cruzaba con alguno de sus hombres. Se sentía tremendamente poderoso y esa sensación era mil veces más intensa que el hecho de acostarse con una mujer.

—Porque hay cosas que una mujer no puede comprender Grizela, porque es cierto que se ha desencadenado por mi secuestro, pero es algo que tenía que haber ocurrido hace muchos años, los escoceses somos los dueños de esta isla y no pararé hasta que la bandera escocesa ondee en cada edificio de esta tierra.

El discurso tan vehemente que hizo el príncipe la confundió. Algo se le escapaba, no creía que el sentimiento de lealtad a su país fuese tan grande como quería aparentar, pero decidió que era mejor no presionar, hasta el momento había conseguido mantener las distancias y no pretendía provocarle más de lo necesario.

Una vez a solas en la botica, Grizela sonrió para sí. De momento las

mujeres se habían mantenido a salvo porque ella y las cocineras echaban en las comidas unas dosis tremendas de unas hierbas que apagaban por completo el deseo sexual de los hombres, lo cual era algo bueno, pues los miembros del clan empezaban a impacientarse y les estaba dejando de importar el hecho de que el cabecilla de esos molestos visitantes era el mismísimo príncipe de Escocia.

El tiempo pasaba lentamente y tanto la escocesa como los habitantes de Ellon sentían que su futuro ya estaba decidido, el príncipe y sus hombres les gobernaban con mano dura y esta vez estaban fuertemente armados para que nadie se les enfrentase, ni siquiera Grizela había podido detener la decapitación de un hombre por negarse a servir a unos de los guerreros.

Los rumores de que a Jacobo le había ocurrido algo eran cada vez más y más fuertes, hasta el punto de que hasta Grizela se pasaba las noches llorando por la terrible pérdida. Cada noche se rendía al sueño con los ojos anegados pidiendo a los Dioses que le devolviesen a su marido, el pánico le atenazaba el corazón y ya no se le ocurrían más argucias para mantener la paz en Ellon y evitar que más inocentes muriesen.

Durante ese tiempo, el príncipe se había dedicado a cortejar a la triste dama escocesa, bien sabían los Dioses que poco le importaba el bienestar de esa mujer, tan sólo quería arrebatársela a ese odioso inglés que había escapado de la muerte demasiadas veces. Se sentía extraño en su propio cuerpo y estaba convencido de que esa sanadora tenía algo que ver, el deseo parecía haberle abandonado a él y a sus hombres, pero debía tener paciencia, sus planes estaban a punto de culminar y por fin lograría sus objetivos, por lo que por el momento se conformaría con el placer que le suponía saber que todos le temían y que tan sólo con una mirada, hombres, mujeres y niños se encogían aterrorizados ante su presencia.

CAPITULO 23

Algunas semanas más tarde, una misiva llegó a Ellon portada por uno de los jóvenes de Nairn, el McRae saludó con una reverencia a Grizela y la miró lleno de compasión, a su lado uno de los hombres del príncipe la observaba para que no delatase el paradero de su líder, ella cogió el papel entre sus dedos a la vez que el corazón se le detenía en el pecho atenazado por el miedo, sus pesadillas se hacían realidad y no supo de dónde sacó las fuerzas para abrir la carta y que por fin la verdad fuese revelada.

Rasgó el papel y comenzó a leer con avidez a la vez que las nubes comenzaban a descargar su furia en forma de una densa lluvia que pronto empapó por completo a la escocesa y a su guardián. Un desgarrador grito salió de su garganta atravesando los valles escoceses, cortando el aire y provocando que todo a su alrededor se detuviese de repente, todos los aldeanos de Ellon tuvieron la certeza de que la terrible noticia que nadie deseaba escuchar, acababa de hacerse realidad. Jacobo había muerto y el corazón de todos ellos se desgarró por la triste pérdida.

Los rumores acerca de la muerte de Jacobo a manos de los ingleses se extendieron como un fuego incontrolado encendiendo los ánimos de aquellas gentes que cuando pensaban haberlo perdido todo, incluso el honor y la dignidad, ese honorable caballero surgió de la nada y les recordó el porqué de seguir vivos, de pelear, de luchar cada día, de levantarse y no rendirse jamás.

El hijo pequeño del difunto rey escocés aprovechó la situación para

seducir a Grizela que presa de la tristeza y la desazón no se veía capaz de rechazar las atenciones. Para ella los días pasaban en un extraño letargo en el que no podía distinguir el matiz de los verdes valles o disfrutar el aroma de las plantas aromáticas, simplemente se levantaba, caminaba, comía o se acostaba porque alguien le decía que debía hacerlo. Las mujeres continuaban preparando las comidas y las bebidas con esas hierbas que las mantenían a salvo de la lujuria incontrolada de aquellos hombres que cada día que pasaban se apropiaban de algo más.

Los mayores, las doncellas y demás aldeanos que conocieron los oscuros tiempos de Eskol veían como sin que pudiesen hacer nada, se repetía la misma historia, un hombre sediento de poder y sin un alma en su cuerpo, se adueñaba de las tierras, de la fortaleza y de la señora del castillo.

—Milady — el susurro atravesó la estancia — por favor milady, despierte.

—Estoy despierta — murmuró Grizela — es solo que me molesta la luz del sol.

—Es medianoche — los ojos que la observaban en la oscuridad se llenaron de lágrimas — lamento la pérdida de Jacobo.

—Estoy viviendo la peor de las pesadillas — la joven se negaba a abrir los ojos — le amaba tanto... — un sollozo le atravesó la garganta — no sé cómo resistir sin él, apenas puedo pensar.

—Grizela — era la primera vez que el fantasma usaba su nombre — no puedes rendirte, el príncipe está planeando algo terrible.

Pero ni siquiera se molestó en contestar, estaba a punto de ceder, de permitir que el príncipe hiciera con su cuerpo lo que más deseara, a fin de cuentas, hacía tiempo que tan sólo era una cáscara vacía, su corazón había estallado tan fuerte que había matado a su alma, tan sólo caminaba, respondía y comía frente al resto de aquellos con los que compartía el castillo porque la guiaban paso a paso cuando la iban a buscar a la biblioteca, ya que esa era la estancia en la que se refugiaba mientras aquél séquito permaneciese en el castillo.

Como cada noche se quedaba en la cocina con un par de doncellas y un par de guerreros, estaba a punto de ceder ante el príncipe, cada día tenía más fuerzas pero menos ánimos, la actitud del hermano del rey la desconcertaba, casi se atrevería a asegurar que él jamás la forzaría, pero no se sentía tan segura en sus sensaciones como para no tomar precauciones con el resto de sus hombres.

—Ven conmigo Grizela — el susurro de la conocida voz femenina la sobresaltó, llevaba mucho tiempo sin hablar con ella.

Miró a su alrededor y comprobó que la puerta de entrada a la cocina estaba fuertemente trancada con una pesada mesa de madera, los hombres y las mujeres dormían cómo podían cerca del fuego del hogar y nadie más que ella había escuchado al fantasma.

Esa noche la pudo ver por primera vez y la imagen de la mujer la golpeó con fuerza. Las señales eran evidentes en su rostro, había padecido más dolor de lo que seguramente habría podido soportar y aunque la compadecía, ahora podía comprenderla mucho mejor, habían matado a Jacobo en una guerra sin sentido, pero ella se sentía traicionada por su marido al abandonarla, por los guerreros por no descubrir las intenciones del príncipe, por este al permanecer oculto en su fortaleza viendo los días pasar y sin poder salir a refugiarse en los brazos de su hermana.

La siguió por la puerta trasera y caminaron bajo la tenue luz de la luna menguante hasta llegar a la botica, donde Grizela cerró la puerta tras ellas.

—No puedes rendirte — la mujer se giró para mirarla — por favor, no lo hagas.

—¿Qué no puedo rendirme? — la expresión de Grizela era de auténtica conmoción — ¿y cómo pretendes que salve a toda esta gente? ¡dime! — exigió — Jacobo ha muerto — el dolor de su corazón se extendió por todo su ser — él no está, el príncipe está aquí no sé por qué motivo y ha provocado una guerra con Inglaterra por algo que no soy capaz de comprender — la mujer levantó una mano para que se detuviera.

—Yo tampoco comprendo sus motivos — dio un paso hacia ella y la blanquecina piel de la joven asustó a la escocesa — pero jamás he comprendido las acciones de los hombres, algunos dicen amarte mientras te usan pensando en bellas mujeres, otros sienten un deseo desvirtuado por un momento y hacen promesas que luego no sólo no mantienen sino que destrozan los corazones de las mujeres confiadas a su paso.

—Sé que te vengas de los hombres que hacen daño a las mujeres — la voz de Grizela se tornó dulce, imaginaba el tormento que esa mujer habría sufrido en vida.

—Y ayudo a aquellos que demuestran que son dignos de confianza, Jacobo de Bradbury es alguien que merece la pena — la escocesa asintió — él te ama y volverá a ti, pero no te rindas y no cedas ante los avances del príncipe, anoche vi cómo te alimentaba con sus propias manos y escuché como les

contaba a sus hombres que sería el hombre más envidiado de Escocia cuando su hermano validase el matrimonio, escúchame Grizela — la pálida joven cogió las manos de la escocesa y ésta se sobresaltó ante el helado contacto — ese hombre oculta algo y por más que lo he intentado no puedo acercarme a él lo suficiente para matarlo porque duerme rodeado de seis hombres que permanecen despiertos toda la noche, no come ni bebe nada que no haya probado antes alguno de sus guerreros...

—No puedes matar a un príncipe — murmuró la escocesa aún desconcertada por el hecho de estar tocando a un fantasma.

—Sólo es un hombre, un hombre malo, un hombre que abusará de ti y destrozará a tu familia sin pestañear siquiera — le acarició el rostro — he soñado tantas veces con ser tú... cuando te he visto yacer con Jacobo... deseaba ser tú, deseaba con todo mi corazón que él me mirara como te mira a ti, que se pase media noche despierto acariciándome como lo hace contigo.

—¿Quieres que Jacobo te ame? — la joven sonrió y a Grizela se le erizó la piel — él... está muerto, ya no puede amar a nadie — las lágrimas le caían sin control por su rostro.

—¿Y quién no lo querría? — le soltó las manos y retrocedió un paso — pero nunca quise arrebátártelo Grizela, tan sólo desearía verle entrar por las puertas del Gran Salón con esa intensa mirada gris y volver a sentir que estamos a salvo, que la paz se instale de nuevo en mi hogar, sé que tan sólo es una ilusión puesto que la guerra se ha cobrado su vida, pero permanecerá en nuestros corazones para toda la eternidad, habéis luchado por nosotros y nos habéis salvado, ese hombre vestido con ropajes de príncipe escocés esconde oscuras intenciones y si no pierde la paciencia para conquistarte, no cedas.

—¿Quién eres? — preguntó la escocesa cuando vio darse la vuelta a la joven — no eres un fantasma ¿verdad?

—Todos creen que sí y será más seguro para ti que siga siendo de ese modo — la joven sonrió y algo de color volvió a sus mejillas — no pierdas la esperanza, recé durante mucho tiempo por alguien que mereciese la pena y Jacobo y tú vinisteis a mí.

Grizela se quedó sola en la negrura de la noche con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho y un sordo dolor la atravesó. Había estado a punto de traicionar a Jacobo, puede que él hubiese muerto en la batalla, pero ella sólo podría amarle a él el resto de su vida y por más que desease que alguna deidad se la llevase pronto para volver a estar a su lado, tenía que recuperar el ánimo, porque tal y como la joven le había dicho, ellos habían luchado por

Ellon y dado que no tenía un hijo de Jacobo, cuidaría de su territorio como si ella misma le hubiese dado a luz.

Apretó los puños y miró el desdibujado resplandor de la luna.

—Te voy a echar de menos el resto de mi existencia amor mío — una lágrima brotó de sus ojos — volveremos a estar juntos, te lo prometo, pero aún no es el momento.

Sin una estrategia que seguir y con la cabeza bulléndole con un millar de ideas, se adentró de nuevo en la cocina y comprobó que nadie se había despertado, se acurrucó contra una de las sirvientas con las que dormía a veces y se prometió a si misma que seguiría luchando, después rezó a los Dioses para que la iluminaran y al fin se quedó dormida.

El verano había terminado hacía semanas y la guerra cesó. El clima había enfriado pese a que el sol brillaba con timidez. Grizela paseaba de la mano de su hermana mientras Logan las seguía con la pequeña Eara dando sus primeros pasos de la mano del orgulloso padre. Corría una agradable brisa que llevaba hasta ellos el aroma del mar en calma, habían decidido bajar a una de las playas para que la pequeña disfrutase de ese entorno tan idílico.

Caminaban tranquilamente sin decir nada, las hermanas no tenían que hablar para entenderse y Logan no quería decir algo que pudiera entristecer más aún a Grizela, la habían encontrado más delgada y con profundos surcos oscuros bajo sus ojos, estaban muy preocupados por ella, pues en todo el día y pese a llevar a la niña con ellos, no la vieron sonreír ni una sola vez, así que se limitaron a hacerle compañía en silencio, deseando de todo corazón que ella confiase en ellos y pudiesen ayudarla a superar la terrible pérdida que había supuesto Jacobo.

Logan e Ian habían acudido a Ellon nada más terminar la contienda para explicarle que en el fragor de la batalla Jacobo simplemente había desaparecido y nadie supo explicar cómo, los rumores de que el *Cat Sith* había ido a recobrar el alma del inglés se habían extendido por toda la isla como el cauce de un río desbordado.

Se habían quedado con ella tan sólo una noche por petición de ella, el príncipe y sus lacayos se habían escondido en los túneles como las ratas que eran, pero se habían llevado consigo a algunos de los niños más pequeños de la aldea para asegurarse de que ella no hablase, era evidente que el príncipe tenía un plan, pero no alcanzaba a imaginar cuál podría ser.

La nueva visita de Logan y su hermana había vuelto a poner en peligro a algunos de los más pequeños habitantes de Ellon. Su corazón se rompía al ver que no tenía más opción que seguir representando la mascarada del príncipe y daba gracias a los Dioses de que al menos las hierbas que les echaban en las bebidas para controlar el impulso sexual no hubiesen sido descubiertas.

Las lágrimas anegaban los ojos de Grizela que no era capaz de controlar el llanto, echaba de menos a su hermana y tener a Logan cerca le daba cierta sensación de paz, pero no era capaz de soportar la idea de no tener a Jacobo a su lado, de saber que el tiempo pasaba pero que aún no había encontrado la forma de salvarles.

Habían pasado muchas semanas desde que recibió la misiva portadora de su desgracia, estar con su hermana y no poder contarle la verdad la estaba destrozando, pero no podría poner en peligro a los aldeanos de nuevo, sabía que su cuñado no tardaría en ponerse al mando y solicitar la ayuda de Ian, pero ella sabía que eso sería un error, pues Jacobo le había enseñado que uno de los puntos fuertes de Ellon era que sólo se accedía a la ciudadela a través del cuello de botella entre las montañas o a través del escarpado acantilado. Y no quería que más personas cercanas a ella muriesen.

De modo que caminaba en silencio, tan sólo sintiendo la compañía de Athdara, de Logan y de la pequeña Eara y atesorando esos momentos para que le diesen la fuerza suficiente para soportar lo que el príncipe le tuviese preparado.

Y entonces una terrible tormenta se desató sobre ellos. Logan tapó rápidamente a su hija con su capa mientras la abrazaba resguardándola contra su cuerpo del inclemente tiempo y los tres corrieron hacia la fortaleza que casi estaba totalmente reparada. Entraron al Gran Salón para observar estupefactos cómo el hijo pequeño del fallecido rey campaba a sus anchas y daba órdenes a diestro y siniestro.

—¡No! — gritó Grizela sintiendo como todo se derrumbaba a su alrededor — ¡te juro que no le he dicho nada! — se arrodilló con el rostro lleno de lágrimas entre el príncipe y su hermana — por favor no les hagas daño, me prometiste que si mantenía el secreto, ellos estarían a salvo.

—Grizela — la voz de su hermana la quemó las entrañas.

—Sé que no has dicho nada — la diabólica sonrisa del príncipe le revolvió el estómago — y como ves, aún respiran en perfectas condiciones, pero la hora de revelar la verdad ha llegado y es un honor que el *laird* de Daltra, su esposa y su hija estén aquí para ser testigos de lo que va a suceder,

de cómo estamos cambiando la historia de Escocia — no quiso esconder el orgullo que se destilaba en su voz, se sentía superior al resto de los escoceses y ya era el momento de que cada uno asumiese su lugar.

La ira de Logan al comprender la traición que habían sufrido por el hermano del rey casi le desgarraba por dentro, sólo pudo controlarse porque él vio el profundo dolor en los ojos de Grizela, él quería a esa joven como a su propia hermana y ella había estado prisionera en su propia fortaleza siendo objeto de agresiones y vejaciones que no se atrevía ni a imaginar. ¿Cuánto más tendrían que sufrir las hermanas?

Sintió una leve caricia en su apretado puño y se giró para ver el aterrorizado rostro de su mujer que le hizo un gesto para que le devolviera a su pequeña que parecía que sentía que había problemas y se aferraba con fuerza a la capa de su padre. Logan asintió y le entregó a su hija pero era consciente de que el pánico que sentía su mujer era más que acertado y apropiado en esos momentos.

Echó un rápido vistazo a la disposición de los hombres que ahora mismo eran sus enemigos y si no fuera por el orgullo escocés, se habría declarado vencido. Le superaban en número y armas. No dudaría en pelear, pero era consciente de que eran sus últimos momentos de vida en la tierra y su corazón se rompió al comprender que jamás volvería a estar entre los brazos de Athdara, que no vería a su hija crecer y enamorarse, que no podría volver a ver a Ian ni a Fergus... y se lamentó por el tiempo perdido, no había sido suficiente.

—*Tha gaol agam ort mo bhana-phrionnsa* — murmuró mirando a Athdara — mil vidas a tu lado no serían suficientes, ni siquiera una eternidad a tu lado me bastaría, te amaré en esta vida y en la otra.

CAPITULO 24

En una recóndita aldea al este de Escocia, en una cabaña abandonada, dos reyes y un guerrero se desafiaban continuamente.

Había pasado demasiado tiempo, demasiadas vidas se habían perdido por una causa que a dos de aquellos hombres les había parecido un mero capricho, sobre todo ahora que sabían la verdad, les había costado meses dar con la clave, conseguir la información que necesitaban para detener la guerra, el problema era que habían llegado tarde, que la batalla cesó porque los hombres se cansaron de matarse unos a otros, porque después de muchos días entumecidos por el frío, agotados por la falta de sueño, débiles y enfermos por la falta de agua limpia y alimentos, los hombres de ambos países decidieron que no tenían nada que ganar ni que perder y se rindieron.

Pero había sido demasiado tarde, las vidas de aquellos que perecieron no volverían. Y las almas de los que habían sobrevivido tampoco volverían a ser las mismas. Se había perdido demasiado a cambio de la ambición de un hombre.

Jacobo no pudo soportar más escuchar una y otra vez las mismas palabras de esa discusión que llevaban teniendo desde que el sol se puso en el cielo, cerró los ojos y se enfrentó al monarca escocés.

—¡Basta ya! — bramó, el rey inglés le sujetó con fuerza — ¡no! ¡soltadme!
— intentó liberarse pero Enrique le mantenía preso — dime por qué — el inglés gritó al rey Dàibhidh — ¿por qué ha sido esta estúpida guerra?

—¡Porque se llevaron a mi hermano! — respondió lleno de ira el monarca.

—¡Ahora sabemos que eso no es cierto! — el rey inglés soltó al hombre — y aunque lo hubiera sido, ¿eso es motivo suficiente para que mueran miles de personas inocentes? — Enrique se adelantó para intervenir pero Jacobo se lo impidió — no milord, no tiene una respuesta — miró de nuevo a Dàibhidh — milord los que han muerto son ingleses, pero también escoceses y ninguno de ellos le puso una mano encima a su hermano.

—Tú más que nadie deberías odiar a esos malditos y arrogantes perros del sur — las palabras fueron escupidas con odio.

—Yo odio a aquellos que me torturaron pero no odio a todos los ingleses — dio un paso acercándose al rey — mira a tu alrededor Dàibhidh, hay escoceses casados con inglesas, ingleses casados con escocesas...

Ian entró a la cabaña mientras Jacobo pronunciaba las últimas palabras y puso su mano sobre el hombro del inglés.

—Mi rey, tiene delante a escoceses hermanados con ingleses, mi mujer es inglesa y señor... — dudó sobre si pronunciar las palabras que le quemaban la garganta — si carga de nuevo contra Inglaterra, dará igual quien gane.

—¿Es una amenaza? — el rey escocés acarició la empuñadura de su espada y se acercó a Ian — ¿acaso te volverías contra mí?

—No mi señor — intervino de nuevo Jacobo — pero nos pide que elijamos entre alma y corazón y ninguno de nosotros podemos hacerlo — se movió por la sala meditando sus palabras — ellos morirían por vos, pero también lo harían por mí, lo mismo que yo haría por ellos y por vos.

—¿Te das cuenta de que no eres nadie? — preguntó con la garganta estrangulada el escocés.

—Se equivoca milord — una sonrisa ladeada se asomó a sus labios — sí que soy alguien — alzó la cabeza con arrogancia — soy Jacobo de Bradbury, señor de Durham, duque de Bradbury y *laird* de Ellon, pero ante todo milord, soy un hombre que lo perdió todo y que con mucho esfuerzo acaba de recuperar un pedazo de su alma y de la vida que estaba destinado a vivir y le juro por todo lo sagrado que no estoy dispuesto a volver a perderlo.

—¡Quieres que maten a mi hermano! — el rey blandía en su mano una misiva que había recibido unas semanas atrás.

—¡Le hemos dicho que nadie secuestró a su hermano y que esa carta era falsa! — bramó Ian.

—Su hermano estaría mejor muerto milord — las palabras del rey inglés congelaron la estancia — se lo he dicho de todas las formas posibles, yo no

tengo el más mínimo interés en gobernar estas tierras de salvajes, pero no consentiré que se alce contra mí, si aún vive es porque Jacobo así lo ha querido.

—Milord tiene razón — sentenció Jacobo — su hermano debería estar muerto y me encantaría ser el verdugo.

Las expresiones de los presentes mostraron un amplio abanico de sentimientos, pero en el rostro del rey escocés sólo bullía la ira. Sabía que su hermano no era querido, pero era su hermano, era sangre de su sangre, lo único que le quedaba en el mundo tras la muerte de sus padres, lo único que le recordaba que una vez hubo alguien que le amaba por encima de todo lo demás y no estaba preparado para perderle y estar sólo en esta vida.

Pero la determinación y la fuerza de la mirada de Jacobo le obligaron a recapacitar sobre su actitud, los hechos no eran claros, él no podía imaginar que su hermano hubiese provocado una guerra tal y como aseguraban los ingleses y aunque el motivo y quien había disparado primero no estaba claro, lo cierto era que los valles escoceses habían sido regados por la sangre de valerosos hombres de ambos países.

El inglés se reafirmó en sus palabras cuando Ian se acercó a él y le obligó a mirarle a los ojos.

—Ahora mismo ese malnacido está en mi casa, haciendo sabe Dios qué y con mi mujer totalmente indefensa — su mirada se oscureció y una cruel sonrisa se asomó a sus labios — disfrutaré arrancándole el corazón milord, puede contar con ello.

—Jacobo, mide tus palabras — Ian había percibido las ansias de matar de su amigo y por mucho que estuviese de acuerdo con él, no se puede amenazar a un rey.

—No lo haré Ian — se enfrentó a su amigo — el príncipe Dòmhnal es un déspota, un violador, un narcisista sólo comparable con las antiguas realezas europeas — dio un paso al frente — su hermano — señaló al monarca escocés — es un ser despreciable que vive su vida arruinando la vida de los demás y si son jóvenes doncellas que acaban de salir de la niñez, mejor.

—Espero que puedas demostrar todo lo que estás diciendo — la voz del rey se tornó más grave.

—Puedo milord, por supuesto que puedo — aseguró Jacobo con vehemencia — si quiere venir conmigo y verlo por vos mismo, lo celebraré, de lo contrario, quédese aquí escondido, pero yo me voy ahora mismo a Ellon a sacar al cobarde de su hermano de mi fortaleza y a abrazar a mi mujer y por

su bien espero que no se haya atrevido a tocarla ni un solo pelo de la cabeza, de lo contrario, le aseguro que escuchará sus gritos desde aquí.

Sin decir una palabra más, Jacobo salió de la cabaña y se montó en su semental para salir al galope.

Ninguno de los presentes dudó ni por un instante que el inglés no había hecho una amenaza, simplemente había constatado algo que sería un hecho si el príncipe se había atrevido a tocar a Grizela, los monarcas se estremecieron ante la crueldad del inglés, pero Ian sintió como su interior se llenaba de un orgullo feroz.

Sonrió y se enfrentó a los monarcas.

—Son libres de irse a sus palacios, pero yo me voy a Ellon a alzar mi espada al lado de mi hermano, de mi cuñado, de mi amigo, de mi compañero — miró al rey escocés — de antemano milord, le doy mi pésame por la pronta muerte de su hermano.

Salió de allí subiendo a su caballo y galopando, quería entrar en la aldea al lado de Jacobo y aunque sabía que les esperaba una dura y cruel batalla, estaba deseando contarle a su hermosa mujer, cómo se enorgullecía de ese hombre sobre el que se contarían leyendas.

Fortaleza de Ellon.

Los hombres del príncipe se estaban situando en los puntos estratégicos para que la matanza que se avecinaba fuese lo más eficaz posible. Logan podía ver cómo en los ojos de esos hombres brillaban las ansias de sangre derramada y con pesar, confirmó que los rumores que decían que el ejército de Dòmhnal estaba formado por sanguinarios mercenarios eran ciertos.

La tormenta arreció con fuerza, los relámpagos iluminaban el cielo, el viento soplaba silbando contra las ventanas y golpeando la gran puerta de entrada, la lluvia hacía un ruido ensordecedor y se colaba por los cristales que aún no habían sido reparados del todo, sin embargo parecía que el tiempo se había detenido, el Gran Salón estaba lleno de hombres armados sin una pizca de alma en sus cuerpos y con las gentes de Ellon aterrorizadas con tan solo un *laird* dispuesto a defenderles.

El hermano pequeño del actual rey no se dejó amedrentar por la desafiante mirada de Logan y se acercó con paso firme hacia Grizela, Logan hizo el amago de moverse, pero varios de los hombres le apuntaron con una ballesta y se detuvo en seco ante la suplicante mirada de su cuñada, le dolía tanto ver la

resignación en sus ojos que apenas podía respirar.

Athdara sufría al ver cómo su hermana se rendía ante las claras intenciones de ese malnacido, puede que fuese todo un príncipe, pero para ella valía menos que el tronco de un árbol muerto, quiso gritar de frustración, ella había pasado por un infierno para salvar a su hermana de ese destino y ahora que conocía las intenciones de los Dioses, el corazón se le desgarraba por la pena, todos sus sacrificios no habían servido de nada, era evidente que les iban a matar a todos y las lágrimas comenzaron a rodar por su rostro, abrazó a su hija y la miró con todo el amor de su corazón, las palabras no salieron de su boca, pero no hizo falta. Se entendieron con la mirada.

—Llevo tanto tiempo soñando con este momento que ahora que lo estoy viviendo casi parece irreal — la voz teñida de emoción del príncipe les retorció el estómago a los presentes — mi hermosa Grizela — le acarició el rostro con lascivia y paseó su lengua por la cara de la joven — sabes a victoria — le susurró al oído y ella se encogió de miedo.

—¿Por qué haces esto? — Logan sentía cómo le hervía la sangre en las venas y suplicó a los Dioses que reviviesen a Jacobo y que por arte de magia hiciesen que Ian entrase por la puerta armado hasta los dientes y acompañado de todos sus hombres.

—Hago esto por venganza — sujetó a la joven escocesa con tanta fuerza que esta gimió de dolor — hago esto porque Escocia ya no es lo que era, porque nuestra nación es salvaje, dura, libre... y las últimas generaciones de monarcas la han convertido en un territorio sumiso — escupió con asco — antes éramos guerreros, ahora somos comerciantes, somos highlanders y sin embargo pasamos más tiempo hilando que derramando sangre.

—Nos peleábamos entre nosotros — Logan no podía comprender lo que quería decir el príncipe — Escocia sigue siendo libre, tu hermano es un gran rey que nos llevará a una época de paz y prosperidad.

—¿Quién quiere paz? — bramó el príncipe y todos sus hombres le jalearon con gritos que atravesaron los corazones de los habitantes de la aldea.

En ese momento todos aquellos que no pertenecían al ejército mercenario del hermano del rey, temblaron ante lo que esa pregunta escondía. A ese hombre no le importaban ni Escocia ni Grizela ni nada ni nadie, tan sólo se guiaba por la codicia y la sed de sangre. Estaba claro que moriría con la espada en la mano y llevándose con él a tantos como pudiese.

—Voy a convertir a Grizela en mi mujer — una sonrisa cruel se formó en

sus labios — ella es el premio final de mi venganza contra ese maldito *sassennach*, lo único que lamento es que no pueda ver como se la arrebató.

—¡No puedes hacer eso! — gritó Athdara, tenía tanto miedo por su hermana... la veía ahí quieta, sin apenas respirar, totalmente vencida y eso le partió el corazón.

—Claro que puedo pequeña bruja — se acercó un poco más a la escocesa y la besó con tanta fuerza que le clavó los dientes en los labios haciéndola sangrar — voy a convertirla en una vulgar ramera y cuando me canse de ella se la daré a mis hombres, voy a destruir todo lo que nos rodea para que Escocia vuelva a ser lo que era, una tierra salvaje llena de poderosos guerreros y mientras reconstruyo mi país, Grizela será mi entretenimiento.

No se oía un solo ruido en el Gran Salón aparte de los que provocaba la tormenta que estaba cayendo, los corazones latían tan alterados que todo el mundo se encontraba en una especie de trance que les mantenía quietos y en el más absoluto silencio.

Los mercenarios miraban a su líder con caras llenas de satisfacción, eso era lo que él les había prometido, miles de batallas, sangre derramada y botines incalculables, destrozaban los clanes tal y como los conocían y resurgirían como un país gobernado por ellos, después marcharían al sur y convertirían a los ingleses en sus esclavos y tendrían tanto oro y plata que no podrían gastarlo en cien vidas.

Los habitantes de Ellon miraban a la esposa de su *laird* fallecido con tanta pena en los ojos que su corazón lloraba en silencio, ella se había rendido quizá con la idea de que eso les protegería, pero lo cierto era que nada lo haría, ese hombre estaba lleno de una maldad como jamás habían conocido, ni siquiera con Eskol habían sido testigos de semejantes ansias de poder y codicia.

Logan y Athdara se debatían entre presentar batalla o seguir en silencio rogando por una oportunidad de salvar a aquellas gentes y a Grizela, pero ambos eran estrategas y se habían dado cuenta de que aunque los Dioses se pusiesen de su parte y en ese instante Ian se alzase a su lado, no serían capaces de evitar la masacre, todo estaba perdido para ellos, no verían crecer a su hija porque todos morirían. Para Athdara todas las esperanzas se habían perdido cuando su marido se despidió de ella con esas bellas palabras, para ella tampoco había habido tiempo suficiente, Logan tenía razón, una eternidad no sería suficiente.

CAPITULO 25

Cada uno de los presentes era consciente de que el destino que había sido hilado para ellos se encontraba en un punto de no retorno, las mentes de los aldeanos se llenaron de imágenes con recuerdos del breve tiempo en el que habían conocido la felicidad. En la mente de los mercenarios tan sólo estaba el brillo del oro y las joyas y las perversidades que harían con las mujeres.

Sea como fuere, parecía que nadie podría salvarse.

En ese momento una extraña energía recorrió el salón, algo que hizo que los mercenarios se estremeciesen y que los aldeanos se llenasen de coraje, algo que les insufló el valor suficiente como para morir con las espadas alzadas, si ese malnacido quería una guerra con los auténticos highlanders, ellos le darían lo que él tanto ansiaba.

Pero entonces el tiempo se congeló cuando la enorme puerta se abrió de par en par y un enorme semental de color negro como la noche entró hasta el Gran Salón, y bajando con presteza de él, Jacobo se presentó como el auténtico *laird* de esas tierras, haciendo que las mujeres casi se desmayasen por la impresión. Logan sentía que el mismo cielo se había abierto para devolver a su amigo al mundo de los vivos tal y como él había rezado mientras ese demente daba su fatídico discurso. Nadie advirtió la mirada helada y siniestra del hermano pequeño del rey.

—Estás vivo — murmuró lo suficientemente alto como para que Jacobo lo escuchase.

—Lo estoy — sonrió con auténtica maldad en sus labios — pese a tus esfuerzos — sentenció haciendo que todos los presentes se tensasen.

Se desafiaron con la mirada durante unos instantes, hasta que el escocés sacó su espada y apuntó con ella a Jacobo.

La sangre le corría presta por las venas, el corazón latía desbocado en su pecho, casi podía oler la sangre derramada sobre las losas del suelo... pero se obligó a calmarse y antes de sacar su espada, respiró profundamente.

—Piensa lo que haces — le advirtió — tú no eres Rey, esta es mi fortaleza, es mi casa, yo soy el *laird* de estas tierras y un duelo a espadas está penado por la ley de tu padre.

El escocés rio a carcajadas.

—Te has equivocado en algo perro inglés — sonrió con malicia — aún no soy rey — hizo un énfasis exagerado en la palabra aún que heló la sangre a los aldeanos.

Los presentes ahogaron un gemido, la simple insinuación al respecto podría considerarse alta traición.

—Tu hermano aún vive — Jacobo intentaba controlar su respiración, aunque cada vez le costaba más, intentaba no centrarse en Grizela que parecía que estaba ausente.

—Eso es lo que tú dices ahora, pero será una pena que un perro inglés le mate mientras duerme con alguna de las fulanas con las que se acuesta — soltó a la escocesa y se acercó un par de pasos hacia Jacobo — y entonces yo reinaré en Escocia.

—Has planeado la muerte de tu propio hermano... — Logan intentaba entender cómo un auténtico escocés se volvía contra su propia sangre.

—Hasta el último detalle — confirmó el pretendiente al trono.

—Eso es traición — sentenció Athdara.

—Sólo si alguien lo cuenta — la miró con frialdad — y al terminar esta tormenta, me temo que todos estaréis muertos... salvo Grizela que se convertirá en reina de Escocia.

La aludida tembló solo de imaginarlo.

—¡No harás tal cosa bastardo! — la grave voz de Jacobo estremeció las almas de los presentes.

—No puedes impedírmelo — sonrió con superioridad.

En ese instante, de todos los rincones de la fortaleza, salieron hombres armados con ballestas y espadas, rodeando a los guerreros del clan y que claramente era la amenaza más real contra su señor.

La fuerza de voluntad de Grizela llegó a su fin en ese mismo momento, miró a su hermana presa del pánico y se desmayó golpeándose la cabeza contra el suelo. Jacobo intentó acercarse pero una ballesta le apuntaba directamente a la cabeza.

Las mujeres lloraban y los niños gritaban aterrorizados, los hombres que quedaban en la aldea eran demasiado jóvenes o demasiado viejos para suponer una amenaza a cualquiera de los traidores escoceses, la escena estaba siendo observada por unos ojos llenos de lágrimas escondidos tras un tapiz, su dueña se sentía impotente para hacer algo que ayudase a esos escoceses que le habían enseñado que en el corazón de los hombres había algo más que maldad.

El viento se paseaba entre todos los presentes con fuerza arrastrando la lluvia con él, pero el agua que se colaba no era suficiente para aplacar el ánimo de los hombres armados y que claramente estaban siendo arrastrados por la sed de sangre sin importarles que fuese inglesa o escocesa.

Un joven se arrastró hasta el centro de la sala y se arrodilló para cogerle la cabeza a Grizela, suspiró al comprobar que aún estaba viva y miró a Jacobo para que viese en sus ojos que no había perdido a su mujer. Algo que alivió al inglés de forma inmediata.

—No consigo comprender por qué haces todo esto Dòmhnal — Jacobo soltó su espada a sus pies y le miró fijamente — ¿quieres matar a tu hermano? ¡mátale! Pero ¿por qué te has instalado en Ellon y por qué necesitas que Grizela sea tuya?

Las carcajadas del escocés resonaron en toda la fortaleza.

—Llevo años planeando quitarle la vida a mi hermano, pero mientras mi padre vivía tan sólo podía urdir planes en las sombras, aliándome con aquellos que tenían sólo codicia en sus corazones — se guardó la espada en el cinto — la tierra de Ellon era próspera cuando el *laird* Claud McIntosh gobernaba, pero por desgracia para él, era fiel a la corona de mi padre — le guiñó un ojo a Jacobo — y conocí a Eskol — una risa brotó de su garganta — ese crío estaba lleno de maldad mal dirigida y yo tenía un objetivo tan claro en mente...

El príncipe se sentó en un gran sillón para seguir contando su historia, casi estaba viviendo todo aquello con lo que soñaba desde que era niño, que todos los presentes de la fortaleza le escuchasen ensimismados, que le mirasen con terror en los ojos, él no quería la devoción de nadie, sabía perfectamente que lo único que mantiene el orden en un país es el miedo y el poder, bien, ahora le temían, en breve sería el hombre con más poder de toda la isla.

—¿Qué te había hecho para que le convirtieses en un ser abominable? — preguntó Jacobo.

—No hizo nada, pero servía bien a mis propósitos — el príncipe apoyó los codos en sus rodillas inclinándose hacia delante — hay hombres en este mundo que sólo necesitan un pequeño incentivo y Eskol solo necesitaba que le susurraran las palabras adecuadas en el oído.

—Eskol estaba dominado por Ildora — recordó Logan en voz alta.

—Lo estaba, es cierto — Dòmhnal volvió a reír a carcajadas — ¡ah! Ildora... la echo de menos — se puso en pie — os voy a contar un secreto — se acercó a Logan — Ildora era mi madre.

La confesión dejó a todos sin habla y sin apenas respiración, la confusión teñía las miradas de todos, tan sólo había dos personas en esa fortaleza que ya habían unido los puntos y se habían dado cuenta de qué era lo que quería contarles el príncipe escocés.

Durante unos momentos todo el mundo se quedó en completo silencio, asimilando las palabras dichas por ese hombre que no sólo llevaba veinte años planeando matar a la realeza escocesa sino que era evidente que odiaba a todo el mundo, la verdad era que no importaba si eran ingleses o escoceses.

—Hice cuanto estuvo en mi mano, pero nunca era suficiente... siempre era el segundo.

—¿Qué hiciste? — preguntó una voz apagada que se coló desde la entrada a la fortaleza.

—¡Hasta maté a mi padre! — gritó mirando a Jacobo fijamente a los ojos.

En ese preciso instante una daga atravesó la sala para clavarse en el pecho del traidor que cayó en el suelo.

Las mujeres y los niños corrieron a esconderse mientras Jacobo y Logan cargaban contra los hombres que sujetaban las ballestas, habían luchado juntos en muchas ocasiones y no les hacía falta hablar para entenderse, eran hermanos pese a su lugar de nacimiento, eran familia, eran clan. El uno protegería la espalda del otro tal y como siempre se habían prometido.

Sabían que las circunstancias no les favorecían, hasta que vieron a Ian y a Fergus luchar a su lado y aunque seguían siendo menos, los cuatro se sentían protegidos, porque los lazos que les unían iban más allá de la sangre.

La lucha era encarnizada, pues los mercenarios de Dòmhnal eran fieros y casi creyeron que ganarían la batalla, el príncipe escocés estaba rodeado y alguien le había clavado una espada a Ian en el hombro.

—¡Ni se te ocurra! — la femenina voz sorprendió a todos.

Algunos se atrevieron a mirarla y eso fue lo que les hizo perder la posición dominante, ya que antes de que pudiesen parpadear una furiosa Katherine se adentraba en el Gran Salón con el arco tensado y cargado con una flecha, no tardó en comenzar un ataque a todo aquel que le impedía acercarse a Ian McRae.

—¿Qué diablos haces aquí? — siseó el *laird*.

—Salvarte tu precioso culo milord — una sonrisa iluminó el rostro de la joven — no permitiré que mi hijo crezca sin padre.

Ayudó a su marido a levantarse y se lanzaron espalda contra espalda a la pelea.

Los hombres más jóvenes habían sacado los cuerpos de Grizela y de alguno de los guerreros del clan, pero aún eran muchos mercenarios los que quedaban en posiciones ventajosas para ellos que lanzaban certeros cuchillos hacia los McRae y los McGregor.

Athdara estaba aterrorizada, había visto entrar a Katherine y eso le dio fuerzas para besar a su hija en la cabeza y entregársela a una de las sirvientas que salió corriendo con la niña en brazos, alzó la cabeza y buscó a su marido, tenía problemas y quería ayudarle, estaba herido, pero no tenía una espada a su alcance, miraba a su alrededor intentando esquivar los afilados bordes de las espadas enemigas.

Y entonces alguien le lanzó una caña que ella conocía muy bien, pues antes solía llevar una igual en los bolsillos de su vestimenta. Levantó la vista y vio el pálido rostro de una mujer que la miraba como si fuera una aparición, le hizo un gesto y le lanzó una bolsa con los dardos llenos de veneno que su hermana Grizela había guardado.

Sonrió a la mujer y comenzó a lanzar los dardos a los mercenarios que aún quedaban en pie. Logan llegó hasta ella con la sangre corriendo por sus brazos dispuesto a sacarla de allí en volandas si era necesario, pero al ver el arrojo y el coraje que desprendían sus ojos se dio cuenta de que él no se había enamorado de una mujer que le abandonase en el campo de batalla, él amaba a una mujer fiera, rebelde y muy fuerte.

—Te quiero — la besó brevemente antes de seguir peleando contra los últimos hombres que quedaban en pie.

Jacobo luchaba como un auténtico animal, sus ojos se habían vaciado de vida y su corazón le animaba a derramar más sangre. Habían herido a Katherine, a Athdara y a Grizela... y todo el dolor, toda la rabia que sintió al principio de su encierro se cebaron con su alma apagando cualquier rastro de

compasión que le quedase dentro, cualquier rastro de humanidad convirtiéndole en un ser salvaje.

Mató a un mercenario y le quitó la espada, se lanzó contra otro que tenía a Fergus en un apuro y le decapitó sin pensarlo ni un solo instante.

No quedó uno solo de aquellos hombres en pie.

La rabia se apoderó de él cuando se dio cuenta de que el maldito príncipe no estaba tan mal herido como les había hecho creer pues en ese momento estaba subiendo a su caballo y salía de la fortaleza al galope.

—No permitas que siga vivo — una voz femenina que él no conocía le detuvo en seco.

Jacobo alzó la vista y una aparición le congeló la sangre en las venas. Sin duda alguna estaba ante un fantasma sediento de almas, pero en los ojos sin vida de la joven tan sólo se reflejaba un profundo dolor y un alma rota que jamás volvería a sanar.

La mujer cogió el puñal que descansaba en el cinto del inglés y se acercó con paso lento hacia uno de los mercenarios que cada vez que respiraba escupía sangre.

—No me conoces mercenario — dio otro paso hacia el moribundo — soy Deirdre McIntosh, hija de Claud McIntosh difunto *laird* de Ellon.

Todo el mundo observaba la escena con auténtico terror en los ojos, nadie de los que aún quedaban en el Gran Salón había visto alguna vez a la hija del antiguo *laird*, pero todo el mundo conocía su historia.

—Tú sirves a aquel que quiere destruirnos — cogió el puñal con fuerza — pero es un cobarde que huye de la pelea — miró a Athdara y bajó la vista con arrepentimiento — habéis venido aquí a matarnos y a convertirnos en seres sin alma, en cascarones vacíos, pero no lo permitiré.

Se arrodilló frente al hombre, con una mano le sujetó el cuello sin dejar de mirarle a los ojos y clavó con fuerza el puñal en el corazón del mercenario. Se quedó mirándole hasta que se aseguró de que la vida había abandonado ese cuerpo y se preparó para sentir algo de paz en su corazón, pero no sintió nada, simplemente había arrebatado otra vida y seguía sin sentir nada.

Se levantó despacio y se giró para mirar a los ojos al rey de Escocia que acababa ponerse al descubierto en mitad del Gran Salón seguido de sus hombres que habían terminado con los mercenarios que rodeaban la fortaleza.

—He matado a algunos de los hombres de su hermano milord, le entrego mi vida a cambio de la suya — le miró fijamente a los ojos sin un ápice de remordimiento.

Se puso el puñal en el cuello cuando un grito sorprendió a todos.

—¡No lo hagas! — la voz de Grizela sacó de su aturdimiento a Jacobo — no te mates por él, vive por mí.

Se acercó a ella sin reparar en nadie más, sólo miró brevemente a su marido y suspiró al verle con vida, caminó sin vacilar hasta la mujer y sin quitarle el puñal la abrazó con fuerza.

—Vive por mí, te necesito a mi lado — le dijo con un susurro.

Deirdre se sentía abrumada y totalmente confusa, pero se dejó abrazar por la escocesa porque en el tiempo que había pasado vigilándola se había encariñado con ella y lo cierto era que ya no podía recordar lo que se sentía cuando alguien la abrazaba simplemente porque quería hacerla sentir mejor.

Se dejó llevar por las emociones y le devolvió el abrazo con todas sus fuerzas. Sin duda alguna, esa hermosa mujer le había salvado la vida.

Mientras Grizela y Deirdre se decían mucho en completo silencio, la escena que las rodeaba era absolutamente devastadora. Hombres heridos por doquier, sangre bañando las piedras del suelo del Gran Salón, tapetes destrozados, la mesa y las sillas no habían podido salvarse de la masacre tampoco, el aire estaba viciado, lleno de un característico olor metálico que a los guerreros les recordaba a los campos de batalla.

Ian se acercó a Katherine, la miró profundamente a los ojos y la abrazó con toda la fuerza de su corazón, había estado tan cerca de perderla de nuevo que su alma se había vuelto a resquebrajar, pero ahora la tenía entre sus brazos, estaba sana y salva, tan sólo algunos rasguños que teñían su vestido de rojo, pero de nuevo le había demostrado que no era una simple heredera de un título inglés, que su maravillosa esposa escondía tantos dones que él la amaría, adoraría y veneraría el resto de su vida.

Athdara por su parte se acercó a su marido y le acarició con dulzura el labio hinchado por el profundo corte que le sangraba, no hicieron falta las palabras, entre ellos tan sólo había hueco para los sentimientos que les embargaban. Logan la rodeó con sus brazos y descansó su cabeza sobre la de ella mientras agradecía a los Dioses que todo hubiese terminado ya, que por fin pudiesen vivir sus vidas de una forma pacífica.

Deirdre se separó lentamente de Grizela y la miró con una sonrisa que esta vez sí le llegó a los ojos.

—Es tu turno milady — le acarició la cara con ternura — tienes la suerte de tener un marido que te ama sobre todas las cosas.

A Grizela se le iluminaron los ojos al reconocer ante sí misma que así era,

que su marido la amaba tanto como ella le amaba a él. Se dio la vuelta lentamente y su vista recorrió el salón en busca de su marido, del amor de su vida, del hombre que había desafiado a la muerte para volver con ella.

Pero no lo encontró, nadie fue consciente de que Jacobo se había ido del castillo.

CAPITULO 26

El inglés cabalgaba como un demonio que saborea el sabor de la sangre de su presa, contaba con darle alcance ya que el semental que él montaba estaba fresco y el que le había robado el príncipe había hecho un largo viaje.

La noche se había cernido sobre ellos, la tormenta no amainaba y pese a que estaban a comienzos del otoño, ya se podía sentir el viento helado. Sin duda alguna, las montañas ya estarían cubiertas de nieve.

Llegó al lago y oyó el relincho desolador de un caballo que ha sido espoleado hasta su muerte, aguzó la vista mientras recorría el borde plateado del lago, tal y como se imaginaba, ya estaba helado. Y entonces vio como ese maldito escocés empuñaba el arma y le desafiaba y él estaba deseoso de cobrarse su venganza.

Arremetió contra él con la rabia del hombre enamorado que quiere salvar al objeto de su amor, gruñó con fiereza y las espadas chocaron atravesando el ruido de la noche. Jacobo era un luchador excelente, pero el príncipe tampoco se quedaba atrás, las estocadas eran lanzadas con odio pero no daban en el blanco más allá de algunos pequeños arañazos que ninguno de los dos podía sentir.

—Morirás esta noche — amenazó el inglés cuando las espadas cruzadas era lo único que separaba sus rostros.

—No es mi turno perro inglés — gruñó el escocés — ahora te mataré a ti y después convertiré a tu esposa en mi trofeo.

Ambos hombres se empujaron con fuerza y comenzaron a adentrarse en el lago helado sin ser conscientes del peligro que eso entrañaba, el agua estaba helada, pero el invierno aún no había llegado.

Ninguno de los dos era consciente de nada más a su alrededor aparte del metal de la espada de su enemigo y del latir de sus corazones. El sonido metálico de las armas al chocar les enarbolaba la sangre y ambos alzaban sus espadas y las dejaban caer con todas sus fuerzas mientras la tormenta descargaba sobre ellos una lluvia torrencial y los rayos iluminaban el cielo.

Un certero golpe del escocés logró alcanzar su objetivo y del brazo de Jacobo comenzó a manar un pequeño río de sangre que se diluía rápidamente con la incesante lluvia, seguramente el príncipe esperaba que eso detuviese al inglés, pero no fue el caso, a otro hombre seguramente le hubiera hecho detenerse al menos un instante, pero Jacobo estaba más que versado en el dolor y ni siquiera fue consciente del golpe recibido, arremetió con el hombre que quería arrebatarse todo lo que le quedaba en el mundo, nada podría apaciguarlo en estos momentos.

Seguían peleando tan sólo guiados por su instinto y no fueron conscientes de que se encontraban en medio del lago hasta que escucharon un crujido y de repente, el suelo se abrió bajo sus pies, el hielo se resquebrajó y ambos se sumergieron en las aguas heladas.

—¡Noooooooooooo! — el grito femenino desgarró la noche y se escuchó por encima de los truenos — ¡No! ¡No! ¡No! Por favor Dioses, no me lo arrebatéis — la plegaria de Grizela atenazó el corazón de Logan.

La escocesa había salido corriendo de la fortaleza en cuanto fue consciente de que ni el príncipe ni su marido estaban dentro, escuchaba las voces de aquellos a los que amaba, pero no podía detenerse, tenía que encontrar a Jacobo, tenía que verle, algo dentro de ella la instaba a seguir corriendo pese a que le ardían los pulmones y pese a que sus doloridas piernas le provocaban dolor, pero no dejó de correr hasta llegar al lago, entonces se detuvo abruptamente al observar a los dos hombres lanzarse crueles ataques en mitad del agua helada.

Logan, Ian y Fergus habían seguido a Grizela a través del bosque y mientras ella gritaba desconsolada, los tres intentaban sujetarla, finalmente Logan la abrazó tan fuerte que sintió como las costillas protestaban a punto de romperse.

—Tenéis que encontrarle — se dirigió a sus amigos mientras intentaba que la mujer no le alcanzase los ojos con las uñas.

Ian no perdió más tiempo y seguido de Fergus se sumergieron en las heladas aguas, no había rastro de ninguno de los hombres y los pulmones les ardían por el esfuerzo, se movieron con rapidez intentando no dejarse llevar por el frío que les invadía hasta los huesos.

Katherine llegó en ese momento subida a un semental y se bajó de un salto para abrazar a su amiga, el corazón gritaba de dolor, casi podía sentir la pérdida de su hermano y su mente se llenó con los recuerdos de su pasado, de cuando despertó en Nairn sabiendo que había perdido todo aquello que le era querido. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y apretó más sus brazos alrededor de Grizela.

Escuchó un grito y observó a través de la noche que su marido pedía ayuda, parecía que trataba de arrastrar un bulto oscuro que ella no podía distinguir, el miedo le atenazaba hasta el alma... bien podría ser el cuerpo sin vida de su querido hermano. No obstante, cogió cuerda de las alforjas de su caballo y ató un extremo a una flecha que colocó en su arco, apuntó y apretando los dientes con fuerza lanzó la flecha que se clavó en un pequeño trozo de hielo cerca de su marido.

Ian rápidamente cogió la cuerda y la enrolló alrededor de la inerte figura mientras Logan que había dejado a Grizela en el suelo, ató el otro extremo de la cuerda al caballo y comenzó a tirar.

Fueron los momentos más desgarradores de sus vidas. Todos tenían el corazón en un puño, tres figuras se acercaban al borde del lago terminando de romper el hielo, la lluvia no cejaba en su intento de caer con toda la fuerza de la que era capaz, los truenos retumbaban en el cielo y éste se iluminaba al pasar los rayos.

Cuando finalmente Ian llegó a la orilla se puso en pie rápidamente y gritó a Logan para que se acercase, tiraron con fuerza del hombre al que arrastraban mientras Fergus salía del agua por sus propios medios, giraron el cuerpo inerte sobre la empapada hierba y en ese momento una maraña de pelo rubio mojado se lanzó sobre el cuerpo.

—No puedes hacerme esto Jacobo, me prometiste que estarías conmigo, que siempre volverías a mí, ¡maldita sea! — le golpeó el pecho con sus puños — haz otro trato con el *Cáth Shìth*, con quien sea, pero vuelve — volvió a golpearle con fuerza — ¡vuelve! ¡maldita sea! ¡vuelve! — lloró sin control — por favor... no me dejes.

Entonces se desplomó encima de él al tiempo que Jacobo comenzaba a toser y a escupir agua.

El alivio que les inundó a todos les llenó los ojos de lágrimas aunque ninguno estaba dispuesto a reconocerlo.

—Jacobó... mi amor — Grizela le besó con ternura sin dejar de acariciarle — has vuelto.

—Te dije que lo haría — sus oscuros ojos grises la miraron con intensidad — he atravesado la tormenta por ti.

Entonces la abrazó con todas sus fuerzas y la sentó en su regazo sin importar le la lluvia o el frío.

Ian se acercó a su esposa que lloraba desconsolada mirando a su hermano, la imagen le rompió el corazón, se abrazaba a ella misma con fuerza mientras el llanto la hacía estremecer. La rodeó con sus brazos y la cobijó en su pecho.

—*Mo bhana-phrionnsa*, tu hermano está bien — le susurró al oído — está vivo y se recuperará.

—No puede perderle Ian — otro sollozo la estremeció — yo... no puedo.

—Lo sé mi amor y no le perderás jamás — la abrazó con más fuerza — atravesamos Escocia juntos para encontrarte y siempre nos encontraremos, en esta vida y en la siguiente.

La lluvia comenzó a caer con menos fuerza y los hombres subieron a Jacobo al caballo pese a las protestas de este, llegaron a la fortaleza y sin detenerse le subieron a las habitaciones del *laird* que rápidamente se llenaron de doncellas y guerreros que no necesitaron recibir órdenes para hacer la estancia lo más cómoda posible. La chimenea brilló con furia al ser atizada, las sábanas se cambiaron en un abrir y cerrar de ojos, las pesadas mantas se colocaron a los pies de la enorme cama de caoba y una bañera de madera fue llevada a la alcoba que rápidamente se llenó con agua caliente.

Grizela no se separó de Jacobo ni un instante y sin ser consciente de que los otros *lairds* estaban con ellos le quitó la ropa empapada, no se dio cuenta de la presencia de los demás hasta que un sollozo la sobresaltó, al arrancarle la camisa de lino, el pecho de Jacobo estaba totalmente cubierto de sangre.

—Katherine — la miró suplicante — ayúdame a curarle — sus palabras se perdieron en un susurro.

La inglesa no dudó en arrodillarse a su lado, terminaron de quitarle la ropa de la parte superior del cuerpo y rápidamente Grizela gritó que alguien le trajese su bolsa de curas, una muchacha corrió por las escaleras para obedecer mientras su mente se llenaba con crueles imágenes de las torturas que su señor habría soportado, ella jamás le había visto las cicatrices y se sintió mareada.

Todas las mujeres lavaron el cuerpo de Jacobo con esmero y cariño, él se

había quedado inconsciente desde que entraron en el castillo, Katherine preparaba los ungüentos para las heridas mientras Athdara y Grizela se aseguraban de que cada corte estaba perfectamente limpio.

Le vendaron con jirones de una de las sábanas y entre Ian, Logan y Fergus le tumbaron en la cama con cuidado.

—Ahora sólo queda esperar — había murmurado Katherine con el rostro lleno de lágrimas.

Todos habían abandonado la estancia para dejarles algo de privacidad a Grizela y a Jacobo, en la mente de todos estaba instalada la idea de que seguramente no sobreviviría a los cortes que tenía en el cuello, torso y brazos pero nadie quería darles voz a esos pensamientos.

—Tenemos mucho trabajo que hacer — Ian se puso al mando de la fortaleza con la tristeza cerrándole la garganta.

Todos le observaban con los ojos llenos de lágrimas pero acataron todas y cada una de sus órdenes sin rechistar.

Tardaron tres días en vaciar el castillo de las pertenencias de los mercenarios del príncipe y limpiar lo mejor que pudieron el desastre en el que se había convertido el Gran Salón. Katherine y Athdara habían colocado flores por toda la estancia y cada día pasaban unas horas con Jacobo que apenas se movía. Grizela no se apartaba de su lado en ningún momento.

—Estoy preocupada por mi hermana — Athdara se abrazó a su marido con fuerza — no creo que pueda superar que... — no fue capaz de terminar la frase.

—Jacobo es un hombre fuerte — Logan la rodeó con sus brazos con fuerza y la besó en el pelo — confiemos en que volverá.

El cuarto día, las esperanzas de todos estaban tan mermadas que las mujeres intentaban controlar el llanto y los hombres bebían para controlar la ira que les invadía. En la mente de todos estaba el mismo pensamiento, Jacobo había vivido las peores situaciones que hombre, mujer o niño pudiese soportar pero había conseguido volver, pero quizá ya no podía más, quizá estaba cansado de tener que luchar continuamente por sobrevivir, por salvar a aquellos a los que amaba.

—Me esperaba algo más de alegría la verdad — la profunda voz del inglés petrificó a todos.

Ian, Logan y Fergus le miraban como si fuese un fantasma y sus mujeres tenían expresiones parecidas en sus rostros.

Delante de ellos, bajo el arco, se encontraba Jacobo apoyado sobre la

pequeña Grizela que no podía ocultar la felicidad que la llenaba.

—¡Hermano! — Katherine se acercó a él con cautela, las lágrimas rodaban por sus mejillas — ¡oh Dios mío! — le tocó la cara con cuidado y se perdió en la mirada gris de su hermano, le abrazó despacio — estás vivo...

—Hola hermanita — con gran esfuerzo, el inglés se soltó de su mujer y rodeó a su hermana entre sus brazos — ¿me has echado de menos?

—No vuelvas a hacerme esto Jacobo, por favor... — los sollozos de ella se le clavaron en el corazón — por favor... por favor...

—Lo intentaré — le prometió él con un tierno beso en la cabeza.

Cuando Katherine se tranquilizó, el resto de los hombres se acercaron a él y por primera vez dejaron a un lado las apariencias y se abrazaron con fuerza, la familia viene dada por los lazos de sangre, pero hay lazos muchos más fuertes, como la lealtad y la confianza ciega de un hombre con el que habían compartido pasado, presente y futuro.

—Me alegra que hayas vuelto — Logan miró a su amigo y sonrió.

Jacobo aún estaba algo débil pero aunque sentía que las piernas estaban a punto de fallarle, se irguió todo lo que pudo y miró con profunda gratitud a todos los que le rodeaban antes de girarse y volver a su alcoba.

Mientras Jacobo se recuperaba en la tranquilidad de su habitación y bajo los cuidados de su hermosa y solícita mujer, en la biblioteca del castillo, el resto de los *lairds* y sus esposas leían la misiva de los monarcas de la isla.

Al parecer se habían reunido tras el brutal ataque y habían puesto en claro todos los puntos que les habían enfrentado, para ambos era evidente que no tenían el más mínimo interés en enfrentarse y ambos lamentaban profundamente las pérdidas sufridas en los dos países.

El rey inglés estaba completamente centrado en limpiar su propia corte de aquellos que aún le eran fieles a su hermanastro, pues a pesar de que llevaba muerto varios años, el odio que había sembrado se había convertido en profundas raíces dentro de sus nobles. Algo que no se podía permitir dado que se había posicionado en el conflicto entre Francia y España.

El rey escocés reconocía con pesar que su hermano sólo compartía con él los lazos de sangre por parte de su padre, pues después de registrar sus habitaciones habían descubierto pruebas que describían el odio que sentía hacia su familia por hacer que su padre echara de la corte a su madre, por lo que esta acabó convertida en doncella para Angus McGregor, también había misivas entre él y Eskol McIntosh en las que se hacía gala de una crueldad y una maldad apenas concebible para él.

Ambos monarcas aseguraban que mientras ellos gobernasen, sus miras estarían puestas en sus propios reinos y no habría más guerras de las que preocuparse, lamentaban de nuevo las pérdidas y les ofrecían a los *lairds* una compensación, en especial hacían referencia a Jacobo y a su valor e integridad.

CAPITULO 27

Una semana después, Jacobo ya no era capaz de mantenerse dentro del lecho tan sólo contemplando lo que le rodeaba, se sentía completamente restablecido y se había pasado toda la mañana intentando convencer a su mujer de lo absolutamente recuperado que estaba, pero entonces ella se tumbó a su lado y le miró con tanta dulzura y amor que por un momento se sintió abrumado.

—Todo ha terminado ya mi amor — le dijo mientras su mano acariciaba lentamente su brazo en dirección a su mano — ya no tienes que seguir peleando, no hay nada que tengas que demostrar — sus dedos acariciaron su torso desnudo con lentitud — estoy a salvo, nadie ni nada puede apartarme de ti — poco a poco subió sus dedos hasta apoyar su palma contra su corazón — nos has salvado a todos.

—Ian atravesó Escocia por Katherine, Logan atravesó un infierno interno por Athdara — Jacobo quería decirle tantas cosas que las palabras se le atascaron en la garganta.

—Y tú has atravesado la peor de las tormentas para salvarme — lentamente le rodeó el cuello con sus brazos — te amo más que a mi vida Jacobo de Bradbury.

El inglés no lo soportó más, la abrazó con todo el amor que sentía por ella y se fundieron en un sentido beso que les hizo vibrar a ambos, dando paso a un encendido deseo en sus cuerpos que pronto se enlazaron en movimientos

coordinados.

Jacobo besó a su mujer con posesividad antes de tumbarla de espaldas en la cama, le desabrochó la camisola con lentitud mientras besaba cada pedazo de piel que descubría, cuando sus pechos quedaron al descubierto, el inglés se tensó y rodeó una de las sonrosadas cimas con su lengua provocando miles de descargas en el cuerpo de su mujer, adoraba su calor y su sabor, se metió todo el pezón en la boca mientras una de sus manos se deslizaba por sus piernas subiendo la camisola hasta su cintura, él quería amarla con lentitud, demostrando todo el amor que sentía por ella, pero cuando uno de los botones no quiso ceder, le arrancó la ropa del cuerpo.

—Me encanta verte perder el control — la voz de ella le paralizó, la miró fijamente a los ojos y ella le rodeo el cuello presa del deseo — adoro cuando no te detienes, cuando me quemas la piel con tus caricias o tus besos, me haces sentir tan hermosa y deseada que el placer me inunda hasta el alma.

—Podría hacerte daño — murmuró él.

—Jamás lo harías mi amor — ella se arqueó debajo de él — tú eres el lugar más seguro del mundo para mí — le acarició el cuello con la lengua y le miró traviesa — hazme el amor Jacobo, hazme tuya y demuéstreme la fuerza que tienes.

Él no pudo soportarlo más, le abrió las piernas sin delicadeza y metió su cara en el triángulo de rizos húmedos mientras sus manos amasaban sus pechos con decadente lujuria, su lengua se introdujo en el cuerpo de ella y comenzó un ataque sensual que provocó que Grizela no pudiera dejar de moverse ni un momento, él no tenía piedad, chupaba, mordía, soplabla y lamía cada parte de su intimidad y ella gemía presa de un intenso placer, le introdujo dos dedos a la vez y ella estalló en un orgasmo que la hizo gritar su nombre, la acompañó en el éxtasis y cuando parecía que iba a dejarla así, la penetró con fuerza. Los niveles de placer de ella subieron de inmediato.

Jacobo entrelazó sus dedos con los de ella y colocó sus manos sobre la cabeza, la miraba fijamente a los ojos mientras impulsaba su cuerpo dentro de ella.

—Te amo — gimió él mientras se perdía en su dorada mirada — te deseo tanto y de tantas formas...

—Por los Dioses — ella sólo podía gemir y aunque intentaba no cerrar los ojos, apenas podía soportar el placer al que su marido la sometía — no pares — gimió cuando volvió a sentir la oleada que la invadió.

—Jamás — él se introdujo con fuerza y la catapultó al éxtasis de nuevo,

sólo entonces él se dejó llevar — jamás pararé, eres todo lo que alguna vez soñé mi amor, me has devuelto a la vida.

A la mañana siguiente, la paz parecía haberse instalado en Ellon, apenas quedaban restos de la destrucción en los campos, ventanas rotas, árboles a punto de caer que la tormenta y la pelea habían provocado, pero la calma que reinaba se había contagiado a todos los habitantes de la aldea.

Grizela dormía sobre el cuerpo caliente de su marido y por primera vez en mucho tiempo, lo hacía sabiendo que lo peor que le podía pasar a lo largo del día, sería que las cocineras no se pusieran de acuerdo sobre el plato principal del almuerzo. Sonrió y sin abrir los ojos se dedicó a acariciar el duro torso de su marido, recorrió todas y cada una de sus cicatrices, las antiguas y las nuevas y las besó tan dulcemente que Jacobo a punto estuvo de hacerla girar y colocarse sobre ella.

—Buenos días mi señora — la saludó con un beso en los labios.

—Buenos días mi señor — respondió ella con una sonrisa.

—Tus besos ciertamente son curativos milady, las cicatrices ya no me duelen.

—Ojalá encontrase a los salvajes que te hicieron esto — acarició una cicatriz en el costado que tenía peor aspecto que las otras — les haría suplicar clemencia.

—Basta de venganzas — la giró sobre el lecho y le colocó las manos sobre la cabeza quedando encima de ella — algunos de los hombres que me torturaron murieron en la escaramuza cuando fuimos a por Katherine, en cuanto a los demás — se encogió de hombros — me da igual lo que hagan con sus vidas, yo sólo quiero que puedas mirarme y tocarme sin sentir asco y sin que te sientas obligada a hacerlo.

—Mi amor — Grizela le miró llena de ternura — nada en ti me resulta repulsivo, sin embargo sí que me resultas tentador, provocativo, interesante, atractivo...

—¿Interesante? — preguntó el inglés bromeando con ella.

—Y hay algo en ti que me resulta más interesante aún — respondió ella con una pícaro sonrisa.

Jacobo no se hizo más de rogar, le acarició los labios y se cernió sobre ella para demostrarle que el sueño de la noche había sido tan reparador que tenía la intención de no dejarla salir de la cama en todo el día.

Y así lo hizo, cuando se dignaron a salir de la alcoba, el sol se estaba poniendo en el horizonte y los rostros de sus familiares y amigos estaban

lentos de miradas atrevidas y sonrisas maliciosas. Habían sido absolutamente felices mientras compartían la alcoba, pero al entrar en el Gran Salón, la visión les devolvió al presente de golpe provocando que sus corazones se saltaran un latido.

Debido a la intensidad del combate dentro del castillo y a la lucha moral a la que habían sido sometidos los escoceses, fueron necesarios varios días para que el monarca Dàibhidh Bruis decidiera volver a Edimburgo a ocuparse de los asuntos de estado. Cosa que hizo mientras Jacobo estaba inconsciente, pero ahora, estaba sentado en uno de los sillones saboreando un licor ambarino.

Aún le costaba creer que su hermano había sido hijo de un ama de cría y que le había odiado toda su vida, a él le dolía el corazón al pensar que jamás le volvería a ver, puede que Dòmhnal no le quisiera, pero él sí que le había amado con toda su alma y se torturaría el resto de sus días al recordar como lanzó su puñal acertando de lleno en el cuerpo de su hermano cuando éste reveló que había matado a su padre.

Sería una visita corta, pero el rey quería asegurarse de que Jacobo se encontraba totalmente restablecido, algo que le quedó claro al ver el rubor en las mejillas de la hermosa Grizela, sonrió con picardía y saludó a Jacobo como lo que era, uno de sus más preciados amigos.

Los caballeros se preparaban para abandonar las tierras de Ellon, pero el rey escocés saltó de su caballo para dirigirle unas últimas palabras a Jacobo.

—No me importa a qué Dios recéis o a qué bandera sigáis — el inglés le observó con cautela — lo único que me importa es saber que puedo contar con vos como un amigo.

—Podéis hacerlo sin duda alteza, para mí es un honor teneros entre mis amistades.

El orgullo llenó el corazón de Grizela que observaba maravillada cómo su marido se alzaba sobre los demás, cómo su espalda no reflejaba tensión alguna y cómo era capaz de modular su voz para no delatar sus sentimientos. Pero ella le conocía y sabía que en este preciso instante, otra herida del corazón de Jacobo acababa de ser sanada y sin poder evitarlo se acercó a su esposo y le rodeó la cintura con sus brazos.

En cuanto el rey quedó fuera del alcance de su vista, Grizela se giró para mirar a Jacobo.

—Jamás me he sentido más orgullosa de ti — le dedicó una sonrisa que le calentó el alma — jamás podré agradecer a los Dioses que te pusieran en mi

camino.

—El que debe estar agradecido soy yo — le sujetó la cara con sus manos — te quiero más que a mi vida — la besó dulcemente en los labios y se deleitó con la suavidad de éstos.

Durante algún tiempo, ninguno de los dos fue consciente de las miradas traviesas, las pícaras sonrisas ni de los murmullos, tan sólo se sentían el uno al otro. Ciertamente habían pasado por un infierno para llegar hasta el punto en el que estaban, y aunque en alguna ocasión sus fuerzas y su confianza en ellos como matrimonio había flaqueado, en ese momento sentían que todo había merecido la pena y ambos estaban seguros de volver a pasar por todo sólo por llegar hasta el momento justo en el que se encontraban.

—¿Qué pasará ahora? — le preguntó Grizela.

—Que viviremos en paz, en nuestro hogar, amándonos más y más cada día, siendo felices con lo que nos rodea — la estrechó entre sus brazos — y agradeciendo lo que sea que el destino nos depare.

Jacobo estrechó entre sus brazos a Grizela y la apoyó contra su pecho, todo lo que le había dicho era cierto, la amaría más y más cada día durante el resto de su vida, pero aunque se sentía bendecido por la buenaventura que les rodeaba en este instante, no pudo evitar sentirse un poco menos hombre de lo que ella se merecía.

Quería darle todo lo que ella anhelase pero la sombra de sus limitaciones le provocaba un sabor amargo. Grizela quería ser madre, lo supo desde el momento en el que la vio sostener a su sobrino Eduardo, el hijo de su hermana Katherine y de Ian, ella quiso esconderlo pero él la conocía demasiado bien y antes de que la sonrisa de sus labios eclipsara todo lo demás, él pudo comprobar que ella estaba hecha para ser madre.

—¿Te ocurre algo? — le preguntó ella al notar la rigidez en sus músculos.

—No mi amor — la besó con cariño en la cabeza y aspiró su aroma.

Grizela era consciente de que su marido la estaba mintiendo, pero no adivinaba el motivo, ahora sus vidas estaban completamente en paz, todo a su alrededor se había estabilizado y ellos podrían estar juntos tal y como deseaban. Se moría de ganas por preguntarle cuál era el motivo de su pesar, pero algo en su interior le decía que no era el momento más apropiado, que Jacobo necesitaba hablar con ella cuando se sintiese preparado, pues así había sido desde que le conoció.

Caminaron hasta la fortaleza y tras dedicarse una ardiente mirada, cada uno se fue a atender sus obligaciones, Grizela entró en la cocina para hacer

rabiar a las cocineras que no concebían que su señora se empeñase en ayudarlas con las comidas, mientras tanto, Jacobo se dirigió hacia los establos y comprobó que tres de sus mejores yeguas estaban preñadas, se alegró porque eso significaba prosperidad, pero también sintió que estaba fallando a su esposa.

Los días pasaron y la angustia de Jacobo cada vez era mayor, Grizela lo había notado desde el primer momento y aunque quería hablar con él y saber qué era lo que tanto le entristecía no se atrevía, se apoyó ligeramente en la entrada de la biblioteca y le observó con una mezcla de ternura y preocupación y se acercó hasta el escritorio y le ofreció una jarra de leche caliente con miel.

—Te lo agradezco — cogió la jarra de sus manos y le dio un enorme trago.

—¿Necesitas algo más? — le preguntó ella sabiendo cuál iba a ser la respuesta.

—No mi señora — la miró con anhelo como hacía siempre.

Grizela se retiró a su alcoba con la sensación de estar perdiendo a su marido, sabía que él era un bravo guerrero, pero tenía la esperanza que formar una familia con ella en Ellon y gozar de un gran periodo de paz era lo que ambos querían, pero al ver como su relación con su marido se enfriaba cada vez más, la tristeza la invadía por completo.

Jacobo observó la jarra vacía y se sintió terriblemente miserable, sabía que se estaba alejando de su mujer y lo hacía siendo consciente, le dolía en el alma verla con los bebés de las campesinas o de las doncellas. Grizela había nacido para ser madre y él no era capaz de otorgarle ese deseo a pesar de que le prometió que él le daría todo lo que ella anhelase, aunque jamás le dijo nada acerca de los hijos.

Observó los papeles sobre el escritorio y armándose de valor, decidió que hablaría con Grizela, obviamente el problema era de él, pues ella era una joven sana y fuerte, sin embargo, a él le habían torturado durante meses y le habían castrado parcialmente, durante un tiempo estuvo seguro de que había perdido el apetito sexual, pero su mujer se lo había devuelto, no obstante, ahora era evidente que jamás tendría un heredero.

Subió las escaleras intentando controlar su respiración, miles de disparatadas ideas le llenaban la mente y aunque él aceptaría cualquier solución que Grizela le propusiese, lo cierto era que poco a poco le mataría criar al hijo de otro hombre como si fuese propio, pero por ella estaba dispuesto a hacer cualquier sacrificio, siempre que ella se quedase a su lado,

él haría cualquier cosa que ella le pidiese.

Entró en la alcoba y se deleitó al observar el perfil de su mujer que ya estaba acostada, se desnudó lentamente y se metió en la cama con ella, como cada noche, dormía desnuda para complacerle a él, pues adoraba sentir la calidez de su cuerpo sin nada que le estorbase, solamente dormía vestida en los días del mes que era la muestra de su fracaso.

Le acarició la cadera desnuda y se acercó para escuchar el latir de su corazón, estaba dormida como un ángel, Jacobo querría haber hablado con ella ahora que había encontrado el valor de hacerlo, pero al sentir el calor que ella desprendía y que le tenía hechizado, simplemente la abrazó y decidió dejar la conversación para otro momento.

—Mi amor — murmuró para no despertarla — si prometes quedarte a mi lado como hasta ahora, cederé a todo lo que me pidas y aunque me muera de celos, permitiré que otro hombre te posea hasta que tengas un hijo propio al que darle todo tu amor — ella se estremeció y Jacobo la besó con dulzura — lamento no poder ser yo el hombre que te haga feliz.

Grizela no estaba dormida, tan sólo fingía y aunque las palabras de su marido le dolieron en el alma, no pudo evitar sonreír, ¡por los Dioses! ¡Cuánto amaba a su marido!

Respiró profundamente un par de veces antes de darse la vuelta y besar a Jacobo antes de que pudiese decir algo.

—Escúchame atentamente Jacobo — le miró con un brillo en sus ojos que emocionó al inglés — jamás yaceré con otro hombre, da igual lo que los Dioses tengan preparado para mí, tú eres el único al que yo amo y el único al que aceptaré en mi cuerpo — él intentó decir algo, pero ella le besó para callarle — no, no digas que no eres el hombre que me hace feliz, porque te equivocas.

Se subió a horcajadas sobre él y gimió de placer al notar entre sus muslos la excitación masculina.

—Ahora haremos el amor — le dijo mirándole traviesa — y luego te contaré un secreto.

Jacobo no registró las últimas palabras de su mujer pues ella había comenzado a bajar por su cuerpo para repartir atrevidos mordiscos por su piel hasta alcanzar su enhiesto miembro y metérselo en la boca. Todo su ser se colapsó, en ese momento sólo le importaba seguir sintiéndola con esa intensidad.

CAPITULO 28

U nos meses más tarde, Ian y Katherine con sus hijos, habían ido a hacerles una visita, pues aunque los hermanos eran felices en sus matrimonios, no podían estar separados por mucho tiempo, además Jacobo adoraba malcriar a sus sobrinos y hacer enfurecer a su hermana.

Pero el mejor momento de las visitas en Nairn o en Ellon, eran los momentos en los que estaban a solas, la mayor parte de las veces no hablaban de nada importante, pero ¡cuánto se necesitaban! Lejos quedaban ya aquellas noches en las que se quedaban despiertos frente al hogar con jarras de leche caliente con miel y se confesaban sus secretos hasta que el sol les anunciaba que debían descansar.

—¿Recuerdas cuando la mañana de tu boda me pediste que no te olvidase?
— le preguntó Jacobo a su hermana y ella asintió — también me dijiste que te sentías orgullosa de mí.

—Y lo mantengo — respondió Katherine con vehemencia — mira a tu alrededor Jacobo... tienes que ser consciente del amor y la pasión en los ojos de Grizela, la complicidad con Ian y Logan, la lealtad de las gentes de Ellon... te seguirían al mismo infierno sin dudarlo.

—No quiero que arriesguen sus vidas por mí, quiero que vivan y sean felices — abrazó a su hermana con ternura — no te creí entonces — la sujetó con fuerza al percibir cómo ella se rebelaba — no podía hacerlo... me sentía culpable por no haber podido salvaros, aún me siento culpable — la besó en

la cabeza — pero esa culpa ya no me destroza por dentro.

—Lo que ocurrió no fue culpa tuya — le miró con cariño.

—No pude salvar a nuestros padres, no pude salvarte a ti y tampoco fui capaz de mantenerme a salvo — siempre le dolería el corazón por los recuerdos, pero ahora ese dolor era menos lacerante — pero pude salvarla a ella.

Katherine no necesitó que él dijese su nombre, ella adoraba a su cuñada, Grizela era muy especial y ella la querría para siempre por lo que había hecho por su hermano.

—Y ella te salvó a ti — la miró y sonrió con ternura — la adoro Jacobo, te juro que es la persona con el corazón más noble que jamás he conocido.

—Ahora ya puedo decir que soy completamente feliz — su hermana le miró con recelo — durante un tiempo pensé que no podría darle los hijos que ella se merece — no se atrevió a mirarla, ella conocía el alcance de las torturas que había recibido — pero ahora sé que sí puedo y aunque creí morir de angustia en el parto, verla sostener a nuestro hijo me llena de orgullo.

Katherine no se atrevió a decir nada, conocía a su hermano y si él había comenzado a hablar, él tendría que decidir cuándo se terminaría la confesión, aunque sintió auténtica compasión por él y tristeza por todo ese tiempo que él habría intentado controlar sus miedos en completa soledad, el pasado le había robado mucho más de lo que cualquier ser humano tendría que soportar.

Tras un extenso silencio, ella comprendió que Jacobo no diría nada más, por lo que simplemente le besó en la mejilla y le acarició el rostro.

—Jamás habrá nada que no puedas conseguir — le sonrió con dulzura — jamás existirá un hombre como tú en el mundo Jacobo y agradezco a Dios cada día ser tu hermana y tenerte en mi vida.

Los hermanos observaban cómo la vida a su alrededor se mostraba en todo su esplendor, Grizela observaba con una enorme sonrisa cómo la niñera de su hijo, que no era otra que Deirdre McIntosh sostenía al niño mientras giraba con él por el salón.

El cambio procurado en ella había sido absolutamente milagroso, sus mejillas tenían un color rosado que era evidencia de salud y felicidad, había recuperado el peso necesario y con la insistencia de Grizela, sus ropas eran de la misma calidad que las de ella. La mujer adoraba a su señora con cada fibra de su corazón y cuando la mandó llamar para nombrarla ama de cría de su hijo, las lágrimas le rodaron por el rostro y la abrazó con fuerza.

—Grizela tiene el poder de curar los corazones — murmuró Katherine —

Deirdre es una mujer excepcional.

—Casi tanto como tú — Jacobo la abrazó con más fuerza — siempre estaremos juntos hermana mía.

—Por supuesto que sí — aseguró ella — nuestra familia es más grande de lo que alguna vez soñamos, pero ¿sabes una cosa? Por mi parte no cambiaría ni un solo día de existencia.

—Por la mía tampoco — cerró los ojos un instante — lo único que me haría más feliz es que papá, mamá y Rose estuvieran aquí con nosotros.

—Están Jacobo, están... mientras vivan en nuestros recuerdos, estarán con nosotros, somos lo que somos gracias a ellos y si te fijas, mi hija tiene la mirada de mamá y tu hijo tiene el porte de papá.

Jacobo rio con energía.

—Tan sólo es un bebé — sonrió de nuevo y ella se encogió de hombros.

—No importa, tu hijo lleva tu sangre, la sangre de nuestro padre, la de nuestro abuelo, será el digno hijo de Lord Bradbury — giró su cara para mirar a su hermano — será el orgullo de nuestro apellido, como ahora lo eres tú.

—No soy... — no sabía muy bien qué decir.

—Basta — le interrumpió ella — el orgullo que siento al mirarte sólo es comparable con el amor de Grizela — se soltó de su abrazo y le acarició el rostro — volviste de la muerte por nosotras y jamás comprenderás lo mucho que te lo agradecemos, amo a Ian con todo mi corazón, pero estoy muy orgullosa de ser tu hermana, no dudes de eso Jacobo.

En ese momento, los líderes de los otros clanes se acercaron a ellos y saludaron a Jacobo.

—Es hora de marchar a nuestros hogares — le informó Ian — tienes una hermosa familia Jacobo, pero en Nairn también tienes familia, tienes clan, no lo olvides hermano.

El inglés se irguió lleno del orgullo que siempre le invadía al sentir la camaradería de esos enormes highlanders.

—En Daltra también tienes familia, tienes clan — el brazo de Logan se extendió y se apretaron los brazos con fuerza — jamás volverás a caminar solo en esta vida Jacobo de Bradbury, como te dije una vez, eres el primer perro inglés que puede elegir qué apellido escocés llevar.

Las risas estallaron entre todos y tras las alegres muestras de cariño, las carretas, los caballos, los guerreros y las mujeres de Nairn y Daltra abandonaron las tierras de Ellon.

Jacobo observaba la comitiva alejarse y por primera vez en su vida se

sintió completamente en paz.

Grizela se acercó a su marido y le rodeó la cintura con sus brazos apoyando la cabeza en su duro pecho.

—Les echaré de menos — un suspiro salió de sus labios.

—Podrás verles siempre que quieras — la abrazó con ternura — eres la mujer más increíble del mundo — la besó en la cabeza — me siento agradecido porque aceptaras ser mía, te amo desde que te vi en Daltra pese a mi lamentable estado.

—Como yo te amo a ti desde que entraste en el salón de mi padre y me perdí en tus ojos grises — le besó en el pecho y le miró con picardía — en unos pocos meses será la festividad de Ostara.

—Después de ti, es mi diosa favorita — la alzó del suelo y giró con ella — gracias por ser tú, gracias por ese hijo que me has dado y gracias por sanar los corazones y las almas de todos los que te rodean.

—Gracias por atravesar la tormenta — le rodeó el cuello con sus brazos y le besó con todo el amor que sentía en su corazón.

Cuando Jacobo vivía en Inglaterra jamás podría haber imaginado que su vida acabaría siendo como era en estos momentos, sin embargo, estaba completamente de acuerdo con su hermana, no cambiaría ni un solo día de su existencia, pues pese al infierno vivido, todo ello le había llevado a estar donde estaba, en una de las tierras más prósperas de Escocia, rodeado de gentes cuyas experiencias les habían imbuido de una sabiduría que a él le fascinaba, por eso dedicaba tiempo a jugar al ajedrez con los ancianos mientras ellos le contaban historias del pasado, pero sobre todo, agradecía a su Dios cristiano y a los Dioses paganos que le hubiesen concedido el honor de poner en su camino a Grizela.

Él había sido muy consciente de la oscuridad que intentaba dominarle, cuando se fue de Nairn tras discutir con su hermana y se refugió en Daltra, esa maldad que crecía dentro de él aún estaba débil, pero a medida que se recuperaba físicamente, podía sentir cómo se expandía por todo su ser.

Habían sido muchas las noches que pasaba en vela tramando absurdas venganzas y trágicos encuentros, había deseado derramar la sangre de sus enemigos y a veces, ni siquiera le importaba que se derramase la de sus amigos.

Pero afortunadamente Grizela le había seducido demostrando más valor de lo que él mismo tenía, él la deseaba, pero ella representaba todo lo puro y bueno del mundo y estaba claro que él era todo lo contrario, sin embargo, eso

no la detuvo, algo que él agradecería cada día del resto de su vida.

De hecho, en el lugar del bosque donde yacieron por primera vez, Jacobo había puesto una estatua de la Diosa Ostara. Él seguía siendo cristiano, pero si esa mujer existía, él le debía gratitud eterna.

Abrazó a su mujer y la observó detenidamente, la maternidad le había sentado bien, su cuerpo estaba aún recuperándose del parto, sin embargo, él sólo veía que sus ya de por sí enloquecedores atributos, habían mejorado si es que eso era posible.

La alzó de nuevo y giró con ella en el aire, sólo para oírla gritar como una niña, adoraba su risa, su voz... todo. Sus miradas se enlazaron y con una sonrisa llena de amor, la deslizó por su cuerpo hasta que los pies de ella tocaron el suelo. Y así permanecieron durante unos instantes, él perdido en los dorados ojos de ella y ella hipnotizada por su mirada gris.

La escena estaba siendo observada por una mujer de ojos claros que ya no tenía aspecto de fantasma, pero pese a todo lo que había superado, aún observaba a escondidas a sus señores, le maravillaba el amor que se profesaban y soñaba con que algún día, ella sería alzada del suelo para ser besada con semejante adoración, un gorgoteo la sacó de sus pensamientos, miró al bebé que sostenía en brazos y giró con él con una enorme sonrisa en la cara.

—Hasta que el amor de mi vida aparezca, te entregaré mi corazón mi dulce Brais — besó al bebé con dulzura — eres digno hijo de tu padre, pero también de tu madre, lucharé cada día para ser merecedora de tu cariño.

EPILOGO

Ellon, Cuatro años más tarde...

—¡**D**eirdre por los dioses! — Grizela suspiraba desesperada por el corredor de la planta superior.

La mujer que era el ama de cría de sus dos hijos salió del cuarto de los niños.

—Tienes que dejar de consentir a los niños — se acercó a ella y la abrazó con cariño — llevo dos días fuera, ¡sólo dos días! Y Brais ya tiene un caballito balancín de madera nuevo y Hanna tiene una nueva cama.

La mujer se encogió de hombros y sonrió con picardía.

—Te juro que no es cosa mía, es que el carpintero del pueblo hace los mejores muebles y juguetes de Escocia y cuando lo vi... no pude resistirme.

—¿Y vas mucho a su taller? — preguntó Grizela con una sonrisa que ruborizó a la mujer.

—No... sólo cuando alguien necesita un utensilio nuevo o para supervisar cómo va la nueva estantería para la biblioteca.

—Tengo entendido que Connlaodh es un hombre muy interesante.

—Lo es — respondió demasiado rápido — bueno, no sabría qué decir de él por supuesto, porque no le conozco demasiado, además ya sabes que yo... bueno, yo... sólo confío...

—Deirdre — la interrumpió Jacobo que se acercaba por detrás de ella — eres absolutamente adorable cuando no eres capaz de enlazar las palabras en

una frase con sentido — se acercó a ella y la saludó con una sonrisa — y más adorable aún cuando te ruborizas.

—Milord — ella agachó la mirada completamente avergonzada.

—Connlaodh es un buen hombre y como ha hecho tan valiosos regalos a mis hijos, he decidido invitarle a comer con nosotros — se acercó a su mujer y la abrazó — ¿te sentirás cómoda en su presencia? — le preguntó a la joven que tanto había cuidado de su mujer en su ausencia.

—Le agradezco que se preocupe por mí milord, puedo asegurarle que no le dejaré en evidencia.

—Deirdre — la profunda voz de Jacobo la hizo alzar la vista — jamás me has dejado en evidencia y no creo que lo vayas a hacer en un futuro, eres una mujer excepcional que cuidas de mi mujer y de mis hijos con todo tu corazón, mi preocupación por ti es justificada, has demostrado ser una persona de valor y confianza — la miró intensamente — por eso te pregunto de nuevo, ¿estarás cómoda en su compañía?

—Le he visitado algunas veces en su taller milord y no le he temido — bajó la vista de nuevo.

—Eso me alegra profundamente — intervino Grizela ante el azoramiento de la mujer.

—Gracias por su preocupación milord.

Acto seguido se escabulló de nuevo en el cuarto de los niños cerrando la puerta tras ella. Jacobo se apoyó en la pared y suspiró con pesar.

—Jamás conseguiré que confíe en mí — miró a su mujer y abrió los brazos en una clara invitación.

—Eres el único hombre en el que confía Jacobo — se refugió en su pecho y sonrió con cariño — ha superado todo su pasado, pero hay cosas que son imposibles de olvidar, pero confía en ti cariño, te respeta y te quiere, como todos en Ellon.

—Jamás me ha llamado por mi nombre, sólo se dirige a mí con el milord en sus labios.

—Es una muestra de respeto nada más, no te ofendas por ello, para Deirdre eres como un héroe, el único hombre que ha dado su vida por una mujer, ella jamás había conocido a alguien como tú.

—Esperemos que la visita de Connlaodh no le haga recordar esos días oscuros, de verdad creo que es un buen hombre.

El inglés abrazó con amor a su mujer y juntos se encaminaron a sus respectivas responsabilidades pues después de la corta visita a Daltra tenían

muchas cosas de las que ocuparse.

Durante toda la mañana Deirdre estuvo con los niños, adoraba a esos pequeños, Brais era rubio con unos hipnotizadores ojos grises iguales a los de su padre y la pequeña Hanna tenía el cabello castaño con los ojos dorados de su madre, pero para ella no había niños más hermosos y buenos que ellos. Grizela le había comentado en alguna ocasión que no tenía por qué pasar todo su tiempo con ellos, pero ella sentía que ese era su lugar en el mundo, ya habían pasado varios años desde que Eskol la convirtió en un recipiente vacío, desgraciadamente jamás podría tener hijos propios, estaba completamente segura de ello, por eso, después de recuperarse se había volcado en los hijos de Grizela y Jacobo, ellos le salvaron la vida y ella les amaría para siempre por ello.

Mientras acunaba a la dulce Hanna, sintió que se estaba poniendo más nerviosa a cada instante que pasaba, le había prometido a Jacobo que no le pondría en evidencia y lo intentaría con todas sus fuerzas, pero aún le costaba relacionarse con las gentes del pueblo, nadie le había hecho ningún desprecio y ahora todo el mundo sabía que fue ella quien mató a los mercenarios de Eskol que se aprovecharon de las muchachas más jóvenes, no se arrepentía de lo que había hecho, pero tampoco quería exponerse a que los hombres y las mujeres la condenasen, ella era feliz con ocuparse de los niños y estar la mayor parte del día resguardada entre los seguros muros del castillo.

—Es la hora de comer — la dulce voz de Grizela la sobresaltó.

Deirdre miró al bebé que mecía entre sus brazos y sonrió al comprobar que estaba completamente dormida, la besó en la cabeza y la dejó en su nueva cama con cuidado.

—Podría comer en mi alcoba si lo preferís — murmuró al pasar al lado de su señora.

—No consentiré tal cosa Deirdre — enlazó su brazo con el de ella y comenzaron a caminar hacia las escaleras — te sentarás a comer conmigo como cada día y si en algún momento te sientes incómoda, házmelo saber y yo me encargaré de todo.

—No comprendo por qué me protegéis tanto — su voz sonaba débil.

—Porque tú me protegiste a mí y ahora proteges a mis hijos, eres casi como una hermana para mí.

Entraron en el Gran Salón y caminaron hasta la mesa siendo conscientes de que eran observadas por los allí reunidos. Grizela se acercó a su marido y le besó dulcemente en los labios antes de sentarse a su izquierda, a la derecha de

Jacobo se encontraba Connlaodh que no le quitaba el ojo de encima a Deirdre.

Ella se sentó con la cabeza gacha enfrente de él, al lado de Grizela y cuando empezaron a servir la comida se permitió observar al hombre que claramente tenía ascendencia irlandesa. Era alto y musculoso, sus manos eran grandes y fuertes, pero trabajaba con la madera así que sabía que podía ser delicado, pues tanto el caballito de Brais como la cama de Hanna tenían unos preciosos y delicados grabados. Tenía el pelo cobrizo con algunas hebras más claras y unos deliciosos ojos verdes que miraban de frente y con sinceridad, sus hombros eran anchos, tenía poderosos brazos y su cara era bastante atractiva, la nariz recta y los labios carnosos.

Un cosquilleo la recorrió por entero como le ocurría cada vez que le observaba y como ocurría cada vez, el amargo recuerdo de Eskol se coló en su mente, ella pensó que le amaba, sabía que el normando era cruel y egoísta, pero ella le amaba con todo su corazón, hizo casi de todo por estar entre sus brazos, la piel del cuerpo se le erizó y los ojos se le llenaron de lágrimas, miró de reojo a Grizela y observó con gran pesar la devoción en la sonrisa que Jacobo le dedicaba, a ella jamás la habían tratado así, Eskol jamás le sonrió ni la trató con cariño, usó su cuerpo a su antojo dejándola inservible para el resto de su vida.

De pronto se sintió observada y al levantar la vista del plato, vio a dos intensos ojos verdes observándola con un sentimiento que jamás le habían dirigido a ella y se ruborizó de la cabeza a los pies, comenzó a sentirse inquieta y mareada y murmurando una disculpa con sus señores, se levantó de la mesa y salió del Gran Salón.

Caminó con paso firme hasta las escaleras y justo cuando iba a comenzar a subir las, una ligera caricia en su mano la detuvo en seco.

—Perdonar mi atrevimiento milady — Connlaodh estaba frente a ella, era imponentemente alto.

—No soy digna de ese tratamiento — murmuró ella sin dejar de mirar esos ojos del color de los valles escoceses.

—Para mí lo sois — se permitió seguir sujetando su mano con delicadeza — ¿he hecho algo que os ha incomodado? — preguntó con cierta urgencia en su voz.

—No — se ruborizó de nuevo y bajó la mirada.

—Adoro el color de sus ojos señora, me recuerda al cielo de verano tras una tormenta — con delicadeza le alzó el rostro — sois extremadamente hermosa.

—Señor yo... — tiró de su mano y él la dejó soltarle — yo... no...

—No quería asustaros Deirdre — le acarició con delicadeza el final de su trenza que caía sobre su hombro — sólo quería volver a veros.

—Yo... no... no... — las palabras se le atragantaron en la garganta y presa del pánico subió los escalones de dos en dos.

Conlaoth suspiró y se frotó el pelo con las manos, se sentía realmente frustrado, llevaba casi tres años en Ellon y había observado a Deirdre desde la distancia, la forma en la que caminaba, las tímidas sonrisas a los niños o la devoción que mostraba con los hijos del *laird*. Él adoraba y amaba cada uno de esos gestos.

Al poco de llegar a Ellon le habían contado la historia de la hija del *laird* Claud McIntosh y lejos de asustarse se sintió completamente fascinado por semejante valor y coraje.

Siguió con la vista la carrera de la escocesa y se prometió a sí mismo que conseguiría que confiara en él, por lo que le habían contado entendía que no confiara en ningún hombre, pero sin embargo, él había observado como ella miraba maravillada al *laird*, al principio pensó que podría ser su amante, con el tiempo comprendió que Jacobo sólo miraba con deseo a su mujer y que Deirdre le miraba como si fuese una especie de héroe, como si fuese algún Dios.

—No sé cuáles son tus intenciones Conlaoth, pero si le haces daño, te despellejaré vivo — la voz grave y profunda del *laird* sorprendió al irlandés.

—Puedo explicarle mis intenciones *laird* McGregor — se giró lamentando no seguir viendo a la escocesa — pero no hace falta que me amenace milord, jamás le haría daño, no está en mi naturaleza dañar a las mujeres.

La valentía en la respuesta y el hecho de que le mirara fijamente a los ojos, le gustó a Jacobo, que le dedicó una sonrisa cínica y le hizo un gesto para que le siguiera a la biblioteca. Deirdre era extremadamente especial para él, por lo que Grizela le había contado, ella fue la responsable de que su mujer no perdiese la cabeza cuando el príncipe escocés acampó a sus anchas en el castillo, la protegía y la mantenía alerta para que estuviese a salvo y ahora la veía derrochar amor por sus hijos, era amable, dulce y generosa y aunque él deseaba que ella confiase en él, lo cierto era que se sentía más tranquilo al saber que su familia contaba con una mujer que les era totalmente leal.

Cuando llegaron a la biblioteca, Jacobo se sentó en su escritorio y se cruzó de brazos observando al irlandés.

—Eres un maestro de la madera — acarició la superficie lisa del

escritorio — has hecho un magnífico trabajo con los muebles del castillo y con los regalos de mis hijos — el irlandés se removió incómodo en la silla — ¿qué es lo que quieres?

—A Deirdre — dijo sin ningún tipo de vacilación.

Los ojos de Jacobo brillaron como advertencia, su mirada fría y calculadora decían que podía atravesar los corazones de las personas y por un momento, Connlaodh tuvo la sensación de que así era.

Pero también sabía que Jacobo de Bradbury valoraba la verdad y la lealtad y él era totalmente sincero, no estaba acostumbrado a dar explicaciones sobre sus actos, pero ahora tenía la oportunidad de acercarse más a la mujer a la que amaba y por los Dioses que iba a aprovechar cualquier ayuda.

—No puedes tenerla — gruñó Jacobo — elige a otra.

—No quiero a otra, la quiero a ella — el *laird* se puso en pie y el irlandés comprendió por qué motivo todo el mundo le temía — mi *laird*, sé que ha sufrido mucho pero yo... me he enamorado de ella a distancia, cada vez que viene a recoger un encargo o a pedirme que talle un nuevo juguete para Brais.

—Escúchame atentamente — Jacobo se acercó a él que se puso de pie de un salto — ella es intocable, Deirdre está bajo mi protección y no te acercarás a ella a no ser que ella sea quien solicite tu presencia — alzó una mano para detener la protesta del hombre — si te acercas sin su permiso, te juro que te rebanaré el cuello y los cuervos darán cuenta de ti, ¿me has entendido?

—Sí mi *laird*, pero no creo que pueda hacer eso — la ira de Jacobo se palpaba en el ambiente — no pretendo hacerle daño, tan sólo quiero estar con ella.

—Ella no es como las demás mujeres — rebatió Jacobo.

—No, en eso estamos de acuerdo mi *laird*, ella es única.

—No la seducirás — advirtió Jacobo en una clara amenaza.

—Pretendo casarme con ella, ofrecerle un hogar seguro y mi compañía siempre que ella quiera.

—No la conoces — el inglés sentía admiración por el hombre, pero temía por la reacción de Deirdre.

—Lo que sé de ella hasta ahora me ha hecho amarla con cada fibra de mi ser — respondió encogiéndose de hombros.

Tras compartir una par de vasos de whiskey, Jacobo llegó a la conclusión de que Connlaodh no iba a cejar en su empeño de estar con Deirdre, por lo que decidió que le permitiría cierta cercanía siempre y cuando ella no

mostrase signos de angustia, de lo contrario le desterraría sin miramientos.

Un mes después, una de las doncellas más jóvenes llamó a la puerta de la alcoba del *laird* y esperó impaciente a que su señora le diese paso, cuando lo hizo, saludó a Grizela y se acercó a Deirdre con una sonrisa enorme en la cara.

—Otro regalo para ti — le enseñó el intrincado diseño de madera que llevaba en las manos.

Deirdre lo sostuvo con delicadeza y sonrió levemente, Connlaodh llevaba todo el mes enviándole extraños regalos que ella guardaba como si fuesen un tesoro, Jacobo le había contado la conversación que tuvieron en la biblioteca y aunque al principio ella sintió auténtico terror, lo cierto era que cuando él estaba cerca ella se sentía abrumada, pero no asustada, algo dentro de ella le decía que con él estaba a salvo, por ese motivo había aceptado los regalos aunque no accedió a ir a verle a su taller como le pidió en una nota.

—Es muy hermoso — Grizela se acercó a ella y la abrazó con ternura.

—Todos los regalos que envía son así — sus ojos se humedecieron y miró asustada a su señora — yo no soy... yo... — como siempre que intentaba explicar cómo se sentía, las palabras le cerraban la garganta.

Grizela la abrazó más fuerte y despidió a la doncella con una sonrisa, esperó hasta que la puerta se cerró y miró con cariño a esa mujer a la que adoraba.

—No te ocurre nada malo Deirdre — ella asintió con la cabeza — mírame, te lo prometo, eres maravillosa y tienes un corazón de oro y mucho amor para dar además de la necesidad de recibir un amor puro como el que Connlaodh te ofrece.

—Pero yo no puedo ser su esposa Grizela — la piel se le erizó — lo que Eskol...

—No — la interrumpió la escocesa — no, no pienses más en ese desalmado, lo que te hizo le procuró la muerte, aunque si me preguntas te diré que Logan fue tremendamente benevolente con él — la observó con detenimiento — no te digo que debas casarte con él, pero quizá si compartís algo de tiempo te des cuenta de que es un hombre de fiar al igual que Jacobo.

—Nadie es como nuestro *laird* — Grizela sonrió como respuesta — lo siento milady.

—Sé que adoras a Jacobo, pero también sé que no le deseas en absoluto

— la mujer negó con vehemencia — mira Deirdre, cuando yo vi a Jacobo por primera vez me sentí tan abrumada por su presencia que estuve a punto de echar a correr, pero algo en sus ojos me detenía, esos ojos grises que lo escrutaban todo, que miraban a todo el mundo como si les leyese el pensamiento y le observé a distancia, cuando él llegó a Daltra, estaba terriblemente herido y pese al buen trabajo de la sanadora y de Katherine, sus heridas se habían abierto y era evidente que su corazón y su alma necesitaban tantos cuidados como su cuerpo.

Grizela guio a Deirdre hasta el borde de la cama y la instó a sentarse a su lado.

—La primera vez que hablé con él... — un suspiro se escapó de sus labios — no puedo explicarlo, yo... sentí que su voz se derramaba por mi corazón como chocolate caliente, todo mi cuerpo reaccionó, mi sangre corría veloz por mis venas y cuando fui consciente de que me observaba fijamente, te juro que las rodillas apenas podían sostenerme — una sonrisa se asomó a sus labios — yo no he vivido lo mismo que tú y no puedo imaginarme por lo que has pasado, pero sí que he visto cómo le miras y sé que estar cerca de él te provoca miles de sensaciones que no eres capaz de explicar, pero escúchame — le cogió las manos con ternura — ya no tienes que cuidar de nadie, tan sólo intentar ser feliz, y el amor es el sentimiento más puro que hay en el mundo, no te prives de él sólo porque estés asustada, además — le sonrió con picardía — sabes que Jacobo le arrancaría la piel a tiras si hace algo que te moleste.

Deirdre se sentía desfallecer, la conversación con Grizela le había resultado agotadora y eso que ella había permanecido callada todo el tiempo, así que al anochecer ella estaba en su alcoba, sentada en el borde de la ventana observando cómo el sol se ocultaba en el horizonte.

Un suspiro se escapó de sus labios, era cierto que ya no debía cuidar de nadie, pues desde que terminó la guerra y Jacobo volvió a gobernar en Ellon, impuso una ley que prohibía hacer daño a las mujeres y afortunadamente ningún hombre la había ignorado.

Pero las palabras de Grizela le golpeaban el corazón con fuerza. Su señora tenía razón, había pasado por algo terrible pero Katherine, Athdara y ella misma también y habían conseguido superarlo y ser felices al lado de sus maridos, hombres que las protegían con sus vidas y que cada gesto que llevaban a cabo era por y para ellas, también habían sido traicionadas por hombres, pero no desconfiaban de todos los demás.

Casi de manera inconsciente se puso una capa sobre los hombros y

atravesando los antiguos pasadizos que había usado en el pasado para vigilar a los habitantes de la aldea, se introdujo en la oscuridad y se dirigió sin ser vista al exterior del castillo, nadie conocía la aldea como ella, salió al patio de armas y a través de una puerta secreta, salió de la fortaleza, caminó sigilosamente hasta la carpintería, era uno de los nuevos edificios que se habían construido con la reforma de Jacobo, pero ella en sus anteriores visitas había observado que era un edificio amplio de dos plantas, el taller ocupaba la parte de abajo y ella imaginaba que Conlaoth vivía en la parte superior.

Se coló por la parte trasera sin hacer ruido y un ligero zumbido la asustó, tras asegurarse de que nadie la había seguido se introdujo en la carpintería y observó al irlandés, trabajaba en un trozo enorme de madera, tenía el torso al descubierto y llevaba unos pantalones de cuero que se ceñían indecorosamente a su cuerpo, algo dentro de ella se agitó y pese al temor que sentía, no podía apartar la vista de ese hombre.

Observó cómo poco a poco la madera iba tomando forma, se deleitó con las suaves pasadas de esas enormes manos por la pieza para asegurarse de que no había ninguna astilla y ahogó un suspiro cuando le vio beber un poco de agua de un cubo y una descarada gota se deslizó por su musculado cuerpo.

Azorada por sus pensamientos, volvió al castillo envuelta en la oscuridad y en el más absoluto silencio, se metió en la cama y se dejó llevar por sus pensamientos. ¿Sería posible que ella volviese a sentir deseo? Ya no era una niña, estaba a punto de cumplir los treinta años y llevaba sin ser tocada por un hombre demasiado tiempo, aunque lo que ella recordaba de ese acto la repugnaba enormemente. Sentía cómo la cabeza le daba vueltas y el corazón le latía desacompañado, había sentido un ligero pinchazo de envidia al ver cómo esa maldita gota recorría el cuerpo masculino.

Se quedó dormida cuando se cansó de dar vueltas en la cama presa de una agitación que jamás había sentido.

Durante los siguientes cuatro meses, Deirdre se escapaba cada noche para observar en silencio al irlandés que seguía mandándole regalos a diario, cada día un objeto diferente pero todos ellos hermosos y tallados con gran detalle.

La noche de su cumpleaños una extraña sensación se apoderó de ella, nadie sabía cuándo había nacido por lo que nadie supo lo que ese día significaba para ella, pero cuando por la noche se escabulló para observar a Conlaoth, la sangre le hervía en las venas de una forma diferente, sus mejillas estaban arreboladas y su corazón apenas era capaz de latir sin golpearle las costillas.

Entró en la carpintería y observó cómo el irlandés sostenía entre sus manos una herramienta que ella le había visto usar para hacer agujeros en la madera, acarició el tronco que tenía ante él y ella perdió el control de su cuerpo.

Salió de entre las sombras y miró sorprendida al hombre que se giró a mirarla pero no se sobresaltó.

—No te sorprende que esté aquí — murmuró ella confusa.

—Sé que has estado viniendo cada noche desde hace tiempo — confesó con una sonrisa — por eso trabajo por la noche sin camisa.

—¿Para presumir? — ella no se perdía un solo detalle de su rostro y su interior vibró al escuchar su risa.

—No, para que no te resultara tan intimidante — soltó la herramienta y dio un paso hacia ella — he soñado con el día en el que te atrevieras a dejarte ver — dio otro paso y se acercó más — ¿por qué has elegido el día de hoy?

—Es mi cumpleaños — sentía que el corazón le latía en la garganta.

—Entonces hoy tendría que haberte hecho llegar dos regalos — dio otro paso hacia ella — no lo sabía, discúlpame, ¿hay algo que desees? — ella asintió con la cabeza y a él le dio un vuelco el corazón — dime lo que desees y yo te lo daré.

—Quiero una caricia — el pulso de Connlaodh se disparó y todo su cuerpo se tensó de anticipación — y un beso, si eso no os molesta.

Él rio con un sonido grave que a ella le hizo temblar, pero justo cuando estaba a punto de echar a correr, comprendió que no estaba asustada, se sentía nerviosa, abrumada pero con una curiosidad tremenda por algo que no lograba comprender.

—Parece que los Dioses han escuchado mi plegaria — se acercó a ella hasta que casi podía oler su piel — buenas noches Deirdre — susurró acercando su boca a la nívea piel de ella, la sintió estremecerse y le cogió una mano entre las suyas — no tengas miedo, jamás haré algo que no quieras que haga — la miró fijamente a los ojos — ¿puedo acariciarte donde yo quiera? — la sonrisa lobuna de él la puso en alerta, pero no se movió del sitio, apenas podía respirar, no asintió, pero tampoco negó.

Connlaodh podía sentir cómo ella se estremecía y maldijo para sus adentros al salvaje que la había hecho tanto daño, deberían haberla adorado y sin embargo... cerró la puerta a ese pensamiento, llevaba años soñando con estar a solas con ella y ahora era su momento, no existía en el mundo nada más que ella.

Le acarició el rostro con sumo cuidado colocando un rebelde mechón de pelo tras su oreja, el cuerpo de ella tembló visiblemente pero se mantuvo todo lo firme que pudo, él no dejaba de mirarla, sus preciosos ojos azules le tenían hechizado, le sostuvo el rostro con ambas manos y lentamente se acercó a sus labios, no quería contenerse pero por ella lo haría, posó sus labios en los de ella como una caricia, suavemente y se sintió perdido cuando la oyó suspirar, su respiración acelerada y el calor de su cuerpo le estaban volviendo loco, presionó un poco más los labios y enredó una mano en su pelo trenzado, quiso ir más allá pues el deseo le estaba consumiendo, pero era consciente de que no debía, de modo que apretando la mandíbula hasta hacerse daño se separó de ella con cautela y rezó para que no saliera corriendo.

Deirdre apenas podía respirar, tenía los pulmones ardiendo por el esfuerzo, la sangre le corría presta en las venas y sentía un extraño calor adueñándose de su cuerpo, le hormigueaban las manos por la necesidad de tocarle y el olor que inundó sus fosas nasales cuando él la besó hizo que se marease, jamás había olido algo tan embriagador.

—Di algo por favor — la ligera súplica en su voz la devolvió a la realidad.

—¿Puedo acariciarte yo? — la pregunta le dejó completamente asombrado, asintió torpemente con la cabeza.

Ella alzó su mano temblorosa hacia su pecho y al sentir el calor que desprendía separó la mano con rapidez, pero al ver que él no se había movido lo más mínimo, volvió a posar su palma sobre el masculino torso y se permitió recorrer una pequeña distancia, pero alejó de nuevo la mano al escuchar una especie de gruñido.

—¿Te he hecho daño? — le preguntó temerosa.

—No Deirdre — él capturó su mano y se la puso sobre el corazón — lo que me provocas no es dolor, es deseo, un deseo tan abrasador que apenas puedo contenerme.

—No soy como las demás mujeres, yo estoy rota — el dolor en sus palabras le atravesó hasta el alma.

—No estás rota Deirdre, yo te enseñaré cómo es el amor, el amor de verdad, te enseñaré que cuando un hombre le hace el amor a la mujer a la que ama, todo es para el disfrute y el placer de ella, que sus intereses están por encima de los de él — la miró fijamente — te prometo que cada día que pase te veneraré y te adoraré como te mereces.

—¿Por qué yo? — preguntó con las lágrimas a punto de rodarle por las

mejillas.

—Porque te amo — se encogió de hombros — porque me hechizaron tus ojos azules, porque tu sonrisa me quita el aliento, porque tu presencia me hace enloquecer.

El día había amanecido con el astro rey brillando en todo su esplendor. Grizela se desperezó en la cama y al abrir los ojos se dio cuenta de que su marido la observaba con una extraña expresión en el rostro.

—Te amo Grizela — la voz de Jacobo destilaba tensión — te amo más que a nada en este mundo.

La escocesa estaba confusa por el tono con el que su marido hablaba.

—¿Ocurre algo? — preguntó temerosa de la respuesta.

—Lo único que ocurre es que la vida es absolutamente maravillosa — la abrazó y la puso sobre él — cada día a tu lado es como vivir un sueño del que no quiero despertar. Me has dado dos hijos y el tercero viene en camino — acarició con ternura su redondeado vientre — me has curado el corazón y el alma y jamás podré agradecértelo lo suficiente.

—¡Oh Jacobo! — le besó en el centro de su pecho — para mí también es maravillosa la vida a tu lado, cada día que pasa me siento más orgullosa de ti y al ver crecer a nuestros hijos me doy cuenta de que lo mejor que pude hacer fue aderezar la comida en aquel festival de Ostara — una sonrisa se instaló en sus labios y él se quedó embelesado.

—Conozco tus trucos con las hierbas hechicera — la puso sobre el colchón y se colocó sobre ella sin apenas tocarla — pero por muchas hierbas que me des jamás igualará el deseo que siento por ti.

Y antes de que ella pudiese decir algo más, se abalanzó sobre su boca para demostrarle que pese a que los años habían pasado, él la amaba y la deseaba con la intensidad del primer día.

Esa misma tarde, se celebraba la boda entre Connlaodh y Deirdre, un enlace esperado que hizo suspirar a más de una doncella, todas admiraban la apostura y virilidad del irlandés, pero se alegraban de corazón por la mujer que durante años veló por la seguridad de todas ellas, vengándose de los salvajes que las violaban o las maltrataban, todas las mujeres en la aldea la adoraban y se alegraron de que hubiese un hombre que supiese ver más allá de un turbulento pasado.

—Trátala como se merece o eres hombre muerto — Jacobo respetaba al

irlandés, pero no pudo evitar hacerle una última advertencia cuando se acercó a felicitar a la pareja.

—Te doy mi palabra Jacobo — le tendió la mano — ella es toda mi vida.

Grizela se abrazó a su marido y felicitó a los recién casados con un brillo emocionado en sus ojos y cuando la luna estaba en lo más alto del cielo, ella alzó la vista y agradeció a los Dioses, a sus padres y a los de Jacobo que les protegiesen y les proporcionasen tanta felicidad.

FIN

NOTA DE LA AUTORA:

Me gustaría aclarar que todos los acontecimientos que se narran en esta novela son totalmente inventados y no se corresponden con los hechos históricos.

Mi intención con esta trilogía no es la de narrar las vidas de sus protagonistas siendo totalmente fiel a la historia, sino la de hacer que mis lectores disfruten con estos personajes que tienen un trozo de mi corazón en cada uno de ellos. Sin embargo, sí que me gustaría mencionar algo, la valentía y el coraje tanto de Katherine (1ª entrega) como la de Athdara (2ª entrega) han sido objeto de algunas críticas debido a su comportamiento tan poco convencional para su época, algo que es totalmente cierto, pero ellas están basadas en las mujeres que poco a poco han ido cambiando nuestra historia, aunque apenas se hable de ellas o se las recuerde, fueron iconos en su época y ahora son leyendas, como es el caso de:

Cleopatra: la única emperatriz de Egipto y una de las mujeres más poderosas de su época que consiguió tener al todopoderoso imperio romano en jaque hasta el día de su muerte.

Lady Godiva: mitad mito, mitad personaje histórico real que cabalgó desnuda por las tierras de su marido para que éste rebajase los impuestos a sus aldeanos.

La santificada Juana de Arco: una mujer de origen humilde que consiguió liderar al ejército francés en la Guerra de los Cien Años.

Más cercana a nuestra época está Marie Curie: la primera mujer en recibir un Premio Nobel en dos categorías (física y química), estudió de forma clandestina y consiguió ser la primera mujer en tener un puesto de profesora en la Universidad de París.

Benazir Bhutto: líder del Partido Popular de Pakistán, fue la primera mujer que ocupó el cargo de primer ministro en un país musulmán.

Hay muchas más mujeres que no se comportaban según los roles establecidos en sus épocas, sin embargo, con sus actitudes revolucionarias se han ganado un hueco en las menciones honorarias de los historiadores.

Quizá sea presuntuoso por mi parte, pero me encanta la idea de imaginar que una mujer como Katherine o como Athdara así como Grizela, pudieron existir realmente, mujeres llenas de un espíritu que no se doblegaba, que eran

capaces de dar lo mejor de sí mismas sin pedir nada a cambio, tan sólo queriendo mejorar el mundo que las rodeaba. Mujeres que fueron amadas por grandes hombres que lejos de actuar como dueños y señores de sus cuerpos, almas, mentes y corazones, las apoyaban en su lucha y con un gran acto de fe, confiaban ciegamente en que caminando a su lado, conseguirían mejorar todo aquello que fallaba en la sociedad.

Como digo, quizá peque de presuntuosa, pero, ¿a quién no le encantaría haber coincidido con ellas? Yo me considero afortunada por haberlas conocido de este modo, porque para ellas el rendirse no es una opción y yo me dejo llevar por su espíritu tanto como puedo.

Os comentaba al principio que en esta trilogía no se siguen los acontecimientos históricos, eso es un hecho. La primera novela comienza en el año 1519, por aquel entonces, el soberano de Inglaterra era el rey Enrique VIII, conocido principalmente por haber contraído matrimonio en seis ocasiones y por ser el artífice de la ruptura con la iglesia católica romana convirtiéndose en el líder de la iglesia anglicana, también fue el responsable de la unión de Inglaterra y Gales y promulgó leyes importantes como la Buggery Act (legislación contra la sodomía en Inglaterra) y la Witchcraft Act (legislación que permitía matar a las brujas).

Mientras, en Escocia gobernaba Jacobo V proclamado rey el 21 de septiembre de 1513 con apenas un año de edad, la regencia fue asumida por su madre Margarita depuesta apenas un año más tarde tras contraer matrimonio de nuevo, John Stewart II duque de Albany asume el cargo de regente, pero cuando Inglaterra y Francia entran en guerra, el VI conde de Angus, Archibald Douglas, padrastro del joven Jacobo, expulsa a Albany y confina a su hijastro en el castillo de Edimburgo donde es rescatado por su madre en 1527, Jacobo asume las riendas del gobierno un año más tarde.

Como podéis comprobar ninguno de los monarcas mencionados en la trilogía existieron de verdad, sin embargo, durante el transcurso de la tercera parte (A través de la tormenta) sí que se menciona un hecho histórico que realmente tuvo lugar, la guerra entre Francia y España tuvo muy ocupado al monarca inglés en el año 1519 (alteré los años para el contexto de la novela). Tanto Francisco I (rey de Francia) como Carlos I (rey de España) intentan ganarse el favor de Enrique VIII, pero a partir de 1521 la influencia de Inglaterra comienza a mermar y el rey inglés se alía con Carlos I a través del tratado de Brujas y en febrero de 1525, el rey francés es derrotado por el

ejército español en la batalla de Pavía. El rey inglés se mostró reacio a que España conquistase Francia, lo que terminó con el tratado de Westminster en 1527.

Esa fue la primera de las cuatro guerras que España mantuvo con Francia, la segunda fue en 1526 cuando Francia asaltó Roma y que se solventó mediante la Paz de Cambrai donde ambos monarcas (francés y español) hicieron concesiones.

La tercera fue en 1535 debido a la invasión francesa del ducado de Saboya para continuar hasta Milán, sin embargo, debido al agotamiento de ambos ejércitos, se firma la tregua de Niza en 1538.

La cuarta fue en 1542 que terminó en 1544 firmando la Paz de Crépy, debido a la reanudación del conflicto con Alemania. En este caso, los monarcas volvieron a hacer concesiones cediendo territorios.

(Toda la información sobre los conflictos entre España y Francia son sacados de Wikipedia, aunque corroborados por otros medios).

El hecho de que se mencione la localidad de Strivelyn (nombre de la ciudad de Stirling en el siglo XII), es un guiño a la batalla de Bannockburn que tuvo lugar en dicha ciudad enfrentando a ingleses y escoceses el 24 de junio de 1314, donde los escoceses se independizaron de Inglaterra, confirmándose jurídicamente en 1328 tras los tratados de paz firmados entre Roberto I (Bruce) y el monarca inglés Eduardo II. (Información recopilada de un artículo del Mundo: <http://www.elmundo.es/la-aventura-de-la-historia/2014/09/18/541ac8e8268e3e87018b457c.html>)

La idea de que Deirdre apareciera asumiendo la apariencia de un fantasma de la fortaleza de su padre, surgió de una leyenda real, se trata de la Dama Rosa del Castillo de Stirling, de la cual se cuentan varias versiones, siendo la elegida por mí la de que se trata de una joven viuda que busca a su marido muerto en la batalla. (Esta información sale de Wikipedia y de Condé Nast Traveler donde hace un resumen en este link:

<https://www.traveler.es/viajeros/galerias/escocia-fantasmas/527/image/25174>).

Para terminar, permitidme explicaros que empezar y terminar esta trilogía ha supuesto para mí todo un desafío, se trata de la primera vez que escribo algo histórico (aunque haya modificado cosas a mi antojo) y tengo que decir que la experiencia ha resultado completamente fascinante, jamás había tardado tanto en escribir una novela (normalmente en dos o tres meses tengo el

entramado terminado a falta de detalles y demás revisiones, pero sin grandes cambios de argumento), sin embargo con esta trilogía me perdía en las investigaciones acerca de la forma de vida de ingleses y escoceses en pleno siglo XVI. Todo resultaba simplemente fascinante. Y lo he disfrutado con toda mi alma, algo que espero que quede reflejado en mis palabras.

SOBRE LA AUTORA

Alexia Seris es el seudónimo que usa esta escritora madrileña afincada en Lugo, donde reside con su marido y sus dos hijos. Dedicar casi todo el tiempo libre que sus obligaciones le permiten, a su otra gran pasión, la escritura.

Nacida el 16 de julio de 1980, siempre tuvo una relación especial con la literatura, es una ávida lectora de todo tipo de géneros y empezó a escribir con apenas veinte años, aunque en aquella época eran relatos cortos y no se atrevió a publicar ninguno de ellos.

“Nunca lo olvides”, es su primera novela publicada, aunque no es la primera que ha escrito.

Este hecho supuso un antes y un después para Alexia, ya que es un manuscrito editado y publicado por ella misma, saliendo al mercado el 21 de Marzo del 2014, en Amazon. Algunos meses después lanzó la segunda y última parte: “Siempre lo recordaré”, teniendo una gran acogida y manteniéndose en el Top100 durante varias semanas.

Después publicó: “Otra oportunidad para amar”.

“¿Sabes que te quiero?” y “Tú eres mi fantasía” serán publicadas de nuevo de su propia mano.

“A través de Escocia”, primera parte de la trilogía Highlands, “A través del honor”, segunda parte de la trilogía Highlands y la tercera y última parte “A través de la tormenta”.

Se ha mantenido alejada de las redes sociales durante algún tiempo, pero tiene la intención de volver para seguir presentando sus próximas novelas.